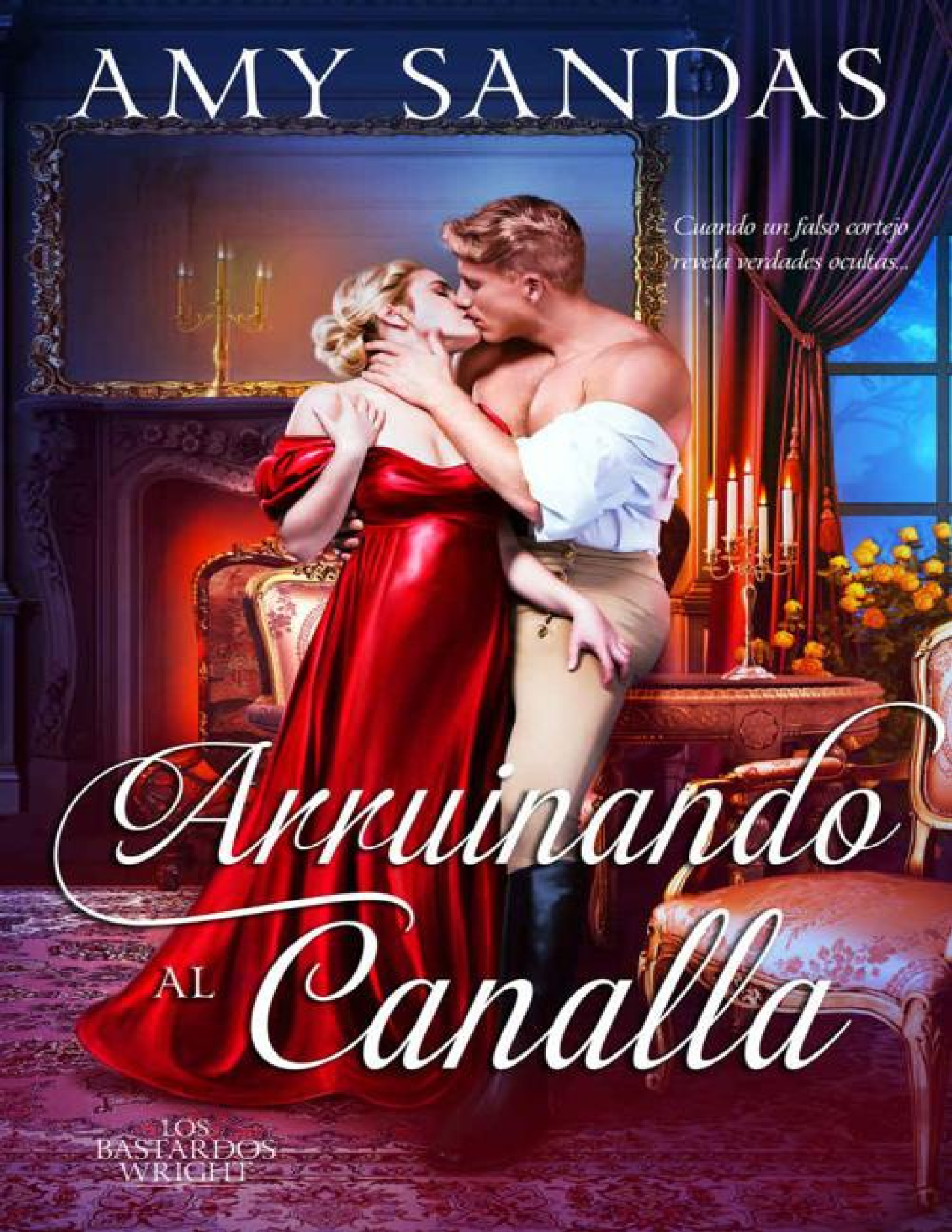


AMY SANDAS

The background of the entire cover is a romantic scene set in a grand, dimly lit room. A man and a woman are the central figures, embracing and about to kiss. The woman is wearing a vibrant red, off-the-shoulder gown, and the man is in a white shirt and tan breeches. They are positioned in front of a large, ornate mirror that reflects a candelabra. To the right, a window with heavy red curtains looks out onto a night sky. A table with more candles and a bouquet of yellow flowers is visible near the window. The overall atmosphere is one of classic romance and mystery.

*Cuando un falso cortejo
revela verdades ocultas...*

Arruinando AL Canalla

LOS
BASTARDOS
WRICHT

Arruinando al Canalla

Amy Sandas

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y Uno](#)

[Capítulo Treinta y Dos](#)

[Capítulo Treinta y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta y Cinco](#)

[Capítulo Treinta y Seis](#)

[Epílogo](#)

Capítulo Uno

Abril de 1831

Residencia Preswick

Londres, Inglaterra

El honorable Reginald Vane, heredero de un vizcondado y la mitad del infame dúo de hermanos conocido entre los chismosos de la alta sociedad londinense como los Villanos Vane, aunque algunos preferían llamarlos los *Deshonrosos*, estaba terriblemente, desesperadamente aburrido. Y, además, algo bebido.

El baile de Preswick estaba resultando ser un evento extremadamente aburrido. No es que hubiera esperado otra cosa. Era un evento diseñado para atraer la asistencia de las familias más elegantes y nobles del país. Donde la cosecha de radiantes jóvenes debutantes de la temporada se exhibía en una variedad de tonos pastel, con la esperanza de despertar el interés de quien hubiera sido considerado el soltero más codiciado del año. Y caballeros elegantemente vestidos de todas las edades observaban las dotes de las damas con tanta lujuria como miraban sus escotes.

Comparado con las fiestas que Reginald prefería, era condenadamente tedioso.

Pero le había prometido a su madre que asistiría.

Al parecer, la vizcondesa Withersfield había decidido que era hora de que Reginald tomara una esposa y comenzara el proceso de engendrar un heredero. No importaba en lo más mínimo que su padre todavía estuviera muy sano y fuerte a los cincuenta y cinco años, y Reginald probablemente tuviera décadas antes de tener que preocuparse por propagar el linaje familiar. Su madre había tomado una decisión, lo que significaba que hasta que Reginald se acostara y procreara con una futura vizcondesa, no tendría ningún alivio de su repentina y muy decidida participación en su vida social.

Lo que su querida madre se negaba a aceptar era que hace años él había decidido no casarse nunca. No es que ninguna jovencita decente se atreviera a considerar su propuesta incluso si se hubiera dignado a ofrecérsela. La reputación que se había consolidado a lo largo de los años como devoto libertino disoluto y hedonista aseguraba que no tendría tales perspectivas en su futuro.

Lady Withersfield estaba librando una guerra que se había perdido hace mucho tiempo, pero se negaba a dejar pasar el asunto. Y Reginald sabía muy bien que cuando él y su madre estaban en total desacuerdo sobre algo, lo mejor era apaciguarla con pequeñas victorias hasta que finalmente aceptara la inevitable derrota. Calculó que se quedaría unos quince minutos más o menos antes de marcharse a uno de sus clubes o a su burdel favorito, dependiendo de si se encontraba con ganas de tomar una buena copa y tener compañía amistosa... o de tomar una buena copa y buen sexo.

Quince minutos más.

¿Cómo demonios aguantaría?

Soltando un profundo suspiro, se hundió un poco más en su silla y examinó sus cartas con una mirada ligeramente perdida. El excelente alijo de brandy francés de su anfitrión había sido lo único que había hecho que esta noche fuera algo agradable. Y aunque no había bebido lo suficiente como para que lo notara un observador casual, ciertamente había bebido lo suficiente para calentar su sangre, suavizar la tensión dolorida en sus músculos y permitir un debilitamiento sutil de sus inhibiciones. Las pocas inhibiciones que aún le quedaban, después de sus años de

vida salvaje sin restricciones.

En ese momento, Reginald estaba instalado en la sala de fumadores adjunta al salón de baile. El pequeño espacio estaba abarrotado de lo que parecían ser dos tipos distintos de caballeros. Los primeros eran aquellos caballeros mayores que tenían el beneficio de dejar a sus hijas casaderas en las hábiles manos de sus madres casamenteras. Y los segundos eran aquellos solteros desafortunados que obviamente estaban desesperados por evitar convertirse en objetos de interés para las damas que se encontraban en la otra sala.

Con un rápido vistazo, Reginald se hizo una rápida impresión de los otros jugadores alrededor de la mesa que obviamente eran miembros de este último grupo. Los tres apenas habían salido de la universidad y no estaban ni cerca de estar listos para el matrimonio. Como los novatos eran demasiado jóvenes para moverse en los círculos experimentados de Reginald, no conocía ninguno de sus nombres y no se había molestado en preguntar cuando reclamó el lugar vacío en la mesa. No estaba interesado en hacer nuevos amigos. Todo lo que quería era una distracción y un medio para pasar el tiempo antes de poder escapar del doloroso y apropiado evento social.

«Nadie se atreve a acercarse a ella», dijo uno de sus oponentes en voz baja mientras se inclinaba sobre la mesa. «Y por una buena razón. La *dama* es una criatura *antipática*».

Aunque Reginald no tenía idea de a qué o a quién se refería, la postura y la expresión del joven indicaban claramente que creía que su tema era de interés lascivo.

Sus compañeros parecieron estar de acuerdo.

«El último tipo que lo hizo casi se lleva una mordida en la nariz. Pobre Finklethwaite», agregó otro joven en un tono de remordimiento exagerado, inspirando una carcajada de los demás.

«Le habían advertido que no se acercara demasiado, no fuera a ser que le echara el mal de ojo», señaló el primer hombre con una clara falta de empatía. «Más de una vez».

«El tonto quedó hechizado por su belleza, ignorando el hecho de que su hermoso rostro oculta un corazón negro y una lengua viperina».

«Vamos, amigos», intervino finalmente el tercer novato. «La dama no puede ser tan mala».

«Es peor», aseguró el primero con una mueca severa.

«Escuché que una vez derribó a lord Cullford de su caballo en Hyde Park cuando hizo que la bestia se encabritara con solo unas pocas palabras silbadas. *Como si fuera la maldición de una bruja*».

«Y luego estuvo la vez que envió a lord Reynolds cojeando fuera de la pista de baile. Alguien juró que había visto a la mujer agrediéndolo con el tacón de su zapatilla. Estuvo postrado en cama durante una semana».

«La verdad es que todos los hombres que han estado en contacto con ella han resultado heridos de alguna manera».

«Su orgullo más que nada, sin duda».

Los tres jóvenes se tensaron cuando Reginald entró en la conversación. Por sus expresiones, estaba claro que habían olvidado que todavía estaba sentado a la mesa con ellos.

«¿Y qué sabe usted de eso?», preguntó el primero, inclinando arrogantemente su estrecha barbilla.

«Nada en absoluto», respondió Reginald, levantando su copa para beber el último trago de brandy que le quedaba. Un rápido gesto con la cabeza hacia un lacayo cercano aseguró que la copa se llenaría de nuevo de inmediato. «Pero sus historias apestan fuertemente a intentos de

salvar las apariencias».

«Obviamente no conoce a la señorita Fairclough, si puede decir eso con tanta certeza».

Reginald se rió con poco humor. «Es una mujer, igual que cualquier otra».

«Pero *no* lo es», aseguró uno de los jóvenes. «Es inmune a los halagos, al coqueteo, al encanto o... a *cualquier cosa*».

«Tal vez no sean tan encantadores», dijo Reginald arrastrando las palabras.

«¿Está sugiriendo que usted podría tener éxito donde otros han fracasado?», una nueva voz entró en la conversación.

Reginald solo ocultó a medias su disgusto cuando lord Henry Cross se acercó a la mesa.

Al ser de la misma edad y compartir intereses similares en el libertinaje, él y Cross se habían encontrado con frecuencia a lo largo de los años. Y aunque Cross era muy popular entre la élite y el bajo mundo por igual, ya que tenía fama de ser extremadamente encantador y podía considerarse bastante atractivo si a uno le gustaba la mirada angulosa de poeta hambriento, los dos nunca se habían hecho amigos.

Había algo en el hombre que Reginald encontraba desagradable, aunque nunca había sido capaz de identificar exactamente qué era.

«Cross», mencionó en un tono monótono, «este no es tu entorno típico».

El otro hombre mostró sus dientes parejos en una sonrisa lobuna. «Al contrario», respondió Cross, «he estado frecuentando eventos como este durante años. *Tú* eres el intruso aquí, Vane. Estoy un poco sorprendido de que te hayan dejado entrar».

«Preferiría que no lo hubieran hecho», murmuró Reginald en voz baja, alcanzando su copa de brandy que había sido llenada nuevamente.

«Vamos, Vane. Semejante actitud podría ser tomada como un insulto a tu actual compañía», comentó Cross con un gesto de deferencia hacia los otros jóvenes de la mesa.

Reginald parecía ser el único que entendía que el gesto era más burlón que genuino. «Supongo que tienes un motivo para interrumpir nuestro juego».

«Oh, ¿había un juego en marcha?», Cross alzó las cejas y echó un vistazo a la mesa, notando claramente cómo los otros tres hombres habían apartado sus manos hacía algún tiempo. «La verdad es que encontré su conversación bastante interesante».

«No puedo imaginar por qué».

Cross esbozó otra sonrisa. «Ya me conoces... cualquier oportunidad para una apuesta».

Eso era muy cierto. Y para ser justos, Reginald disfrutaba de los juegos de azar más que la mayoría, y dado que el juego actual obviamente había llegado a su fin..., arrojó sus cartas sobre la mesa y arqueó una ceja con interés casual. «¿Qué estás sugiriendo?».

«¿Qué dirías sobre apoyar tu afirmación?».

Reginald entrelazó sus manos sobre su esbelto abdomen con una sonrisa burlona torciendo sus labios. «¿Quieres que me gane los favores de esta *terrible* señorita?».

Cross se encogió de hombros. «Tarea bastante fácil para un hombre con tu experiencia, podría creer».

Evidentemente, había un truco. Cross rara vez hacía una apuesta en la que no estuviera seguro de ganar.

Y Reginald tampoco.

Cross miró a los caballeros más jóvenes de la mesa, que escuchaban la conversación con expresiones absortas. «¿Cuál es el nombre de esta intimidante jovencita?».

«Señorita Cecily Fairclough», se apresuró a ofrecer uno de los jóvenes.

«Así es», canturreó Cross pensativamente.

Algo en su expresión provocó un ligero hormigueo en la nuca de Reginald. Era una especie de arrogancia sutil, diferente de la supuesta superioridad habitual del hombre. Esto era algo que Cross parecía estar intentando ocultar. Estaba escondiendo algo. Tal vez algún conocimiento encubierto de la propia dama.

Reginald recordaba vagamente que se había mencionado a una señorita Fairclough cuando su madre lo sentó a tomar el té un día y lo obligó a escuchar los méritos de todas las señoritas disponibles de la temporada. Ella tenía claramente sus favoritas, pero él había supuesto que la señorita Fairclough no era una de ellas, ya que prefería pasar rápidamente por alto el nombre de la dama sin ofrecer más detalles. Y él no había tenido la suficiente curiosidad como para considerar el tema más a fondo.

Como regla, y por diversas razones, Reginald nunca se molestaba con las doncellas, especialmente aquellas que podrían estar interesadas en el matrimonio, pero parecía que estaba lo suficientemente aburrido y lo suficientemente borracho como para preguntar, «y ¿cuáles son tus condiciones?».

«Mmm, nada demasiado extremo», respondió Cross, haciendo un círculo con la mano en un gesto despectivo. «Solo algo para demostrar que lograste atravesar las supuestamente formidables defensas de la dama». Sonrió y se volvió hacia los hombres más jóvenes. «¿Alguna sugerencia?».

«¿Tal vez que tenga que aceptar un baile?», ofreció uno.

Reginald se burló.

«Sacarla a escondidas para darle un beso», respondió otro con entusiasmo.

Infantil.

Reginald puso los ojos en blanco hacia Cross, quien se encogió de hombros. «¿Y qué ganaría por lograr esta hazaña insultantemente minúscula?».

«¿Qué quieres?», preguntó Cross un poco demasiado casualmente.

Los escalofríos en la nuca de Reginald recorrieron su columna vertebral. Tenía la clara sensación de que acababa de caer en una trampa. Entrecerró la mirada, no particularmente preocupado. Cross podía tener un motivo oculto para participar en este pequeño desafío, pero Reginald no se dejaba acorralar fácilmente. La curiosidad lo instó a seguirle el juego... por ahora. Le ofreció al otro hombre una sonrisa burlona. «Sabes lo que quiero».

La boca de Cross se torció y sus ojos brillaron con una satisfacción cautelosa. Luego dio un suspiro dramático. «Bien. Si logras cautivar a la *linda* señorita Fairclough para que te dé un beso, te cederé el uso de Kinley Park durante... tres semanas».

Eso era demasiado fácil.

Kinley Park era una pequeña propiedad a lo largo del río Tees en el condado de Durham que se jactaba de una excelente pesca del salmón. Reginald había estado tratando de adquirir la propiedad de Cross durante los últimos meses, ofreciéndole cantidades de dinero cada vez más exorbitantes. Sin embargo, Cross continuó negándose a dejarle en claro que encontraba muy divertida la obsesión de Reginald con la oscura propiedad del norte.

Era increíblemente frustrante. Al cabrón ni siquiera le gustaba pescar.

«No estoy interesado en unas malditas vacaciones», replicó Reginald. Quería la propiedad en su totalidad. No para él, sino para su padre.

Reginald había descubierto recientemente que desde hacía décadas, Kinley Park debería haber pertenecido al vizconde Withersfield como dote por su matrimonio con la madre de Reginald. Pero el conde de Wright, un hombre al que su padre había considerado un amigo, se volvió contra él en un acto de traición perverso e imperdonable cuando no solo le robó Kinley

Park sino también a la amada prometida del vizconde. Wright había estado loco de celos por las infidelidades de su propia esposa. En venganza, había jurado repartir a sus bastardos por todas partes, con la esperanza de herir y humillar a su condesa como ella lo había hecho con él. Su venganza se convirtió en una obsesión y cuando un joven vizconde Withersfield se acercó a su amigo con preocupación por sus intentos indiscriminados e implacables de engendrar hijos ilegítimos en toda Gran Bretaña, el conde acusó al vizconde de ser uno de los amantes de su esposa. Era completamente falso, pero el conde estaba demasiado perdido en sus propios miedos y furias. Wright se volvió contra su amigo y adquirió Kinley Park del abuelo de Reginald en un juego de azar, para luego seducir a la madre de Reginald. Al parecer, el encanto engañoso y el excepcional atractivo del conde habían sido abrumadores para una joven protegida que sabía poco del mundo. Había creído la mentira de Wright de que su amado le había sido infiel y tenía la intención de abandonarla. Demasiado tarde, descubrió que nada de eso había sido cierto y, aunque se había arrepentido profundamente de sus acciones, el daño ya estaba hecho.

El vizconde Withersfield no había hecho nada para merecer tal deslealtad y traición. Siempre había sido un amigo justo y leal. Después de enterarse de lo que había sucedido, había perdonado a su prometida y, en los años posteriores, también había demostrado ser un esposo honorable y fiel y el mejor padre que cualquiera podría desear: paciente, generoso y noble más allá de toda comparación, a pesar de que la propia existencia de Reginald era un recordatorio constante de ese doloroso pasado.

Desde el momento en que Reginald se enteró de que Kinley Park debería haber pasado a manos de su padre tras su matrimonio con la madre de Reginald, la finca se había convertido en un símbolo de reparación y, en cierto modo, en una representación del propio valor de Reginald como hijo de un hombre que se merecía mucho más. El viejo conde de Wright había muerto hacía años y, por mucho que lo deseara, Reginald no podía volver atrás y cambiar el hecho de que él y su gemelo no eran hijos de su padre por naturaleza. Pero Kinley Park seguía estando a su alcance, si conseguía convencer a Cross de que le devolviera la maldita propiedad. Cross negó con la cabeza. «No puedo ofrecer la propiedad de la finca por una apuesta tan insignificante». Reginald frunció el ceño con un enfado reprimido. Cross se esforzaba mucho por parecer indiferente. Las motivaciones del hombre eran mucho más profundas de lo que quería que supieran los demás. Por suerte, a Reginald no le importaba un carajo por qué Cross había decidido mostrar a Kinley delante de él como una zanahoria. No tenía intención de dejar pasar la oportunidad de adquirir la finca.

«¿Qué participación *considerarías* aceptable?».

Su adversario se tomó un momento, dando la impresión de tener que pensar en la pregunta. Luego arqueó las cejas y miró a los tres jóvenes que estaban claramente enganchados a cada palabra de la conversación.

«¿Todos ustedes juran por el hecho de que esta joven es tan temible como todos dicen?».

«Más aún», ofreció uno servicialmente. «Ella es antipática».

«Horrible».

«La *peor*. Ella odia a todos, pero *especialmente* a los hombres».

Cross asintió magnánimo, luego se dio un golpecito con el dedo en la barbilla.

Reginald casi resopló ante la actuación, pero logró mantener su expresión neutral, mostrando nada más que paciencia hasta que Cross finalmente se volvió hacia él con un brillo curioso en sus ojos.

«Es un compromiso».

Los otros hombres reaccionaron bruscamente. Uno de ellos jadeó, otro murmuró

“*Imposible*” sacudiendo la cabeza, mientras que el tercero se quedó boquiabierto en silencio.

El momento fue tan condenadamente teatral que Reginald se habría reído si no se sintiera tan insultado por la sugerencia de que llegaría tan lejos como para casarse con una chica solo para adquirir una propiedad.

Pero antes de que su ira pudiera instalarse, Cross se inclinó hacia delante para agregar en un tono conspirador: «No estoy diciendo que *realmente* debas tomar a la mujer como esposa. Pero si deseas demostrar tu supuesto encanto y destreza en la seducción y ganar un premio codiciado como Kinley Park, entonces debes hacer que esta supuesta *odia-hombres* se enamore de ti».

La furia no se disipó con la aclaración ofrecida con ligereza por Cross. En todo caso, solo se acaloró. Pero Reginald no lo dejó ver, manteniendo su reacción emocional profundamente oculta.

«Esperas que arruine a la dama», señaló con una ceja levantada descuidadamente.

Cross se encogió de hombros e hizo otro gesto despectivo. «Acuéstate con ella. Arruínala. Cástate con ella. El caso es que debes demostrar que has superado sus defensas y has reclamado su corazón. Ella debe declarar *públicamente* su lealtad y devoción hacia ti para que puedas reclamar tus ganancias. Más allá de eso, no me importa lo que hagas».

El hombre estaba mintiendo. Reginald podía verlo en su mirada brillante e intrigante. Le importaba mucho, de hecho.

Cross sabía muy bien que Reginald no se casaría con la mujer sin importar qué tanto compromiso aceptaría en el proceso de ganar la apuesta. Y si ella se *vería* comprometida. Los términos del acuerdo eliminaban cualquier posibilidad de discreción y ninguna dama podría estar asociada con él más allá de una simple relación pasajera durante cualquier período de tiempo sin verse manchada por la reputación de él. Estaba claro que Cross contaba exactamente con eso.

Definitivamente, quería que la dama se arruinara. Y no solo eso, el requisito de su declaración pública significaba que la quería humillada.

Reginald necesitó cada gramo de fuerza de voluntad para ignorar el asco que se retorció en su estómago. Debería rechazar la apuesta y decirle a Cross exactamente lo que pensaba de sus repulsivas maquinaciones. Si no fuera Kinley Park lo que se ofreciera como premio, lo haría. Pero...

Mirando hacia Cross, arqueó una ceja. «Supongo que tienes un límite de tiempo en mente».

La expresión de Cross mostraba una satisfacción excesiva. «Digamos... ¿seis semanas para que pongas a la dama en el sitio que le corresponde?».

Seis semanas para averiguar cómo sortear los aspectos más reprobables de la apuesta y aún así asegurar Kinley Park como suyo.

«¿Y la propiedad será mía en su totalidad?», preguntó.

«Debes permitirme la oportunidad de retirar mis pertenencias personales, por supuesto», respondió Cross. «Pero después, ... sí».

Conteniendo con fuerza la feroz oleada de triunfo que lo invadía, Reginald preguntó, «¿y si no logro asegurar su declaración pública de lealtad y devoción?».

«Si no lo logras, debes entregarme ese hermoso semental que adquiriste de la condesa de Blackbourne la semana pasada». Cross se encogió de hombros y luego sonrió con un feo movimiento de sus labios. «Aunque creo que el daño a tu reputación como el bastardo más encantador de la ciudad será la mayor pérdida».

Reginald apretó los dientes con tanta fuerza que le dolió la mandíbula. Sabía que Cross

no había elegido sus palabras con ninguna intención particular, pero aun así eran ciertas.

El silencio en su mesa se sintió repentinamente claustrofóbico mientras cuatro hombres lo miraban, esperando su respuesta.

Tras beberse el último trago de brandy, se puso de pie y preguntó con un suspiro de sutil fastidio, «entonces ¿dónde está esa formidable bruja?».

«Se la mostraré», ofreció con entusiasmo uno de los jóvenes sin nombre.

Como grupo, los cinco abandonaron la sala de fumadores para reclamar un lugar en el borde del abarrotado salón de baile.

«Justo ahí», el joven señaló un rincón que obviamente estaba reservado para el grupo de damas olvidadas de la noche. «La bonita vestida de azul».

No menos de siete mujeres rondaban en la pequeña sala ubicada a cierta distancia de la pista de baile. Cuatro de ellas estaban de pie en un grupo muy unido, aparentemente apoyándose unas a otras por no tener pareja, mientras que una pobre mujer estaba sola, mirando a los que bailaban con puro anhelo. Las dos últimas estaban de pie, hombro con hombro, en ángulo recto hacia el salón de baile, mientras inclinaban sus cabezas una hacia la otra en una conversación privada. Una de ellas llevaba un llamativo vestido de color azul zafiro y mostraba una expresión innegablemente desdeñosa.

Reginald sintió una sacudida instantánea de conciencia carnal.

La señorita Fairclough no era bonita en absoluto. Era una maldita belleza.

Aunque era de estatura media, su figura era deliciosamente curvada, su postura orgullosa y elegante, sus modales casi regios. El cabello rubio oscuro del tono de la miel cruda estaba ingeniosamente arreglado sobre su cabeza, revelando un rostro ligeramente redondo con pómulos altos, una nariz recta y ojos grises penetrantes que se inclinaban hacia arriba en las esquinas exteriores. Sus cejas eran un tono más oscuro que su cabello y lograban darle una apariencia sorprendentemente sombría a pesar de las curvas y los arcos muy sensuales de sus labios. En conjunto, sus rasgos componían a una mujer de una belleza excepcional... sin embargo, no había calidez evidente en su mirada ni en la presión de sus labios.

Hermosa. Pero fría como una piedra.

Parecía que, en la realidad, las historias tenían al menos alguna base, aunque todavía sospechaba que había una exageración significativa en lo que se contaba.

Tal vez esa era la motivación oculta de la apuesta. ¿Había rechazado la dama los avances de Cross junto con los innumerables hombres que lo habían intentado, según se decía?

En ese momento, la joven pasó la mirada por encima de la ubicación de Reginald.

Fue rápido, pero sus ojos se encontraron durante una mera fracción de segundo, y esa breve conexión fue suficiente. Algo agudo y abrasador invadió la sangre hastiada de Reginald, haciendo que su pulso se acelerara mientras su cuerpo se calentaba y se endurecía. Su reacción física lo sorprendió por su aguda intensidad. La lujuria nunca lo había golpeado con tanta fuerza y precisión.

La conciencia se transformó en una brillante curiosidad. Y una vez que su curiosidad se despertó, poco pudo hacer Reginald para frustrarla.

«Cross», señaló sin apartar la mirada de la dama, «tienes tu apuesta».

Capítulo Dos

«Documentaré los términos», declaró uno de los jóvenes antes de volverse hacia un lacayo para pedirle una pluma y un papel. Los otros dos fueron designados como testigos y en pocos minutos la apuesta se hizo oficial.

«Mucha suerte», señaló Cross, con un tono molestamente petulante.

Reginald lo ignoró.

Seis semanas, se recordó mientras se dirigía directamente hacia la sala de las damas olvidadas. Seis semanas para ganar a la dama, sin arruinarla, y asegurar Kinley Park, enmendando finalmente un error que nunca debería haberle sucedido a un hombre tan eternamente noble, honorable y generoso como su padre.

Al acercarse a su objetivo, notó que comenzaba a desarrollarse un poco de drama. Un alma valiente se había atrevido a acercarse a la presa de Reginald con una aparente oferta para bailar. Aunque los hermosos rasgos de la señorita Fairclough permanecieron severamente impasibles, estaba claro que estaba dando una crítica mordaz al joven cuyas orejas se pusieron rojas mientras retrocedía unos pasos, se daba la vuelta y se lanzaba de nuevo hacia la multitud de invitados.

Por su parte, al menos la joven no parecía disfrutar especialmente de la escena. Su expresión permaneció resignada y tal vez un poco exasperada mientras desestimaba el incidente con otra mirada fugaz al salón de baile.

Se acercó lo suficiente como para que algunas de las otras damas a lo largo del lugar se dieran cuenta de su llegada y un gorjeo nervioso comenzara a extenderse entre sus filas. Sin embargo, la señorita Fairclough y la jovencita pequeña y de cabello oscuro que estaba a su lado permanecieron inconscientes mientras la señorita Fairclough inclinaba la cabeza hacia su compañera para murmurar algo en voz baja. La otra mujer soltó una risa rápida y ahogada antes de cubrirse la boca con la mano para ocultarla. Aparentemente complacida por la reacción, la señorita Fairclough abrió los labios en una sonrisa sutil y subversiva que no podía describirse como otra cosa que *traviesa*.

Reginald casi tropezó con sus propios pies cuando otra agradable descarga de deseo lo atravesó.

Ese fue el momento en que la señorita Fairclough desvió la mirada en su dirección.

La sonrisa traviesa de la mujer se tensó de inmediato y murmuró algo más a la mujer que estaba a su lado, lo que provocó que su compañera lo mirara con curiosidad desde detrás de sus pequeñas y delicadas gafas. Aunque la pequeña mujer de cabello oscuro apartó la mirada lo más rápido que pudo, la señorita Fairclough no lo hizo. Con una ceja ligeramente arqueada en señal de interrogación mientras sus ojos grises, que parecían contener un sutil toque de azul al mirarlos más de cerca, permanecieron firmes y directos.

Reginald sonrió.

Los ojos de la joven parpadearon antes de volverse planos de nuevo.

Su sonrisa se amplió. Esto iba a ser mucho más agradable de lo que esperaba.

Deteniéndose frente a la dama, le ofreció una reverencia apropiada, aunque algo casual. «Buenas noches. ¿Me honraría con el placer de este baile?»», añadió con una sonrisa confiada.

La señorita Fairclough inclinó la cabeza. Solo un leve atisbo de sonrisa se cernía sobre sus labios.

Él experimentó la extraña compulsión de hacer que esa sonrisa floreciera por completo.

«No nos han presentado, señor».

Su voz era ronca y cálida, un tono más texturizado que melódico. Como seda cruda calentada por el calor corporal o chocolate derretido con sabor a especias. Revolvió algo primitivo en la sangre ya caliente de Reginald.

«Un hecho que se puede remediar fácilmente», respondió con encanto suave y practicado. «Soy el señor Reginald Vane. ¿Y usted es...?».

Sus labios se ensancharon en la sonrisa que él había deseado. Pero no había placer en la expresión. Era mucho más parecida a mostrar los dientes. Una advertencia.

«Decididamente desinteresada», respondió ella, con tono brusco.

La réplica fue inesperada, pero Reginald insistió. «¿No le gusta bailar?».

«Me encanta bailar», respondió la señorita Fairclough con una mirada desinteresada al salón de baile. «Pero no tengo intención de hacerlo con *usted*».

Reginald se llevó una mano al corazón. «Me lastima».

Sus ojos azul grisáceo se deslizaron rápidamente hacia él con una mirada de soslayo. «Lo dudo».

Su brusca respuesta a su interés habría desanimado fácilmente a un hombre menos competente. Pero Reginald sintió una ráfaga de energía hormigueante con cada respuesta cortante, como pequeños relámpagos a lo largo de sus nervios. Era una sensación estimulante.

Esbozó una sonrisa infantil. «Como nos acabamos de conocer, no puedo imaginar qué podría haber hecho para que me encuentre tan...».

«¿Aborrecible?», ofreció con una sonrisa tensa y un destello definitivo de animosidad pura en su mirada fría y acerada.

Los labios de Reginald se crisparon ante la rápida respuesta. Obviamente, la señorita Fairclough no se reprimía para expresar sus opiniones. Pero su piel se había endurecido a lo largo de años de cortejar opiniones desfavorables.

Su sonrisa se ensanchó con genuino humor. Luego murmuró en un tono bajo e íntimo, «bueno, ¿no es un bocado de pura dulzura?», se burló.

Sus labios se apretaron firmemente ante su comentario, pero ella no respondió.

«¿De verdad me encuentra aborrecible, señorita Fairclough?», preguntó, «¿o es que cree que debería hacerlo por lo que a las malas lenguas les gusta decir de mí?».

La dama de cabello oscuro que todavía estaba de pie cerca emitió un pequeño sonido que podría haber sido un gemido de sorpresa u otra risa ahogada. No se volvió para mirarla y averiguarlo, mantuvo su mirada fija en la bella y hostil belleza mientras se inclinaba para susurrarle, «me gustaría decir que nada de eso es cierto, pero entonces tendría que admitir que soy un mentiroso y detesto a los mentirosos».

Hubo otro leve destello en sus ojos antes de que lograra ocultar por completo su reacción con un imperioso arco de sus cejas. Luego respiró profundamente y exhaló un suspiro sufrido. «Sr. Vane, dice que detesta a los mentirosos, pero su engaño es obvio. Me pidió mi nombre y, aunque nunca lo di, simplemente se dirigió a mí por ese nombre». Ella ladeó la cabeza y lo miró. «Entonces, ¿qué es? ¿Es usted un mentiroso o los detesta?».

«Ambos, de hecho», respondió él con naturalidad. «¿Es tan difícil creer que pueda ser un mentiroso y detestarme por ello?».

«En absoluto», respondió ella con un elegante gesto de su mano enguantada, «porque he llegado a detestarlo en apenas tres minutos de conversación. Estar en constante compañía con usted mismo, sin duda conduciría a lo mismo».

«Lo que nos lleva de nuevo a mi pregunta original», observó Reginald. «¿De verdad me encuentra aborrecible?».

Un agudo temblor de anticipación lo recorrió mientras observaba que la expresión de ella se tensaba. Los finos músculos de su mandíbula se tensaron y su boca se apretó aún más firmemente. Luego, su mirada seria se desplazó para recorrer el salón de baile nuevamente, esta vez con una mirada claramente irritada antes de regresar para darle una evaluación rápida pero completa, deslizándose sobre su figura significativamente más alta de la cabeza a los pies y luego de vuelta a subir. Cuando su mirada volvió a la de él, sintió un agudo pinchazo, como el que provoca la punta de un estoque, justo en el centro del pecho.

«Sí».

Su respuesta fue contundente y firme y no dejó lugar a dudas.

«¿Por qué?», replicó él, imperturbable.

Hubo una leve, casi imperceptible vacilación cuando su mirada titubeó un poco. Fue entonces cuando Reginald se dio cuenta de que estaban solos allí. La mujer de cabello oscuro se había escabullido en algún momento, su partida había pasado completamente desapercibida para él. Y aunque todavía estaban rodeados por un salón de baile lleno de gente, su conversación con la señorita Fairclough de repente se sintió inquietantemente íntima.

Los ojos de la dama se entrecerraron con dureza. «Tal vez, señor Vane, no me gusta que se me acerquen caballeros que no me han presentado adecuadamente. Tal vez, no me gusta que se me acerquen en absoluto. Tal vez, no aprecio la compañía que usted mantiene. O tal vez, solo tal vez, prefiero no perder ni un momento de mi valioso tiempo conversando con un hombre famoso por carecer por completo de moral y de la más mínima pizca de honor, un absoluto réprobo».

Reginald le ofreció una media sonrisa e inclinó la cabeza. De hecho, la lengua de la dama era afilada. Pero la de él también era bastante hábil. «Esos son muchos “tal vez”».

Ella puso los ojos en blanco de manera dramática. «Hay taaaantas razones para encontrarlo deplorable, señor Vane, que me cuesta decidirme por una sola».

«Razones basadas en rumores que son una prueba de que realmente no me conoce en absoluto», razonó él.

«Sí», lo interrumpió bruscamente, la ira se filtraba con fuerza en su voz sedosa. «Sí, lo sé. Sé todo lo que necesito saber». Su atención pasó rápidamente por encima de él en la dirección de donde había venido. En un abrir y cerrar de ojos, su comportamiento se volvió aún más antagónico. Sus ojos se endurecieron hasta convertirse en acero helado mientras le dirigía una mirada casi asesina. Sin embargo, su voz era suave y baja cuando habló, casi tranquilizadora. «¿Cree que soy una completa tonta? ¿Una chica inmadura, fácilmente manipulable por su encanto perverso y un rostro atractivo?».

El tono de su voz le calentó sus huesos incluso cuando sus palabras le cortaron la piel. Estaba perdiendo terreno. Empleó una sonrisa infantil en un intento, ciertamente desesperado, de encantar a la dama un poco a su favor. «Malvada y hermosa», le guiñó un ojo. «Una evaluación adecuada».

Sus esfuerzos fueron completamente ineficaces y ni siquiera pudo sentirse mal por ello, ya que su respuesta solo pareció enfurecerla más. La dama era simplemente demasiado fascinante en su furia creciente mientras sus mejillas se sonrojaban de un tono rosado y sus ojos brillaban con chispas plateadas. Un sutil zumbido de emoción lo recorrió y bajó la cabeza hacia ella en una postura más íntima. La sonrisa de él se transformó en algo más tranquilo y sensual y se alegró de ver que los ojos de la mujer se agrandaban y el rubor se profundizaba en sus mejillas.

antes de que su mirada se posara brevemente en su boca.

En lugar de ignorar el repentino nudo de deseo en su estómago, Reginald permitió que se filtrara a través de su sistema, calentando su mirada, endureciendo su voz. «La verdad es que creo que es muy inteligente, de hecho. Y refrescantemente honesta. Y hermosa. Y maravillosamente *apasionada*».

Ella inhaló con fuerza, como si estuviera preparando una reprimenda. Antes de que pudiera hacerlo, él continuó, «¿es tan extraño que desee conocerla mejor? Que la vi al otro lado de la habitación y decidí que tenía que hablar con usted, que tenía que descubrir el tono de su voz y explorar el misterio de su mirada. ¿Es tan aborrecible desear un momento de su tiempo? ¿O esperar la oportunidad de tocar su mano bajo el pretexto de un baile?».

Por un momento demasiado breve, él la tuvo. La vio responder en la forma en que sus pestañas negras como el hollín bajaron y sus labios se separaron. Pero luego, desapareció. Con un parpadeo, cualquier progreso que pudiera haber hecho se hizo añicos instantáneamente.

Su cuerpo se tensó. Sus ojos se volvieron pétreos y duros. Y sus labios, esos hermosos cojines rosados, se apretaron en un ceño de desaprobación.

La pasión de la dama se había congelado y su voz estaba llena de puntiagudas astillas mientras hablaba. «Es usted una miserable excusa de caballero, como la mayoría de ustedes. ¿Practicó ese ridículo discurso frente al espejo mientras se afeitaba esta mañana? ¿De verdad cree que no vi con quién estaba hablando un momento antes de que se acercara a mí?». Su boca se curvó en una mueca fea. «¿Fue una apuesta o un reto? Una apuesta, sin duda. Lord Cross nunca haría nada que no le brindara algo a cambio. Entonces, ¿qué es? ¿Sacarme a bailar y luego dejarme tirada en la pista de baile? ¿O alguna otra humillación..., tal vez derramar ponche sobre mi vestido? ¿O provocar que tropiece con los músicos? Eso sería un espectáculo, de seguro, y sin duda se ganaría una gran ovación del público».

La evaluación de la mujer fue sucinta, mordaz y demasiado acertada. La mala sangre entre ella y Cross era innegable. Ella conocía bien al hombre. Y lo más extraño era que la idea de que Cross tuviera algún tipo de historia con esta magnífica mujer irritaba muchísimo a Reginald.

Ella sospechaba que la apuesta era desafortunada, pero no tenía idea de los términos, lo que significaba que él tenía varias semanas para sortear el obstáculo muy real que ella había puesto entre ellos. Y lo haría. Kinley Park significaba demasiado para verlo escaparse de sus manos una vez más sin luchar. Si era necesario, mentiría descaradamente y sacaría todos los trucos de manipulación que poseía para ganar esa maldita apuesta.

Pero más que eso, la dama lo intrigaba. Su curiosidad se había agudizado y estaba decidido a saber todo lo que pudiera sobre la formidable guerrera. En particular, qué podría hacer para que sus hermosos labios sonrieran genuinamente. Y quizás más honestamente, qué haría falta para que el deseo reemplazara la molestia en su mirada.

La deseaba. Quizás incluso tanto como deseaba Kinley Park. Y teniendo en cuenta que esto último se había convertido en una especie de obsesión, eso era decir algo, de hecho.

«Esto no ha terminado», murmuró en voz baja.

«Sí. Lo está. De hecho, nunca comenzó».

Su sonrisa fue lenta y sus ojos firmes cuando se encontró con su feroz mirada. «¿Está segura?».

Levantando la barbilla, la dama le dirigió una mirada dura y desdeñosa. «Aléjese, señor Vane. Y nunca más se acerque a mí».

Intimidado, pero no derrotado, Reginald inclinó la cabeza. «Buenas noches, señorita Fairclough. Espero con ansias nuestro próximo encuentro».

«Lo cual *nunca* sucederá». Plata brilló en sus ojos antes de desviar la mirada. «Márchese».

Cuando se dio la vuelta para alejarse, Reginald no pasó por alto las miradas descaradas de todos los que se encontraban en un radio de diez pasos. Nadie estaba lo suficientemente cerca como para escuchar su conversación, excepto, tal vez, algunas de las otras doncellas ignoradas, pero sería lo suficientemente claro para cualquier observador que había sido rechazado sumariamente.

Al ser su primera experiencia con algo así, habría pensado que se sentiría más incómodo. Por el contrario, simplemente había reforzado su determinación.

Ignoró los susurros de rumor especulativo mientras se abría paso entre la multitud con una sonrisa de placer genuino curvando sus labios.

Tenía seis semanas para encantar y seducir a la *dulce* señorita Fairclough, ganarse su devoción y reclamar Kinley Park. Seis semanas de encuentros candentes y conversaciones polémicas. Seis semanas de ojos brillantes y labios fruncidos hacia abajo. Seis semanas para descubrir cómo manipular los términos de la apuesta de Cross para asegurar una victoria indiscutible sin tener que casarse o arruinar a la dama.

Sin embargo, acostarse con ella estaba asegurado.

Capítulo Tres

«¿De qué se trató todo eso?».

«¿Qué?», murmuró Cecily distraídamente, obligando a su prima a prestar atención.

Básicamente, habían crecido como hermanas. A los dos años de edad, Cecily había sido criada por su abuela en común y Margot llegó cinco años después, a la edad de seis años. Al mirarlas una al lado de la otra, nadie habría asumido que eran parientes.

Cecily tenía el cabello dorado oscuro de su madre, que se combinaba con una misteriosa inclinación en sus ojos grises algo penetrantes que, según le habían dicho, había heredado de su abuelo materno. La suave elegancia de sus otros rasgos provenía del lado paterno de la familia.

A pesar de que sus madres habían sido hermanas, Margot había recibido un conjunto muy diferente de características físicas. Su espeso cabello negro y sus ojos azul oscuro provenían directamente de su padre. Y cuando se combinaba con la estructura ósea algo delicada que había recibido de su madre, Cecily siempre había pensado que el efecto general era más bien... de otro mundo y bastante encantador.

Eran mucho más parecidas en modales y actitud. La principal diferencia era que Cecily tendía a llevar una armadura audaz ante su absoluta insatisfacción con el mundo en el que vivían, mientras que Margot lo retenía todo, junto con la mayoría de los demás rasgos de su personalidad. Aunque solo necesitaba las gafas para leer, prefería llevarlas todo el tiempo. Cecily a menudo se preguntaba si su prima estaba tratando de protegerse del mundo, o el mundo de ella misma.

De cualquier manera, Cecily no la culpaba por ello. Todavía recordaba la mirada afligida en el rostro de la niña de seis años cuando llegó a la puerta de la casa de su abuela. Muy joven, Margot había enfrentado una gran tragedia y dolor en su vida. Cecily a menudo tenía motivos para estar agradecida de que al menos hubiera sido demasiado joven para recordar algo de la muerte de sus padres. Su prima no había tenido tanta suerte.

Los ojos de Margot estaban muy abiertos detrás de sus gafas mientras exclamaba con incredulidad, «¿el villano Vane? ¿Uno de los Deshonrosos? ¿En persona? ¿Qué quería?».

Cecily hizo un gesto con la mano con desdén y puso los ojos en blanco. «No hay nada que valga la pena repetir».

Margot negó con la cabeza, sus rasgos eran una mezcla de asombro, diversión y viva curiosidad. «Es incluso más guapo de lo que creía. Quiero decir, todos hemos oído los rumores de que los hermanos Vane tienen un aspecto parecido al de Adonis, pero, por todos los santos, ese hombre no puede ser un simple mortal. Y bien, ¿se supone que él es el gemelo más apuesto o es su hermano?».

Cecily frunció el ceño. Aunque tímida y reticente en la mayoría de las ocasiones, su prima menor no tenía esas inhibiciones cuando estaban solas. De hecho, a menudo Cecily tenía problemas para seguir el hilo de pensamientos, a veces divagando, de la otra joven.

Margot habló de nuevo, respondiendo a su propia pregunta antes de que Cecily tuviera la oportunidad de hacerlo.

«Ah, es cierto. Los rumores en realidad no dicen que uno sea más guapo. Tal vez sean demasiado idénticos en ese sentido. Aunque no en otros, si se puede creer a los rumores. Reginald es el hermano mayor, ¿verdad? Lo que significa que es el encantador y desvergonzado canalla, mientras que se dice que su gemelo, Nicholas, tiene un temperamento escandalosamente

violento».

«Basta, Margot», suplicó Cecily con una sonrisa tensa. «Los rumores y chismes no son verdad, como bien sabemos».

Su prima levantó la barbilla obstinadamente. «Pero algo de eso podría serlo. Como también sabemos ambas».

«Cierto», concedió Cecily. «Sin embargo, no importa. Las intenciones del señor Vane eran decididamente menos que honorables y me aseguré de que entendiera que sus atenciones no eran bienvenidas».

Margot suspiró. «Es una pena».

Cecily arqueó una ceja. «¿Qué lo es?».

«Que aceptar intenciones deshonorables puede tener consecuencias tan desastrosas para las señoritas», respondió Margot pensativamente y un poco tristemente. «Habría sido bueno ver si todos esos rumores sobre la destreza de ese hombre son ciertos».

«¡Margot Spencer, pequeña atrevida!», la reprendió Cecily sonriendo.

«Preguntar no es lo mismo que descubrir», se defendió la otra mujer antes de encogerse de hombros y mirar de reojo a Cecily. «No digas que no pensaste lo mismo».

«Yo...», comenzó Cecily antes de detenerse. Por alguna razón, nunca había sido capaz de mentirle a su prima y la otra mujer lo sabía bien.

«¡Ja!», exclamó Margot triunfante, sus ojos oscuros brillaban, aunque mantuvo su tono en poco más que un susurro. «Admite que tienes curiosidad y que el hombre no te afecta del todo. Noté ese tono rosado en tus mejillas mientras hablabas con él».

Cecily resopló. «No admito nada. De todos modos, es completamente irrelevante». Hizo una pausa, un duro nudo de disgusto y remordimiento se anudó en su estómago. «El Sr. Vane estaba en complicidad con Cross».

Margot se tensó y su mirada se volvió casi negra. «El diablo, dices».

«Exactamente. Sin duda, otra estratagema de Cross para hacerme la vida más infernal de lo que ya es».

«Malditos sean sus ojos. ¿Por qué ese hombre malvado no puede dejarte en paz?».

Cecily se encogió de hombros. «Tal vez porque me niego a permitirle que continúe con su repugnante comportamiento sin que nadie lo cuestione».

Margot se rió entre dientes. «Claro. Ahí está». Luego inclinó la cabeza. «¿Crees que sospecha por qué estás aquí esta noche?».

«No importa», respondió Cecily. «No me asusta».

«¿Y qué papel iba a desempeñar el señor Vane?».

Una sensación de hormigueo recorrió la piel de Cecily. «Ningún papel en absoluto. El señor Vane debía ser él mismo. Un libertino, un mujeriego».

«¿Debía seducirte?».

«Arruinarme, me imagino».

Margot negó con la cabeza. «Las mentes simples de los hombres», reflexionó.

«En efecto», dijo Cecily arrastrando las palabras.

«¡Oh, por las rodillas del diablo!», exclamó Margot en voz baja. «Casi lo olvido. Mientras estabas discutiendo con el señor Vane, vi a la dama que estábamos buscando».

La inquietud de Cecily por el reciente encuentro se desvaneció de inmediato cuando volvió a centrarse en ella. «¿Dónde?».

Margot se puso de puntillas y se movió de un lado a otro en un intento de explorar el abarrotado salón de baile. «Acababa de llegar del brazo de su padre. Estaban saludando a los

Preswick».

Cecily miró por toda la sala en busca de una joven y adinerada debutante con una mirada dulce y parecida a la de una cierva, y se puso rígida cuando vio al odiado lord Henry Cross. Él se encontraba paseando entre la multitud, con la barbilla ligeramente baja y la expresión fija con su sonrisa más encantadora.

Verlo la puso furiosa y un poco con náuseas.

Siguiendo su mirada y su trayectoria, vio a la misma dama que había venido a conocer al baile. Por supuesto, apuntaría directamente a la heredera desprevenida que sonreía con tímido placer al ver al apuesto joven lord.

Tonta, se burló mentalmente Cecily, pero había más compasión que una fuerte crítica en su pensamiento.

Ella también había sido tonta una vez. Y Cross era un experto en el juego.

Había perfeccionado su disfraz y sabía exactamente qué reglas romper y cuáles alterar. Siendo maestro de la discreción y el engaño, había cautivado a la sociedad tan bien que los ocasionales rumores de comportamiento pícaro eran rápidamente excusados y cualquier acción cuestionable perdonada como la excepción a su carácter en lugar de la regla.

Solo unos pocos conocían las verdaderas profundidades de su depravación.

Cecily era una de ellas. Y había jurado hacer todo lo posible para asegurarse de que más mujeres jóvenes no tuvieran que descubrir la verdad de la forma en que ella lo había hecho.

«El hombre es eficiente», reflexionó Margot con disgusto.

Cecily gruñó un suave sonido de acuerdo. La debutante, con sus mejillas sonrosadas, mirada brillante y postura recatada, ya parecía medio enamorada de él.

«¿Crees que es verdad que planea casarse con esta?», susurró Margot.

«Podría ser», respondió Cecily en un tono igualmente en susurros «Finalmente, tendría que casarse y ella es sin duda una pareja ventajosa». Su voz se endureció. «Pero eso no cambia lo que yo debo hacer».

«Por supuesto que no», convino firmemente su prima. «Hay que advertir a la chica».

Pasaron casi dos horas antes de que Cecily tuviera la oportunidad de acercarse a la heredera, lejos de las miradas curiosas. Si alguien las notaba hablando, inspiraría demasiados susurros y Cross ya sospechaba que Cecily interfería en sus actividades sociales. Sus recientes intentos de represalia lo habían dejado bastante claro. No es que eso la detuviera.

Con Margot apostada en el pasillo como vigilante, Cecily siguió a su presa hasta el dormitorio de la dama. Estaba sola por el momento, pero eso podría no durar mucho. Afortunadamente, Cecily rara vez tenía problemas para ir directamente al grano.

La joven estaba sentada en uno de los dos delicados sofás y parecía estar ajustándose la zapatilla cuando Cecily entró en la pequeña habitación.

«Señorita Gresham, ¿correcto?», preguntó, cruzando el salón para sentarse a su lado.

La chica se estremeció y se inclinó hacia atrás mientras miraba a Cecily con una mirada parpadeante.

Cecily sonrió para tranquilizar a la joven y deseó tener el lujo de ganarse su confianza primero, pero sabía muy bien con qué rapidez Cross podía burlar el buen sentido de una mujer. La sutileza era una pérdida de tiempo.

«Lamento tener que acercarme a usted tan abruptamente», continuó con gentileza, «pero debo hacerle una advertencia muy necesaria. Lord Cross no es de fiar».

Los ojos de la señorita Gresham se abrieron de par en par. «¿Usted disculpe?».

Habiendo aprendido que ir directo al grano era generalmente el método más efectivo para

impartir información vital, Cecily sostuvo la mirada de la chica mientras respondía. «Él no es el noble caballero que la mayoría cree que es. Tenga cuidado con sus promesas susurradas y sus lindos cumplidos. *Él* es el monstruo sobre el que su niñera le contó historias».

«Yo no...», empezó la joven, pero se detuvo cuando se oyeron voces apagadas más allá de la puerta cerrada.

Al oír el tono distintivo de Margot, Cecily se tragó una maldición mientras deslizaba una tarjeta del bolsillo oculto de su vestido y la ponía en la mano de la otra mujer. «En caso de que desee discutir esto más a fondo», murmuró, luego se puso de pie y caminó hacia la puerta justo cuando otra dama entraba.

Cecily se encontró con Margot justo afuera de la habitación y continuaron hacia el salón de baile.

«¿Pareció receptiva?», preguntó su prima en un susurro aparte.

Al pensar en la inocencia cautelosa en los ojos abiertos de la joven, Cecily murmuró, «solo puedo esperar».

A veces, las mujeres a las que se acercaba respondían... otras veces no. A pesar de sus incansables esfuerzos por advertir a quienes podía, Cross seguía arruinando a las mujeres jóvenes para su propia diversión egoísta.

Una prueba más de ello apareció menos de dos minutos después.

Las primas estaban cruzando el pasillo cuando vieron por casualidad a una de las damas que no había hecho caso de las advertencias de Cecily y que inevitablemente había llegado a arrepentirse de ello. Justo cuando iban a cruzarse, la dama miró a Cecily y murmuró rápida y silenciosamente, «un momento, por favor». Sin esperar ninguna respuesta, continuó hacia una sala de estar abierta y desapareció en el interior.

Los pasos de Cecily se hicieron más lentos y Margot asintió, entendiendo sin decir palabra. Mientras su prima se dirigía lentamente hacia la chimenea al final del pasillo para contemplar el extenso cuadro de paisaje que había encima, Cecily se dio la vuelta y redirigió sus pasos hacia la sala de estar. Su prima vigilaría en el pasillo mientras ella determinaba lo que la dama podría requerir de ella.

No era terriblemente inusual que alguien se acercara a ella de esa manera. El conocimiento de su trabajo encubierto entre las damas de la alta sociedad se compartía ocasionalmente con otras que pudieran necesitar ayuda. Esta dama, sin embargo, no era alguien que necesitara que le advirtieran sobre lord Cross o cualquier otro canalla engañoso.

Lady Harriet Taylor, hija de un marqués que se había convertido en pupila de su tío tras la muerte de su padre dos años atrás, estaba de pie en el centro de la habitación vacía. Cuando Cecily entró, murmuró rápidamente, «cierre la puerta, por favor, señorita Fairclough».

Cecily hizo lo que le pidió y una vez que aseguraron su privacidad, habló con claridad. «¿En qué puedo ayudarla, milady?».

La otra mujer sonrió tensa. «Solo muy pocas personas lo saben, pero pronto me casaré con lord Ridsdale».

Cecily arqueó las cejas. «Felicitaciones, milady».

Los labios de lady Taylor temblaron. «Gracias. Soy muy feliz... o lo sería, si no fuera por...». Se retorció las manos y una mirada de abyecta angustia se apoderó de sus rasgos. Entonces se acercó a Cecily con una expresión suplicante mientras su tono se convertía en un susurro. «No sé cómo, pero de alguna manera descubrió mi compromiso. Está amenazando con exponer mi... indiscreción pasada a lord Ridsdale si no le pago una cantidad exorbitante de dinero». La furia ardía en la sangre de Cecily. No había duda de quién era *él* realmente.

«Me ha dado dos meses para adquirir los fondos o irá a contarle todo a Ridsdale... y le mostraré el relicario que me quitó como prueba de nuestra... asociación pasada. No habrá duda de que el relicario es mío, ya que tiene inscritas mis iniciales y contiene las imágenes de mis padres». La voz de la dama se elevó con angustia. «Mi tío nunca me entregará una suma de tal magnitud. Lord Ridsdale se verá obligado a abandonarme. No puedo... no tengo forma de adquirir esos fondos...».

«No tendrá que hacerlo», le aseguró Cecily bruscamente mientras tomaba las manos frías de la otra mujer entre las suyas. «No lo permitiré. Él no ganará. Se merece una futura felicidad, milady».

La mirada de Lady Taylor era seria. «Pero ¿cómo se le puede detener?».

«Encontraré una manera. Lo juro».

La dama pareció aliviarse un poco con la firme promesa de Cecily y se separaron con la promesa de mantenerse en contacto para tratar el asunto.

Cecily y Margot abandonaron el baile poco después, pero durante muchas horas de la noche, Cecily luchó por mantener a raya su ira mientras pensaba en todo el dolor y la angustia que Cross seguía infligiendo a tantas personas. Y sus pensamientos se desviaron por un camino que ya había recorrido antes. Uno pavimentado con visiones de venganza y justicia. Tenía que haber alguna manera de poner fin a las malvadas maquinaciones de Cross. *Tenía que haberla.*

Por lo general, esos pensamientos solo la llevaban a más frustración y furia. Esta noche, sin embargo, un extraño e inesperado destello de inspiración se había encendido para iluminar su camino. Inspiración que lentamente tomó la forma de un Adonis de cabello dorado con una sonrisa malvada y una mirada exasperantemente desenfrenada.

Capítulo Cuatro

«¿Qué estás imaginando en tu cabeza?».

Dos noches después, Cecily miraba a su prima cuando llegaron a otro baile.

«¿De qué estás hablando?», preguntó observando la mirada penetrante de la otra mujer.

Margot carraspeó. «Conozco esa mirada».

Sabía que confesaría todo tarde o temprano, Cecily sonrió, pero la expresión no tenía humor ni placer. «Estoy considerando aprovechar una posible oportunidad que se presentó recientemente».

«¿Qué diablos significa eso?», preguntó Margot con cautela.

«Significa que estoy cansada de que Cross sea una amenaza constante para nuestro sexo».

Hubo una pausa forzada cuando las anunciaron en la amplia entrada arqueada del salón de baile de lord y lady Fowler.

Cuando avanzaron al interior, Margot susurró, «¿qué pretendes?».

Respirando profundamente, Cecily miró a la multitud reunida de hombres y mujeres elegantes. «No lo diré todavía», respondió en un tono cauteloso. «Hay algunos factores desconocidos que debo averiguar. Te avisaré cuando haya reunido todos los elementos».

Mientras hablaba, finalmente vio al señor Vane apoyado insolentemente contra una columna, luciendo terriblemente aburrido y moleestamente elegante. Sus sorprendentes ojos azules estaban fijos en ella, casi como si la hubiera estado esperando. Sin dudarlo, ella ajustó su rumbo.

«¿Adónde vas?», murmuró Margot a su lado, luego continuó susurrando, «¿qué estás haciendo?», cuando vio exactamente hacia quién se dirigía Cecily.

«Confía en mí».

Margot gimió en voz baja, pero cambió su dirección para continuar hacia las otras tímidas doncellas, dejando que Cecily continuara sola.

Cecily nunca había sido muy buena para evitar que sus pensamientos o sentimientos se reflejaran en su expresión. Ya sea que estuviera molesta, enojada o encantada, todo lo que uno tenía que hacer era mirarla a la cara para saberlo. Pero mientras se acercaba al (*nada*) honorable señor Reginald Vane, se esforzó mucho por no parecer que estaba tramando algún plan malvado. No quería que el mundo supiera que sus siguientes acciones eran completamente planificadas, aunque esperaba que Vane fuera lo suficientemente inteligente como para entender lo que estaba a punto de hacer.

Ella había apartado la mirada de él cuando inició su acercamiento, pero mientras se acercaba, se arriesgó a echarle un vistazo rápido para asegurarse de que todavía estaba allí.

Lo estaba. Y su mirada permaneció sorprendentemente fija en ella, provocando un estremecimiento instantáneo en su interior.

Levantando la barbilla, continuó pasando junto a él. Pero no llegó muy lejos cuando él habló.

«Señorita Fairclough, creo que se le cayó algo».

Cecily se giró para echar una mirada interrogativa por encima del hombro y vio a Vane arrodillado mientras recogía su tarjeta de baile que había caído a sus pies. La pose ligeramente suplicante hizo que su vientre se tensara inesperadamente. Pero fue la forma en que la miró, con esos ojos desorbitados y esa sonrisa diabólica y cómplice curvando sus labios, lo que la hizo

preguntarse si estaba cometiendo un error.

¿Cómo podía haber olvidado lo arrogante que era? ¿Cuán condenadamente confiado y seguro de sí mismo en su propio atractivo? Pero lo más importante, ¿cómo podía haber olvidado cuán agudamente parecía reaccionar a cada pequeño cambio en su expresión y comportamiento?

Antes de dudar más de sí misma, dio un paso hacia él y contestó algo rígida, «gracias, Sr. Vane. Qué amable de su parte».

Sus ojos parpadearon con humor y sus dientes brillaron en una sonrisa momentánea mientras miraba la tarjeta. «Parece que no la han reclamado para el próximo baile». *¡Ja! No la habían reclamado para ninguno de los bailes.* «¿Entramos a la pista, señorita Fairclough?»

Él lo *había* entendido. Era al menos tan inteligente como ella esperaba.

«Insisto», agregó con otro destello de dientes.

Ella puso los ojos en blanco con autoridad y suspiró. «Bien».

Cuando extendió la mano para tomar la tarjeta, él la retuvo. «Permítame».

Su voz había llegado a un registro más bajo. Había empleado la misma táctica en su conversación anterior cada vez que intentaba obtener su consentimiento.

Era bueno que ella fuera inmune a tales tonterías.

Casi inmune.

Consciente, al menos.

Con un resoplido irritado, lo suficientemente pequeño como para que los demás no lo oyeran, pero lo suficientemente profundo como para hacerle saber que no apreciaba su mano dura.

Vane volvió a atar con cuidado la cinta de la tarjeta de baile alrededor de su muñeca, sus dedos rozando los delicados huesos con un toque ligero. Tan pronto como terminó, atrapó su mano antes de que pudiera retirarla. Luego dio un paso hacia ella y apoyó los dedos de ella en el pliegue de su codo. Lanzándole otra mirada de soslayo y una sonrisa cómplice, que ella le devolvió con una leve estrechez de ojos y una fuerte presión de los labios, él los condujo a la pista de baile. Ella no pasó por alto las muchas miradas de sorpresa que recibieron al pasar entre la multitud. Era bastante raro ver a uno de los Villanos Vane en un evento como este, y mucho menos verlo dirigirse a la pista de baile. Pero si a eso se sumaba el hecho de que su pareja elegida era una de las *Intocables*, *ella* específicamente, y que se había dignado a aceptar la invitación, los rumores probablemente se propagarían por el salón de baile como un reguero de pólvora.

Los hermanos Vane no eran los únicos a los que la sociedad había decidido otorgar un apodo malsonante. Cecily y Margot se habían ganado el suyo en los últimos dos años. No es que ninguna de las dos prestara mucha atención a esas cosas, pero cuando las mujeres descubrieron por primera vez cómo las llamaba la gente en privado, decidieron que el nombre era bastante apropiado. Porque, en verdad, se sentían intocables. Según las reglas y expectativas de la sociedad. Según las opiniones de los demás. Según la decepción, la amistad o el amor.

Pero no por la tragedia, por desgracia.

Cuando llegaron al centro de la pista de baile, Vane se volvió hacia ella con una sonrisa discreta mientras adoptaba la posición para el vals. Su mano grande era cálida y firme en su espalda. Su hombro era ridículamente fuerte y ancho donde ella descansaba los dedos. Y su palma era suave y firme cuando tomó su mano entre las suyas.

Con un movimiento de sus labios, él habló. «Podría ser agradable, señorita Fairclough, si no pareciera que la estoy escoltando hacia un destino miserable».

Cecily apretó la mandíbula, inclinó la cara hacia él y le dedicó una pequeña sonrisa tensa,

seguida de una mirada irreprimible.

Su risa fue baja e íntima mientras la arrastraba hacia el primer giro del baile. Debido a su fuerza superior, su altura adicional y las convenciones del vals, Cecily se vio obligada a aceptar por completo que la guiara. Aunque disfrutaba bailando en general, esta era una de las razones por las que detestaba un poco el vals. Tener que depositar tanta confianza en un hombre a menudo resultaba desastroso. Sin embargo, Vane los acomodó con bastante facilidad al ritmo y la fluidez de las otras parejas.

Como si supiera exactamente lo desafiante que encontraba el momento y disfrutara completamente de su incomodidad, le mostró una sonrisa maliciosa. Al mismo tiempo, el azul de sus ojos se oscureció, se hizo profundo y se arremolinó, haciendo que su vientre hiciera lo mismo. Luego su voz bajó a un retumbar bajo y áspero mientras hablaba. «Me gustaría que reconociera que *yo* no me acerqué a *usted* esta noche. No voy a permitir que me acuse de ignorar sus deseos expresados con firmeza en nuestro último encuentro».

Cecily resopló, pero no respondió.

«No se preocupe, dulzura», murmuró, «estoy muy complacido por su inesperado cambio de actitud».

La forma en que sus labios se curvaron alrededor de sus palabras instantáneamente disparó tensión a través de su columna vertebral. Era como cualquier otro libertino. Asquerosamente confiado en su atractivo. Molestamente seguro de que conocía los deseos de cualquier mujer que conociera, y que esos deseos obviamente debían girar en torno a *él*.

«Sin duda se sintió abrumadoramente desamparada sin la calidez de mi encanto», agregó con una sonrisa.

Su respuesta fue rápida y aguda. «Su encanto es extremadamente limitado».

Él arqueó las cejas. «Entonces, ¿mi ridícula belleza?».

Ella puso los ojos en blanco.

Inclinando la cabeza hacia la de ella, murmuró íntimamente, «¿atracción física primaria?».

Aunque su sangre se aceleró, su mirada era firme. «Quiero hablar con usted, señor Vane», respondió ella secamente. «Nada más».

Él tuvo un tic cómico en sus cejas. «Hable».

Pronunció la palabra como si no pudiera comprender bien su significado. Dios mío, ¿acaso el hombre nunca había conversado con una mujer sin que alguna intención lasciva estuviera presente en la conversación?

«A pesar de la creencia popular», replicó ella secamente, «no todas las mujeres están maldecidas con un deseo inexplicable de acostarse con uno de los Villanos Vane».

Hubo un extraño destello en sus ojos cuando ella usó el término favorito de los rumores para referirse a él y a su hermano gemelo. Pero luego ladeó la cabeza y torció la boca en una sonrisa que era tan perversa y peligrosa como todos los rumores declaraban que era el hombre.

«Mi querida niña, esos deseos son una bendición, no una maldición».

Se encogió de hombros. «Si eso es lo que debe decirse usted mismo».

En lugar de parecer insultado por su comentario, el hombre bajó la barbilla y se rió entre dientes. El sonido fue profundo, serio y genuino. Luego levantó la mirada y otra sonrisa ensanchó su boca.

Por lo general, su lengua cáustica tenía uno de dos efectos en los caballeros que se atrevían a acercarse a ella. O bien se achicaban y se movían inquietos ante su crítica antes de alejarse rápidamente de su alcance. O bien, se ponían furiosos y se enfadaban porque una mujer

se atrevía a hablarles de esa manera. El hecho de que Vane simplemente pareciera divertido por sus insultos era molesto.

«¿No siente curiosidad por saber por qué organicé esta pequeña conversación?».

«¿Después de dejar tan clara su aversión hacia mí la otra noche? Tengo una intensa curiosidad», respondió. «Pero soy un hombre paciente».

Cecily inclinó la cabeza.

Mentiras.

No era paciente en absoluto. Solo había perfeccionado una apariencia de despreocupación temeraria. La actitud era tan profunda que, sin duda, él ni siquiera era consciente de su engaño.

Pero Cecily podía verlo. El atisbo de tensión apareció en su mandíbula. La intensa concentración de su mirada. La relajación forzada en su cuerpo alto y musculoso que obviamente era un disfraz para ocultar el deseo reprimido del hombre de emprender algún tipo de acción.

No estaba muy segura de cómo sabía esas cosas. Simplemente lo sabía.

«Tengo una propuesta para usted».

«¿Una propuesta?». Sus ojos azules brillaron con una luz profana y la curva decadente de sus labios de repente hizo que el pulso de Cecily se agitara como las alas de un pájaro atrapado. «Eso suena prometedor».

«Sí, bueno, antes de que se adelante, debo insistir en que jure, como un... *caballero*», no pudo evitar burlarse de la palabra con desdén, «que lo que discutamos en esta pista de baile quedará estrictamente entre nosotros dos».

«Nunca besaría y lo contaría».

Ella entrecerró la mirada. «No habrá besos. Este no es ese tipo de acuerdo».

«¿Qué otro tipo de acuerdo puede ser?», él estaba realmente confundido.

«Uno que es potencialmente mucho más satisfactorio para ambas partes».

Se rió en serio antes de responder en un tono que era burlón, coqueto y presumido a la vez. «Cualquier acuerdo que me implique a mí y a los besos es más satisfactorio para ambas partes que cualquier cosa que pueda imaginar».

Cecily odiaba que sus palabras le provocaran pequeños escalofríos perturbadores en la columna vertebral. Su voz era decididamente cortante cuando respondió, «si no puede conseguir mantener su pequeña mente masculina fuera del dormitorio, esta discusión ha terminado».

Pero el hombre no se dejó intimidar. Acercándola más hacia la pista de baile, bajó la cabeza para murmurar, «se da cuenta de que la ausencia de un dormitorio no impide en absoluto que mi pequeña mente masculina tenga el tipo de imaginaciones que está tratando de eludir. Las salas de estar funcionan bastante bien. Y las bibliotecas, los invernaderos, los armarios de ropa blanca, los pasillos oscuros, los establos, un suave montículo de hierba...».

«Basta», interrumpió Cecily bruscamente, sin dudar de que el hombre podría seguir durante un buen rato recitando los muchos lugares en los que había mostrado su comportamiento libertino. «Está claro que es incapaz de tomarme en serio».

Ella empezó a alejarse de él, planificando en alejarse y dejarlo solo en la pista de baile. Pero él la agarró firmemente en sus brazos con muy poco esfuerzo. Su fuerza era muy sutil y muy efectiva. Ella se aseguró de no subestimarla otra vez.

«Mis disculpas, señorita Fairclough», dijo sin una pizca de arrepentimiento. «Exponga su propuesta».

El corazón de Cecily se detuvo, luego se aceleró y luego se estabilizó.

¿Realmente iba a hacer esto?

Sí. Lo iba a hacer.

Pero primero necesitaba saber qué influencia había usado Cross para asegurar el compromiso de Vane. Esto solo funcionaría si había suficiente incentivo para inspirar un absoluto desprecio por el honor y una traición directa a su acuerdo de caballeros. Esperaba que Vane fuera lo suficientemente malvado como para considerar volverse contra su amigo.

«¿Cuáles fueron los términos de su apuesta con Cross?».

Él no se inmutó ni dudó, solo arqueó una ceja y preguntó, «¿qué apuesta?».

«No tiene sentido negarlo», respondió ella secamente. «Sea lo que fuere, usted perdió. Más vale que me lo diga».

El hombre la miró con expresión inexpresiva. Fue un buen intento, pero ella ya había determinado que no era un tonto cabeza hueca.

Entrecerró la mirada. «¿Qué le ofreció?», ella insistió.

Capítulo Cinco

Reginald hizo todo lo posible por no dar la impresión de ser un zorro acorralado, aunque empezaba a sentirse exactamente así. La intensidad y la firmeza de los ojos de la dama le decían sin lugar a dudas que no dudaría en desgarrarle la garganta si se le daba la motivación adecuada.

Empezaba a entender por qué tantos hombres le tenían miedo. Sabía lo que quería y no daba tregua para conseguirlo. No se dejaba influir por palabras suaves ni sonrisas cuidadosamente elaboradas. Al menos, no con un efecto verdadero o duradero. Y lo más curioso de todo era que parecía que él le desagradaba genuinamente.

Una novedad, sin duda, aunque no podía culparla por ello, teniendo en cuenta que sus sospechas eran completamente correctas.

Afortunadamente, en lugar de sentir miedo o incluso una buena dosis de inquietud ante sus firmes exigencias, Reginald se sintió intrigado y más vivo que en mucho tiempo. Y, al igual que la otra noche, cuando la miró a los ojos, no creyó que pudiera mentirle. Aunque le encantaría seguir intentando seducirla para llevarla a su cama, consideraba que sus posibilidades de ganar la apuesta con Cross estaban prácticamente perdidas. La única forma de que hubiera llegado hasta el final de todos modos habría sido si hubiera encontrado una escapatoria a los términos, una forma de ganar Kinley Park sin las desastrosas consecuencias.

Había sido una apuesta arriesgada desde el principio y no dejaría de intentar hacerse con la posesión de la codiciada propiedad. Pero no de esa manera.

Teniendo eso en cuenta, los restos de honor que aún poseía lo impulsaron a decirle la verdad. Toda la verdad. Tal vez el conocimiento le permitiría protegerse mejor contra Cross en el

futuro, porque Reginald dudaba que ese hombre tuviera la intención de renunciar a los planes vengativos que tenía para la mujer.

También estaba el hecho de que Reginald sentía una curiosidad desmesurada por la propuesta de la señorita Fairclough. Tal vez acostarse con ella no estaba del todo descartado, después de todo.

«Dígame». Claramente estaba llegando al límite de su paciencia.

Dejó de lado toda pretensión de inocencia y bajó la barbilla. Luego se encogió de hombros. «Una finca en Durham».

Ella se puso rígida en sus brazos cuando algo oscuro y sombrío atravesó su mirada y de repente se dio cuenta de que el matiz azul que había visto la otra noche no estaba presente. Esta noche, sus ojos eran de un gris duro y pétreo.

Con la mandíbula fuertemente apretada, preguntó, «¿qué finca?».

La inquietud se apoderó de él, pero respondió con honestidad. «Kinley Park».

Las dos palabras le provocaron un escalofrío en el cuerpo. Él lo sintió. Apenas perceptible, pero innegable. El lugar significaba algo para ella. Algo profundamente personal. Y nada agradable.

Esperó, observando cómo su mirada se desviaba hacia un lado e inhalaba y exhalaba lentamente por la nariz. Podía sentir algo vibrando a través de ella. Zumbó bajo sus manos, arremolinándose con una fuerza extraña, silenciosa pero poderosa.

¿Era miedo? ¿O dolor? O...

Sus ojos se levantaron para encontrarse con los de él. Y su estómago se apretó como si acabara de recibir un puñetazo.

La furia, pura y personal, ardió en su mirada. Entonces abrió los labios y murmuró una palabra en voz baja. «Perfecto».

Reginald parpadeó sorprendido. Eso no era en absoluto lo que él pensaba que diría a continuación. Y luego, la furia se fue, no, no se fue, pero se concentró firmemente, apenas perceptible. Aunque algo ligeramente peligroso todavía se arremolinaba silenciosamente en sus ojos, una vez más parecía una bruja malhumorada en lugar de una diosa iracunda.

Luego, inclinó la cabeza con leve curiosidad. «¿Y qué se esperaba exactamente que lograra por una recompensa tan grande?».

Sus labios se torcieron en una mueca sardónica.

Bueno, ya que iniciamos esto...

«Mi misión era hacer que se enamorara de mí... asegurar su devoción eterna a través de un acuerdo de matrimonio».

Sus pasos vacilaron de repente mientras giraban a través del vals. Reginald la sostuvo firme, acercándola tanto como lo permitía el decoro, más cerca, tal vez. Ella no pareció darse cuenta y una breve carcajada escapó de sus labios. Rápidamente reprimió el sonido de diversión, pero algo peligroso todavía brillaba en sus ojos.

«¿En una noche?», preguntó, incrédula.

Él se aclaró la garganta. «No exactamente».

Ella arqueó las cejas en señal de interrogación.

«Me dieron seis semanas para seducirla y cortejarla».

La comprensión brilló en sus ojos. «Oh... la apuesta sigue en pie, ¿no?».

Reginald se rió entre dientes. «Yo diría que esta conversación en efecto la terminó».

Su expresión se volvió curiosamente pensativa antes de responder con una nota astuta en su voz. «No necesariamente, aunque los términos explican por qué se atrevería a arriesgarse con

Kinley Park. Sabía que fracasaría».

«Me ofende», dijo con fingida afrenta antes de bajar el tono. «No tiene idea de lo persuasivo que puedo ser».

Ella respondió con una expresión descaradamente dudosa. «¿Está tratando de decir que usted, un libertino y mujeriego profundamente reconocido, se habría casado conmigo para ganar esta maldita apuesta?».

Maldita sea.

Antes de que él pudiera responder, ella abrió los ojos y la boca. «Ohhh. Por supuesto que no», murmuró con voz ronca. «Después de declararme, me habrían dejado plantada. Me habrían humillado públicamente. Me habrían arruinado».

Él apretó los dientes. Ella se había dado cuenta de todo bastante rápido. Quería decirle que no habría permitido que llegara a ese punto, pero todavía no tenía idea de cómo lo habría evitado y, al mismo tiempo, habría ganado la apuesta. Y, sin duda, ella no le creería de todos modos.

«Así que ese era su juego», continuó reflexionando en voz baja, con expresión pensativa. «Incluso si hubiera perdido Kinley Park, habría ganado algo igual de valioso. Mi ausencia de la sociedad. Inteligente».

Después de un momento, entrecerró los ojos y lo miró con un sutil ceño fruncido de consternación. «Si bien puedo entender la motivación de Cross, todavía no tengo clara la suya. Desea esta propiedad lo suficiente como para destruir a una mujer que nunca ha conocido y no tiene motivos para herir. ¿Por qué?».

Por un segundo, Reginald sintió la extraña necesidad de decirle la verdad antes de que su buen sentido lo salvara. En cambio, se encogió de hombros despreocupadamente. «Kinley Park cuenta con una excelente pesca del salmón».

Ella se rió de nuevo, un sonido bajo y ronco que le agitó las entrañas a él. «Bien. No me lo diga. Aunque diré que es algo interesante descubrir cuánto vale la reputación de uno». Le dirigió una mirada crítica. «Teniendo en cuenta su propia reputación, supongo que debería estar agradecida de que haya hecho falta incluso eso para convencerlo».

«No fue así», respondió él, reclamando su mirada de reproche con una mirada penetrante. «No negaré que no hay mucho que no haría por adquirir Kinley Park. Pero no acepté la apuesta hasta después de verla».

Parpadeó ante la abierta admisión. «Es increíblemente superficial».

Reginald esbozó una sonrisa impenitente. «Afortunadamente, la seducción no requiere una profundidad significativa».

No pudo evitar echarle un vistazo a su persona. Realmente era excepcionalmente hermosa. Su figura exuberantemente curvada y suave en todos los lugares correctos. Los detalles de sus rasgos faciales eran casi angelicales, si no fuera por la sensual plenitud de su boca respingona y la inteligencia dura e implacable en su mirada. Eran esas contradicciones las que la hacían tan intrigante. Especialmente después de haber captado destellos fugaces de placer auténtico en sus rasgos. Quería inspirar eso él mismo.

Cuando sus labios se separaron bajo su mirada fija, obligó a su atención a encontrarse con sus ojos. Tenía las cejas fruncidas y unas sombras pesadas oscurecían sus ojos. Pero vio chispas bailando en la oscuridad. Y un leve rubor tiñó sus mejillas.

Cuando bajó la cabeza hacia la de ella, su respiración se contuvo silenciosamente.

«La seduciría por el puro placer de hacerlo», dijo en un tono áspero y profundo, uno que no tenía derecho a usar en ningún lugar excepto en la privacidad de un dormitorio.

«Su placer», respondió ella en un susurro áspero.

«Y el suyo».

Con un pellizco de sus labios, ella respondió, «habla como un verdadero libertino».

Reginald sonrió. «Hay cosas peores que un hombre puede hacer que dedicar su vida a experimentar los placeres limitados que la vida se digna a ofrecer de mala gana».

«¿Como una excelente pesca de salmón?», su sarcasmo era perfecto.

Él apenas reprimió su risa. «Exactamente».

Ella puso los ojos en blanco de manera dramática, pero había un tic de humor en la orilla de su boca.

«¿Me sorprende que no esté furiosa por todo esto?», notó con curiosidad.

«Oh, lo estoy». Un destello brilló en su mirada. «Intensamente. Sin embargo...», esa pequeña sonrisa traviesa que solo había vislumbrado la noche anterior curvó las comisuras de su boca y desencadenó un rápido giro de deseo en su estómago, «si bien la ira puede sentirse inmensamente satisfactoria, sus recompensas son efímeras. Prefiero consecuencias más duraderas».

Un extraño escalofrío bailó por la columna de Reginald. No podía decir si era inquietud o euforia. «Casi tengo miedo de preguntar», comentó con voz ronca.

Su sonrisa era innegablemente malvada en contraste con sus rasgos angelicales. Era como un rayo que hubiera golpeado el centro mismo de su ser. Mientras luchaba por seguir respirando, ella sostuvo su mirada con una firmeza inquebrantable y simplemente señaló, «va a ganar esa apuesta, señor Vane. Y yo lo voy a ayudar».

¿Qué?

Sintiéndose como si lo hubieran empujado por un acantilado, Reginald la miró fijamente. Luego bajó las cejas. «Será mejor que se explique, dulzura, porque parece que acaba de decir que iba a ayudar a su propia ruina».

Su sonrisa volvió a brillar y él tuvo que obligarse a no gemir en voz alta ante la rápida patada de deseo que desencadenó en sus entrañas.

«Lo haré», respondió ella con aire de suficiencia.

«No». La palabra salió más dura y más aguda de lo que pretendía. Era comprensible, teniendo en cuenta lo apretado que estaba su vientre.

Su expresión se iluminó con fastidio. «¿Por qué no? Yo creo que, entre los dos, yo debería tener la mayor autoridad sobre los términos de mi propia desgracia».

Él apretó los dientes contra todo lo que quería decir en ese momento y sacudió la cabeza. Mirándola fijamente a los ojos, preguntó, «¿por qué haría esto por mí?».

«No por usted», respondió ella.

«¿Se sacrificaría a la condena social solo para frustrar a Cross? ¿Qué representa él para usted?».

Ella apretó los dientes y levantó la barbilla antes de responder con ligereza, «ese hombre significa nada para mí».

Él no la creyó. «Debe haber algo que espera ganar con esto», insistió él.

«Por supuesto». Sus ojos grises parpadearon brevemente hacia un lado. «Aparte de que Cross pierda Kinley Park, lo que será increíblemente gratificante, necesitaré su ayuda con algo bastante *delicado*».

«¿Qué es?».

Por la repentina tensión en su cuerpo y la rigidez de su expresión, lo que fuera que estuviera a punto de decir a continuación le resultaría mucho más difícil que hablar de su propia

ruina. Sin embargo, su mirada se encontró con la de él con una fuerza tranquila pero innegable.

Su voz era apenas un susurro cuando habló, «¿alguna vez ha visto esa llave que lord Cross siempre lleva consigo?».

Reginald frunció el ceño. Por supuesto que la había visto. Cross guardaba una vieja llave deslustrada en la cadena de reloj y tenía la molesta costumbre de sacarla constantemente del bolsillo del pecho para jugar con ella. El hombre ni siquiera parecía darse cuenta de la frecuencia con la que lo hacía.

«Quiero que la robe para mí».

Reginald parpadeó. «¿Cómo dice?»

«Yo no puedo, y francamente, no lo *haré*, no me acercaré para conseguirla yo misma», explicó en voz baja. «Pero usted sí puede».

«No soy un ladrón», argumentó él mientras su mente buscaba qué posible significado podría tener la llave para ella.

Ella suspiró exasperada. «Entonces póngase creativo. Atiborre al hombre de licor o soborne a su ayuda de cámara. No me importa. Esas son mis condiciones. Así se quedará con Kinley Park. Yo me quedo con la llave. Y...», añadió rápidamente, «tendré acceso a lo que abre».

Arqueó las cejas. «¿Qué demonios abre?».

«Lo descubrirá cuando consiga la maldita llave», espetó. «Los detalles no son importantes hasta que tengamos éxito en nuestra artimaña. Pero le aseguro que es algo pequeño para alguien como usted».

Reginald entrecerró la mirada. «Para mí será pequeño, pero lo suficientemente importante para usted como para que renuncie a su posición en la sociedad».

Ella resopló con desdén. «No se preocupe por mí. Piense solo en el salmón».

La miró con el ceño fruncido mientras sus instintos luchaban entre la urgencia de darle un duro sermón sobre la autoconservación y el feroz deseo de besarla para que entrara en razón. Aunque, siendo sincero, estaba mucho más acostumbrado a besar a las mujeres hasta dejarlas *sin* sentido.

Y *él* estaba pensando en Kinley Park. La atrevida propuesta de esta mujer era mucho más que la escapatoria que había estado buscando, pero ¿y si le daba el resultado deseado...?

Él sacudió la cabeza exasperado. «Sospecho que preocuparse por usted, señorita Fairclough, sería una absoluta pérdida de tiempo y esfuerzo».

Sus labios se curvaron en una sutil sonrisa. «No es tan tonto como parece, señor Vane».

Arqueando una ceja arrogante, él esbozó una rápida sonrisa. «¿Eso es un cumplido, dulzura?».

Ella resopló y entrecerró la mirada. «Pero, tal vez sí lo sea».

Él se rió burlonamente ante su tono mordaz.

«¿Tenemos un acuerdo?».

Él emitió un sonido bajo y áspero antes de señalar secamente, «no veo ninguna razón para negarme considerando que su pequeño plan tiene una recompensa significativa y poco o ningún riesgo. Al menos, para *mí*», aclaró él.

Ignorando su comentario mordaz, echó una rápida mirada panorámica al salón de baile. «Tendremos que hacer esto convincente para que Cross no sospeche nada. Me pondré en contacto con usted en los próximos días para planificar nuestro progreso».

Cuando su mirada volvió a la de él, pareció perder el hilo de sus pensamientos por un momento.

Reginald reaccionó de inmediato a la forma en que sus ojos suavizados parpadearon entre la oscuridad y la luz y sus labios se separaron en un breve suspiro. Pero justo cuando él le habría dado una de sus sonrisas más seductoras, se aclaró la garganta.

«Pero primero», susurró con voz ronca, «debemos preparar adecuadamente el escenario».

El deseo bailó a lo largo de sus nervios con pasos ligeros antes de que su cerebro se pusiera al día con su respuesta física.

¿De qué estaba hablando ella?

Mientras la observaba, su expresión cambió dramáticamente a una mirada endurecida mientras se liberaba de sus brazos allí mismo en medio de la pista de baile. Mientras los que estaban cerca jadeaban en estado de sorpresa, ella envió su mano volando rápidamente hacia su rostro.

Él entendió su intención un momento antes de que hiciera contacto. Cualquier otro hombre se habría enfurecido ante la perspectiva de ser humillado de esa manera con todo el salón de baile mirando. Pero a Reginald no le importaba un carajo la opinión pública y había pasado años demostrándolo.

Aunque podría haber evitado la bofetada punzante, se la permitió. Su única respuesta fue una mirada aguda de retribución prometida cuando su palma tocó su mejilla.

Su mirada parpadeó con incertidumbre entonces, pero era demasiado tarde. El daño estaba hecho. Y justo antes de que ella se diera la vuelta para alejarse orgullosa y rápidamente de él, estuvo seguro de haber vislumbrado algo más en sus ojos.

Una expectación silenciosa y sin aliento.

La visión de la escena serpenteaba sensualmente por su torrente sanguíneo para envolver con seguridad el duro nudo de deseo en su vientre.

Había mucho más en la cáustica señorita Fairclough de lo que nadie parecía darse cuenta y él tenía la intención de explorar cada centímetro de esas misteriosas profundidades.

Capítulo Seis

«Perdonen, señoritas. Pero... ha llegado un visitante para... la señorita Fairclough».

Cecily y Margot se miraron asombradas y confundidas.

Eran apenas las tres de la tarde, lo que significaba que ambas todavía estaban vestidas con sus camisones y batas, el cabello despeinado por el sueño, los pies descalzos metidos debajo de una manta compartida, mientras descansaban en los extremos opuestos de un sofá mullido leyendo los diarios de la mañanas en su salón privado.

Desde el día en que llegaron a vivir a Hargrave House, su abuela nunca había insistido en una hora para acostarse. Y dado que la propia señora llegaba excepcionalmente tarde y por lo general no se retiraba hasta las primeras horas de la mañana, las jóvenes a su cargo rápidamente adoptaron un horario similar. La medianoche las habría encontrado a menudo jugando al escondite en el salón de abajo, corriendo como animales salvajes en el salón de baile vacío, o acurrucadas en el suelo de la biblioteca, abrazando un libro entre ellas.

Al crecer, comenzaron a disfrutar de tranquilas rondas de ajedrez y si tenían ganas de compañía, a emocionantes partidas de whist. De lo contrario, habiendo descubierto que las horas más oscuras de la noche eran las más propicias para la creatividad y la inspiración, a menudo se retiraban a sus dormitorios individuales donde disfrutaban de unas cuantas horas privadas de placeres solitarios. Leer, dibujar, escribir cartas o poemas o algún otro pasatiempo que en ese momento capturara su interés.

Aunque a esas horas tan tardías las niñas rara vez se levantaban antes de la llegada de la tarde, no ocurría lo mismo con su abuela. En un momento de su infancia, habían intentado acostarse temprano con el expreso propósito de levantarse antes que su abuela y sorprenderla. Pero por muy terrible que fuera la hora en que lograban levantarse de la cama, la señora siempre estaba despierta, ocupándose de uno de sus diversos proyectos. Al final, se vieron obligadas a llegar a la conclusión de que su abuela obviamente no dormía nada, lo que les permitió volver a su patrón preferido de permanecer despiertas hasta casi el amanecer y dormir hasta bien entrada la tarde.

El inesperado anuncio del mayordomo el día después del baile de lord y lady Fowler no tenía precedentes. Nunca tenían visitas.

En ocasiones, la abuela las tenía, pero nunca tan temprano en el día.

Incluso Poe, que por lo general era un maestro en mantener sus modales impasibles, había sido incapaz de ocultar la sorpresa en su tono.

Después de un momento de silencio atónito, Cecily levantó la vista y preguntó, «¿estás seguro?».

Poe asintió con firmeza.

«¿Quién es?», preguntó Margot sin rodeos.

«Mis disculpas», murmuró Poe. «Es un señor Vane quien quiere verla, señorita».

Margot jadeó y volvió los ojos muy abiertos hacia Cecily, que se había quedado inmóvil como una piedra ante el nombre.

Ella maldijo en voz baja. «Se suponía que el hombre esperaría hasta que yo lo contactara. ¿Qué diablos está haciendo aquí?».

«Obviamente se ha enamorado profundamente de ti y simplemente no pudo mantenerse alejado», comentó Margot con un movimiento en los labios.

Cecily apretó sus ojos y dientes.

«¿Lo vas a recibir?», preguntó su prima.

Cecily suspiró con un gruñido. «Supongo que debo hacerlo». Levantándose de mala gana de donde había estado tan cómodamente acurrucada en la esquina del lujoso sofá, le ordenó a Poe, «que espere mi presencia en el salón... ¡no!... en la biblioteca».

Margot hizo un breve sonido detrás de ella cuando Poe hizo una reverencia y luego salió del salón.

«¿La biblioteca, Cecily? ¿En serio?».

Cecily se encogió de hombros y se volvió hacia la otra mujer. «No puedo permitir que piense que puede hacer lo que quiera sin sufrir consecuencias. Ahora, ven y ayúdame a descubrir cómo se arregla uno para recibir a un hombre que ha accedido a arruinarte».

#

Reginald se paseaba por la gran y supuestamente impresionante biblioteca. No porque estuviera ansioso o molesto, aunque cada diez minutos que lo hacían esperar, ciertamente se estaba convirtiendo en uno de esos momentos, sino porque la biblioteca no tenía muebles donde sentarse.

En cuanto a la biblioteca, estaba bien equipada con estanterías desde el suelo hasta el techo repletas de elegantes tomos antiguos. Una gran chimenea dominaba una pared y encima colgaba un enorme retrato que representaba a una hermosa joven vestida con ropas de viuda, cabello negro y ojos negros, flanqueada por dos chicas jóvenes, de edades muy próximas, ambas con vestidos de color gris suave y tan rubias y pálidas como su madre era morena. En lo que respectaba al retrato, este era innegablemente melancólico, pero había algo discretamente feroz en las miradas de las tres personas. Reginald tuvo la sensación de que había una gran y terrible historia detrás de sus expresiones estoicas y le tomó un largo momento apartar la mirada de la pintura para confirmar que los libros y la impresionante chimenea eran los únicos elementos de la habitación que parecían una biblioteca real. No había escritorio, ni alfombras en el suelo, y en lugar de sofás o sillas o incluso un banco de madera para que una persona se sentara mientras examinaba el contenido de los estantes, la gran sala tenía tres mesas largas, no muy diferentes de las que su cocinero usaba para preparar comidas en su cocina. Y cada una de las mesas de gran tamaño estaba cubierta y abarrotada de elementos tanto comunes como inusuales.

Había libros, por supuesto, apilados y olvidados, abiertos y cerrados. Algunos de ellos estaban marcados con anotaciones a lápiz, otros estaban tan gastados por el uso frecuente que sus títulos ya no podían notarse en su encuadernación. Y entremezclados entre los volúmenes aleatorios había otras... rarezas.

Se dio cuenta de que había plumas de aves de múltiples orígenes y tres nidos diferentes, uno de ellos con restos de cáscaras de huevo todavía en su interior. Había frascos de una variedad de tamaños y formas alineados sobre una mesa, cada uno lleno de mezclas no identificables en colores que iban desde el marrón oscuro hasta un rico color púrpura como la tinta e incluso uno que parecía brillar un poco con una luz artificial. Montones de piedras estaban agrupadas en una especie de orden aparente que Reginald no podía discernir. Las flores y hierbas secas atadas en manojos con trozos de cordel estaban alineadas como si acabaran de secarse, y cerca había una variedad de pequeños cuencos que contenían diferentes tipos de semillas.

Cada vez que rodeaba una de las mesas, Reginald encontraba algo nuevo que no había visto antes. Como colección, era ecléctica y decididamente extraña, pero también extrañamente fascinante. Finalmente había logrado distraerlo durante bastante tiempo y ya que la habitación carecía también de un reloj, al echar un vistazo a su reloj de bolsillo, para ver cuánto tiempo lo

había hecho esperar la señorita Fairclough, se sorprendió al descubrir que había pasado más de una hora.

Parecía imposible.

En la mayoría de las circunstancias, Reginald nunca habría esperado tanto tiempo por alguien.

Quizás esa había sido su intención. Retrasar su llegada hasta que él simplemente se rindiera.

«Señor Vane».

Reginald se giró y vio al mayordomo de largos miembros parado encorvado en la puerta.

«Si me sigue, señor. La señorita Fairclough le espera en el salón».

Entonces, había un salón, con cómodas opciones para sentarse, sin duda.

No estaba seguro de si debería sentirse divertido, irritado o impresionado por las tácticas de la dama. Siguió al mayordomo a través del pasillo de entrada con poca luz hasta otra habitación a solo dos puertas de distancia, donde el sirviente principal lo anunció antes de hacerse a un lado.

Decorado con colores de pino oscuro y cielo de medianoche, con ricas telas que cubrían las ventanas y los muebles y se extendían por el suelo, el salón no se parecía a ningún salón de recepción de dama que hubiera visto antes. Había una intimidad melancólica en el lugar. Una especie de comodidad lujosa pero oscura.

Sin duda, más cómodo que la biblioteca.

Y sentada rígidamente en un sillón de respaldo alto frente a una acogedora chimenea estaba la señorita Fairclough, mirándolo con osadía. El vestido que llevaba era sencillo pero elegante en un vivo color verde jade. Su cabello dorado oscuro estaba peinado con raya en el medio y luego recogido hacia atrás en un moño bajo y retorcido. El estilo simple lograba embellecerla aún más, permitiendo que sus finos rasgos tomaran protagonismo. Características que actualmente estaban presionadas en una expresión de evidente molestia.

«¿Qué está haciendo aquí, señor Vane?», preguntó imperiosamente después de que él la hubiera mirado fijamente durante aproximadamente un minuto.

Él esbozó una media sonrisa ladeada. «Admito que nunca he hecho esto antes, así que no tengo del todo claras todas las reglas del juego, pero esta parece bastante sencilla».

Ella frunció el ceño. «Hable claro».

«Estoy de visita, señorita Fairclough».

«¿Por qué?».

«Es una acción esperada dentro de nuestra sociedad actual que un caballero visite a una dama que ha despertado su interés», lentamente y arqueando una ceja respondió. Su ceño se convirtió en un pequeño gesto feroz, pero antes de que ella pudiera soltar la aguda respuesta que subía a sus labios, él añadió, «esa es nuestra estratagema, ¿no?».

«Dije que me comunicaría con usted en un par de días con un *plan* para nuestras... acciones a seguir».

Reginald se encogió de hombros y caminó hacia una segunda silla de respaldo alto ubicada directamente frente a ella y se sentó en una postura informal de descanso. Mirando a la quisquillosa dama de reojo, respondió, «no vi ninguna razón para esperar. Cross conoce mi intención; esperaría que no perdiera el tiempo para solucionar el asunto». Miró alrededor de la habitación. «Dado que nuestra apuesta tiene un límite de tiempo, pensé que lo mejor sería involucrarme de inmediato. Hablando de involucramiento, ¿dónde están sus otras visitas? ¿Prescindió de ellos antes de recibirme hoy? ¿Es por eso que me hizo esperar tanto tiempo?».

comentó volviendo a centrar su atención en la señorita Fairclough.

Ella le dirigió una mirada como si fuera extremadamente tonto. «No hay otras visitas. ¿No sabe absolutamente nada sobre mí?».

Sabía que ella era hermosa, obstinadamente terca y refrescantemente sarcástica, sonrió. «Si hace pasar a la biblioteca a todos sus invitados, puedo entender por qué es posible que no deseen regresar».

Ella inclinó la cabeza y una sutil presunción cubrió su tono mientras respondía. «¿No le gustó la colección de curiosidades de mi prima?».

Ah, entonces ella *había* tenido la intención de incomodarlo.

«Al contrario», respondió con sinceridad. «Pero no puedo evitar preguntarme si fue un castigo».

Por un momento, ella entrecerró la mirada antes de agitar una mano desdeñosa. «En absoluto. Simplemente sabía que tardaría un poco y pensé en darle algo interesante que hacer en mi ausencia».

Mmm. Una explicación razonable. Pero, al fin y al cabo, una mentira.

Sosteniendo su mirada, le preguntó, «¿y cuál fue exactamente la causa de tu retraso? Ya que no se debió a otras visitas y no fue provocado por despecho, claro está».

«No avisó con antelación de su visita, señor Vane», respondió con frialdad, con expresión orgullosa, pero a la vez defensiva. «Su llegada inesperada me encontró apenas levantándome de la cama. No podría esperar que lo recibiera en camisón».

Esta vez, la sonrisa de Reginald fue lenta e íntima. «No me hubiera importado».

Tan pronto como las palabras en voz baja salieron suavemente de sus labios, ella se puso rígida. Su columna se enderezó y su mandíbula se tensó. Algo oscuro, sospechoso y molesto se arremolinó en sus ojos. Y sus encantadores labios se reafirmaron en una línea severa.

«Guarde esas conversaciones para cuando sea importante, señor Vane», lo amonestó en tono seco. «No sirven de nada cuando solo estamos nosotros dos».

«No estoy de acuerdo», respondió Reginald. «Si termina reaccionando como acaba de hacerlo ante un simple coqueteo, nadie creerá que se está enamorando de mí».

«Pero ese es exactamente el punto», respondió ella. «Incluso si milagrosamente de alguna manera desconoce mi reputación entre la alta sociedad, le aseguro que la mayoría de los demás no lo hacen. *Esperarían* que reaccionara de esa manera. Cualquier otra cosa sería muy sospechosa». Ella inclinó la cabeza. «Seguramente, ¿no pensó que esta *estrategia* iba a ser desmentida tan fácilmente? ¿Se suponía que debía caer en sus brazos sin ningún esfuerzo de su parte, más allá de algunas insinuaciones vergonzosamente básicas?».

Maldita sea, ella era increíble. La dama era inquebrantablemente segura de sí misma e innegablemente altiva y a él le encantaba.

Continuando con una cadencia y profundidad de tono que normalmente reservaba para los amantes en momentos de intimidad y placer, sostuvo su mirada mientras respondía. «Así como usted insiste en comportarse de una manera consistente con su reputación, yo también debo hacerlo. Soy un *libertino incorregible*, ¿recuerda? Un Villano Vane. Puede que haya aceptado esta actuación que usted ha inventado, cariño, pero tengo la intención de jugar según mis propias reglas».

«Razón de más para comportarnos con cuidado», respondió ella, «o podríamos arriesgarnos a revelar el complot a lord Cross. *Él* sabe que fácilmente no me dejaré atrapar».

Respiró hondo y abandonó su postura reclinada para moverse hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. Levantó la mirada para encontrarse con la de ella directamente, mostró

una sonrisa para decir en un murmullo ponderado. «Entonces, tendrá que hacer de arpía y yo seré el seductor sin conciencia. ¿Cómo exactamente piensa enamorarse de mí?».

Solo hubo un breve tirón entre sus cejas antes de que inclinara la barbilla. «No tengo idea. Seguramente, su amplia experiencia tendrá *algunos* conocimientos sobre cómo hacer esas cosas».

Reginald casi se rió ante el borde del disgusto en su tono y se preguntó si era con respecto a su experiencia previa o a la idea de enamorarse de él.

«Todo lo contrario», respondió con sinceridad. «Soy un libertino, no un maldito romántico. Mis compañeras de cama saben exactamente qué esperar de mí más allá del dormitorio». Sus labios se curvaron. «Nada».

«Bueno, eso es extremadamente inútil», replicó bruscamente. «Es posible que haya mencionado eso anoche».

Él se encogió de hombros. «Tenía la impresión de que sabía todo lo que había que saber sobre mí».

Ella apretó los dientes. «Esto no es un juego, señor Vane. Este complot en el que hemos acordado participar es tremendamente serio».

«Estoy consciente», señaló Reginald con firmeza antes de mostrar una media sonrisa. «Si queremos tener éxito, tendremos que descubrir cómo trabajar juntos».

«Si queremos tener éxito, debe confiar en mi juicio», respondió ella.

Él bajó la barbilla. «Y usted debe confiar en el mío».

Capítulo Siete

La obstinada y conflictiva fuerza de voluntad de la dama era como un calor que emanaba de su cuerpo. Parpadeó como pequeñas llamas. Fue un zumbido que se hundió en los huesos de él. El deseo se elevó rápidamente en el cuerpo de Reginald, inundando su torrente sanguíneo en un maremoto, alcanzando cada rincón de su ser en un solo momento que le quitó el aliento. Era similar a lo que había experimentado la primera vez que la miró, pero mucho más intenso.

El instinto le instó a actuar en consecuencia. Para acercarse un poco más, tomar su mano y ofrecerle una sonrisa sensual. Pero pudo resistirse. Sabía que ella se alejaría desconfiada a pesar de que en ese momento posiblemente era lo más honesto sobre él.

Entonces, en lugar de hacer lo que su cuerpo, mente y alma le instaban a actuar, se mantuvo firme bajo su mirada severa y penetrante.

Luego separó los labios y respiró lentamente, obviamente con la intención de decir algo, pero las palabras fueron interrumpidas por el sonido de una repentina conmoción en el pasillo. La señorita Fairclough miró hacia la puerta con una expresión que era a la vez aliviada y cautelosa mientras susurraba. «Ella está en casa».

Profundamente curioso, Reginald siguió su mirada justo cuando alguien entraba en la habitación, deteniéndose unos pasos más allá de la puerta para escanear a sus ocupantes con evidente sorpresa.

La dama era alta, delgada y escultural, y vestía un traje de montar negro diseñado en un estilo estricto, casi militar, y por el rubor de sus estrechas mejillas y la fusta que todavía llevaba en la mano enguantada, parecía que acababa de salir de una vigorosa carrera. Su cabello gris plateado y las finas líneas que acentuaban sus rasgos afilados sugerían que tenía al menos sesenta años, aunque su fuerza de presencia era atemporal.

Reginald se había puesto de pie en el momento en que ella entró en la habitación y después de su rápida lectura inicial, su aguda mirada negra se posó deliberadamente en él. La reconoció inmediatamente como la mujer del triste retrato de la biblioteca, aunque era evidente que el cuadro había sido pintado décadas antes. Inclinando la cabeza, ofreció una sonrisa que parecía extrañamente acogedora y sospechosa al mismo tiempo.

«¿Un invitado?», preguntó sucintamente, su voz se elevó melódicamente con la palabra.

La pregunta obviamente estaba dirigida a la señorita Fairclough, aunque la señora mayor nunca apartó la mirada de Reginald.

«Así es, abuela», respondió la mujer más joven, que también se había puesto de pie. «Permíteme presentarte al Honorable Reginald Vane. Señor Vane, mi abuela lady Hargrave».

Ofreciendo una adecuada reverencia, Reginald sintió algo en la dama que era a la vez vulnerable y formidable. Aunque tal vez estaba recordando la imagen de la biblioteca, porque cuando se enderezó de nuevo y se encontró con la mirada oscura de lady Hargrave, solo vio fuerza y una aguda evaluación en sus ojos.

Lady Hargrave aceptó su reverencia con aire impaciente antes de volverse hacia su nieta. Una de sus cejas gris oscuro se arqueó hacia la línea del cabello. «¿Aceptamos visitas sin tener un acompañante presente, querida?».

Su tono era extrañamente más curioso que confrontador o acusador, pero antes de que la señorita Fairclough pudiera responder, otra persona entró silenciosamente en la habitación detrás de lady Hargrave.

«Aquí estoy».

Era la pequeña compañera de cabello oscuro de la señorita Fairclough de la otra noche. Llevaba un sencillo vestido azul medianoche y su cabello negro, bastante desordenado, recogido hacia atrás y sujeto con una cinta en la nuca. Usó la punta de su dedo para levantar sus gafas por el puente de su nariz mientras pasaba junto a su abuela para tomar posición junto a la señorita Fairclough. «Lo siento, abuela. Solo salí por un momento».

Por el tono sin aliento de la joven y su apariencia ligeramente desaliñada, a Reginald le pareció claro que acababa de bajar corriendo de su dormitorio. Pero lady Hargrave aceptó la excusa con un leve tarareo antes de señalar con seguridad casual, «otra chica soltera no es una acompañante suficiente, Margot Spencer. Algo de lo que tú y tu prima están plenamente conscientes».

A pesar de sus palabras, el tono de la dama fue solo levemente amonestador. Mientras avanzaba para tomar asiento en el centro del lujoso sofá, la señorita Spencer reclamó el lugar a su lado, permitiendo a Reginald y a la señorita Fairclough recuperar sus asientos originales.

Una extraña mirada de confusión recorrió los rasgos de líneas finas de lady Hargrave mientras miraba la mesa de té vacía frente a ellos. Mirando a la señorita Fairclough con los ojos muy abiertos, preguntó, «¿no hay bebidas, querida? ¿Esperas que nos sentemos en este pequeño y pintoresco círculo sin una taza de té entre nosotros? ¿Qué haríamos todos con nuestras manos?», preguntó, levantando las manos para mover los dedos.

«Yo me ocuparé de ello», se ofreció la señorita Spencer, poniéndose de pie antes de que su abuela terminara su pequeño y extraño argumento.

«Incluye algunas galletas de jengibre», añadió alegremente lady Hargrave antes de centrar su atención en quitarse los guantes de montar de cuero negro.

La señorita Spencer compartió una rápida mirada de complicidad con la señorita Fairclough antes de mirar a Reginald. Esperaba que la mirada de la joven fuera furtiva y tímida, pero no había nada de eso en su mirada oscura y fugaz. De hecho, era casi intrusiva, como si la estuviera estudiando a través de una lupa. Teniendo en cuenta que llevaba sus gafas, no era una idea del todo fantasiosa y casi le hizo retorcerse en su asiento.

Y luego, ella salió del salón.

Pequeña y extraña criatura.

#

Cecily observó a Vane con atención. La presencia de su abuela solía provocar fuertes reacciones en la gente.

Para el mundo, es decir, para la alta sociedad de Londres, lady Genevieve Hargrave era una de las criaturas femeninas más temibles. Una viuda excéntrica de innegable riqueza e influencia con medios inagotables y sin nadie ante quien tener que responder. Su posición en la sociedad hacía que la gente nunca se opusiera abiertamente a ella ni la ofendiera, aunque solo unos pocos parecían lo suficientemente valientes como para llegar a conocer a la dama a nivel personal.

Muchos creían que Genevieve Hargrave se deleitaba con los rumores especulativos que inspiraba.

Tenían toda la razón.

Pero ahí es normalmente donde la precisión de sus suposiciones llegaba a su límite. Principalmente, porque todos los que habían conocido a lady Hargrave parecían tener una experiencia diferente con ella. Algunos decían que era severa, taciturna y distante. Otros afirmaban que era reflexiva y bastante dedicada al decoro. Entonces alguien más la declararía

ferozmente como una mujer de pasiones feroces, tan cambiantes como el clima. Y otros dirían que parecía un poco distraída y triste, como si sus pensamientos estuvieran dirigidos a un tiempo pasado y no al presente.

Solo Cecily y Margot sabían que su abuela era todas esas cosas y más. Era deliciosamente divertida cuando quería serlo. Creía firmemente en la idea de que una mujer no debería ser viuda y tener una fortuna para elegir su propio camino en la vida. Ella era la mujer que las había acogido cuando lo perdieron todo. La mujer que las envolvió en fuertes brazos y murmuró encantamientos de amor y aliento. Quien había insistido en que descubrieran exactamente de qué eran capaces y que nunca debían rehuir su propio potencial y valor.

Lady Hargrave había conocido muchas tragedias, habiendo perdido a su marido cuando todavía era una madre joven y, finalmente, perdiendo a sus dos hijas mayores. Era un asombro que no se hubiera ahogado bajo la tristeza que había soportado en su vida. Si por casualidad tuvo momentos en los que el pasado la atenazaba con demasiada fuerza, era comprensible. Y si le gustaba ocuparse de proyectos que le trajeran felicidad y un sentido de propósito, nadie podría culparla por eso tampoco.

Margot se había ido solo un momento cuando lady Hargrave se volvió hacia el invitado. Su mirada oscura se deslizó sobre el señor Vane en un examen descarado que fue rápido y poco discreto. Luego, arqueó una elegante ceja.

«¿Es usted el gemelo mayor o el menor?».

Si pareció sorprendido por la contundente pregunta, se las arregló para no demostrarlo. Ofreciendo una breve inclinación de cabeza, respondió, «soy el hermano mayor, milady».

«Ah, entonces el canalla libertino», señaló la señora mayor con una sonrisa de satisfacción. «Y el heredero».

Cecily no estaba segura de cómo su abuela sabía algo sobre él, pero sus palabras claramente no eran una pregunta. Él asintió en señal de confirmación y Cecily se sorprendió al ver un atisbo de tensión en su mandíbula y una breve sombra cruzando su mirada mientras lo hacía. Pero luego mostró una sonrisa.

«Tiene razón, milady»

Ella levantó la mano en un gesto desdeñoso antes de dirigir una mirada inquisitiva a Cecily.

«¿Cómo estuvo el baile anoche? ¿Disfrutaste bailar?».

Parecía una pregunta bastante inocente, ya que bailar era lo que las jóvenes solían hacer en los bailes. Pero su abuela sabía muy bien que Cecily no había aceptado una oferta para bailar en más de dos años. Que ella hiciera esa pregunta ahora indicaba que sabía que Cecily había bailado con Vane.

Cecily dirigió su atención al hombre frente a ella y se encogió de hombros con desdén. «No particularmente».

Lady Hargrave soltó un suave resoplido divertido.

Vane también parecía bastante divertido. Sus labios se torcieron y luego se curvaron hacia arriba en una sonrisa mientras el azul de sus ojos se oscurecía.

«Si mi habilidad la decepcionó, señorita Fairclough, estaré encantado de practicar con usted en cualquier momento». Su tono se hizo más profundo. «Puede ser que incluso me sienta obligado a dejarle guiar el baile».

Sorprendida de que él se atreviera a decir algo tan provocativo en presencia de su abuela, Cecily se negó a reconocer cómo sus palabras provocaron que el calor se extendiera dentro de ella.

Levantando las cejas, inclinó la cabeza en un ángulo condescendiente. «Señor Vane, me temo que no es su habilidad para bailar lo que encuentro tan desagradable». Ella sonrió. Estrechamente. «Es todo lo demás».

«Ah», sonrió él. «Entonces, disfrutó el baile».

«*Touché*», murmuró lady Hargrave.

Cecily lo miró entrecerrando los ojos en silenciosa advertencia.

Una de las cosas que quería tener tiempo para reflexionar era si debían mantener su farsa delante de su abuela o si debían correr el riesgo de dejarla participar en la decepción. Era una preocupación mucho más complicada de lo que cabría suponer.

Por un lado, ella y Margot rara vez le ocultaban nada a su abuela. La excepción solían ser pequeñas cosas inconsistentes que las jóvenes mantenían en confianza entre sí. La realidad del asunto era que realmente no *necesitaban* decirle a la mujer mayor cuando sucedía algo importante en sus vidas. Ella simplemente tendía a *saberlo*. Y siempre sabía exactamente cómo abordarles el tema de una manera compasiva y sabia.

Pero este acuerdo con Vane...

Cecily sintió una necesidad instintiva de mantener los detalles lo más reservados posible. Una parte de ella, temía que cuanta más gente supiera del engaño, mayor sería el riesgo de que de alguna manera se volviera menos... falso.

Además, aunque no creía que su abuela estuviera en desacuerdo con el deseo de Cecily de frustrar a lord Henry Cross, no estaba segura de que la dama aprobaría los métodos y el hecho de que el resultado final también aseguraría la ruina pública de Cecily.

Desafortunadamente, la apariencia de Vane la había arrinconado y se sintió obligada a responder de la manera más fiel a lo que se esperaba de ella. Su expresión se endureció con flagrante molestia.

Pero su prolongado silencio después de su ocurrencia le dio la oportunidad de continuar con otro comentario aún más descarado. Extendiendo los brazos, él ofreció una sonrisa pícaro. «La invito a detallar cada defecto objetable que poseo. Si es posible alterar esas cosas para adaptarlas a sus deseos y así ganarme un lugar en su favor, no descansaré hasta que esté hecho».

Cecily resopló. «Considerando la magnitud de tal esfuerzo, simplemente no hay suficiente tiempo en una vida».

«Entonces, la encontraré de nuevo en la próxima vida», respondió fácilmente.

«Mi opinión no habrá cambiado», aseguró.

El azul vibrante de sus ojos la atravesó bruscamente. Y aunque su expresión sugería que estaba al menos ligeramente bromeando, algo en su mirada le dio la extraña sensación de que hablaba en serio cuando continuó con voz grave, «si se necesitan mil vidas, señorita Fairclough, prometo ganarme su favor».

La declaración resonó en sus huesos, haciéndola temblar suavemente en lo más profundo de su ser.

Su abuela hizo un ligero sonido, apenas perceptible, que instantáneamente llamó la atención de Cecily, recordándole que ella y Vane no estaban solos en la habitación, aunque durante los últimos momentos podría haber jurado que no existía otra alma.

Vane también pareció brevemente sorprendido mientras miraba a lady Hargrave y se aclaraba la garganta. Sus labios se curvaron en una sonrisa juvenil que no era en lo más mínimo arrepentida. «Mis disculpas, milady, por hablar con tanta imprudencia».

La abuela de Cecily inclinó la cabeza con curiosidad y, aunque su oscura mirada era intensa y concentrada, su voz sonó un poco distraída cuando respondió, «no es necesario, señor

Vane». Luego ella mostró una sonrisa. «No me corresponde a mí discrepar de sus apasionadas palabras. Ciertamente he escuchado declaraciones mucho más descaradas en mi época. Mi nieta, sin embargo, tal vez no sea tan indulgente ni tan receptiva», observó con el ceño sutilmente arqueado mientras miraba a Cecily, quien afortunadamente se salvó de tener que responder gracias al oportuno regreso de Margot, con una bandeja cargada de té y galletas.

«Deberías haber hecho que una doncella trajera eso, querida», dijo lady Hargrave, aunque había poca fuerza en las palabras. Habría sido hipócrita si la hubiera habido, ya que ella instó a sus nietas desde muy pequeñas a sentirse capacitadas para hacer por sí mismas cualquier cosa que esperaran que se hiciera por ellas.

«No hay problema», respondió Margot, dejando la bandeja sobre la mesa antes de sentarse junto a su abuela en el sofá.

La rápida y curiosa mirada que le lanzó a Cecily estuvo llena de preguntas que tendrían que esperar.

«Cecily, puedes servir», dijo lady Hargrave con un gesto majestuoso.

Agradecida por la distracción de algo que hacer, le preguntó a Vane cuál prefería, si crema o azúcar. Después de entregarle su taza, sirvió una para su abuela, con solo una cucharada de crema, y otra para Margot con tres cucharadas de azúcar, sin crema, y luego una para ella sin crema ni azúcar, solo un chorrito de miel.

«Pruebe las galletas de jengibre, señor Vane», insistió lady Hargrave de manera casual. «Yo misma desarrollé la receta y las horneé esta mañana. La experiencia de sabor es sorprendentemente compleja con un delicioso efecto cálido, como sin duda descubrirá».

Vane le dirigió a Cecily una mirada arqueada de diversión mientras alcanzaba una de las galletas de jengibre y se la metía toda en la boca. Hubo un repentino destello de sorpresa en sus ojos antes de que su masticación disminuyera, como si de repente quisiera saborear la experiencia. Toda su expresión se convirtió en una de puro disfrute.

Cecily quería apartar la mirada del hombre. En realidad, lo hizo, pero sus ojos se suavizaron cuando un leve zumbido sonó en su garganta y se preguntó qué otro tipo de cosas podrían inspirar tal reacción.

En ese momento, levantó la mirada y se encontró con la de ella. Instantáneamente notó su ávida atención y su expresión cambió una vez más, su mirada se volvió repentinamente oscura e intensa. *Físicamente* intensa, pero también... ¿espiritualmente?

Cecily parpadeó confundida incluso cuando una extraña ligereza se encendió en su pecho.

«¿Qué opina usted, señor Vane?», preguntó su abuela interrumpiendo el extraño momento, por fortuna.

Dirigiendo una sonrisa fácil a la señora mayor, respondió con sinceridad, «excepcional».

«Se lo dije», murmuró lady Hargrave con aire de suficiencia antes de llevarse la taza de té a los labios.

Vane miró a Cecily y le guiñó un ojo, como si compartieran algún secreto travieso.

Cuando ella respondió con un ceño sombrío, él sonrió.

Molesta hasta lo increíble, puso los ojos en blanco, solo para sorprender a su abuela susurrándole algo a Margot, quien asintió brevemente.

Cecily se puso tensa.

Había un complot en marcha.

Ella debería haberlo esperado. Su abuela era una mujer de extremos. O dejaba a sus nietas a su suerte, confiando implícitamente en ellas el proceso de aprender de sus errores para

desarrollar su mejor juicio, o parecía obligada a intervenir y dirigir cuando esa atención apenas era necesaria.

No fue una verdadera sorpresa que lady Hargrave decidiera interferir en el pequeño y extraño drama de hoy, considerando que habían pasado más de dos años desde que un caballero había visitado Hargrave House en busca de cualquiera de sus nietas.

Los ojos de Cecily se entrecerraron hacia su prima. Seguramente Margot podía sentir su mirada penetrante ardiendo en su piel, pero se negó a mirar en su dirección.

Un momento después, lady Hargrave tomó un sorbo de su té y luego exhaló un profundo suspiro. Mirando hacia las ventanas que daban al jardín amurallado, señaló, «es un día tan hermoso que ustedes, jóvenes, no deben permanecer encerrados en el interior. Insisto en que den un paseo por el jardín. El aire fresco es bueno para el espíritu».

Por el rabillo del ojo, Cecily observó cómo Vane lanzaba una mirada hacia la ventana y luego fruncía el ceño ante la nube gris que se cernía más allá del cristal. En verdad, parecía que iba a llover en cualquier momento.

Cuando nadie hizo el esfuerzo de levantarse de sus asientos, lady Hargrave añadió, «insisto».

«Por supuesto, milady», respondió Vane mientras se levantaba. «Excelente idea».

Cecily y Margot también se pusieron de pie mientras su abuela permanecía sentada, bebiendo de su taza de té.

«Yo... siento un terrible dolor de cabeza... de repente me sobrevino», tartamudeó Margot mientras se llevaba una mano a la frente.

Cecily casi se burló en voz alta ante la horrible actuación.

«Mi querida niña», señaló su abuela con firme compasión. «Debes irte a la cama inmediatamente». Luego deslizó una sonrisa astuta a Vane y luego a Cecily. «Ustedes dos tendrán que aventurarse afuera solos. No se preocupen», añadió con un gesto que podría haber sido desdeñoso o alentador, según cómo se viera. «Te vigilaré adecuadamente desde aquí».

Capítulo Ocho

Mientras la señorita Spencer salía de la habitación una vez más, Reginald se arriesgó a echar un vistazo a la señorita Fairclough. Pero su expresión era severa y ligeramente sospechosa; como de costumbre, no le decía nada sobre lo que pensaba de las maniobras de su abuela. Luego soltó una señal bastante atormentada antes de girarse y salir con gracia de la habitación.

Suponiendo que se esperaba que la siguiera, Reginald primero se volvió hacia lady Hargrave y le hizo una reverencia adecuada, luego suavizó la formalidad con una sonrisa de sinvergüenza. «Fue un placer conocerla, milady».

Su sonrisa era ligeramente divertida y un tanto condescendiente mientras asentía majestuosamente. «Lo mismo digo, señor Vane».

En el vestíbulo de entrada, la señorita Fairclough lo esperaba con evidente impaciencia. Tan pronto como él salió del salón, ella se dirigió hacia un pasillo estrecho y él se dio cuenta de que se dirigía directamente hacia afuera.

«¿No desea traer una capa o un sombrero antes de aventurarnos a los jardines?».

La dama ni siquiera se molestó en mirar hacia atrás mientras respondía. «No hay necesidad. No estaremos allí por mucho tiempo». Luego su tono cambió a uno de sutil burla. «Pero no dude en solicitar su abrigo, señor Vane, si tiene miedo de pescar un resfriado».

Él carraspeó y continuó acercándose detrás de ella, justo cuando ella se detenía al final del pasillo en sombras para abrir una puerta ancha que parecía antigua y bastante pesada, considerando el esfuerzo que tuvo que poner para abrirla.

Reginald levantó una mano, con la intención de ayudarla, pero la mirada que ella le lanzó por encima del hombro instantáneamente detuvo su intento. La madera desgastada raspaba el suelo de piedra y abría el corto y oscuro pasillo hacia la niebla gris del jardín.

Cuando la señorita Fairclough avanzó por un estrecho sendero de piedra que serpenteaba a través de una alfombra de espesa hierba, Reginald se detuvo.

Su forma estaba perfectamente enmarcada por la puerta, creando un retrato inquietante. En la tenue luz, el tono dorado de su cabello parecía casi una cosa incandescente. Le recordaba al sol de la mañana, dispersando suavemente su luz detrás de capas de nubes y niebla. Y su vestido verde jade parecía mezclarse con el follaje por el que pasaba, como si, cuando hubiera puesto un pie en el jardín, se hubiera convertido en parte de él.

La alarma recorrió su centro ante el repentino temor de que ella simplemente pudiera absorber el paisaje si continuaba mucho más adelante de él. Era un pensamiento completamente irracional, pero lo motivó a salir de la casa y dar grandes zancadas por el camino hasta que ella estuvo a su alcance.

No es que él fuera a alcanzarla.

La dama sin duda le apartaría la mano y luego le pisotearía con fuerza el pie.

Una risa le atravesó el pecho. Aunque él contuvo la mayor parte, ella lanzó una mirada entrecerrada por encima del hombro ante el breve sonido.

«¿Le parece divertida esta situación, señor Vane?».

Su tono era brusco y su mandíbula tensa.

«Tiene que admitir que es inusual», señaló a la ligera, respirando profundamente mientras miraba las ramas de un antiguo manzano de ramas retorcidas por debajo del cual pasaban. El aire que aspiraban sus pulmones se sentía extrañamente pesado y olía al aroma de las flores de

manzano que apenas comenzaban a abrirse. Flores de manzano, tierra húmeda y el inconfundible olor de la lluvia que se aproximaba.

No resultaba una mezcla desagradable.

Una vez pasado el árbol, la señorita Fairclough se detuvo abruptamente y se volvió hacia él. Su mirada se dirigió primero hacia la casa, como si comprobara si se habían alejado lo suficiente de la atenta mirada de su abuela para finalmente mantener una conversación privada.

Reginald también estuvo tentado de mirar hacia atrás, pero su atención estaba fija en la belleza de la mujer que tenía delante. Una vez más, sus rasgos eran una intrigante mezcla de contradicciones.

Su barbilla estaba firmemente colocada en un ángulo conflictivo, pero había una innegable suavidad en sus mejillas y en la plenitud de su boca. El peso de su frente reducía cierta gravedad en su mirada profunda y verde.

Un momento...

Había pensado que sus ojos eran grises con un toque de azul. No el rico verde que estaba viendo ahora. Mientras inclinaba su rostro hacia arriba, el verde se desvaneció, dejando un gris tan oscuro y tormentoso como las nubes sobre ellos, y se dio cuenta de la verdad. La sugerencia de color en sus ojos era un reflejo. Ella había usado un vestido azul esa primera noche. Hoy, era verde.

Y cuando ella dirigió su mirada directamente hacia la de él...

Reginald vio la luz de las estrellas, la niebla y la magia.

Parpadeó.

Luego, frunció el ceño.

¿Qué diablos?

«Señor Vane, probablemente tengamos poco tiempo para concretar nuestro plan». Obviamente inconsciente de su locura momentánea, el tono de la dama era impaciente y molesto. Ella suspiró. «Me hubiera gustado tener más tiempo para analizar los detalles, pero aquí estamos».

«¿Qué detalles le preocupan tanto, señorita Fairclough?», preguntó Reginald con desdén, forzando sus pensamientos a regresar a la conversación. Extendiendo la mano hacia una rama lejana del manzano, arrancó un pequeño manojito de botones. «Es un plan bastante simple. Voy a cortejarla y seducirla. Debe resistirse... hasta que mi encanto y atractivo finalmente superen su modesta aprensión y se rinda a mi dominio sensual.

Su expresión permaneció escéptica hasta el último momento cuando sus cejas se alzaron.

«¿Dominio?», ella soltó una risa sarcástica. «No me parece».

Reginald curvó sus labios en una sonrisa y le sostuvo la mirada. El gris brillante parpadeó de manera reveladora, aunque ella no retrocedió cuando él dio un paso hacia ella. «Mi querida niña», murmuró, «recomiendo que no menosprecie algo sin haberlo experimentado».

Nunca había conocido que una mueca de desprecio resultara tan claramente excitante, pero, innegablemente, lo era la curvatura de sus labios en ese momento. Su cuerpo se endureció en todos los lugares correctos.

«Despreciaré todo lo que quiera, señor Vane. Me conozco muy bien y no necesito tener conocimiento personal de algo para saber que no es para mí. De hecho, he dedicado los últimos dos años de mi vida a evitar esas cosas».

Reginald sacudió la cabeza mientras buscaba su mirada. «Entonces, me temo que no se hace ningún favor. Las experiencias, tanto placenteras o no, son las que crean una vida rica y colorida».

Ella sonrió tensa. «Soy bastante rica. Y mi vida tiene mucho color».

Él sonrió pensativamente. «Tal vez».

Ella resopló, luego volvió a mirar la casa antes de decir secamente, «su propensión a la divagación es agotadora. ¿Podemos, por favor, volver al asunto que nos ocupa, señor Vane?».

Dándole una sonrisa ladeada, le hizo un gesto para que continuara, «como desee, señorita Fairclough».

Ella gruñó suavemente. «Como señalé antes, Cross esperará que yo haga su tarea extremadamente difícil, por lo que tendrá que prepararse para un cierto grado de...».

«¿Violencia?», Reginald interrumpió.

Sus cejas se fruncieron. «Lo lamento. No debería haberle golpeado anoche. Desgraciadamente, era necesario. Bailar con usted estaba demasiado fuera de mi comportamiento típico. Tuve que contrarrestar cualquier sospecha que pudiera haber despertado. Por eso quería planificar nuestra próxima interacción pública para no actuar de una manera que requiera correcciones similares».

Su pronta disculpa lo sorprendió, al igual que el hecho de que ella parecía hablar completamente en serio. Pero había algo curioso oculto en su confesión. Algo que le picaba en el fondo de la mente, aunque no podía comprender qué era.

Inclinando la cabeza, se tomó un momento para considerar a la mujer más detenidamente.

Allí de pie, bajo el peso de un cielo nublado, cuando el viento debería haber estado agitando el aire a su alrededor con la promesa de una tormenta inminente, todo estaba extrañamente quieto. Y tranquilo. Casi sereno. A pesar de su preocupación anterior, no había el más mínimo frío en el aire.

Y en el centro de todo eso estaba la señorita Fairclough. Su postura era recta, su actitud confiada y segura mientras estaba de pie con las manos entrelazadas suavemente frente a ella. Como había pensado cuando ella entró por primera vez en el jardín, parecía un elemento natural de la escena. Tan parte de él como el follaje, la niebla y las nubes ondulantes de arriba. Había una innegable severidad en su actitud, pero de repente parecía más un escudo que una parte de ella. Y detrás de ese escudo, detectó algo... cálido y extrañamente reconfortante.

Curiosamente, no muy diferente a las galletas de jengibre de su abuela.

Pero luego los ojos de ella se oscurecieron y se entrecerraron. La tensión agudizó el ángulo de su mandíbula y tiró de sus hombros hacia atrás.

«Señor Vane», su voz era cortante y pétrea. «¿Se ha golpeado la cabeza mientras no estaba mirando?».

#

Una breve mirada de confusión cruzó por el increíblemente hermoso rostro del hombre. Agradeció el cambio. Otro momento en el que tuvo que soportar esa mirada extrañamente penetrante y Cecily no estuvo segura de lo que habría hecho.

«¿Qué?», preguntó con un rápido ceño fruncido.

Quizá se *había* golpeado la cabeza.

«Me estaba mirando como si de repente hubiera perdido el juicio», explicó ella.

Era una mentira.

La mirada que le había estado dando había sido mucho más inquietante que eso. Escrutadora, profunda, curiosa, intuitiva y *conocedora*.

Todo su cuerpo, por dentro y por fuera, se sintió tocado por el rayo de esa mirada. Ella tembló. Y se armó de valor.

Tuvo una rápida y alarmante preocupación de haber cometido un error al unirse a este

hombre. La noche anterior parecía fácil de controlar. Pero desde entonces había demostrado que tal vez ese no fuera el caso. Su arrogancia e impulsividad y esa pregunta inesperada en sus ojos bien podrían llevarlos a ambos a la ruina.

«Me intriga, señorita Fairclough».

Su explicación no la hizo sentir mejor. Especialmente cuando la decía en ese tenor bajo que empleaba en ocasiones.

«Preferiría no hacerlo», respondió ella, con voz seria y desdeñosa.

Él se rió. Y mientras la calidez de esa risa íntima y ondulante le recorría el torrente sanguíneo, él levantó una mano hacia su rostro. Ella se puso rígida de abyecto terror.

No porque temiera su contacto, sino porque repentina, aguda e intensamente lo ansiaba.

Sin embargo, antes de que las puntas romas de sus dedos se deslizaran por la curva de su mejilla o trazaran la línea de su mandíbula, se detuvo. El azul de sus ojos brilló y se agudizó. Su cuerpo pareció endurecerse y levantó la barbilla hasta que la miró con ojos entrecerrados.

Después, juraría que en ese momento vio un atisbo de arrepentimiento en sus ojos y un toque de melancolía en la repentina suavidad de sus labios cuando se separaron en una señal pesada.

Pero sucedió que lo único de lo que ella era consciente era de la extraña atracción que él parecía tener sobre ella. Como la gravedad o una atracción magnética. Sintió que se conectaba con un punto detrás de su esternón, enganchándose profundamente y tensándose. Su vientre se tensó y su corazón se aceleró.

No, no, no, no, no.

La letanía se repetía en su mente, cada vez más angustiosa a medida que intentaba encerrarse en torno al sentimiento que él le inspiraba, construir un muro de piedra para contenerlo.

«Señor Vane», amonestó con voz firme de advertencia.

Los músculos a lo largo de su mandíbula ridículamente cuadrada se tensaron y luego se relajaron cuando se formó brevemente un pliegue entre sus cejas. Pero luego sonrió, lenta e intencionalmente, tirando de esa conexión aún más fuerte.

«No se preocupe, cariño», murmuró mientras sus labios se torcían en una sonrisa irónica. «No tengo ninguna intención de violarla aquí en el jardín. Pero tendrá que acostumbrarse a mi toque».

«¿Tendré?», ella respondió.

Su sonrisa se hizo más profunda. «Debe hacerlo».

Cecily entrecerró los ojos y echó los hombros hacia atrás. «Bien. Tiene razón. Entonces, hágalo».

Sus ojos azules brillaron. Su insistencia lo sorprendió. Bien.

Pero su sorpresa rápidamente se convirtió en diversión cuando le sostuvo la mirada y volvió a levantar la mano. Su mirada intensa la desafió incluso cuando la curva sensual de sus labios sugería que estaba disfrutando el momento mucho más de lo que debería por lo mucho que la atormentaba.

Ella se concentró en mostrar una expresión neutral a pesar de la avalancha de sensaciones a través de su sangre mientras él, muy lentamente, pasaba las yemas de sus dedos por su sien y luego por el sensible borde de su oreja. La suave caricia provocó un delicado cosquilleo debajo de la superficie de su piel. Le tomó toda su voluntad no respirar mal ni permitir que sus pestañas se cerraran sobre su mirada, aún percibida por él.

Esos malditos ojos azules. Las intensas chispas de luz enterradas en su interior se habían

oscurecido hasta convertirse en un ardor fulminante. Insondable. Perforador. Inquietante en extremo. Su cuerpo respondió como yesca, encendiéndose con mil llamas delicadas.

Desde su oreja, deslizó la punta de su dedo medio por el costado de su cuello hasta encontrar el escote de su vestido de día, que siguió a través de su clavícula hasta el hueco en la base de su garganta.

«No es tan terrible, ¿verdad?», preguntó con voz grave e íntima. Su mirada fija en la de ella.

Cecily respiró hondo. «¿Ya terminó?».

Un relámpago brilló y la comisura de su boca se arqueó hacia arriba mientras deslizaba sus dedos hasta su nuca. «Ni mucho menos».

La presión de su toque allí era demasiada. Cecily dio un paso atrás apresuradamente y frunció el ceño mientras miraba hacia la casa. Un momento más y podría haber levantado la barbilla. Y si él hubiera bajado los suyos, ella habría agradecido el contacto de sus labios con los de ella.

Su mirada era feroz, aunque sus mejillas ardían y los músculos de su columna se tensaban.

Maldito.

Sabía exactamente lo que estaba haciendo. El sonido bajo que hizo al dejar caer la mano a su costado fue una combinación de decepción y diversión.

«¿Asistirá al baile de la condesa de Harte dentro de tres días?».

Ella lo vio ponerse rígido por el rabillo del ojo ante su abrupta pregunta.

«¿Otro baile?».

«Es la temporada», respondió ella, mirándolo fijamente. «Hay un sinfín de bailes».

Él gimió y, aunque sus entrañas se revolvieron violentamente ante el sonido texturizado, ella forzó una expresión severa.

«Si es necesario», admitió él de mala gana. «¿Y qué sucederá en ese baile?».

«Intentará encantarme, señor Vane, de cualquier manera, que pueda. Nada abiertamente escandaloso», añadió secamente.

Él sonrió. «Eso no es divertido».

«Cuanto más intensamente me persiga, más dramáticamente me veré obligada a rechazarlo», advirtió, y luego agregó poniendo los ojos en blanco, «al menos al principio».

Su risa era cálida, rica y llena de humor genuino. Bajando la cabeza hacia la de ella, le preguntó, «¿podrá lograr esto, cariño? Recuerde, al final tendrá que enamorarse de mí».

Manteniéndose rígida a pesar del temblor que él había provocado nuevamente con esa sensualidad, ella dio una respuesta firme, «no se preocupe, soy bastante experta en fingir».

Su sonrisa fue rápida. «Sí, estoy empezando a darme cuenta de eso, pero Cross esperará que no guarde nada. Debería esperar lo mismo. De hecho, es posible que descubra que rechazarme es más difícil de lo que imagina».

«Lo dudo», se burló ella.

Sacudió lentamente la cabeza. La arrogancia goteaba de cada palabra mientras murmuraba, «no tiene que luchar tanto, ¿sabe? Está bien permitir sus respuestas naturales. No le diré a nadie si encuentra algún placer en nuestra artimaña».

Reafirmando su determinación, levantó la barbilla y le devolvió la intensa mirada con una seguridad en sí misma que no era tan profunda como deseaba. «No se preocupe. El único placer que obtendré será ver esta farsa llegar a su fin».

«Si insistes», respondió, pero sus ojos creyeron su asentimiento. El azul era demasiado

intenso, demasiado concentrado. «Entonces, la veré en el baile».

Ella asintió.

Luego, enderezó su postura y pasó una mano detrás de su espalda mientras extendía la otra hacia ella, con la palma hacia arriba.

Aunque ella lo miró con sospecha, puso su mano sobre la de él.

Su mano, más grande y cálida, rodeó los dedos de ella mientras se inclinaba, y contuvo el aliento. Anticipó la sensación de sus labios rozando sus nudillos, pero eso no la preparó para la delicada mezcla de sensaciones. La ligera caricia de su aliento. La firme suavidad de sus labios. El relámpago de conciencia que la atravesó.

Ella apenas logró contener sus gemidos mordiéndose con fuerza el labio inferior antes de que él levantara la cabeza.

Su sonrisa era audaz y malvada.

Su ceño era feroz y malvado.

«Y el juego comienza», murmuró él suavemente.

Su pulgar se deslizó suavemente sobre el lugar donde sus labios se habían tocado, luego la soltó. Mientras él se enderezaba, ella notó una extraña tensión en sus rasgos justo antes de que él se diera vuelta y se alejara.

Capítulo Nueve

El baile de la condesa Harte era muy parecido a cualquier otro. Acompañantes con ojos de águila y madres con mentalidad matrimonial escaneaban la pista de baile. Las esperanzadas debutantes revoloteaban en una nube de abanicos y risitas de niña. Los solteros, tanto jóvenes como mayores y de todas las edades intermedias, se arremolinaban en torno a las debutantes más ricas y bonitas, ignorando a aquellas que habían sido consideradas las alhelies de la temporada. Mientras que Reginald y otros como él, hombres que no deseaban quedar atrapados en el drama de la caza de maridos pero que, por una razón u otra, tenían que estar presentes, hacían todo lo posible por mantenerse fuera de su alcance.

Aunque Cross no había mostrado su rostro, los tres jóvenes de la otra noche estaban presentes. Pero estaban mucho más interesados en observar la apariencia de la señorita Fairclough que en jugar a las cartas... para disgusto de Reginald. Como mínimo, podría haber sacado una buena fortuna de estos muchachos antes de tener que comenzar su actuación.

«¿Esa es...?», comenzó uno de los jóvenes, estirando el cuello para ver el salón de baile. «Lo es», exclamó, lanzando una amplia y expectante mirada hacia Reginald. «Ella ha llegado».

«Ya era hora», murmuró Reginald con genuina molestia. Ya había estado en el maldito baile durante mucho más tiempo del que pretendía.

Reginald dejó a sus jóvenes cohortes y entró en la refriega. No pasó mucho tiempo para descubrir a la señorita Fairclough entre las otras señoritas no reclamadas. Iba vestida de púrpura real, era una joya audaz en un mar de pasteles. Tan pronto como su mirada la encontró, luchó por apartar la mirada. Más que su belleza, eran sus modales lo que llamaba la atención. Había tanto misterio y complejidad en la dura mirada que dirigió al salón de baile. El orgullo era evidente en cada línea de su cuerpo, haciendo que los raros destellos de suavidad allí, en el tranquilo movimiento de sus pestañas y allí, en el brillo de una sonrisa que bailaba en sus labios fueran mucho más intrigantes y codiciados.

Se rió para sí mismo. No parecía que tuviera muchos problemas para interpretar a un hombre completamente enamorado de la dama.

Sin embargo, él no fue el único hombre cuyo foco se centró en ella. No le habría sorprendido descubrir que una gran cantidad de hombres pudieran admirar y desear tal belleza. Lo que sí le sorprendió fue el indicio de miedo y sutil vitriolo en los ojos de los hombres.

Después de descubrir que la señora había dicho la verdad el otro día acerca de que no tenía visitas, decidió corregir el hecho de que en realidad no sabía mucho sobre ella o su familia. Sin embargo, lo que descubrió le dijo más sobre la sociedad que de las damas de Hargrave House. Historias de excentricidades, misterios y maldiciones. Le asombraba la facilidad con la que la gente aceptaba los rumores más ridículos para asegurar su orgullo y justificar su mal comportamiento.

Pero la verdad en el centro de los chismes era que las tres damas que residían en Hargrave House habían experimentado una gran tragedia y pérdida. Uno pensaría que inspiraría un poco más de compasión por parte de la sociedad a la que pertenecían. Desafortunadamente, ese no era el caso.

Su llegada ante la colección de alhelies fue recibida con estrellas anchas y bocas flojas. Dándole a las damas una amplia mirada coqueta y una de sus sonrisas más perversas, Reginald hizo una reverencia. Mientras se enderezaba, buscó con valentía la mirada pétrea de la señorita

Fairclough. Su elegante mandíbula estaba inclinada en un ángulo imperioso, sus cejas estaban ligeramente levantadas y sus exuberantes labios estaban firmemente juntos.

La anticipación cobró vida en su pecho, enviando chispas hormigueantes a sus dedos.

La bruja estaba completamente presente.

«Buenas noches, señoras». Aunque se dirigió al grupo en su conjunto, su atención permaneció fijada en unos ojos grises teñidos de violeta.

Hubo algunos murmullos ahogados en respuesta a su saludo y, aunque la señorita Fairclough no dijo nada, la señorita Spencer, bellamente vestida con un traje color cian, le ofreció una rápida sonrisa y un gesto con la cabeza.

Reginald desvió su atención y le ofreció a la pequeña joven su sonrisa más encantadora. «Señorita Spencer, ¿me honraría con una vuelta por la pista de baile?».

No había planeado invitar a bailar a la dama de gafas, pero sospechaba que la señorita Fairclough había estado ensayando una presentación adecuada para este encuentro desde que organizaron la reunión. Ahora tendría que pensar en algo nuevo.

La señorita Spencer no mostró su sorpresa más allá de una rápida mirada parpadeante a su prima, quien reaccionó entrecerrando sutilmente los ojos, sin quitar nunca la mirada de Reginald.

Al no recibir respuesta, extendió una mano y bajó la voz a la de un tenor burlón. «Le ruego que no me insulte con una negativa, señorita Spencer».

Sin más vacilación, ella presionó sus labios en una rápida sonrisa, asintiendo mientras daba un paso adelante para colocar su mano en la de él. «Estaría encantada».

Su sonrisa de satisfacción permaneció en sus labios mientras colocaba a la señorita Spencer en posición para el baile country.

A Reginald no le gustaban mucho los bailes country.

Un vals, al menos, los ponía a él y a su pareja en brazos del otro, permitiendo un flujo de conversación coqueta y seducción sutil. Todo lo demás parecía una pérdida de tiempo. Si un hombre no podía relacionarse eficientemente con una mujer mientras estaba en su compañía, ¿cuál era el maldito punto?

Hay que reconocer que la señorita Spencer hizo todo lo posible por ocultar su evidente incomodidad al verse arrastrada al centro de la pista de baile. Reginald estuvo tentado de ofrecerle una rápida sonrisa y un gesto de aliento cuando empezó la música.

Parecía innecesario, ya que la dama demostró tener una postura excepcionalmente elegante.

¿Quizás era la idea de estar en el centro de tanta gente lo que la tenía nerviosa? ¿O las miradas atentas y curiosas de los espectadores? O tal vez no apreciaba el juego de Reginald.

Mientras formaban su primer círculo, la señorita Spencer lo miró a través de sus gafas y él notó que sus ojos eran mucho más oscuros que los de su prima en una misteriosa mezcla de gris peltre y azul medianoche.

Cuando habló, su voz era baja, pero sin timidez alguna. «Un movimiento audaz, Sr. Vane».

Su boca se ladeó. «Gracias, señorita Spencer».

«No dije que fuera bueno», respondió ella mientras los pasos del baile los separaban nuevamente.

En su siguiente pase, él respondió, «tengo la sensación de que su prima no suele sorprenderse».

«Es un hecho», respondió la dama sucintamente.

«Si no sabe lo que le espera, es menos probable que tenga preparada una dura reprimenda».

Las cejas negras de la señorita Spencer se arrugaron sobre su mirada mientras lo miraba como un búho. «Una suposición arriesgada. Y falsa. Pero puedo apreciar la lógica».

Reginald se rió entre dientes. Una criatura extraña, por cierto. Pero a él le agradaba bastante.

«¿Debo asumir que conoce nuestro acuerdo?», preguntó con cuidado.

Su respuesta fue concisa y ligeramente condescendiente. «Por supuesto».

Cuando los pasos los separaron una vez más, lanzó una rápida mirada a la esquina de alhelí.

La postura de la señorita Fairclough era rígida y su mandíbula estaba tan tensa como nunca la había visto. Su boca estaba aplanada en una línea dura y sus ojos eran afilados y penetrantes.

Pero ella no lo estaba mirando, como él habría esperado.

Su mirada se centró intensamente en un par de caballeros que estaban parados a poca distancia. Cuando Reginald deslizó su mirada hacia los dos hombres, notó que su atención estaba en la sencilla señorita Spencer mientras caminaba con gracia durante el baile. Por sus sonrisas lascivas, miradas maliciosas y la forma burlona en que se inclinaban el uno hacia el otro, estaba claro que no eran nada respetuosos en sus observaciones hacia la dama.

El calor aumentó en la sangre de Reginald.

Aunque su hermano Nicholas era conocido por poseer un temperamento feroz, Reginald no carecía completamente de uno. Estuvo tentado de acercarse a los hombres y exigirles que mostraran un mínimo de decencia. Pero entonces estaría abandonando a la señorita Spencer.

Reginald era un notorio libertino y mujeriego. Jugador, bebedor y hedonista.

Pero él no era un idiota.

Cuando la forma del baile hizo que su pareja volviera a ponerse a su lado, quedó claro que ella había notado la atención poco amable. Su mirada oscura pasó de su prima a los caballeros y viceversa. Ella no pareció sorprendida ni herida por la muestra obvia. Simplemente cautelosa y quizás un poco cansada.

«El baile se ha vuelto un poco aburrido, ¿no le parece, señorita Spencer?».

Ella parpadeó, pero no respondió.

«¿Vamos a buscar algo de beber?».

Ella sacudió levemente la cabeza, pero Reginald apretó su mano con más fuerza y le mostró una sonrisa libertina. «Ciertamente tiene una manera de hacerme dudar de mi encanto, señorita Spencer».

Sus labios se torcieron. «Mis disculpas, señor. Debería dejarle esa tarea a Cecily».

Él se rió entre dientes y se giró para sacarlos de la pista de baile. «Entonces, tal vez le pidamos que se una a nosotros».

La señorita Spencer murmuró algo en voz baja que sonó sospechosamente como, «si se atreve». Pero las palabras fueron ahogadas por repentinos jadeos de sorpresa y gorjeos de risa nerviosa. Aunque ya sospechaba la causa, Reginald miró entre la multitud y vio que la señorita Fairclough se había acercado a los dos caballeros ofensivos. Sus palabras no se pudieron escuchar, pero no había forma de confundir el fuego y la condenación en su expresión mientras reprendía e insultaba descaradamente a la pareja.

«Me gustaría que ella no hiciera eso», resopló la señorita Spencer a su lado, instándolo en silencio a acelerar sus pasos.

«Estoy seguro de que ella simplemente deseaba defenderla», señaló Reginald en voz baja.

«Algo que le he dicho mil veces no es necesario. Me importa un comino lo que esos dos pudieran haber estado murmurando sobre mí. No son amigos ni familiares ni nadie más que pueda tener un verdadero conocimiento de mi carácter. Señalan, se ríen e inventan historias para su propia diversión superficial. No me afecta. No informa quién soy *realmente*».

«Bien dicho, señorita Spencer», respondió con un gesto de apoyo.

Ella se encogió de hombros y luego lo miró por el rabillo del ojo. «No es exactamente lo que esperaba, Sr. Vane».

Él esbozó una sonrisa. «¿Esperaba un *villano deshonroso*, señorita Spencer?».

«¡Por supuesto!».

Él se rió entre dientes ante su descarada honestidad y el atisbo de decepción en su voz.

«Entonces, no se preocupe. Mis verdaderos colores nunca permanecen ocultos por mucho tiempo».

Aunque su intención era que lo dicho fuera en broma y ligero, por alguna razón hizo que la joven entrecerrara los ojos e inclinara la cabeza con curiosidad. Como si estuviera tratando de ver los colores que él había mencionado.

Capítulo Diez

Cecily miró fijamente a su espalda mientras las dos repugnantes excusas de caballeros se escabullían. No tuvo que mirar a su alrededor para saber que la gente la estaba mirando con expresiones de abyecto horror y desvergonzado deleite ante su apasionada diatriba.

A ella no le importaba. Cuando los hombres adultos se comportaban como niños malcriados, necesitaban una reprimenda adecuada.

«Cecily».

Se giró ante la voz de Margot e inmediatamente apretó los dientes cuando notó la expresión de satisfacción de Vane. ¿Por qué estaba *él* tan contento?

«El señor Vane se ha ofrecido a acompañarnos a la sala de bebidas», señaló Margot.

«No necesito ninguna bebida», contestó Cecily.

«Bueno, yo sí», respondió la otra mujer, su voz firme mientras se giraba y prácticamente arrastraba a Vane con ella mientras el frustrante hombre no hacía más que arquear una fuerte ceja de Adonis.

Cecily respondió con una mirada mortal.

Pero no podía permitir que Margot se adentrara entre la multitud del brazo de un renombrado seductor. A Cecily no le quedó más remedio que seguir un paso atrás, las miradas de fragmentos de hielo que envió volando a la espalda ancha y musculosa de Vane eran una clara indicación de su actual disgusto.

Afortunadamente, la sala de bebidas no estaba tan llena como podría haber estado y cruzaron fácilmente a la mesa de ponche donde solo había otra pareja. Margot cogió un vaso y empezó a sorber su ponche. Vane apuró el suyo de un largo trago. Cecily se abstuvo por completo mientras deseaba que Margot la mirara a los ojos, esperando que su prima pudiera darle a Cecily alguna pista sobre las reglas del juego actual de Vane.

La respuesta de Margot fue una leve sonrisa y un sutil encogimiento de hombros.

Cecily puso los ojos en blanco.

Cuando se giró hacia Vane, se encontró con que su mirada penetrante dirigida intensamente hacia ella.

Un relámpago formó un arco brillante y chisporroteante a través de su núcleo. Parecía que cada vez que experimentaba alguna reacción extraña, era más y más intensa. Más agudo y... abrasador.

Solo escuchó vagamente a Margot murmurar algo acerca de alejarse por un momento. Las palabras apenas fueron registradas. Cada gramo de atención de Cecily se centró en el hombre que estaba a su lado. Apretando los dientes, entrecerró los ojos hasta convertirlos en una mirada endurecida.

No se dejaba intimidar. Con un brillo arrogante en sus ojos, pasó su lengua por su labio inferior antes de abrir su boca en una sonrisa devastadora que era infaliblemente sensual y directamente desafiante. Era una sonrisa que decía *“Ven a mí, cariño. Cumpliré todos los deseos que hayas tenido y algunos que no puedas imaginar”*.

Mentiras. Todo ello.

Lo único que una mujer podía encontrar en brazos de un libertino como Reginald Vane era una total ruina. Y un dolor de corazón.

Pero esto era una farsa. La seducción no era real. Necesitaba recordar eso y desempeñar

su papel tan perfectamente como él realizaba el suyo. Aunque mil lamidas de llamas azules provocaban cada nervio y agitaban su sangre hasta hervirla. Cecily de alguna manera lograba conservar una conducta pétrea y una expresión no afectada.

Y no pasó por alto el hecho de que la sala de bebidas de repente se había vuelto bastante popular. Sin duda, la creciente multitud había sido el impulso para la retirada de Margot. Cecily, sin embargo, tenía la intención de aprovechar las curiosas miradas.

«Señor Vane», dijo en una voz un poco más alta de lo necesario considerando lo cerca que estaban. «No puedo imaginar por qué pensó que era una buena idea manipularme en esta conversación, pero debe saber que no terminará bien para usted».

Su sonrisa se hizo más amplia. Como su mirada nunca abandonó la de ella, no podía estar segura de que él estuviera consciente de los espectadores reunidos. Pero cuando su voz adquirió un tono rico y grave de seducción, tuvo que asumir que él sabía exactamente lo que estaba haciendo.

«*Todo* termina bien para mí, señorita Fairclough. Garantizar un final placentero es una de mis habilidades particulares».

Su insinuación era clara y no solo para ella, si los jadeos que recorrieron la habitación eran una indicación.

Cecily simplemente le dirigió una mirada de aburrido escepticismo que casi rayaba en lástima. «Bueno, le sugiero que ofrezca sus habilidades a alguien que realmente esté en el mercado por promesas exageradas de destreza que sin duda se quedan *cortas* en la realidad». Su descarada insinuación fue igualmente clara, inspirando un gorjeo de risa nerviosa. «No estoy para nada interesada».

La expresión afable de Vane de repente cambió de nuevo a algo concentrado y decidido. Bajando la voz, aunque no tan baja como para que no se pudiera escuchar, la miró a los ojos y dijo, «Oh, creo que lo está».

Exasperada, hizo un gesto despectivo con la mano. «Está delirando. De ninguna manera podría sentir el más mínimo interés por un hombre como usted».

Los ojos azules brillaron. «*La dama protesta demasiado, me parece*».

Algunas personas se rieron. Otros tosieron incómodos.

«Un *Villano* que cita a Shakespeare», se burló. «Novedoso».

Más gritos ahogados volaron por la habitación ante su audaz referencia al apodo que nadie más se atrevería a pronunciarle en la cara. Pero sus palabras puntiagudas no parecían tener ningún efecto sobre él.

«Citar al Bardo es el menos notable de mis talentos, se lo aseguro», respondió Vane suavemente.

«En mi experiencia, un hombre que constantemente menciona cualquier atributo favorable que cree poseer, generalmente intenta convencerse de que existe».

Su ceja se arqueó y una suave risa recorrió su garganta mientras parecía genuinamente divertido por su respuesta. Luego su sonrisa se volvió decididamente sensual y su mirada se posó en su boca. «Entonces claramente le falta experiencia», murmuró con brusquedad. «Y me siento dolorosamente tentado a remediar eso».

Un escalofrío recorrió su piel, encendiendo sensaciones que eran demasiado reales. Cecily entrecerró la mirada y respondió en el tono más despectivo que pudo lograr, lo cual era extremadamente despectivo, por cierto. «Si hace un movimiento para hacerlo, no me haré responsable de las lesiones que sufrirá».

Bajó la barbilla y sus ojos azules ardieron. «Si mi sufrimiento le proporcionara placer,

entonces me desnudaría ante usted y le rogaría que hiciera lo peor».

El vientre de Cecily tembló con una sensación angustiosa, extrañamente parecida al hambre. Para ocultarlo, arqueó las cejas y dio una sutil mueca de desprecio. «Ni siquiera sobreviviría a mi mejor».

El calor fluyó a través de su mirada. «Si esa es una oferta, la acepto».

«Es una advertencia».

La tensión bailó a lo largo de su columna. Un fino sudor le rozó la nuca. Había sospechado que sería difícil entablar una batalla pública con este hombre. Pero no había estado lo suficientemente preparada para cómo sus palabras y su significado llegarían a las partes más profundas y secretas de ella. Contrarrestó cada dardo, desvió cada ataque verbal, convirtiendo toda la conversación en un juego de insinuaciones. Fue estimulante enfrentarse finalmente a alguien tan bien parecido.

Pero este combate no podía durar para siempre.

La pequeña sala de bebidas ya estaba demasiado llena de espectadores para que nadie pudiera pasar.

Los dientes brillaron en una rápida sonrisa cuando Vane inclinó la cabeza para darle una mirada arrogante y evaluadora. «Me temo que las advertencias tienden a tener el efecto contrario en mí. Dígame que no puedo tener algo y de repente debo poseerlo. Adviértame que no toque...». Dio un paso hacia ella, deslizando sus fuertes dedos por la superficie de la mesa de bebidas, atrayendo su mirada y el recuerdo de cómo se había sentido al tener esos dedos flotando sobre su piel bajo un cielo nublado. Rápidamente se obligó a regresar su mirada a la de él, la cual permaneció determinada y fija en ella. «Y mis manos arden con el deseo de hacer precisamente eso».

También le había advertido que no llevara las cosas demasiado lejos. Aparentemente, eso también lo había inspirado a hacer exactamente eso. Varios gritos de asombro danzaron por la sala, recordándole a Cecily que tenían una audiencia extensa. El descaro de su comentario requirió un rechazo igualmente audaz.

Mirando ferozmente al fuego chispeante de su mirada, tensó la mandíbula y levantó la barbilla. «Entonces sería mejor que tomara mis siguientes palabras, no como una advertencia, sino como un voto». Su voz adquirió un tono amenazador. «Sus manos no se acercarán a mí».

Algo oscuro y peligroso cobró vida en el fondo de sus ojos. La curva que levantaba las comisuras de su amplia y sensual boca contenía toda la maldad de un hombre completamente libre de reglas de decoro o costumbres caballerosas.

Llamas ardientes y danzantes se arremolinaban en su sangre y se retorcían en los rincones más íntimos de su cuerpo.

Mientras toda la habitación contenía la respiración colectiva, él dio un paso lento y dramáticamente deliberado más cerca. Por el contrario, Cecily vació sus pulmones, luego inhaló profundamente por la nariz y fue instantáneamente asaltada por su olor. Una rica e inesperada combinación de bosque de pinos y lluvia fresca.

«Mi querida y *encantadora* señorita Fairclough», dijo en un murmullo sensual teñido de diversión. «Su *apasionada* declaración es notable y considerada. Sin embargo, también tengo un voto para usted...».

Bajó la cabeza junto a la de ella hasta que sus labios rozaron su oreja. Estaba demasiado sorprendida y francamente abrumada por su repentina y acalorada cercanía, que no se movió. Ni siquiera para alejarse. Estaba claro que sus próximas palabras se referían a ella y solo a ella, y de repente se sintió intensamente decidida a saber lo que diría.

Su aliento era cálido contra su piel y su voz fluía tan rica y dulce como la miel cuando susurró, «tocaré cada centímetro de usted antes de que esto termine».

Cuando levantó la cabeza, su mirada se dirigió directamente a la de ella. Y sabía sin lugar a dudas que su grave voto no tenía nada que ver con la apuesta o su acuerdo o la pequeña actuación que estaban representando para la multitud. Y su reacción a la verdad desnuda que vio en esas brillantes profundidades provino del centro mismo de su ser.

Pánico. Instantáneo y penetrantemente nítido.

Mientras su cuerpo se endurecía para proteger la vulnerabilidad profunda en su vientre, dio un paso atrás muy necesario. Actuando puramente por instinto de autoconservación, tomó un vaso de ponche y arrojó el contenido a la cara inquebrantable de Vane.

Entonces los jadeos fueron sorprendentemente audibles, llenaron la habitación, y fueron rápidamente seguidos por murmullos de horror e intenso juicio.

Vane, sin embargo, tan inquebrantable como siempre, soltó esa risita arrogante suya mientras metía la mano en su abrigo y sacaba un pañuelo de lino para secarse la cara. Mientras tanto, sostuvo la deslumbrante mirada de Cecily. Volviendo a guardarse el pañuelo en el bolsillo, emitió otro sonido grave de diversión. «Ese comportamiento no quedará sin respuesta, señorita Fairclough», murmuró con voz ronca.

Cecily soltó un resoplido de burla y le dio la espalda al hombre. La multitud se separó para dejarla pasar, pero ella apenas registró a nadie más mientras mantuvo un paso constante hasta que estuvo libre de la sala de bebidas, libre del salón de baile, libre de la casa por completo.

Pero no había forma de escapar de la confusión dentro de ella mientras se preguntaba qué posible razón podría tener él para hacer una promesa tan íntima.

Capítulo Once

Después de que la señorita Fairclough se fue, Reginald lanzó una mirada sardónica a los espectadores reunidos y señaló con una media sonrisa y un tono tenso, «no me digan que ninguno de ustedes puede encontrar *algo* más que los excite y divierta». Él levantó las cejas. «Podría ofrecer algunas sugerencias, si lo desean».

Mientras la multitud se dispersaba lentamente, una joven esbelta, vestida de verde musgo, con rico cabello castaño, ojos color avellana y una sonrisa engañosamente casual, se acercó a él. Reginald echó un vistazo a su perfil y notó la expresión severa de su barbilla y la chispa de disensión en su mirada.

Él contuvo un gruñido de molestia.

Si hubiera sabido que Cailleach Claybourne asistiría al baile, podría haber dejado el pequeño drama con la señorita Fairclough para otra noche.

Ya era demasiado tarde.

Evidentemente, Caillie había presenciado la actuación y tenía algo que decir al respecto. Sabía por experiencia que no tendría sentido tratar de evadir a la mujer una vez que ella había decidido que quería conversar, aunque habría apreciado que hubiera esperado hasta que no hubiera tanta gente alrededor que pudiera notar su interacción.

Había accedido a reconocer su *asociación* en privado, pero todavía no tenía intención de dejar que la alta sociedad se preguntara cómo podría conocer a la hija ilegítima del anterior conde de Wright.

«¿Estás disfrutando la velada?», preguntó Caillie a la ligera sin mirar en su dirección.

«Intensamente», respondió.

La dama puso los ojos en blanco y luego le deslizó una mirada de reojo. «¿Te importaría explicarme de qué se trató ese pequeño drama?».

«No. Resulta que no es asunto tuyo».

Caillie resopló ante su evasión y Reginald casi se burló. Aunque la conocía desde hacía menos de un año, desde su primer encuentro quedó claro que su media hermana no se rendía hasta conseguir exactamente lo que quería.

«Me parece que intencionalmente lo habrás convertido en asunto de todos», replicó mientras se servía casualmente un vaso de ponche.

Reginald se encogió de hombros.

«No quiero que apliques ninguno de tus juegos con ella, Reg».

Ahora Reginald resopló. «El juego es todo suyo, te lo aseguro».

Caillie se puso rígida. «¿Qué quieres decir?».

«No es asunto tuyo», repitió con una breve sonrisa.

Su hermana resopló y bajó el tono. «No permitiré que insultes a la dama».

Curioso a su pesar, Reginald arqueó una ceja. «Pensé que encontrabas divertidas mis actividades como un libertino sin conciencia».

«Sí. Generalmente. Pero la señorita Fairclough no es como las mujeres con las que normalmente sales». Caillie se encogió de hombros y luego levantó la barbilla. «Resulta que ella me gusta. Y su prima, también».

Él se burló. «Te gustan todos».

«No es cierto», argumentó ella, levantando su vaso de ponche para ocultar su sonrisa

deslumbrante. «Odio a algunos de tus amigos».

Él se rió entonces. No podía exactamente culparla. Sus amigos eran un grupo distante.

«Entonces, ¿qué le valió a la joven señorita tal honor?».

«Son diferentes y lo *saben*. Sin embargo, no se molestan en cambiar para volverse más aceptables para la alta sociedad. Es una fuerte indicación de su carácter y lo admiro».

«Mmm».

«Entonces, ¿la dejarás en paz?».

«No».

Caillie frunció el ceño con fiereza.

«Pero te aseguro que la situación no es lo que parece. La dama es bastante capaz de arreglárselas sola».

Su hermana suspiró y dejó su vaso de ponche sobre la mesa. «Creo que quizá tendré que determinarlo por mí misma».

A Reginald no le gustó cómo sonó eso, pero respondió a la ligera, «haz lo que debas hacer».

Caillie sonrió y levantó la barbilla. «Siempre lo hago».

Mientras su hermana se alejaba suavemente, Reginald no podía decidir si era bueno o malo que la señorita Fairclough acabara de ganarse una campeona.

#

Al día siguiente, la ciudad hervía de curiosidad y especulación sobre el encuentro totalmente inesperado, pero excitante, entre la astuta señorita Fairclough y el seductor señor Vane.

Una *deshonrosa* y un *intocable*.

Los entrometidos no se cansaban de hablar de ello.

Recostada en su lugar favorito en el rincón del mullido sofá de la sala de estar que compartía con su prima, Cecily tomaba una taza de té mientras escuchaba a Margot leer el detallado y muy exagerado relato en las páginas de rumores de la actuación de la noche anterior. “Aunque las respuestas cortantes de la señorita ‘F’ fueron nada menos que lo que se esperaría de la interminable y malhumorada joven, el señor ‘V’ sobrevivió ileso al encuentro. En verdad...” entonó Margot sugestivamente con un atisbo de sonrisa en sus labios, “muchos testigos dicen que el caballero pareció disfrutar de la feroz conversación. ¿Será posible que el libertino más famoso y prolífico de la ciudad finalmente descubriera algo nuevo que añadir a su larga lista de experiencias? Un *desafío*”.

Cecily resopló mientras Margot dejaba el periódico a un lado. «Por supuesto. Simplemente tenían que convertirlo en algo lascivo».

«¿Tan siquiera estuviste allí?», Margot exclamó; su expresión era de incredulidad. «*Fue* lascivo. Es un milagro que la habitación no se incendiara con todas las chispas volando entre ustedes dos».

«No seas ridícula», murmuró Cecily, frunciendo el ceño ante su taza de té.

«En serio. Me sorprende que las páginas de rumores no fueran aún más sugerentes».

«No veo por qué tienen que decir nada en absoluto», se quejó Cecily.

«¿Pero no querías que la gente creyera que algo podría estar desarrollándose entre tú y el señor Vane? ¿No es ese el plan completo?».

«Lo único que me importa es que Cross crea lo que queremos que crea. Los demás pueden irse al infierno».

«Mmm».

Cecily le lanzó a su prima una mirada penetrante. «¿Qué se supone que significa eso?». Margot parpadeó inocentemente. «Nada. Nada en absoluto».

«Dilo, prima».

Sus ojos azul oscuro se encontraron con los de ella en una seria mirada. «Creo que disfrutas tus interacciones con el Sr. Vane mucho más de lo que quieres admitir».

«Eso es ridículo».

«Ajá».

«Él es un medio para un fin».

«Un medio para lograr un fin muy atractivo, encantador, inteligente, absolutamente malvado y completamente *desinhibido*. Finalmente has conocido a un hombre al que no puedes insultar hasta someterte. Y creo que lo estás disfrutando».

Cecily se burló para ocultar la pizca de verdad en las palabras de Margot. «¿Qué te hizo el hombre anoche? Un baile y te has quedado absolutamente prendida de él».

«No estoy prendida de él», argumentó Margot. «Simplemente creo que podrías estar subestimando el efecto que un hombre como ese podría tener en el buen sentido de una mujer».

«La mayoría de las mujeres, tal vez», replicó Cecily bruscamente. «Pero no soy como la mayoría de las mujeres. ¿O sí?».

Al encontrarse con su mirada, Margot permaneció en silencio durante unos momentos. Siempre había sido completamente inmune al temperamento de Cecily. También siempre había sabido cuándo la ira de Cecily estaba siendo mal dirigida para encubrir sus verdaderos sentimientos.

Finalmente, ella respondió suavemente, pero con firmeza. «No quiero que salgas lastimada, prima».

Cecily levantó la barbilla. «No saldré lastimada. Ya no».

Otro momento de silencio. Luego, se escuchó un «Mmm».

Afortunadamente, Cecily se salvó de tener que obligar a su prima a explicar esa críptica respuesta gracias al sonido familiar de su mayordomo aclarándose la garganta.

Cecily miró por encima del hombro y preguntó, «sí, Poe. ¿Qué pasa?».

«Ha llegado una nota para la señorita Fairclough». Dudó. «También hay una invitación. Para las dos», añadió dirigiendo una mirada fugaz a Margot. «Específicamente».

La prima compartió una mirada que decía varias cosas a la vez.

Primero un invitado y hoy llegaba una invitación. Para *ellas*.

Aunque Hargrave House nunca se quedaba sin un montón de invitaciones solicitando la presencia de lady Hargrave en este, aquel u otro evento de la temporada, se entendía, aunque no se indicara expresamente, que las dos nietas de la dama también estaban incluidas. Era extremadamente raro que las jóvenes de la casa recibieran una invitación dirigida únicamente a ellas.

La novedad obviamente había inspirado a Poe a acercarles el trozo de papel color rosa en lugar de dejarlo en la bandeja del vestíbulo donde la correspondencia de su abuela esperaba su tiempo libre.

Con Margot todavía demasiado estupefacta para responder, Cecily se puso de pie y tomó las dos misivas del mayordomo con un gesto de despedida.

Una vez que las dos mujeres estuvieron solas nuevamente, Cecily regresó a su lugar en el sofá y Margot tomó asiento a su lado. Al abrir primero la carta sencilla, vio una escritura fina y elegante que transmitía un mensaje sencillo de la señorita Gresham. La joven mencionaba que estaba feliz de haber conocido a Cecily la otra noche y que esperaba que se volvieran a encontrar

pronto.

«Después de todo, la joven se muestra receptiva», señaló Margot.

«Parece que sí, aunque la vaguedad de su nota sugiere que no puede hablar con claridad. Tendremos que diseñar un encuentro que parezca inocuo para el observador casual».

«Eso no debería ser difícil», reflexionó su prima. Ciertamente habían tenido que planear escapadas similares en el pasado. «Ahora, el otro», instó, cambiando abruptamente el enfoque hacia la invitación.

Con un gesto que era mitad exasperación, mitad diversión, Cecily dio la vuelta al sobre rosa pálido que tenía en la mano. El sello de cera tenía estampada una representación sencilla de una rosa en plena floración.

«Ábrelo, prima», instó Margot. «Estoy desesperada por saber de quién es».

Cecily hizo una pausa con el dedo a punto de romper el sello. Arqueando una ceja, preguntó, «¿desesperada?».

Su prima puso los ojos en blanco. «Solo abre esa maldita cosa».

Después de que Cecily leyera en voz alta la nota cuidadosamente escrita, se la pasó a Margot, quien la leyó nuevamente en silencio. Cuando sus miradas se encontraron, fue con expresiones iguales de cautela y curiosidad.

«¿Nos atrevemos?», Margot preguntó simplemente.

Cecily mostró una rápida sonrisa. «Siempre».

Capítulo Doce

«Maldita sea».

«¿Qué te pasa, Vane? ¿No te gusta que te destripen en las páginas de chismes?».

Reginald deslizó a Cross una sutil mirada mientras el otro hombre ocupaba una silla vacía en su mesa privada del rincón. Había elegido específicamente esta mesa para disuadir socializar con los otros miembros del club que circulaban por el salón.

Cross claramente no entendió la indirecta.

«No me molesto con las páginas de chismes», respondió. «La mitad de lo que dicen es falso, la otra mitad es irrelevante».

Cross sonrió. «Quizá quieras empezar a sentir más curiosidad. Parece que lo único de lo que se puede hablar es de tu encuentro la otra noche con la señorita Fairclough. Su gesto se convirtió en una sonrisa burlona. «¿Progresando con la dama?».

Al levantar su vaso de whisky, Reginald le dio a Cross una rápida sonrisa y luego respondió de una manera que el otro hombre sin duda esperaba. «No te preocupes, Cross. La cortante señorita será toda suavidad y curvas antes de que termine con ella.

Hubo un extraño destello en los ojos de Cross antes de ocultarlo con otra mueca de desprecio. «Ya veremos. Pero no lo olvides, no será suficiente seducir a la chica. Debe declararse ante toda la sociedad».

«Para que su abandono sea aún más dañino», señaló Reginald, forzando una sonrisa mientras observaba a Cross con atención.

La boca del otro hombre se alzó con genuino placer. Ni siquiera intentó ocultarlo, lo que le permitió a Reginald preguntar algo que había querido saber desde el comienzo de esta farsa.

«¿Qué tienes contra la mujer? ¿Rechazó una oferta para bailar o te pisó fuerte?».

Aunque Cross conservó su suave sonrisa, había un brillo duro en su mirada. Y lo más revelador de todo fue el hecho de que deslizó los dedos en el bolsillo del reloj de su chaleco y sacó una vieja llave de hierro atada al extremo de una cadena de plata.

Reginald se tensó al verla. Su estómago se revolvió con un extraño malestar.

¿Qué magia o peligro podría poseer un objeto tan pequeño y común para inspirar a una dama a sacrificarse en el implacable altar del juicio social?

¿Y por qué Cross estaba tan aferrado a ella? La forma en que la acariciaba era casi... perturbadora en su reverencia. Y nunca la abandonaba.

Reginald desvió la mirada para que el otro hombre no notara su interés. ¿Cómo diablos se suponía que iba a quitarle esa maldita cosa?

Totalmente inconsciente de los pensamientos internos de Reginald, Cross respondió. «Mi historia con la señorita Fairclough es irrelevante para tu propósito».

«¿Pero lo es?», Reginald arqueó las cejas. «Está claro que esta apuesta nunca habría existido sin ella».

«¿Todavía quieres Kinley Park?», preguntó Cross bruscamente.

Una vergüenza secreta desgarró a Reginald ante la mención de la propiedad, seguida rápidamente por una determinación feroz. Su continuo fracaso en lograr que Kinley Park fuera entregado adecuadamente a su padre fue como una daga en su bazo. El vizconde no había obtenido el noble heredero que merecía, pero Reginald se aseguraría de que finalmente recibiera la dote que le habían prometido.

Apretó el puño debajo de la mesa, pero se obligó a responder con indiferencia. «Por supuesto».

«Entonces tu única preocupación deberían ser los términos de nuestro acuerdo».

Reginald levantó la comisura de su boca y mostró una mirada de diversión. «No hay necesidad de ser descortés, Cross. Simplemente tenía curiosidad».

Cross se puso de pie abruptamente y lanzó una mirada asesina a Reginald. «Quedan cinco semanas, Vane. Te sugiero que te tomes esto más en serio».

«¿Por qué?», Reginald preguntó con una sonrisa. «¿Estás diciendo que quieres que gane?».

La expresión del otro hombre se contrajo y luego se tensó cuando sus dedos se cerraron alrededor de la llave. Pero luego se enderezó rápidamente con una de sus sonrisas tranquilas y volvió a guardar la llave en el bolsillo de su reloj. «Solo intento ayudarte para evitar una mayor humillación, viejo amigo».

«Por supuesto», respondió Reginald y luego hizo un saludo irreverente con su vaso antes de vaciarlo.

A pesar del mal genio que crecía dentro de él, Reginald mantuvo su expresión neutral mientras Cross se giraba y salía de la habitación. Una expresión que casi se desvaneció cuando su mirada pasó junto a un recién llegado.

El conde de Wright.

No el mismo hombre que había traicionado a su padre y seducido a su madre, sino el único hijo *legítimo* de ese desgraciado.

Reginald se obligó a no mirar al hombre directamente, pero notó por el rabillo del ojo cuando el conde cruzó hacia un sillón de cuero colocado frente a las ventanas. El andar del hombre mayor era reservado y pausado. Su manera de ser confiada sin ser arrogante. Sus ojos azules evaluando silenciosamente su entorno con total falta de juicio. Tan pronto como se sentó, un lacayo apareció a su lado ofreciéndole el periódico del día y una copa de brandy. Los mejores, sin duda.

Wright era conocido como uno de los caballeros más nobles y honorables de la alta sociedad, asombroso, ya que su padre había sido un canalla de mala reputación. Aunque rondaba los cuarenta y tantos años, el conde era apuesto de un modo bastante discreto y estaba en mejor forma física que muchos hombres más jóvenes.

También era el medio hermano mayor de Reginald. Algo de lo que el otro hombre desconocía por completo.

Cuando el año pasado Caillie Claybourne entró por primera vez en la vida de Reginald, había prometido no contarle a *nadie* sobre la asociación que había descubierto en los diarios de su padre compartido. Ni siquiera sus otros medio hermanos, que eran cuatro en total, todos ilegítimos excepto el fino y honrado señor al otro lado de la habitación.

Aunque el diario del conde anterior que documentaba la verdad sobre la ascendencia de Reginald y Nicholas había sido destruido, Caillie recordaba los puntos esenciales de su contenido. Uno de ellos era el asunto que afectaba Kinley Park. También le había explicado cómo el conde anterior había descubierto que su esposa le era infiel poco después de engendrar un heredero deseado y cómo eso había estimulado al hombre a vengarse seduciendo y embarazando a tantas mujeres como fuera posible, incluida la madre de Reginald. El réprobo había documentado cada intento y éxito, que fue la forma en que el hombre actualmente sentado al otro lado de la habitación se enteró por primera vez de sus medio hermanos cuando leyó los diarios de su padre después de la muerte del anciano. Aparte de Roderick Bentley, el célebre

propietario de un club de juego y el mayor de los hijos bastardos de Wright, nadie sabía que había otros.

Siendo el noble caballero que era, Wright se dedicó a reunir a sus medios hermanos en un intento de unirlos y brindarles al menos una parte de lo que su padre les había negado. Aunque Wright y Bentley se habían estado evitando durante décadas, una vez que Wright explicó lo que había descubierto en los diarios de su padre, Bentley estuvo listo para dejar de lado sus diferencias para encontrar a los demás. Caillie, que era la más joven, ya que solo tenía once años en ese momento y vivía en Escocia, fue la siguiente hermana en incorporarse a la familia Wright. Luego estaba el criador de ovejas en Gales y un tipo bastante turbio que residía en el peligroso barrio londinense de St. Giles.

Sin duda, Wright también habría venido por Reginald y su gemelo, si hubiera sabido algo sobre su relación.

Aparentemente, uno de los diarios de su padre se había quedado atrapado detrás de otros libros y estuvo perdido durante años. Caillie lo había descubierto el año pasado e inmediatamente había tratado de determinar si los hermanos conocidos como los Villanos Vane tenían algún conocimiento de sus verdaderos orígenes. Había mantenido sus investigaciones en secreto, incluso para sus otros hermanos.

Al principio, Reginald y su hermano Nicholas se habían opuesto decididamente a tener algo que ver con la joven testaruda e impulsiva. Habían decidido años atrás, cuando descubrieron las mentiras que envolvían sus nacimientos, que no podían confiar la verdad a nadie. Nunca harían nada que pusiera a sus padres en riesgo de escándalo o daño.

Y aunque sabían desde que tenían quince años que no eran hijos naturales de su padre, sino que habían sido el resultado de la indiscreción de su madre poco antes de su matrimonio, no sabían quién era su verdadero padre. No habían querido hacerlo. Y ciertamente no habían querido tener nada que ver con él ni con su familia. El único padre que querían era el hombre que los había criado. El vizconde Withersfield.

Pero la curiosidad de Reginald eventualmente se apoderó de él y logró convencer a Nicholas de aceptar la apasionada petición de Caillie de conocerse bajo la promesa de que nadie más sabría la verdad de su relación. Ni el dueño del club de juego, ni el tipo misterioso de St. Giles, ni el criador de ovejas galés, ni mucho menos el actual conde de Wright.

Últimamente, sin embargo, Reginald se había estado preguntando...

Caillie había cumplido su palabra y ni un solo susurro sobre su relación había salido de su pequeño y estrecho círculo.

Quizá... los demás serían igualmente prudentes.

Reginald tuvo que admitir que tenía curiosidad. Especialmente en momentos como este, cuando uno de sus hermanos estaba tan cerca y avanzaba en su vida, totalmente inconsciente de la mirada de Reginald.

Era una de las razones por las que seguía siendo miembro de este club, incluso después de descubrir su conexión con Wright. Temía y anticipaba al mismo tiempo sus ocasionales avistamientos del otro hombre.

Nicholas estaría furioso si supiera con qué frecuencia y con tanta cercanía Reginald había estado hablando con su hermano mayor. Aunque fuera de pasada...

Su gemelo no entendería por qué Reginald correría tal riesgo. O por qué estaría interesado en el conde.

Reginald ni siquiera estaba seguro de haberlo entendido *él* mismo.

Pero ahí estaba.

Con un gruñido de disgusto hacia sí mismo, se puso de pie. Manteniendo su atención ferozmente alejada de donde Wright estaba sentado frente al gran ventanal que daba a la calle, Reginald salió del club.

Capítulo Trece

La dirección del Strand se había hecho muy conocida en los últimos meses como sede de un club social como ningún otro. Uno no podía estar en la sociedad londinense y no escuchar frecuentes susurros sobre Bishop, a la vez mordaces y elogiosos. Parecía que, si una empresa desdibujaba las costumbres tradicionales y desafiaba reglas tácitas sobre las interacciones sociales, era probable que inspirara una intensa curiosidad junto con algunas opiniones muy apasionadas.

Lo que explicaba la sorpresa y confusión de Cecily y de Margot cuando recibieron una invitación expresa de la copropietaria del club, la señorita Cailleach Claybourne. No tenían idea de por qué la dama las invitaba de esa manera particular, pero les intrigaba la perspectiva de descubrir por sí mismas a qué se debía tanto alboroto.

La invitación era para un evento especial que tendría lugar la noche siguiente. *Una velada de agradecimiento y celebración*, decía. Incluso con una mínima explicación, parecía muchísimo más entretenida que otra aburrida cena de sociedad a la que habían planeado asistir previamente.

Como su abuela no había insistido en que las niñas tuvieran una acompañante desde el comienzo de la temporada, no se molestaron en contarle su cambio de planes. No es que pensarán que ella lo desaprobaba. Sin duda, lady Hargrave alentaría la exploración de otro ámbito de las relaciones sociales.

Así pues, la noche del evento, ambas se vistieron con sus vestidos favoritos. Margot con uno de un brillante tono amatista y Cecily con un vestido de satén azul cobalto. Se arreglaron el cabello mutuamente con estilos elegantes y eligieron joyas de reliquia familiar, una gargantilla de camafeo negra para Margot y una larga cuerda de perlas intercaladas con zafiros para Cecily.

Bajaron del carruaje frente a la elaborada mansión del Strand, que ya estaba repleta de invitados yendo y viniendo. Las mujeres compartieron una mirada y luego Cecily levantó la barbilla y abrió el camino hacia la puerta principal. La abrió inmediatamente un tipo corpulento con ojos cálidos, una cabeza calva brillante y una sorprendente abundancia de músculos que llenaban su uniforme de mayordomo.

Esbozó una amplia sonrisa que seguramente era la antítesis del entrenamiento de cualquier mayordomo e inclinó la cabeza. «Bienvenidas, señorita Fairclough y señorita Spencer», saludó con una rica voz de barítono mientras les hacía señas para que pasaran por una elegante entrada.

Cecily frunció el ceño. ¿Cómo sabía el hombre sus nombres antes de dárselos?

Probablemente notando su preocupación, el mayordomo respondió con otra sonrisa. «Mi señora estará encantada de saber de su llegada».

¿La señorita Claybourne hablaba de esas cosas con su mayordomo?

«Por favor, ¿puedo tomar sus capas?».

Después de compartir una mirada rápida y ligeramente incómoda con Margot, ambas se quitaron las capas y luego siguieron las poco convencionales instrucciones del mayordomo para continuar a través del par de puertas abiertas al final del corto pasillo.

El lugar era magnífico. Suelos de parqué relucientes, paredes cubiertas de rica seda verde, una escalera abierta con un balcón mirador en el piso superior y un sutil aroma a rosas. Un número igual de mujeres que de hombres pasaban por el pasillo solos, en parejas o en grupos

mientras cruzaban de una de las varias habitaciones que daban al vestíbulo a otra o subían por las escaleras. Había un ambiente general de alegría entre los invitados, algunos de los cuales vestían elegantes trajes de noche mientras que otros habían elegido ropa más informal. Parecía no haber una regla general de apariencia o actividad, aunque se podía escuchar música fluyendo desde arriba, recordándole a Cecily que esa noche estaba anunciada como un evento musical.

«¿Puedes creer esto?», Margot respiró. «¿No sé qué hacer primero? Exploramos todas las instalaciones o encontramos un lugar para sentarnos donde podamos observar a todos pasar».

Cecily tuvo que estar de acuerdo. Una mirada a su alrededor demostraba que, por una vez, todo lo que habían informado los periódicos parecía ser cierto. Estaban rodeadas por una sociedad diferente a todo lo que jamás habían conocido. Esto no era, sin lugar a dudas, nada parecido a los elegantes clubes de caballeros que existían actualmente. Y ni siquiera habían pasado del salón principal todavía.

Al ver a un lacayo de pie en un rincón con una bandeja de vasos de cristal que sostenía un curioso licor verde en perfecto equilibrio sobre su mano vuelta hacia arriba, asintió con decisión. «Primero unas bebidas, luego paseemos».

Con el licor en mano, las damas se tomaron del brazo y recorrieron la extensa disposición de las habitaciones. Descubrieron salones y salas de estar más pequeños, un gran comedor, un salón de baile y una galería llena de algunas de las obras de arte más singulares y vanguardistas que Cecily había visto jamás. Aunque parecía haber gente en todos lados, la gran sala de música estaba tan llena de invitados que disfrutaban de la interpretación de un cuarteto de cuerda exclusivamente femenino que Cecily y Margot ni siquiera pudieron entrar.

Les tomó más de una hora recorrer el lugar y cuando terminaron de explorar el segundo nivel y comenzaron a caminar hacia las escaleras para regresar al salón principal, su camino fue repentinamente interceptado por una mujer alta y delgada con cabello castaño oscuro y color de ojos avellana brillante.

«¡La señorita Fairclough y la señorita Spencer! Puedo decir lo encantada que estoy de que ambas hayan aceptado mi invitación para unirse a nosotros esta noche». La elegante y enérgica mujer sonrió ampliamente y soltó una suave risita. «Lo siento, debería presentarme. Soy la señorita Cailleach Claybourne».

«Buenas noches, señorita Claybourne», respondió Cecily rápidamente, aunque quizás un poco rígida. Esta joven, seguramente no más que unos pocos años mayor que ella, ¿era la señorita Claybourne, la excéntrica copropietaria del club Bishop? «Mi prima y yo le agradecemos la invitación, aunque fue extremadamente inesperada».

«¿Lo fue?». La señorita Claybourne inclinó la cabeza con curiosidad y luego mostró otra sonrisa encantadora. «El club Bishop se enorgullece de cultivar una membresía compuesta por personas librepensadoras, innovadoras e inspiradoras. La verdad es que creo que debería haberse enviado una invitación a Hargrave House hace mucho tiempo».

Antes de que Cecily pudiera responder a esa sorprendente confesión, su anfitriona bajó la barbilla para hacer un comentario con tono serio. «Por favor, díganme que se han estado divirtiendo hasta ahora».

«El club es bastante extraordinario», respondió Margot, su tono un poco reverente.

«¿No es así?», la señorita Claybourne se pavoneó descaradamente antes de volverse hacia Cecily. «Por favor, diga que está de acuerdo, señorita Fairclough».

«En efecto», admitió Cecily. «No se parece a nada que haya experimentado antes».

«Eso es lo que esperaba que dijera», respondió la mujer con genuino placer. «Pensé que ustedes dos apreciarían lo que mi socio y yo estamos haciendo aquí». Luego, se inclinó hacia

adelante con un brillo en los ojos para susurrar, «y ni siquiera han visto la mejor parte».

Antes de que Cecily pudiera preguntar a qué se refería, ya que estaba bastante segura de que habían deambulado por toda la magnífica mansión, un apuesto caballero, que no se parecía del todo a un pirata de capa y espada, con su cabello oscuro recogido en una elegante cola en la nuca y una sonrisa de satisfacción irreverente con diversión curvando sus labios, se acercó pavoneándose detrás de la señorita Claybourne. Deslizándole su mano familiarmente a lo largo de la curva de su cintura, mencionó, «ahí estás, cariño».

La señorita Claybourne se volvió y esbozó una íntima sonrisa por encima del hombro. «Hola, mi amor. Me gustaría presentarte a nuestras invitadas especiales de la noche, la señorita Fairclough y la señorita Spencer. Señoras, el señor Bishop Black».

La boca del señor Black se torció en una sonrisa torcida pero encantadora mientras daba un paso adelante para ofrecerle la mano primero a Cecily y luego a Margot. «Llámenme Bishop, por favor», insistió con un rápido guiño. «Nunca me he pasado por nada más».

Un encanto y un pícaro.

Por lo general, los hombres como Bishop Black inmediatamente ponían a Cecily en guardia. Pero por alguna razón, su anfitrión no provocó la misma respuesta.

Quizá fue la evidente devoción acalorada en su mirada cuando miró a su compañera. «Siento interrumpir, cariño, pero lamento informarte que Meryl y George se retiraron de nuestro juego de whist».

La señorita Claybourne soltó un resoplido muy poco femenino. «Cobardes. Simplemente tienen miedo de que los desplumemos otra vez».

Bishop se rió y asintió. «Sin duda tienes razón».

«Bueno, eso es decepcionante», refunfuñó la señorita Claybourne antes de que su mirada volviera repentinamente a Cecily y Margot. «¿A menos que pueda convencerlas a ustedes dos de que ocupen sus lugares?», preguntó en tono esperanzado.

A pesar de sí misma, Cecily sintió una rápida chispa de excitación. A ella y a Margot les encantaba el whist y eran bastante buenas jugadoras. Cuando estaban en pareja, a menudo eran invencibles. Y había pocas cosas que Cecily disfrutara más que ganar. En cualquier cosa, en realidad.

Pero cuando miró a su prima, los rasgos de Margot se tensaron en una expresión de disculpa.

«Bueno, es que esperaba regresar al salón donde escuché a un grupo de mujeres discutiendo algo que me interesa mucho».

Cecily frunció el ceño, preguntándose de qué diablos estaba hablando su prima. No recordaba haber escuchado ninguna conversación particularmente fascinante. Pero antes de que pudiera responder, la señorita Claybourne exclamó, «por supuesto que debe hacerlo, señorita Spencer. Creo que conozco exactamente a las damas de las que está hablando y creo que estarán encantadas de que se una a ellas. Estoy segura de que podremos encontrar una pareja adecuada para su prima si desea unirse a nosotros».

Cecily empezó a sentirse un poco comprometida y frunció aún más el ceño, pero Margot ya se estaba alejando. «No te importa, ¿verdad, Cecily? Te encontraré de nuevo en una hora más o menos».

Como nunca intentaría impedir que Margot hiciera lo que quería, Cecily solo pudo mirar a su prima mientras bajaba las escaleras a toda velocidad.

«No se preocupe, señorita Fairclough», dijo su anfitriona con una sonrisa. «La señorita Spencer estará bastante bien. Ahora dígame... ¿tiene espíritu competitivo?».

Por la mirada brillante y el tono esperanzado de la otra mujer quedaba claro que ella misma poseía fuego para competir. La boca de Cecily mostró una sonrisa. «Algunos dicen eso».

«¿Jugará entonces?».

«Un juego».

«Maravilloso», exclamó la señorita Claybourne. Luego inclinó la cabeza y miró a Cecily con bastante curiosidad por un momento antes de golpearse la barbilla con un dedo. «Creo que conozco a la persona adecuada para emparejarla. Bishop, amor mío», dijo, volviéndose hacia el hombre que estaba a su lado, «¿podrías acompañar a la señorita Fairclough a la sala de juego? Voy a conseguir un cuarto jugador».

«Por supuesto», respondió antes de bajar la cabeza para darle un suave beso en el borde de la oreja a la dama. Luego susurró algo que Cecily no pudo entender, aunque el tono sonó un poco como una advertencia. Tensándose, observó cómo la señorita Claybourne sonreía dulcemente, pero no decía nada en respuesta.

Mientras la dama se alejaba apresurada, Bishop se volvió para ofrecerle el brazo a Cecily. «Señorita Fairclough».

Asintiendo rígidamente, extendió la mano y le permitió que la condujera hacia la sala de cartas que recordaba que estaba ubicada cerca del salón de baile.

Después de un par de pasos, sintió que el hombre la miraba de reojo. «Dígame, ¿el club cumple con sus expectativas?».

Ella decidió responder honestamente. «Yo diría que ha demostrado ser uno de esos raros sucesos en los que la realidad supera todo lo que las malas lenguas han estado murmurando».

Bishop arqueó una ceja y la miró de reojo. «Voy a tomar eso como el mayor de los elogios».

«Debería hacerlo».

Él se rió y luego bajó la voz para añadir, «debo decir que no parece ser la temible arpía que las malas lenguas dicen que es».

Acababan de entrar a la sala de juego que contenía cinco mesas diferentes espaciadas en la hermosa sala de paneles oscuros. Cuatro de las mesas ya estaban ocupadas con jugadores, algunos de los cuales miraron con curiosidad cuando entraron, mientras que la última, situada en el rincón más alejado, aparentemente estaba reservada para ellos.

Ahora, ella fue quien le dirigió una mirada de reojo con una ceja levantada. «Oh, pero lo soy».

Se rió de nuevo antes de murmurar, «entonces, no tiene nada de qué preocuparse».

Cecily se puso tensa. «¿Por qué cree que podría tener algo de qué preocuparme?».

Cuando él no respondió de inmediato, sino que pareció concentrarse en la tarea de acercarle una silla a la mesa de juego, ella permaneció de pie.

«¿Señor Black?», inquirió bruscamente.

Al notar su postura obstinada, frunció la comisura de los labios y se encogió de hombros. «Aunque amo a la mujer con todo lo que soy, debo advertir que Cailleach tiene una tendencia bastante implacable a entrometerse, me temo».

Cecilyladeó la cabeza. «¿Entrometerse?».

«Así es», respondió casualmente mientras asentía con la cabeza hacia la silla que ella todavía no aceptaba.

Ignorando el gesto, preguntó, «¿y en qué piensa exactamente entrometerse respecto a mí y a mi prima?».

«Preferiría no decirlo».

«Pero lo sabe».

«Por supuesto», respondió con una sonrisa. «Ella no me guarda secretos. Ni yo a ella. Sin embargo, como podrá ver en los próximos minutos, pronto lo entenderá bastante bien». Su boca se torció en una sonrisa irónica. «Cailleach no suele molestarse en ser sutil en sus maquinaciones».

«No me gusta que me manipulen».

«Nadie lo hace», estuvo de acuerdo amistosamente y luego se encogió de hombros. «Ciertamente puede irse antes de que ella regrese, si gusta. Pero tengo la sensación de que no se asusta tan fácilmente».

Cecily resopló. «No me asusto en absoluto».

Su sonrisa era amplia y agradecida. «Eso es lo que esperaba escuchar».

«¡Aquí estamos!».

La exclamación era de la señorita Claybourne cuando finalmente llegaba. Antes de que Cecily pudiera volverse para mirar a la mujer, escuchó una maldición profundamente gruñida en una voz inquietantemente familiar.

El calor la atravesó como si las puertas de algún horno interno acabaran de abrirse completamente. Y un cosquilleo extrañamente delicado se encendió en cada uno de sus nervios.

Apretando los dientes ante la reacción, levantó la mirada hacia Bishop.

Aún manteniendo su sonrisa, este asintió.

Poniendo los ojos en blanco, se giró para mirar al compañero que la señorita Claybourne le había traído.

El señor Reginald Vane.

Capítulo Catorce

Maldita sea, sí que era hermosa.

Envuelta en líneas drapeadas de color azul zafiro, su cabello estaba retorcido y rizado sobre su cabeza, lo que mostraba su elegante cuello y hombros y la exuberante sombra de su escote. Dentro de la visión de suntuosa elegancia que presentaba, sus ojos cambiantes brillaron y chispearon con un temperamento creciente.

La dama no se alegró al verlo.

Él sonrió.

«Señorita Fairclough», dijo su hermana en un tono encantador mientras empujaba a Reginald hacia la mesa, «Permítame presentarle a su compañero de juego esta noche, el Honorable Reginald Vane».

«Nos conocemos», señaló bruscamente la señorita Fairclough, casi interrumpiendo a Caillie.

«Oh, es verdad», exclamó su hermana con ojos muy abiertos, no del todo inocentes. «Recuerdo algunos rumores sobre un encuentro reciente».

Reginald resistió la tentación de poner los ojos en blanco y miró a Bishop, quien se encogió de hombros. Ignorándolos a ambos, Caillie se adelantó y tomó asiento en la mesa mientras le hacía un gesto a la señorita Fairclough para que hiciera lo mismo.

«Ahora», dijo con una amplia sonrisa mientras se frotaba las manos, «¿comenzamos?».

Seguramente la señorita Fairclough se negaría, pero lo sorprendió dando un paso adelante para aceptar el asiento que Bishop le ofrecía. Reginald deslizó una mirada entrecerrada hacia Caillie, quien simplemente levantó la barbilla y le lanzó una sonrisa ganadora.

Tomando su lugar frente a su compañera mientras Bishop ocupaba el suyo, Reginald se dijo a sí mismo que era solo un juego de cartas y que él era solo un miembro más del club. No había motivo para que nadie, y mucho menos la señorita Fairclough, se preguntara por su relación con su anfitriona, la señorita Claybourne.

Se estableció el palo de triunfo y se repartieron las cartas y, al menos durante varios minutos, Reginald se olvidó de preocuparse. Jugar con un nuevo compañero siempre era un poco incierto al principio. Había que evaluar las estrategias, establecer el ritmo y encontrar puntos en común en lo que respecta al riesgo y la confianza. Era una de las razones por las que él y Nic no se habían asociado durante años. Simplemente no había forma de vencerlos. Se conocían demasiado bien, confiaban el uno en el otro implícitamente, poseían la misma valentía inquebrantable y nunca perdieron la sincronía, ni por un instante.

Pero jugar con la señorita Fairclough resultó ser una revelación.

Reginald empezó de forma bastante conservadora, sin querer lanzar a su compañera a un juego más riguroso de lo que ella estaría preparada. Un enfoque que resultó ridículo cuando ganó la baza y lideró audazmente con un triunfo. Casi se rió ante el grito de sorpresa de Caillie.

Su hermana era una jugadora inteligente. Audaz e intrépida, pero innegablemente estratégica.

El enfoque de Bishop era puramente calculador.

Parecía que a la señorita Fairclough le interesaba pura potencia. Reginald ajustó su propio juego, tratando de anticipar e igualar sus movimientos más audaces. Pero a medida que avanzaba el juego, quedó claro que algo más estaba sucediendo. Cuando notó por primera vez la sutil capa

de subversión y engaño en su obra, pensó que estaba equivocado. Pero no había forma de confundir el brillo de satisfacción en sus ojos cuando la carta baja que arrojó sobre la mesa provocó un silencioso suspiro de alivio por parte de Caillie. Sin estar seguro de su intención, también lanzó bajo, al igual que Bishop. Perdieron. La siguiente ronda fue liderada por Bishop y colocó una carta de nivel medio. La compañera de Reginald aparentemente no tenía nada con qué superarlo. Caillie se vio obligada a poner una carta más alta como única opción. Al mirar su propia mano, Reginald se dio cuenta de que podía hacer el truco con una carta baja.

Su mirada se dirigió a su compañera.

Ella arqueó las cejas.

Ella lo sabía. Y una vez que aprendió ese truco, el resto cayó fácilmente a su favor.

El resto del juego siguió un patrón similar mientras lideraban y seguían con vacilaciones aparentemente aleatorias entre descarada y trepidante, pero cada vez, lograba sacar las cartas altas de sus oponentes temprano, dejándolos sin nada al final, lo que resultó en numerosas victorias fáciles.

La mujer era diabólica y a él le encantaba.

Aunque hablar durante el juego estaba estrictamente mal visto, Reginald comenzó a comunicarse con su compañera de otras maneras, mucho más sutiles. Un rápido guiño, un movimiento de labios, una inclinación de cabeza.

Al principio, sus breves cambios de expresión provocaron amonestaciones silenciosas, como un rápido ceño fruncido o los ojos en blanco. Luego intentó ignorarlo por completo. Pero después de un movimiento particularmente triunfante, ella lo miró con un brillo de celebración en sus ojos y él no pudo evitar sonreír. Para su sorpresa, la dama le devolvió la sonrisa. Con una curva rápida y furtiva de sus labios.

Desafortunadamente, la sonrisa hizo poco más que ofrecer un momento de conexión entre ellos. También provocó una afilada lanza de deseo a través de su vientre.

¿Qué diablos tenía la sonrisa de esta mujer?

No había precedentes de cuán intensamente sentía sus raros destellos de genuino placer.

Quizás eso era todo. Sus sonrisas eran lo suficientemente raras como para hacerlas sentir especiales y sorprendentemente íntimas cuando él era el destinatario previsto. Y la intimidad a menudo conducía a otras *conexiones* más físicas. E imaginar esas conexiones con esta mujer era demasiado tentador y placentero como para resistirse, lo que significó que Reginald pasó los siguientes juegos con una rigidez persistente en sus pantalones.

Después de un par de horas, Caillie levantó las manos en señal de derrota. «Suficiente. Lo admito», exclamó con una media sonrisa y un ceño de honesta consternación. «No creo que nunca haya luchado tan duro y haya perdido tan terriblemente en mi vida». Su mirada color avellana voló entre Reginald y su compañera. «No tengo idea de lo que acaba de pasar. Creo que debería reconocer sus habilidades superiores, pero no estoy del todo convencida de que eso sea lo que fue».

La señorita Fairclough arqueó una ceja. «¿Estás sugiriendo que hicimos trampa?».

«¡Por supuesto que no!», Caillie exclamó y luego se rió mientras se levantaba. Todos los demás también se pusieron de pie. «Estaba pensando más en la intervención de las hadas o en algo de naturaleza mística», añadió, girando su mano de una manera sugerente como si lanzara algún hechizo sobre la mesa.

Bishop se rió mientras se acercaba a su lado. «Quizá deberíamos intentar calmar nuestro orgullo lastimado con un poco de tarta de zarzamoras del chef».

Los ojos de Caillie se abrieron y levantó la mano para apoyarla en su mandíbula. «Oh,

cariño, siempre sabes cómo hacerme sentir mejor».

Bishop bajó la cabeza para susurrar algo solo para sus oídos.

Reginald apartó rápidamente la mirada del incómodo momento íntimo, pero terminó clavando su mirada directamente en la de su compañera.

Por alguna razón, la señorita Fairclough le devolvía la mirada y se negaba a apartar la mirada. Sus ojos, esta noche, tenían el ardiente azul grisáceo de un cielo nocturno tormentoso y provocó un efecto visceral en él. Como ser golpeado en el pecho por una bala de cañón de relámpagos y truenos.

«¿Les gustaría unirse a nosotros?», preguntó Caillie, rompiendo el intenso momento.

La atención de la señorita Fairclough se desvió hacia un lado y respondió rápidamente, «no, gracias. Se hace tarde y realmente debería encontrar a mi prima».

«Por supuesto», Caillie volvió su mirada color avellana hacia Reginald. «El señor Vane puede acompañarla. Está familiarizado con el club. Con su guía, creo que localizará a la señorita Spencer en poco tiempo».

«Preferiría continuar sola», afirmó con firmeza la señorita Fairclough.

«Insisto», respondió Caillie.

Por un momento, las dos mujeres se miraron fijamente. Una con una sonrisa abierta y una postura obstinada en la barbilla. La otra, con la mirada estrecha y la boca ásperamente vuelta hacia abajo.

Reginald dio un paso adelante. «El club es bastante amplio y podría fácilmente desubicarse si no está familiarizada con las numerosas salas y pasillos». La torsión de sus labios fue irónica y malvada. «Lo prometo, no tengo intención de inspirar su ira esta noche, señorita Fairclough».

«Sus intenciones pueden ser irrelevantes y tal resultado es inevitable», respondió ella con breve precisión.

«Estoy segura de que se comportará de la mejor manera», aseguró Caillie, dando un paso adelante para pasar su brazo por el de la señorita Fairclough. «¿Podría caminar conmigo un momento antes de separarnos?».

Mientras sacaba a la otra mujer de la habitación antes de terminar de hablar, quedó claro que Caillie no esperaba una negativa.

Reginald esperó a que las mujeres avanzaran unos pasos antes de mirar a Bishop. «Si está pensando en jugar a ser casamentera, fracasará», señaló con brusquedad.

El otro hombre simplemente se limitó a arquear las cejas y a sonreír de esa manera tan irritante que tenía, claramente poco convencido.

Reginald soltó un áspero resoplido y luego se volvió para seguir a las mujeres.

Bishop reía detrás de él.

Capítulo Quince

Con su brazo firmemente entrelazado con el de Cecily, la señorita Claybourne bajó la cabeza para decir apenas en un susurro, «antes de que se vaya esta noche, señorita Fairclough, quería extenderles otra invitación, a usted y a la señorita Spencer».

«¿Más manipulación, señorita Claybourne?», Cecily replicó.

En lugar de ofenderse, la otra mujer se rió suavemente, con un sonido cálido y ronco. «Sé que no soy sutil. Pero juro que siempre tengo las más puras intenciones».

«¿Admitiría tener algunas nefastas?».

«Respeto su escepticismo», respondió la dama, «pero mi objetivo es ganarme su confianza. Con ese fin, admito que una de las razones por las que las invité aquí fue para ver por mí misma qué podría estar pasando entre usted y Vane».

«¿Por qué?», Cecily preguntó bruscamente. Las habría detenido a ambas allí mismo si la otra mujer no las hubiera mantenido en movimiento con fuerza en un paseo casual por lo que parecía pura voluntad.

La señorita Claybourne suspiró e inclinó la cabeza pensativamente. «Reg puede ser un poquito... imprudente cuando se trata de mujeres. No, imprudente no, en realidad. ¿Descuidado? ¿Irreflexivo?», ella arrugó la nariz mientras intentaba encontrar la palabra correcta, pero luego se rindió con un gesto despectivo con la mano. «Bueno, creo que conoce su reputación».

Cecily no respondió.

«De todos modos, quería estar segura de que no tenía intenciones inapropiadas».

Haciendo uso de su propia voluntad para detenerlas repentina y exitosamente, Cecily se giró para mirar a su acompañante con fiereza. «Le aseguro que soy bastante capaz de manejar mis propios asuntos, señorita Claybourne. Sin la interferencia de extraños».

Para nada herida por el tono brusco de Cecily, la otra mujer le devolvió la mirada con la cabeza inclinada. Los ojos color avellana la buscaron con una percepción suave pero aguda. Por un momento, la señorita Claybourne pareció perdida en sus propios pensamientos. Luego ella sonrió. «Lo sé, señorita Fairclough, y realmente no quiero faltarle el respeto». Su rostro se torció en una expresión irónica. «Tengo una terrible tendencia a entrometerme, pero solo cuando se trata de las personas que más me importan».

Cecily frunció el ceño. ¿Significaba eso que esta mujer se preocupaba profundamente por Vane? ¿Cuál era su conexión? ¿Quizás antiguos amantes?

El pensamiento retorció duramente a Cecily.

Pero aparentemente la señorita Claybourne tenía más que decir. «Admito esto solo porque veo que no tengo por qué preocuparme. Lo que sea que haya entre ustedes dos claramente está siendo bien manejado», finalizó con un movimiento divertido de sus labios.

Cecily quiso preguntar qué diablos quería decir con eso último, pero no quiso alentar a la mujer a realizar más especulaciones.

Sintiendo una aguda necesidad de cambiar de tema, Cecily volvió a algo que la mujer había dicho antes. Si su tono fue un poco imperioso, fue completamente intencional. «Insinuó que había más de una razón por la que nos invitó a mi prima y a mí esta noche».

«¡Ah, claro!». La señorita Claybourne hizo que Cecily volviera a moverse y las condujo hacia el salón principal del club. Inclinando la cabeza más cerca, la mujer habló en voz baja. «Como señalé anteriormente, Bishop y yo pretendemos cultivar una membresía variada y diversa

aquí. Creemos en compartir puntos de vista, experiencias y perspectivas amplias de todo tipo de personas. Por todo lo que sé sobre usted y la señorita Spencer, creo que ustedes dos serían excelentes incorporaciones a nuestros círculos sociales aquí. Pero también creo que ambas disfrutarían de algunos aspectos más exclusivos de la membresía».

La columna de Cecily se tensó. Miró de reojo a la mujer que estaba a su lado.

Al captar su mirada, la señorita Claybourne asintió sutilmente. Acababan de llegar al gran vestíbulo de entrada y su gesto estaba claramente dirigido hacia un pasillo en sombras escondido debajo de la escalera principal.

«Hay una entrada privada allí y otra accesible desde el exterior debajo del enrejado de rosas trepadoras», dijo la otra mujer antes de deslizar una pequeña tarjeta de visita en la mano de Cecily. «Presente esto en la puerta y obtendrá acceso a vías de interés que no suelen recomendarse para aquellas de nosotras que...», arqueó las cejas, «llevamos enaguas. Nada demasiado escandaloso, se lo aseguro», añadió rápidamente.

¿Una parte del club exclusivamente para mujeres?

Intrigada pero aún cautelosa, Cecily habría pedido más información, pero su anfitriona la soltó con gracia y se volvió hacia los caballeros que se habían mantenido unos pasos detrás de ellas.

«Bishop y yo la dejaremos aquí, señorita Fairclough. Espero volver a verla pronto», con toda la intención lo mencionó para Cecily, antes de volverse hacia Vane con una advertencia. «Pórtate bien».

Hizo una reverencia que de alguna manera logró ser a la vez burlona y reverente mientras curvaba sus labios en una sonrisa irónica. «Nunca».

La señorita Claybourne puso los ojos en blanco y Bishop asintió y le guiñó un ojo a Cecily. «Disfrute el resto de la velada, señorita Fairclough».

Cecily se quedó quieta en el centro del pasillo y observó a la pareja alejarse, esperando todo lo que pudo antes de volverse hacia Vane. Cuando finalmente lo hizo, se vio obligada a reconocer exactamente por qué no quería estar a solas con él.

Tan pronto como su mirada se movió de mala gana para encontrarse con la de él, todo su cuerpo comenzó a resonar en una frecuencia más alta y aguda. El palpitar de la sangre a través de sus venas se aceleró a un ritmo frenético y su bajo vientre se retorció con ese tipo especial de deliciosa anticipación que solo podía tener un nombre.

Deseo.

Un deseo que ella no necesitaba en absoluto y ciertamente no deseaba fomentar.

Lo había sentido crecer como una marea inexorable dentro de ella durante todo el juego. Con cada sonrisa astuta y mirada deslumbrante y apreciativa, un hormigueo de calor había inundado sus sentidos. Hasta que se sintió muy en sintonía con cada pequeño cambio en sus modales o estado de ánimo. Había experimentado cada momento de sorpresa, confusión y placer como si fueran suyos, y sin siquiera darse cuenta, se había esforzado por inspirar más y, finalmente, no supo dónde terminaba su placer y comenzaba el suyo. Eran iguales.

Pero no exactamente.

Porque él disfrutaba del juego, mientras que ella disfrutaba de él. Y eso no podía surgir.

Endureciéndose contra su propia reacción, sus siguientes palabras fueron duras y desdeñosas. «No tienes que acompañarme. Encontraré a Margot yo sola».

Él sacudió la cabeza, como siempre, completamente indiferente a su falta de amabilidad. «Caillie me arrancará la cabeza si al menos no *actúo* como un caballero».

Las cejas de Cecily se arquearon ante el uso casual del nombre de pila de la mujer.

«Aceptas sus demandas con bastante facilidad. ¿Cuál es tu relación?».

Aunque soltó una breve carcajada ante su comentario crítico, había un filo en su mirada cuando respondió, «solo es una conocida».

«También puedes admitir que alguna vez fue tu amante. Obviamente, lo tuyo ha terminado ya que ella y Bishop están claramente enamorados el uno del otro».

«Si ella fuera una examante, lo admitiría. Pero no lo es».

El hombre estaba un poco molesto. Interesante. Entonces, tal vez la dama no fuera una antigua amante. Pero ella definitivamente era más que una conocida.

«¿Quieres encontrar a tu prima o no?», preguntó en tono seco.

En respuesta a su rostro tenso, casi con el ceño fruncido, Cecily inclinó la barbilla y le ofreció una sonrisa tensa. «Si así puedo librarme de tu compañía, cuanto más rápido, mejor».

«De acuerdo», él le ofreció el brazo con rigidez y ella aceptó con la misma rigidez. «¿Dónde la perdiste la última vez?».

«Dijo algo sobre unirse a una discusión en el salón».

«¿Azul o verde?».

Su frente se arrugó. «No estoy segura».

«Primero revisaremos el salón azul».

Cayeron en un tenso silencio mientras él la conducía a la habitación en cuestión. No estaba lejos, así que solo les llevó unos minutos comprobar que Margot no estaba allí. El salón verde estaba en el nivel superior, y mientras regresaban por el salón principal hacia la gran escalera, Cecily no pudo evitar notar todas las miradas curiosas de las muchas personas con las que se cruzaban. No conocía a la mayoría de ellos, pero había algunas caras que reconocía como miembros de la alta sociedad. Por alguna razón, ella realmente no había pensado en que los eventos de la noche se convirtieran en algo que pudiera ser reportado más allá de las paredes del club. Pero ella sabía muy bien que los rumores podían venir de cualquier dirección.

Parecía que Vane probablemente estaba pensando algo parecido. Una vez que doblaron por un pasillo de arriba donde había muchos menos invitados yendo y viniendo, sintió el hormigueo cálido de su mirada de reojo.

«Dado que nuestra anfitriona nos ha unido tan eficazmente, tal vez deberíamos aprovechar la oportunidad para planificar nuestro próximo movimiento».

Cecily suspiró. «Si es necesario».

«Este acuerdo fue idea tuya, si recuerdas, señorita Fairclough. Pero si deseas volver a huir, lo entiendo».

«No voy a volver a huir».

Él esbozó una media sonrisa. «Entonces tal vez al menos podrías intentar parecer una participante dispuesta».

Cecily tensó la mandíbula cuando una señora que pasaba inclinó visiblemente el cuello para mirarlos más detenidamente. «No disfruto particularmente del drama público», murmuró.

«¿En serio?», preguntó él con exagerada incredulidad. «Pero tienes mucho talento».

Ella se detuvo abruptamente para mirarlo. «¿Qué significa eso?».

Levantó la barbilla y le devolvió la mirada con una especie de sonrisa superior inclinando sus labios y un brillo de complicidad en sus ojos. «Significa que creo que tu temperamento gruñón es todo una actuación»

El calor estalló a través de su interior.

Eso es lo que ella pensó que quería decir.

«¿Con qué propósito?», preguntó bruscamente. «¿Qué podría ganar yo con semejante

engaño? Tienes al menos alguna noción de cómo la gente habla de mí, de cómo se revelan en el drama de mi furia. Me he convertido en una caricatura para ellos. Ya no soy una mujer real, solo soy una personificación plana de emociones que no pueden entender. ¿De verdad crees que elegiría fomentar eso?».

«Sí». Su respuesta fue rápida y segura.

El calor de su conmoción inicial y su ira se extendieron a través de ella en una ola. «Señor Vane», dijo entre dientes fuertemente apretados. «Eres un egoísta arrogante y egocéntrico de la adoración y el respeto de la sociedad. Utilizas a las mujeres y las descartas como un niño pequeño con sus juguetes, siempre buscando algún objeto nuevo y brillante con el que jugar antes de tirarlo rápidamente a un lado para dedicarte a la siguiente diversión. Eres superficial y no te importa cómo tu constante búsqueda de placer podría tener consecuencias de largo alcance porque las consecuencias son irrelevantes para ti, ¿no es así?».

A lo largo de su aluvión de insultos, sus rasgos nunca flaquearon de la expresión aburrida y la media sonrisa arrogante que parecía amar tanto. Pero cuando terminó, él bajó la cabeza hacia la de ella y ella notó una extraña monotonía en su mirada normalmente intensa. Ella no se dio cuenta de lo cerca que estaban hasta ese momento exacto porque el frío en su mirada contrastaba marcadamente con el calor que emanaba del cuerpo de él.

«Tienes toda la razón», murmuró, su voz baja e íntima salió de una manera que no debería ser durante una discusión. «Soy todo lo que dijiste y peor. Pero no soy tan necio como pareces creer». Su sonrisa se amplió. «Reconozco una maldita falsificación cuando la veo».

Cecily jadeó y abrió mucho los ojos. «No sabes nada sobre mí».

«Eso sigues diciendo», dijo él arrastrando las palabras.

«No es posible comprender la profundidad de lo que me motiva».

«Sé que esa pequeña diatriba no fue más que un intento de desviar mi atención de lo que no quieres que vea. Sé que cuando interactúas con ciertas personas, tu prima o tu abuela, no pareces tener ni un hueso de arpía en tu cuerpo». Su mirada recorrió su forma cuando dijo lo último, calentándola aún más cuando quería frialdad en su sangre. Luego respiró hondo y apretó la mandíbula mientras volvía a concentrarse para encontrarse con su mirada. «Puedes ser terca, cortante y un poco irritable si te obligan a recibir una llamada demasiado temprano en el día», corrigió con una media sonrisa, «pero no eres la perra insensible que te gusta mostrar».

Ella redujo su mirada a finas rendijas mientras se obligaba a no entrar en pánico ante sus palabras. *Era* insensible. Tenía que serlo. Porque la alternativa... dolía demasiado.

«Estás delirando», le respondió ella.

Dio un paso amenazador hacia ella. Contuvo la respiración y su vientre se tensó cuando su cuerpo entró en contacto con el de ella. Su pecho con sus pechos, sus caderas, sus muslos. Podría haber dado un paso atrás, el pasillo era estrecho, pero no tanto, pero no lo hizo. Ella ignoró el aceleramiento de su corazón y en su lugar levantó la barbilla, prefiriendo enfrentar al león en lugar de permitirle pensar que tenía la capacidad de asustarla.

Pero cuando sus ojos se encontraron con los de él, de repente se dio cuenta de que no había nada en su mirada.

De hecho, el azul de su mirada estaba que ardía.

«Tengo razón», respondió, su voz era espesa y pesada. «Lo sé porque he visto tu sonrisa, Cecily. La he sentido. Hay calidez dentro de ti. Y luz. Me muero por superar ese formidable muro que has construido».

Ella quería negarlo. Criticarlo por tomarse tales libertades con su carácter, su alma misma. Pero ella parecía no poder reunir las palabras para refutarlo. Quizá porque tenía razón. La

calidez de la que hablaba crecía dentro de ella con cada respiración mientras estaban tan cerca, sus ojos azules penetrantes e intensos. Si no hacía algo pronto, se convertiría en un infierno arrebatador.

Sintiéndose completamente vulnerable, todo lo que pudo hacer fue mirarlo fijamente y esperar que él no viera la debilidad y el miedo, *el deseo* que se apoderaba de ella.

«*Maldición*», murmuró de repente con brusquedad, la palabra suavizada envió un escalofrío a través de su piel. «Voy a besarte».

Sus ojos se ampliaron y sus labios se abrieron. Una chispeante anticipación se arremolinaba deliciosamente en su vientre. En contra de su comportamiento consciente, su mirada bajó hasta su boca. Una descarada promesa de placer residía en cada arco y curva. Un hormigueo recorrió su sangre al pensar en cómo se sentiría. Y no se lo preguntó por mucho tiempo.

Con un sonido grave y grave, inclinó la cabeza y sus labios estuvieron sobre los de ella. Cálidos. Firmes. Y perfectamente contorneados a los suyos. No fue particularmente un beso apasionado, ni erótico ni escandaloso. Solo una sólida presión de carne contra carne. Pero provocó una ráfaga a través de su cuerpo como chispas transportadas por las alas de los estorninos que giran en vuelo.

Cuando levantó la cabeza después de solo un momento, se miraron el uno al otro en un silencio tenso y helado. Solo entonces se dio cuenta de que él la sujetaba por los hombros. Tan pronto como lo hizo, la soltó, pero no dio un paso atrás. Ella tampoco.

Ella lo miró fijamente. Su mandíbula estaba apretada. «Qué. *Demonios*. ¿Fue eso?».

Su encogimiento de hombros fue un poco rígido. «Parecía algo que deberíamos dejar de lado».

Un ceño frunció sus cejas. «Eso es absurdo. Yo...».

La besó de nuevo. Esta vez, la pasión era innegable cuando él inclinó la cabeza para acercar mejor sus labios a los de ella. Entró en ella, obligándola a retroceder hasta que chocó contra la pared detrás. Luego, uno de sus brazos se enroscó alrededor de su cintura mientras deslizaba la otra mano cálidamente por su brazo desnudo, extendiendo un hormigueo de piel de gallina a su paso. Estaba tan absorta en la sensación terriblemente deliciosa que despertaba su toque que cuando él ejerció un poco más de presión con la boca, ella bajó la barbilla y abrió los labios sin dudarlo.

Su lengua pasó por sus dientes con calor aterciopelado y habilidad experta. Bromeando y burlándose de ella para que se uniera al juego erótico. Fue exactamente porque estaba tan tentada de hacerlo que logró retroceder.

Sus párpados estaban anormalmente pesados cuando lo miró. «¿Por qué diablos hiciste eso?».

«Porque quería hacerlo», murmuró en una respuesta brusca y luego esbozó una suave sonrisa. «Lo mismo con el primer beso, para ser honesto, pero pensé que te gustaría más la otra respuesta».

Ella le dirigió una mirada dura, pero su voz era entrecortada cuando respondió, «preferiría que no me mintieras».

Él asintió y su brazo se apretó alrededor de su cintura. «Entendido», simplemente mencionó, y en el siguiente suspiro dijo, «quiero besarte de nuevo».

Odiaba cómo esa confesión rápida y sencilla hacía que sus piernas flaquearan. Apretando la mandíbula, intentó lanzarle una mirada intimidante. Pero su atención fue atraída por sus labios descarados y la penetrante intensidad de su mirada deseosa. Con un sonido áspero de molestia

mezclado con rendición, ella murmuró, «que el diablo se lo lleve», luego levantó la mano para tomar su rostro entre sus manos y acercar su boca a la de ella.

Capítulo Dieciséis

Si Reginald había pensado que su sabor era embriagador después de la primera y casta presión de sus bocas, rápidamente se dio cuenta de lo completamente inadecuada que era la palabra cuando ella decidió entregarse por completo al beso.

Robaba el aliento.

Impactante.

Provocador.

Todas son mejores palabras, pero aún insuficientes.

Sus manos se deslizaron desde su cara para rodear su cuello mientras inclinaba la cabeza y retorció su lengua con la de él. Con una respiración profunda por la nariz, se puso de puntillas y moldeó su cuerpo contra él. Curvas suaves y exuberantes. Calor. Fortaleza. Deseo desenfrenado.

La mujer era una hoguera.

Una vez encendida, amenazaba con consumir todo a su paso. Y Reginald estaba más que dispuesto a verse rodeado por sus llamas. La lujuria y la pasión lo atravesaron, atrayéndolo más fuerte y poniéndolo más duro de lo que nunca había estado.

¡Santo infierno! Era asombrosa. Generosa de una manera que no podría haber imaginado. Exigente y desinhibida. Besaba con todo el cuerpo, como si hubiera estado manteniendo a raya sus pasiones durante tanto tiempo que estuviera desesperada por liberarlas todas de una vez, ahora que tenía una salida.

Dios, cómo quería simplemente absorber cada gota de sangre, sentir cada aliento de su deseo. Quería hacerla derretirse.

Presionándola firmemente contra la pared mientras sus bocas se consumían entre sí, deslizó una mano ansiosa a lo largo de su cuerpo, explorando la curva encorsetada de su cintura y la exuberante curvatura de sus caderas que inducía gemidos antes de deslizarse hacia arriba a lo largo de su caja torácica para cubrir por completo su pecho.

Su rápida inhalación presionó su carne más completamente contra su mano. Le dio un suave apretón antes de pasar el pulgar por la piel desnuda sobre el borde de su escote y un sensual gemido se deslizó de sus labios para bañar los suyos. Otra caricia amasadora llenó su carne cremosa y él no pudo resistirse a bajar la cabeza para lavar la piel sedosa con la lengua mientras su pulgar encontraba el capullo de guijarros de su pezón a través del satén de su vestido.

Arqueando la espalda, ella deslizó las manos por el pelo y murmuró algo incoherente.

Su cuerpo se tensó con el intenso deseo de jalar su corpiño y pasar su lengua sobre su pecho desnudo, tomar su pezón entre sus labios y succionarlo profundamente en su boca.

Pero no ahora. *Aquí* no, carajo.

Tan pronto como su mente consciente reconoció que todavía estaban parados en el pasillo de un club lleno de gente, pudo escuchar voces no muy lejos. Era posible que hasta ahora se habían salido con la suya sin testigos, pero no era probable que durara mucho más.

Levantó la cabeza para darle otro beso atrevido y avergonzado en la boca, necesitando su sabor como necesitaba aire.

Las voces se acercaban. Tenía que parar.

No quería hacerlo.

Su lengua era el cielo. La perfección eran sus labios. El sabor de ella tan jodidamente

divino y su cuerpo..., no había palabras para lo que le hizo sentir presionada con tanta urgencia contra él.

Pero él se alejó.

De mala gana y con gran esfuerzo, la soltó. Apoyó una mano contra la pared en su espalda y usó la otra para desenredar suavemente sus brazos alrededor de su cuello.

Ella se tensó brevemente. Luego se irguió aún más, retrocediendo tan bruscamente que su cabeza golpeó la pared. Todavía cerniéndose sobre ella, vio cómo la pasión retrocedía rápidamente a medida que emociones más turbulentas llenaban su mirada.

Él dio un paso atrás, dándole espacio para respirar, y se preparó para recibir una mordaz letanía de insultos y acusaciones.

Pero en lugar de dar rienda suelta a su infame temperamento, la mujer entreabrió los labios y respiró hondo pero trémulo. La tormenta en su mirada se hizo más y más oscura, hasta que toda la luz se nubló. En ese momento, ella parecía... derrotada.

Debería decir algo. Pero ninguna de sus habituales impertinencias le vino a la mente y, aunque una disculpa le rondaba por el cerebro, no se atrevía a pronunciarla.

No se arrepintió de haberla besado. Y seguro que no se arrepentía de que ella le hubiera devuelto el beso.

Entonces, se miraron en silencio hasta que ella tensó la mandíbula y levantó la barbilla. Y así, en lugar de una tormenta apasionada, todo lo que Reginald vio en su mirada fue una barrera de piedra impenetrable. Sin decir una sola palabra, se giró y se alejó, con paso lento, decidido y lleno de grácil fuerza.

Reginald la miró. El deseo abrasaba su sangre, la confusión se arremolinaba en su cerebro y un hambre como nunca había conocido hacía que todo su cuerpo se sintiera como si estuviera hecho de hierro. Hierro necesario y lujurioso.

Las historias que se rumoreaban sobre él en la ciudad eran totalmente ciertas. La mayoría de ellas ni siquiera necesitaban ser exageradas. Era un libertino impenitente. Usaba mujeres y ellas lo usaban a él. La pasión y el placer se reclamaban al azar, y cualquier mujer dispuesta y lo suficientemente sofisticada como para comprender que nunca habría, nunca podría, haber nada más. Se aseguró de que no se esperara nada de él más allá de un buen acostón y había disfrutado de innumerables amantes a lo largo de los años. Mujeres de belleza impía con talento y habilidad en el dormitorio insuperables por las cortesanas más caras.

Pero nunca en su vida había experimentado un beso así.

Un beso que amenazaba, no, *prometía* tomar todo lo que era y convertirlo en algo completamente nuevo.

Estaba desesperado por más, incluso cuando admitió para sí mismo que estaba completamente aterrorizado.

No tenía idea de cuánto tiempo permaneció allí en ese pasillo oscuro, pero cuando finalmente logró obligarse a moverse, llegó a lo alto de la gran escalera justo a tiempo para ver a Cecily y su prima pasando por el gran salón de abajo. Antes de continuar por las puertas dobles que conducían a la salida, Cecily miró por encima del hombro y vio hacia arriba, como si supiera exactamente dónde encontrarlo.

Estaba un poco lejos de él para ver lo que se arremolinaba en sus ojos, pero su rostro reflejaba una severa convicción.

Y luego ella se fue.

Con una maldición murmurada, Reginald continuó bajando las escaleras, con la intención de encontrar la habitación más cercana con un generoso servicio de licores. Pero tan pronto como

puso un pie en el suelo de parqué, notó la figura esbelta y elegante de pie en la puerta del salón azul, con una vista perfecta del vestíbulo y las escaleras.

Caillie arqueó las cejas en una pregunta silenciosa que Reginald respondió con un ceño fruncido y un gruñido bajo. De repente cambió de opinión acerca de quedarse más en el club. Tenía mucho licor en casa. Mientras cambiaba de dirección para dirigirse hacia la puerta principal, desaceleró sus pasos lo suficiente para asegurarse de que Cecily y su prima se hubieran ido antes de salir.

La risa ronca de su hermana lo siguió.

#

Cecily nunca había estado tan agradecida por la tendencia ocasional de Margot a hablar sin parar cuando estaba entusiasmada por algo. Su prima mantuvo una charla constante sobre las maravillosas mujeres con las que había pasado la velada.

Al parecer, incluso le habían mostrado la zona más exclusiva del club.

Aunque Margot estaba claramente decepcionada de que Cecily ya conociera las habitaciones privadas más allá de la puerta en sombras debajo de las escaleras, estaba demasiado emocionada por la experiencia como para mantener su decepción por mucho tiempo.

No fue hasta que estuvieron dentro de Hargrave House y casi en sus dormitorios que Margot comenzó a preguntarle a Cecily cómo había ido la velada.

«Bastante bien, supongo», respondió Cecily, esperando que la respuesta satisficiera a su prima.

Ella debería haberlo sabido mejor.

Margot detuvo inmediatamente a Cecily con una mano en su brazo. «¿Qué pasó?».

Deslizando una mirada de reojo a la amplia mirada de Margot, Cecily respondió secamente, «el Sr. Vane me besó».

«*Benditas alas de murciélago*», susurró Margot con reverencia. «¿Qué hiciste?».

Cecily se encogió y levantó una mano para cubrirse los ojos mientras murmuraba malhumorada. «Le devolví el beso».

El grito ahogado de Margot seguido de un silencio absoluto lo dijo todo.

«Lo sé», respiró Cecily. «Pongámonos más cómodas y pidamos el té».

«Te veré en la sala de estar», respondió Margot.

Fueron a sus respectivos dormitorios y volvieron a reunirse menos de diez minutos después. Acurrucada en el sofá, con las mantas sobre el regazo y el té humeante en la mano, Margot permaneció sentada en un silencio atónito mientras Cecily contaba los detalles de su velada. Ella no omitió nada. En lo que respecta a Margot, nunca lo hacía.

Cuando llegó al punto de su reunión, los ojos de su prima eran más grandes de lo que jamás había visto y, aunque sostenía su taza de té con ambas manos, la bebida se había enfriado, olvidada e intacta.

«*Maldita sea*», respiró Margot.

Cecily apenas contuvo un gemido. «Lo sé».

«¿Qué significa?».

«Nada. Nada de nada».

«No creo...».

«No significa *nada*, Margot», interrumpió Cecily, con la mandíbula tensa y dolorida y los ojos muy abiertos. «Tiene que ser así».

Su amada prima le devolvió la mirada en silencio durante un largo momento, con un claro escepticismo en su expresión. Margot sabía que estaba mintiendo. Ella siempre lo sabía.

Cecily respiró hondo y cerró los ojos para evitar la mirada fija de la otra mujer. Pero tan pronto como lo hizo, cada sensación detallada del beso recorrió su sistema. Pero no eran tanto impresiones físicas como... recuerdos viscerales.

Era una sensación de seguridad dentro del caos momentáneo.

Era calidez, luz y asombro dentro de la confusión.

Era consuelo. Y deseo. Y curiosamente... compañía.

Donde esperaba, y *debería haberse* sentido cautelosa, desconfiada e insegura de un hombre que representaba todo lo que aborrecía, en cambio se sentía... segura y *familiarizada*.

Habían profundizado juntos en ese beso. Habían compartido su pasión y expresión por igual. Y había sido innegablemente, intrínsecamente mágico.

Al abrir de nuevo los ojos, fijó una mirada para evaluar a la paciente mirada de su prima.

«Significa algo», susurró, sin aliento y un poco temerosa.

Margot asintió y luego tomó lentamente un sorbo de su té antes de escupirlo rápidamente en la taza mientras se estremecía de disgusto. «Uf, no hay nada peor que el té frío».

Capítulo Diecisiete

Después de un intento desastrosamente fallido de ahogar sus deseos en licor, Reginald se despertó a la mañana siguiente con un terrible dolor de cabeza y una semi-erección. Desafortunadamente, todo el alcohol que había consumido la noche anterior no había hecho más que alimentar sus sueños eróticos de exuberantes curvas envueltas en satén cobalto, una voz sensual que gemía suavemente de placer, ojos penetrantes que chispeaban con una extraña magia y una boca que lo hacía arrodillarse.

Tropezando hasta la sala de desayunos. Se obligó a beber grandes cantidades de café mientras mordisqueaba una tostada seca y hojeaba los periódicos de la mañana. Por lo general, evitaba leer las páginas de rumores, pero sus ojos llorosos parecieron centrarse de manera bastante abrupta en la primera noticia.

Rumores impactantes circulan sobre la notoriamente temperamental señorita 'F' y el infame libertino señor 'V'. La inusual volvió a encontrarse en una controvertida propiedad en el Strand. Lo que sea que haya causado su dramática pelea en el baile de Lady 'H', parece haberse resuelto, ya que los dos fueron vistos en un cuadro bastante escandaloso. Todo parece que el fuego de su ira no estaba lejos de otro tipo de pasión.

Dejando el diario a un lado, Reginald miró el reloj y luego se puso de pie con expresión arrepentida.

La dama *no* iba a estar feliz de verlo.

Su sonrisa se amplió.

Poco más de veinte minutos después, llamó brevemente a la puerta de Hargrave House.

El mayordomo lo miró con evidente sorpresa cuando abrió la puerta, lo que Reginald ignoró y dijo secamente, «Sr. Vane a ver a la señorita Fairclough».

«Si desea esperar en la biblioteca, señor, averiguaré si está disponible para recibirle», respondió el mayordomo, haciendo entrar a Reginald a la casa.

«Bendito seas, Poe. No en la biblioteca», protestó lady Hargrave con una mueca mientras bajaba la escalera principal. Vestida de negro con el cabello plateado recogido en la nuca con un moño informal, la señora de la casa le dedicó una brillante sonrisa a Reginald. «Buenos días, señor Vane. Únase a mí para tomar el té en la sala de desayunos. Si desea ver a Cecily a esta hora, tendrá que esperar un rato», añadió con un gesto de la mano que pareció indicar que él debía seguirla mientras ella pasaba junto a él.

«Como desee, milady», respondió Reginald con una media sonrisa mientras se giraba para avanzar tras ella. «¿Existe la posibilidad de que haya más galletas de jengibre con el té?».

La dama miró hacia atrás y le guiñó un ojo rápidamente. «Aún mejor».

Si bien la mayoría de las salas de desayuno solían ser lugares luminosos y soleados, la de Hargrave House era tan única como todo lo que había encontrado allí. Los grandes ventanales dejaban entrar la luz natural, aunque ligeramente lúgubre, de la mañana londinense, pero hacían muy poco para iluminar la habitación. En lugar de estar pintadas de un alegre amarillo o verde veraniego como estaba de moda, las paredes estaban empapeladas con una escena de bosque sobre un fondo verde salvia oscuro. La combinación de colores más oscuros sugería que los ciervos, zorros, pájaros y otras criaturas del bosque acababan de salir de su escondite para retozar entre la flora giratoria y retorcida en la hora mutada del crepúsculo.

Una mesa redonda estaba colocada en el centro de la habitación con seis sillas de

respaldo alto tapizadas con brocado verde musgo colocadas a su alrededor. Lady Hargrave se adelantó para tomar asiento frente a la puerta abierta, de espaldas al fuego tenue que brillaba en la chimenea.

«Selecione el asiento que desee, señor Vane», señaló la señora. «Aquí no hay formalidades».

«Gracias».

Lady Hargrave le dedicó una extraña sonrisa cuando él decidió sentarse en la silla a su derecha, sus ojos negros brillaban de una manera que sugería que estaba divertida. O curiosa. No podía estar seguro.

Tan pronto como movió su silla hacia adelante, dos sirvientes entraron a la habitación. El primero llevaba el servicio de té, mientras que el segundo traía una selección de panes, mantequilla y mermeladas variadas junto con un plato de galletas.

Reginald miró las galletas. Desde su última visita, más de una vez se había encontrado deseando los deliciosos sabores del jengibre que había probado en su última visita. Pero la oferta de hoy era algo diferente.

«Galletas de miel», señaló simplemente lady Hargrave mientras revolvía su té. «Pruebe una».

Él lo hizo. Luego casi se derritió en su asiento cuando el sabor inmediatamente le recordó la sensual riqueza del beso de Cecily. La miel era suave y sedosa, mientras que un toque de canela equilibraba la sacarina con calidez. Pero la estrella fue el inesperado trozo de clavo y algo más...

«Avellana».

«¿Disculpe?», Reginald miró a lady Hargrave.

«Esa riqueza que está saboreando es avellana», respondió señalando la galleta. «Una adición inspiradora, ¿no cree?».

«En efecto». Se metió el resto de la galleta en la boca y tomó otra.

«Me alegra mucho que le gusten mis creaciones. Pongo mucho pensamiento y cuidado en cada receta».

Hubo una nota extraña en la voz de la mujer cuando dijo lo último, llamando la atención de Reginald. Lady Hargrave lo observaba con una leve sonrisa que parecía indulgente e intimidante al mismo tiempo.

¿Estaba la señora tratando de advertirle algo? ¿O de animarlo? No podía decirlo.

Y entonces, con inesperada rapidez, Cecily apareció en la puerta.

En el camino, Reginald había reflexionado sobre la probabilidad de que la dama lo recibiera en camisón como una vez había amenazado con hacerlo. Y aunque todavía le encantaría ver eso, ahora estaba igual de hermosa.

Estaba claro que su llegada la había obligado a levantarse de la cama ya que sus ojos todavía estaban un poco nublados por el sueño debajo del ceño fruncido que estropeaba su frente. Aunque debió haberse apresurado a ponerse un vestido de día de un tono rosa demasiado vibrante para ser considerado pastel, se había dejado el cabello recogido en una trenza despeinada que caía sobre su hombro con tenues zarcillos que enmarcaban su rostro.

«Buenos días, querida», saludó calurosamente lady Hargrave. «Tienes una visita. Otra vez», añadió innecesariamente mientras levantaba su taza de té en una especie de brindis.

Cecily no respondió. Con expresión de enfado, la malhumorada recién llegada miró a Reginald. «Pensé que había dejado claro que no vinieras aquí», afirmó indignada.

Ofreció una rápida sonrisa. «En realidad, creo que simplemente me advertiste que no

volviera a visitarte demasiado pronto».

Ella hizo un gesto amplio y sarcástico. «¿Y?».

«Decidí venir de todos modos».

«Por galletas», añadió amablemente lady Hargrave, con una sonrisa maliciosa curvando sus labios.

Reginald notó el ligero rubor de las mejillas de Cecily antes de que levantara la barbilla. «Camine conmigo por el jardín, señor Vane».

Sin esperar su consentimiento, se dio la vuelta y se alejó decididamente.

Enarcando las cejas, Reginald miró a lady Hargrave.

«Me quedaré aquí», señaló a la ligera mientras untaba una saludable cucharada de mantequilla sobre el pan.

Divertido por el atrevido desprecio de las damas por las formalidades aceptadas, Reginald se levantó y salió de la sala del desayuno, dirigiéndose hacia la puerta trasera del jardín.

Cecily ya estaba afuera cuando él la alcanzó. Sus pasos rápidos los llevaron de regreso al lugar donde habían hablado en su última visita.

Al menos esta mañana no había amenaza de lluvia. Solo una ligera neblina que sugería que el día podría ser bastante hermoso en unas pocas horas más.

Tan pronto como ambos se detuvieron para mirarse bajo las ramas extendidas y cubiertas de flores del manzano, ella le lanzó una pequeña mirada feroz. «No deberías estar aquí».

Ofreció una mirada paciente. «Sin embargo, aquí estoy».

«¿Por qué?».

«Anoche...».

Ella lo interrumpió bruscamente con una mano levantada y un tono brusco. «No hablaremos de anoche. En lo que a mí respecta, eso no sucedió».

Algo oscuro y feo se retorció en el estómago de Reginald ante su rápida e intencionada negación. Su tono fue plano cuando respondió, «entonces será tu palabra contra las páginas de rumores».

Todo su cuerpo se tensó. «¿Qué?».

Aclarándose la garganta, notó el aumento de la tensión alrededor de su boca y deseó no tener que decir lo que debía. «Alguien nos vio».

Reginald no estaba seguro de qué tipo de reacción esperaba observar en respuesta a la noticia de que estaban al borde de un escándalo, pero la mirada dura y pétrea que ella le dirigió no fue exactamente la misma. Pero estaba empezando a comprender que cuanto menos emoción mostrara esta mujer, más probablemente las estaba sintiendo.

«Alguien nos vio», repitió. «En el pasillo superior. Cuando te bes...».

Ella lo interrumpió. «Entiendo». Su voz era dura. Fría.

«Una noticia como esta nos obliga a actuar. Debo hacer algún tipo de declaración. De palabra o de hecho».

«¿Debes?», ella arqueó las cejas y echó los hombros hacia atrás. Levantando la barbilla, lo miró furiosa. «De repente me pregunto si esta fue tu estrategia desde el principio. Y pensar que estaba empezando a confiar en ti», murmuró, antes de volver a hablar. «¿Existe siquiera una verdadera apuesta con Cross o fue todo una farsa solo para arruinarme ante los ojos de la alta sociedad?».

«Si eso fuera cierto», respondió Reginald con rigidez, haciendo todo lo posible por no tomar sus acusaciones como algo personal, «¿estaría aquí ahora?».

La sospecha y la desconfianza surgieron de su mirada entrecerrada mientras apretaba la

mandíbula. Ella no le creía. Y en su desconfianza, profundamente enterrada, pero sutilmente perceptible para su ojo perspicaz, vio verdadero miedo.

El cuerpo de Reginald se tensó de ira. Pero la intensa emoción no estaba dirigida a ella. Inclinando la cabeza, bajó la voz hasta convertirla en un murmullo oscuro. «¿Qué te hizo él?».

«La verdad es que todo estaba muy bien organizado», declaró ella, ignorando descaradamente su pregunta. «¿La señorita Claybourne fue parte de tu plan? ¿Conseguiste su ayuda para llevarme al club anoche solo para poder planear esa pequeña actuación?».

«No involucres a Caillie en este engaño», advirtió. «Ella es inocente de todo excepto de un poco de interferencia entrometida».

«Por supuesto», se burló. «No me atrevería a hacer desaparecer a tu antigua amante».

La frustración lo atravesó, pero contuvo su temperamento. Entrecerrando la mirada, respondió con calma. «Ya hemos hablado de esto, señorita Fairclough».

«Y se supone que debo creer que ella nunca fue tu amante».

«Sí».

Ella resopló.

«Anoche», dijo mientras se acercaba un paso más a ella, «acordamos la honestidad entre nosotros. Es hora de poner a prueba esa promesa».

Su expresión se tensó. Cerrado. Sus ojos parpadearon y luego se oscurecieron y su respiración se aceleró. Estaba luchando contra cierto pánico interno.

«¿Qué historia tienes con Cross?», presionó él. «¿Por qué ves tan rápidamente la traición donde no la hay? ¿Por qué insistes en mantener a la gente lo más lejos posible de ti? ¿Qué te hizo?».

Ella no quiso responder. Podía ver la verdad de eso en cada célula de su cuerpo. En la tensión que sentía saliendo de ella en oleadas, en la dura línea de su mandíbula y en el rígido muro de su mirada.

Pero luego habló, su tono era firme pero tranquilo y levantó la barbilla.

«Nada más y nada menos que lo que le ha hecho a innumerables otras mujeres jóvenes».

Capítulo Dieciocho

Aunque era exactamente lo que esperaba, Reginald todavía sentía el impacto de sus palabras hasta la médula. Un agudo dolor atravesó su centro antes de que la furia lo superara. Para entonces, la dama se había dado vuelta y regresaba rápidamente a la casa.

Se debatió durante aproximadamente una décima de minuto si debía seguirla o permitirle retirarse. Entró a la casa solo un paso detrás de ella, cerrando la pesada puerta con un fuerte portazo que hizo que ella se volviera sorprendida. Su suave jadeo se dispersó por el pasillo oscuro mientras permanecían uno frente al otro en el sonoro silencio.

«Dímelo», susurró.

Hubo una larga pausa y luego ella suspiró. Pero no fue un sonido de rendición o aceptación. Era pura frustración.

«La noticia ha sido contada cien millones de veces a lo largo de la historia por cien millones de mujeres. Tontas que creyeron mentiras de astutos canallas. Chicas que se creían amadas y enamoradas. Yo fui una mujer joven, testaruda y completamente ingenua, una más que creyó en sus mentiras. Estaba completamente atrapada en la fantasía que él creó. Me avergüenza admitir con qué facilidad me convenció de que no podíamos esperar la bendición de la abuela o una lectura de las prohibiciones o un compromiso adecuado. Simplemente *tuvimos* que fugarnos a Gretna Green». Su voz se volvió pesada y oscura. «En lugar de seguir directamente, sugirió que pasáramos la noche en una nueva propiedad que había adquirido. Sería *romántico*, dijo».

El estómago de Reginald se revolvió ante lo que sospechaba que ella diría a continuación. Sus ojos brillaron con furia de relámpago.

«Kinley Park. Después del primer día de excusas sobre por qué no continuamos nuestro viaje, sospechaba la verdad, pero no quería enfrentarla. Después de tres días, ya no podía ignorarlo. Qué tonta fui. Qué hábil y practicada su seducción. No fui la primera chica en caer en sus trucos. Ni de lejos». Ella dudó y Reginald se puso tenso. «Él guarda... recuerdos. Los mantiene en una habitación especial de la casa. Objetos personales robados a cada joven a la que ha coaccionado y convencido para que confiara en él. Me los mostró. Con orgullo». El disgusto era espeso en su voz. «Como si debería estar impresionada».

Las manos de Reginald se cerraron en puños y necesitó toda su fuerza interior para no girarse y golpearlos contra el muro de piedra.

Enderezó la columna y levantó la barbilla.

El orgullo se arremolinaba en su interior.

«Hago lo que puedo para obstaculizar sus juegos, advirtiéndole a cada joven que parece llamar su atención. No tengo idea del éxito que he tenido. Me imagino mujeres afines en todas partes. Ojalá pudiera hacer más. Pero últimamente ha redoblado sus esfuerzos. Recientemente confirmé que está buscando una esposa, aunque eso no parece limitar sus otras actividades. Hay tantas mujeres jóvenes que se mantienen ignorantes de los peligros que enfrentan en la forma de caballeros guapos. Tantas oportunidades para que hombres como él las aprovechen. Tantas mujeres... arruinadas. No puedo quedarme quieta y simplemente observar cómo sucede. Una y otra vez».

Su voz se apagó, pero no suavemente. Era más como si la fuerza de sus pensamientos fuera demasiado fuerte para los silenciosos susurros que empleaba.

Su mirada feroz encontró la de él. «Kinley Park no puede permanecer bajo su dominio.

Se ha convertido en un santuario para sus fechorías. Ninguna joven que entra a esa casa sale ilesa y él lo sabe, *sabe* que no pueden decir nada sobre su decepción porque deja muy claro que no lo obligarán a ir al altar».

La furia que crecía dentro de Reginald era casi demasiado para contenerla. Sabía que Cross era desmedido, pero no se había dado cuenta de que el hombre era capaz de traicionar tan cruelmente a mujeres inocentes para satisfacer sus propios placeres egoístas. Las atrapaba, las usaba y las desechaba. Muy parecido a lo que el conde de Wright le había hecho a la madre de Reginald.

«Debes ganar esa apuesta, Reginald», insistió Cecily bruscamente. «Debes reclamar Kinley Park y...».

«Conseguir la llave», interrumpió Reginald, dándose cuenta de repente de su relevancia. La emoción se revolvió en su estómago. «La llave abre su sala de trofeos».

«Sí», confirmó ella.

«Tienes la intención de recuperar los artículos que robó».

Ella no tenía que confirmarlo. Él sabía que tenía razón.

#

Aunque Vane hablaba con calma y tranquilidad, Cecily podía sentir la tensión, la emoción surgiendo de él. Vibraba entre ellos y probablemente debería haberla preocupado por su silenciosa intensidad. Pero no fue así, aunque no podía comprender el origen.

Su voz retumbó a través de ella mientras hablaba. «Lamento que te haya tratado a ti y a tantas otras con tanta villanía».

Ella no respondió. No había nada que decir.

Luego, él preguntó, «¿crees que soy como él, ¿no?».

Su pregunta la sorprendió y tardó un momento en responder. La verdad era que ella no creía que él fuera como Cross. Mientras que Cross era todo decepción y manipulación, ella había llegado a creer que Vane era mucho más noble y honesto de lo que él mismo creía. Pero ella se había equivocado antes, tal vez eran sus propias percepciones en las que no se podía confiar.

Ella levantó la barbilla. «Los canallas son todos iguales».

«No», dijo bruscamente. «No lo somos».

Tenía tantas ganas de creerle. «¿En qué te diferencias entonces?», preguntó ella, incapaz de evitar la nota de desafío en su tono.

Su expresión era intensamente seria. Su respuesta fue profunda. Ponderada. «No atraigo a inocentes con falsas promesas. Nunca pretendo que una asociación sea otra cosa que lo que es. Las mujeres que llevo a la cama tienen experiencia y están plenamente conscientes de lo que les espera».

En medio de su confusión interior, entre miedo, arrepentimiento y mucho más, algo incómodo cobró vida en su interior. ¿Algo oscuro y... esperanzador?

«Entonces, ¿qué debería esperar exactamente una mujer de ti?», ella susurró.

Cecily no quería que su comentario saliera en voz tan baja e íntima, haciendo que las palabras parecieran más una invitación que una pregunta. Hablar abiertamente de lo que Cross le había hecho había despertado cosas en su interior que había mantenido contenidas durante tanto tiempo. La conversación la tenía toda confundida y dudosa. La ira luchaba contra el anhelo conmovedor que siempre sentía en presencia de este hombre.

Dio un paso más cerca. Sintió una oleada de calidez, luego el flujo de su aliento contra su mejilla mientras bajaba la cabeza.

«Una distracción», murmuró, «de los problemas de la vida».

Cecily inclinó la barbilla para encontrar su mirada. Fue bastante fácil. Azul brillando en las sombras. «¿Y qué esperas de ella a cambio?», preguntó, odiando la pesada aspereza de su voz.

En lugar de responder de inmediato, levantó la mano hacia ella. Despacio. Como si quisiera estar seguro de que ella no lo apartaría.

Sus ojos se cerraron un momento antes de sentir el movimiento de las yemas de sus dedos a lo largo de su mandíbula, desde justo debajo de su oreja hasta la punta de su barbilla. Luego, con suave insistencia, le inclinó la cabeza aún más hacia atrás. Sus siguientes palabras se deslizaron por sus labios como un vino oscuro y suave.

«Una entrega total a la pasión por el puro amor».

Santo infierno, cómo quería eso. Perderse en la sensación. Abrazar el deseo que había estado creciendo dentro de ella desde el momento en que conoció a este hombre. Un deseo que temía y anhelaba con todo su ser.

Durante años, se había negado a sí misma cualquier tipo de conexión más allá de su familia. Y de repente comprendió que era porque ya no confiaba en sus propios instintos sobre otras personas. Pero Reginald de alguna manera había superado sus defensas. Había tocado algo vulnerable y esperanzador. Algo que anhelaba más que la breve conexión que había sentido durante ese beso.

Ella abrió los ojos.

Lo primero que notó ella fue el ligero ceño fruncido de sus cejas, cómo se arqueaban en silenciosa concentración... o *consternación*. Entonces vio el intenso remolino de deseo en sus ojos. Fue feroz y un poco aterrador, pero permaneció cuidadosamente contenido. Cuando su atención finalmente recayó en las tentadoras líneas de su boca, tan cercanas, ella sacudió lentamente la cabeza. Un espesor áspero y repentino le apretó la garganta.

«No hay amor en la pasión».

Ella ignoró el fuerte estremecimiento en su vientre mientras se giraba y se alejaba rápidamente de él.

Esta vez, él no la siguió.

Capítulo Diecinueve

El aire era fresco y el sol brillaba en un cielo azul claro. Era uno de esos días que animaba a una persona a respirar profundamente, inclinar la cabeza hacia atrás y creer que el mundo estaba lleno de potencial y oportunidades.

Cecily, sin embargo, no podía disfrutar del optimismo que reinaba con ese clima. Después de esa mañana, cuando se alejó de él, fue directamente a su dormitorio, se quitó el camisón y volvió a meterse en la cama en ropa interior.

Pero no se durmió.

Su cuerpo la mantenía despierta, vibrando con sensaciones que excitaba con demasiada facilidad un hombre en el que no podía confiar plenamente. Un hombre al que empezaba a darse cuenta de que deseaba de maneras mucho más profundas, mucho más expansivas y abarcadoras de las que jamás había deseado a Cross. En comparación, se vio obligada a admitir que lo que la había atraído hacia Cross en primer lugar había sido más curiosidad y obstinación que cualquier otra cosa.

Por supuesto, se había sentido atraída por el apuesto y encantador canalla. Pero lo más dañino había sido el hecho de que ella honestamente se creía enamorada de ese hombre.

Chica tonta, esperanzada e ingenua.

Una vez que se dio cuenta del juego de Cross, le dijo directamente lo que pensaba de su decepción.

Él se reiría, por supuesto. Totalmente despreocupado. Sabía que ella no tenía ningún recurso a pesar de su furia moralista. Cualquier cosa que ella pudiera haber hecho para imponer consecuencias sobre el hombre por sus acciones la habría lastimado doblemente a cambio.

Todo lo que podía hacer era mantener el incidente en secreto.

El silencio era el cómplice fiable de Cross.

Cecily había llegado rápidamente a odiar las estructuras sociales y las expectativas hipócritas que condenaban a una mujer por un comportamiento que los hombres tan fácilmente perdonaban. Su absoluta furia ante la injusticia de todo aquello la había alimentado. Y la había cambiado. A partir de ese momento, se dedicó a asegurarse de que el menor número posible de mujeres fueran engañadas como lo había sido ella. No solo en lo relacionado con Cross, sino con muchos otros libertinos que merodeaban por los salones de Londres en busca de jóvenes esperanzadas que pudieran ser víctimas de sus engañosas artimañas.

Durante los últimos dos años, había logrado advertir a muchas debutantes para que mantuvieran los ojos muy abiertos de una lista cada vez mayor de falsos caballeros. Aunque sabía que no podía salvar a todas las mujeres del mismo destino de traición y degradación que había experimentado, hizo lo mejor que pudo para salvar a algunas.

Después de hablar con lady Taylor y descubrir que Cross iba tan lejos como para chantajear a sus antiguas víctimas, Cecily logró descubrir que el desgraciado debía una gran cantidad de dinero en toda la ciudad. Estaba claro que esperaba que el pago de lady Taylor le permitiera ganar algo de tiempo, pero el alcance total de su deuda solo podría resolverse completamente mediante el matrimonio con una heredera rica. Y había elegido a la involuntaria señorita Amelia Gresham, una mujer de buena familia con una enorme dote que transferiría a su marido al casarse. No solo el futuro de lady Taylor estaba amenazado por la avaricia de Cross, sino que la pobre señorita Gresham no conocería la verdadera naturaleza de su marido hasta que

fuera demasiado tarde y ya hubiera intercambiado sus esperanzas, sueños y su fortuna por un marido con título y una toda una vida de miseria.

Esta temporada, Cecily ya había advertido a tres jóvenes. Aunque Cross no tenía forma de saber que ella había interferido en sus intentos anteriores de cortejo, simplemente con sospechar la participación de Cecily sería justificación suficiente para hacer una apuesta que la llevaría a la ruina.

Pero no iba a ganar.

El día antes de asistir al evento musical en el club Bishop, ella y Margot habían acordado en secreto encontrarse con la señorita Amelia Gresham en una tienda popular de Bond Street. La joven claramente había estado nerviosa por hablar con Cecily al principio, girando la cabeza de un lado a otro para asegurarse de que la doncella que la había acompañado no escuchara su breve conversación. No fue hasta que Margot se alejó para entablar una conversación profundamente complicada con la sirvienta de la dama sobre cintas para el cabello, que la señorita Gresham finalmente logró abordar el tema que las había traído allí.

«Señorita Fairclough», comenzó la joven en un susurro, «no tengo mucho tiempo. Mi padre vigila de cerca con quién me relaciono». Lanzó otra rápida mirada hacia su doncella. «Pero me gustaría saber más sobre lo que quiso decir la otra noche».

«Exactamente lo que había dicho, señorita Gresham», respondió Cecily, decidiendo no prevaricar. «Lord Cross no es un caballero».

«¿En qué sentido?».

Cecily resopló. «En todos los sentidos», bajó la voz. «Muy pocas personas saben que está *completamente* endeudado y a la caza de un afán por salvarlo del juicio político. Pero mucho más importante...».

«¿Más importante que él sea un cazador de fortunas?», interrumpió la joven con los ojos muy abiertos.

La mandíbula de Cecily se tensó. «Sí. Esta es solo una pequeña marca en un carácter ennegrecido por innumerables acciones reprobables por las que no ha mostrado ni un ápice de remordimiento. Todo lo contrario, él está orgulloso de sus conquistas egoístas... y de la total falta de consecuencias que debe sufrir, mientras que las damas a las que ha engañado se ven obligadas a soportar para siempre el daño de haber confiado en un hombre tan absolutamente indigno».

Los ojos de la joven parpadearon y pareció morderse el interior de la mejilla. «Esa es una acusación bastante grave».

«Lo es».

La joven cambió su peso y luego fijó la mirada en Cecily. «Mi padre decidió que sería una buena pareja».

«Su padre está equivocado».

«Sería muy difícil *convencerlo* de eso».

«¿Es eso lo que usted desea hacer?», Cecily preguntó intencionadamente.

La señorita Gresham miró a su alrededor y volvió a cambiar de posición. Luego bajó la mirada hasta donde sus delgados dedos se entrelazaban en sus finos guantes de cabritilla.

«Quiero creer que las palabras de lord Cross han sido honestas y verdaderas y que mi padre tiene en mente lo mejor para mí...», dijo en un suave murmullo. «Pero sé muy bien que la importancia de mi dote probablemente atraerá a todo tipo de tipos desagradables». Cuando volvió a levantar la vista, sus ojos brillaron con algo voluntarioso y directo, sugiriendo que la dama tal vez no fuera tan recatada después de todo. Ella respiró profundamente. «Mi padre ha quedado completamente encantado con lord Cross. Están a un suspiro de llegar a un acuerdo

sobre un contrato. Si quiero protegerme y preservar mi felicidad debo tener pruebas innegables de la falta de honradez de ese hombre».

Cecily asintió brevemente. «Entiendo. Veré qué puedo hacer».

Aunque Cecily tenía pruebas suficientes de las dificultades financieras de Cross, sospechaba que tal vez no fueran suficientes. Casarse por dinero no era exactamente algo inaudito. Necesitaba pruebas de las actividades más inmorales de Cross. Pero esas cosas no eran fáciles de conseguir.

«¿Estás bien, prima?».

La pregunta de Margot era la misma que había repetido tres veces desde que salieron juntas de casa para dar un paseo por Hyde Park.

«Muy bien», respondió Cecily con los dientes apretados.

Margot inclinó la cabeza e hizo una expresión arrepentida, luego asintió y volvió su atención hacia el camino. Ya llevaban caminando al menos una hora, esperando que apareciera la señorita Gresham.

Margot, por supuesto, sabía todo acerca de la cruzada de Cecily para informar y advertir a las mujeres contra los peligros de los astutos canallas y de los cazafortunas sin conciencia, así como las razones detrás de ella. Al igual que su abuela. Puede que Hargrave House fuera una fortaleza contra los forasteros, pero no albergaba secretos entre las mujeres que se encontraban dentro de sus muros.

Otra razón por la que Cecily simplemente no podía entender la rápida y fácil aceptación de Vane por parte de su abuela. La señora mayor tenía que conocer su reputación.

El rápido y casi inaudible jadeo de Margot sacó de repente a Cecily de sus cavilaciones. Después de mirar de reojo a su prima, siguió la mirada de la otra mujer hasta un punto muy abajo en el camino.

Murmuró una maldición helada, aunque su sangre instantáneamente se calentó y algo frustrantemente íntimo floreció en lo bajo de su vientre. Su mirada era penetrante e intimidante mientras luchaba contra el impulso de darse la vuelta y huir con cada paso que Vane daba hacia ellas. «¿Qué demonios está haciendo él aquí?».

«Por lo que parece», murmuró Margot amablemente, «él está aquí por ti, querida prima».

Cecily dejó claro en su expresión, lo que exactamente pensaba de la observación absolutamente inútil de Margot.

Obviamente, Vane estaba allí para interceptarla. Sus agudos y nerviosos ojos azules nunca se apartaron de su rostro a medida que se acercaba cada vez más, inevitablemente atrayendo la atención de todos dentro de un amplio radio.

«Maravilloso», murmuró Cecily. «Supongo que es hora de otro espectáculo».

«Debes admitir que es la táctica más inteligente», ofreció Margot. «Después de esa nota en los diarios de rumores de esta mañana, cualquier negación de que haya algo entre ustedes será recibida con incredulidad y más especulaciones. Al final ibas a llegar a este punto. Lo mejor es aceptarlo, supongo. ¿Quizás incluso hacer alarde de ello?».

Lo último se agregó cuando quedó claro que Vane no solo estaba mirando atrevidamente a Cecily mientras se acercaba, sino que la mirada en sus ojos era inequívocamente... posesiva.

Capítulo Veinte

Reginald ya podía ver la irritación de ella brillando en sus ojos. Irritación y cautela.

Después de su conversación esa misma mañana, hubiera preferido no encontrarse con ella así, al aire libre y bajo tantas miradas curiosas, sin tener la oportunidad de preparar cómo querían que fuera esto.

Pero ella no le había dado otra opción.

Tenían que responder al rumor de los diarios con una demostración definitiva de sus intenciones. Tenía que hacer un intento obvio de cortejarla y luego arruinarla. El arruinador estaba a punto de adelantarse al resto, lo que haría más difícil cumplir todos los términos de la apuesta. Necesitaban volver a poner las cosas bajo control. Y rápidamente.

Afortunadamente, lady Hargrave había sido sorprendentemente comunicativa con los planes de su nieta para ese día.

Al acercarse a la señorita Fairclough, notó el ceño fruncido que estropeaba sus rasgos y la tensión que recubría su cuerpo. Tendría que emplear todo el encanto a su disposición para convencer a los espectadores de que se trataba de un encuentro amistoso.

Los tres se detuvieron en el sendero a unos pasos de distancia el uno del otro. Reginald mostró una cálida sonrisa mientras inclinaba la cabeza para saludar primero a la señorita Fairclough y luego a la señorita Spencer.

La joven de cabello oscuro le dedicó una sonrisa fugaz junto con una reverencia, pero Cecily simplemente lo miró con expresión severa. «¿Qué estás haciendo aquí?».

Respondió con una sonrisa cada vez más amplia, pero mantuvo la voz baja. «Estoy tratando de reparar lo que se hizo».

«¿Tendiéndome una emboscada?».

«Acompañándote a ti y a tu prima en un hermoso paseo primaveral por el parque».

«No necesitamos escolta», señaló secamente.

Mantuvo su sonrisa. Apenas. «Vas a conseguir una».

«Sería un contrapunto adecuado al escándalo de los diarios», ofreció la señorita Spencer.

Mientras su prima le lanzaba una rápida mirada, Reginald se giró para brindarle una brillante sonrisa a su inesperada partidaria. «Gracias, señorita Spencer». Se volvió hacia la señorita Fairclough y añadió, «sería útil que pudieras parecer un poco feliz de verme. Una simple sonrisa puede hacer maravillas».

«No sonrío cuando me lo ordenan».

«Entonces tendré que inspirarte para que produzcas una de forma natural». Dio un paso adelante y le ofreció el brazo. «¿Vamos?».

Ella hizo un sonido áspero con su garganta. «Si es necesario».

Con rígida desgana, deslizó su mano en la base de su codo y comenzaron a caminar por el sendero nuevamente; la señorita Spencer avanzó unos pasos detrás de ellos.

Con un clima tan agradable, el parque estaba más concurrido de lo habitual a esta hora del día. Los peatones paseaban por los senderos, las niñeras sacaban a sus niños a jugar un poco en el extenso césped y, de vez en cuando, se podía ver a un jinete cruzando a lo lejos. Aproximadamente cada docena de pasos, se veían obligados a ofrecer algún tipo de saludo a los conocidos que pasaban. Una especie de prueba cuando parecía que todo el mundo los miraba con evidente curiosidad, si no con total incredulidad y diversión burlona.

Reginald no se sorprendió. Era esencialmente lo que esperaba que sucediera después de ese escandaloso artículo. Él devolvía cada mirada astuta y cada risita apenas disimulada con un arco de cejas o una sonrisa ladeada. La señorita Fairclough, sin embargo, ignoraba por completo a los transeúntes o les devolvía el saludo con un breve movimiento de cabeza.

Cubriendo su mano con la de él, inclinó la cabeza y se inclinó hacia ella en una postura íntima. «Esto no tiene por qué ser tan doloroso, ¿sabes? Si te relajaras un poco, podrías disfrutarlo».

«Lo dudo», respondió ella.

«¿Es mi compañía tan ofensiva?». Aunque mantuvo su tono ligero y casi burlón, la pregunta era genuina.

Y ella pareció tomarlo así ya que no respondió de inmediato, sino que deslizó su mirada para encontrarse con la de él. Hubo un instantáneo crujido de energía. Un simple calor fluyó a través de su sangre y un feroz pero delicado zumbido de anticipación expandió su pecho.

«Tu compañía es disruptiva e impredecible».

Él sonrió. «Bien».

Ella se tensó y giró la cabeza para mirarlo más directamente. «¿Bien?».

«Es mejor que aburrido y que pueda olvidarse».

Ella resopló, pero a él le pareció notar un ligero tic en la comisura de su deliciosa boca.

Y ahora quería besarla de nuevo.

Maldita sea.

«Ahí está ella».

Reginald apenas escuchó las palabras murmuradas por la señorita Spencer detrás de ellos y cuando se giró para mirar hacia atrás en cuestión, la mano de la señorita Fairclough apretó su brazo en obvia advertencia mientras susurraba una maldición en voz baja. Decidió no pensar demasiado en por qué su rápido y feroz agarre endureció su cuerpo de manera tan aguda y le deslizó una rápida mirada de reojo, pero ella mantuvo su mirada fija hacia adelante.

«Tranquilo, señor Vane», murmuró en voz baja.

Aunque una parte de él quería ofenderse por su actitud condescendiente, decidió esperar y ver quién era ella y por qué su apariencia causaba el repentino salto de tensión en su compañera de caminata.

Había tanta gente alrededor que no podía estar exactamente seguro de quién estaba notando la presencia de las damas hasta que una joven de evidente privilegio se acercó a ellas por el camino, con su doncella y un mozo de cuadra siguiéndola un paso detrás de ella.

«Señorita Gresham, qué lindo verla hoy».

Era la primera vez que Reginald oía a la señorita Fairclough hablar con tan agradable amabilidad. La sonrisa que calentaba sus labios mientras se dirigía a la joven era la más genuina que jamás había visto. De hecho, parecía estar haciendo un notable esfuerzo por tranquilizar a la otra mujer.

A pesar de la tensión en la actitud del conocido, cuando la señorita Fairclough se detuvo en el camino, soltando el brazo de Reginald para dar medio paso delante de él, la otra dama también se detuvo.

«Buenas tardes», respondió con un intento de sonrisa, «señorita Fairclough. Señorita Spencer. ¿Y...?», entonces la tensión en la voz de la señorita Gresham se hizo evidente cuando su mirada cautelosa se posó en él.

«Este es el Sr. Vane, un conocido reciente», notó Cecily rápidamente, su tono era moleestamente desdeñoso mientras soltaba su brazo y se alejaba de él. «Señor Vane, ella es la

señorita Gresham».

Él asintió cortésmente, pero la dama solo respondió con la barbilla baja y el ceño fruncido. Antes de que el momento se volviera incómodo, la señorita Spencer se acercó a él. «Señor Vane», dijo alegremente. «¿Conoce el nombre de esas flores de allí?».

Mientras hablaba, entrelazó su brazo con el de él y, suave pero efectivamente, lo dirigió en un cuarto de vuelta y levantó una mano enguantada para señalar el césped.

Reginald entrecerró la mirada, tratando de determinar de qué diablos estaba hablando la extraña mujer justo cuando Cecily dio un paso hacia la señorita Gresham. «Estoy muy contenta de haberla encontrado hoy, señorita Gresham», comentó Cecily casualmente. «Resulta que tengo ese libro del que estábamos hablando en la velada de Benson la semana pasada. Hay algunos pasajes que creo que le resultarán bastante informativos».

Reginald miró y vio a Cecily sacando un pequeño volumen de su bolsillo para entregárselo a la joven, quien echó un rápido vistazo a la doncella que se encontraba detrás de ella.

«Gracias», señaló con seriedad, su mirada fija por un momento.

«Por supuesto», señaló la señorita Fairclough con una sonrisa rápida y firme. «Es un placer total para mí. El conocimiento es más valioso cuando se comparte».

«¿Los investigamos más a fondo?».

Reginald parpadeó y miró a la señorita Spencer, quien con bastante fuerza lo empujaba fuera del camino hacia el pasto. Entendiendo la indirecta, él le sonrió. «Por supuesto, señorita Spencer, analicemos más de cerca estas flores que ha descubierto».

Detrás de ellas, Cecily y la señorita Gresham continuaron una conversación sonriente en tonos ligeros que se suponía que él no debía escuchar. Sin embargo, captó algunas palabras y frases clave, como *anuncio*, *falta de tiempo*, *información vital*.

Cuando intentó volver a mirar hacia atrás, la señorita Spencer apretó su brazo con más fuerza. «No lo hagas», dijo con firmeza, luego un poco más fuerte, «creo que son violetas».

Miró sus pies y, de hecho, estaban parados en el borde de un pequeño parche de diminutas flores de color púrpura. «Tiene toda la razón, señorita Spencer. Muy observadora».

«Lo sé», murmuró en voz baja justo cuando Cecily se acercó a ellos.

Aunque ella no lo miró a los ojos, Reginald pudo ver la tensión en su expresión. Tenía la mandíbula apretada y un surco pesaba sobre su frente. «¿Continuamos?».

«Por supuesto», respondió la señorita Spencer, soltando su brazo y colocándose detrás de ellos nuevamente mientras todos regresaban hacia el sendero. Cuando le ofreció el brazo, Cecily lo tomó automáticamente y emprendieron un tranquilo paseo que sólo era pausado en la superficie. Después de un rato, Reginald se inclinó hacia la dama que estaba a su lado. «¿Todo bien?».

«No. Su padre está decidido a casarla con lord Cross».

Esperando que ella evadiera su pregunta directa, se sorprendió de que ella respondiera con sinceridad. Aunque sabía que su oferta sería rechazada, sintió la necesidad de decirlo de todos modos. «¿Hay alguna forma en que pueda ayudar?».

Hubo una larga pausa, luego ella miró de reojo para encontrarse con su mirada inquisitiva. Su voz era plana y pétrea. «Termina lo que empezamos, señor Vane. Asegura Kinley Park y tráeme esa maldita llave».

Sostuvo la dura mirada de Cecily y asintió con firmeza. «Se hará. Lo juro».

Sus labios se apretaron con más firmeza en una línea antes de entrecerrar la mirada. «Ahora sabes mi motivación para involucrarme en esta farsa. Pero todavía no conozco la tuya. Y

antes de decir algo sobre ello, recuerda nuestro compromiso de ser honestos entre nosotros».

Aunque Reginald se rió entre dientes ante su rápida amonestación, su expresión se tensó. Deteniéndolos, se volvió hacia ella. Respirando profundamente, ofreció una amplia sonrisa. «La verdad...es que estoy tratando de adquirir la propiedad para mi padre. Debería haberse convertido en suya hace décadas».

«¿Por qué sucedió?».

Sintiendo una oleada de vergüenza, arrepentimiento y enojo que siempre acompañaban los pensamientos sobre sus orígenes, Reginald forzó otra sonrisa y se encogió de hombros casualmente. «Oh, ya sabes... traición, decepción. Los típicos caprichos de los hombres egoístas y malvados».

Ella estrechó la mirada y frunció los labios por un momento antes de respirar profundamente y mirar hacia el parque. «No me dirás el resto».

Quería hacerlo, pero... «El resto es un secreto que no me corresponde a mí revelar», murmuró.

Aún mirando hacia adelante, asintió antes de dirigir sus siguientes palabras por encima del hombro. «¿Damos la vuelta y nos dirigimos a casa, Margot?».

Cuando su prima no respondió, Reginald miró hacia atrás. La señora se había detenido varios pasos detrás de ellos y no les prestaba la menor atención. Su mirada con gafas se centró con extraña intensidad en algo al otro lado del parque.

Al mirar hacia allá, Reginald vio a un jinete oscuro corriendo imprudentemente por el parque, sin tomar en cuenta la gran cantidad de gente que había alrededor, montado en un semental negro puro. Se tensó sorprendido. El jinete tenía una figura gallarda, aunque algo siniestra, que sin duda fue lo que captó la atención de la señorita Spencer.

Después de un momento, el caballo y el jinete dieron un giro repentino y se dirigieron directamente hacia la posición de ellos a lo largo del camino.

La señorita Spencer respiró hondo y lo contuvo mientras la señorita Fairclough entrecerró la mirada con bastante fiereza hacia el jinete que ahora se acercaba rápidamente.

Reginald sonrió. Esto iba a ser interesante.

Capítulo Veintiuno

Cuando el hermano gemelo de Reginald, Nicholas, detuvo su enérgica montura lo suficientemente lejos como para evitar que los pesados cascos del semental pusieran en peligro sus pies, Reginald miró hacia un rostro tan parecido al suyo, pero también muy diferente. «Buenos días, hermano. No sabía que habías regresado a la ciudad».

Nicholas no respondió de inmediato. Su mirada azul se deslizó deliberadamente hacia la señorita Fairclough, que permanecía quieta al lado de Reginald, con la mano colocada en la curva de su codo. Volviendo a mirar a Reginald, dijo con su habitual gruñido de molestia, «parecía una buena idea».

Al darse cuenta de que las noticias de sus recientes encuentros con la dama a su lado debían haber llegado a su hermano incluso hasta Northumberland, Reginald sonrió. «Permíteme presentarte a la señorita Fairclough y a su prima, la señorita Spencer», dijo asintiendo y sonriendo, plenamente consciente de que toda la interacción estaba siendo observada intencionalmente por varios transeúntes en el área. «Señoras, mi hermano, el señor Nicholas Vane».

Nicholas no se molestó en saludar a ninguna de las dos mujeres. «Me sorprende verte dando un paseo tan tranquilo por el parque, Reg», señaló con brusquedad. «No es tu típica diversión».

Reginald sostuvo la mirada de su hermano mientras él se encogía ligeramente de hombros. «En ocasiones, un cambio de escenario puede resultar bastante agradable». Luego sonrió. «Seguramente, ¿incluso tú ocasionalmente debes desear un cambio de toda la niebla que rodea la residencia Glenwood?».

Nicholas gruñó y lanzó una mirada mordaz a su pequeño grupo. Su atención se centró por un extraño momento en la señorita Spencer. El cambio en su expresión oscura fue sutil y extremadamente breve, pero por un segundo, pareció claramente inquieto. Reginald ocultó una sonrisa de diversión. Sin duda, Nic se sintió tan desconcertado por la mirada de búho de la dama como lo hacía Reginald en ocasiones.

La incomodidad de su gemelo debió haberse transferido a su corcel cuando el animal lo esquivó agitado. La orden baja y aguda de Nic calmó a la bestia de inmediato.

Cuando su hermano volvió a mirar a Reginald, hubo un destello de terrible advertencia en su mirada fija antes de reposicionarse y ajustar su asiento, claramente con la intención de partir de nuevo sin decir una palabra más.

«Señor Vane», la voz firme y autoritaria de Cecily atrajo instantáneamente la atención de su hermano hacia ella.

La mirada amenazadora que le dirigió habría derribado a una mujer débil. Pero Cecily simplemente inclinó la cabeza y entrecerró la mirada. Sus siguientes palabras fueron cuidadosamente moderadas. De tono fuerte y contundente, pero lo suficientemente bajas como para ser escuchadas no más allá de los cuatro. «Intente controlar su hostilidad, al menos en apariencia, mientras esté en mi compañía y en la de mi prima. Aunque puedo entender su...», hizo una pausa para esbozar una sonrisa tensa, «*sorpres*a por las circunstancias actuales en las que encuentra a su hermano, una grosería tan descarada no será tolerada más allá de este momento.

Reginald no se molestó en ocultar su sonrisa. Cuando Cecily Fairclough quería someter a

alguien, su habilidad era una maravilla para la vista.

Nicholas apretó la mandíbula, estaba claro que quería responder en su forma típica, con un gruñido áspero o alguna negativa gruñona. En cambio, arqueó una ceja inquisitiva hacia Reginald, quien asintió rápidamente y esbozó otra media sonrisa.

Entrecerrando la mirada, Nicholas hizo otro sonido áspero. Pero luego inclinó la cabeza hacia Cecily. «Un placer, señorita Fairclough». Cuando volvió su mirada hacia la otra mujer, sus rasgos se contrajeron antes de adoptar una expresión severa. «Señorita Spencer», murmuró asintiendo de nuevo.

Luego hizo girar a su caballo y se alejó al galope, mientras los cascos del semental levantaban montones de tierra y hierba a su paso.

«Bueno, es una delicia», se burló Cecily.

«No te apresures a juzgar, dulzura», se defendió Reginald con cuidado. «Mi hermano no es el villano que quiere que la gente crea que es». Cuando ella se volvió hacia él con una mirada arqueada, él le dedicó una rápida sonrisa y acercó su cabeza a la de ella para susurrar, «algunas personas sienten la necesidad de actuar de manera aborrecible, incluso cuando no es su verdadera naturaleza, para mantener a los demás a distancia».

Ella resopló y lo fulminó con la mirada. Esos ojos claramente tenían la intención de expresar su disgusto por lo que él insinuaba, pero todo lo que Reginald vio fue el feroz intento de la mujer por retener su apariencia.

Con un chasquido de mandíbula, desvió su atención hacia su prima. «¿Vamos, Margot?».

Reginald miró a la otra mujer y notó su sutil estremecimiento cuando pronunció su nombre. La dama claramente se había perdido en sus pensamientos; su mirada se dirigió a una distancia al otro lado del parque.

«¿Qué?», preguntó abruptamente, volviendo su atención hacia ellos, sus grandes ojos oscuros parpadeando detrás de sus gafas. «Oh, sí».

Cuando Reginald dejó la compañía de las damas, de alguna manera había logrado que Cecily aceptara que el informe en las páginas de rumores efectivamente los había obligado a actuar. La empresa de hoy confirmaría su asociación y los llevaría a la siguiente fase del plan.

Una cortesía adecuada.

Seguido de un flagrante enamoramiento por parte de la dama.

Luego la traición. Y la ganancia de la apuesta.

Los términos de la apuesta eran tales que, si Reginald ganaba, Cross tendría dos semanas para organizar la recogida de sus pertenencias en Kinley Park antes de que Reginald tomara posesión. Eso significaba que Reginald necesitaría adquirir la llave y acceder a la habitación cerrada antes de que concluyera la apuesta. No podía permitirle a Cross ninguna oportunidad de mover los artículos que había robado una vez que supiera que había perdido la propiedad.

Todo esto sucedería un poco más rápido de lo planeado inicialmente, pero no cambiaba la trayectoria ni el resultado esperado.

Cecily sería abandonada públicamente y Reginald reclamaría sus ganancias a Cross.

Pero *primero* tendría que recuperar los artículos robados de Kinley Park.

Ahora que sabía el significado del talismán que Cross llevaba sobre su persona en todo momento, Reginald no podía pensar en ello sin una aguda punzada de temor. De todas las cosas que le molestaban de su plan, la clave era su mayor motivo de preocupación.

¿Cómo diablos iba a ponerle las manos encima? Y luego, suponiendo que de alguna manera lograra tomar posesión... tendría que encontrar una manera de recuperar los artículos robados antes de que Cross fuera alertado de que algo andaba mal.

Lo que inicialmente parecía una simple petición, resultaba sumamente difícil cuando se tomaba en contexto.

Al entrar a su casa, se dirigió directamente a su estudio, donde esperaba formular algún tipo de plan para lograr que Cross bajara la guardia el tiempo suficiente para arrebatarse la llave, que estaba perpetuamente unida al hombre mediante una cadena de plata.

Desafortunadamente, su estudio ya estaba ocupado.

Nicholas estaba descansando en su sillón favorito frente a la chimenea, con una copa de vino tinto en la mano. Se había quitado la ropa de montar y tenía el pelo húmedo por un baño reciente, pero el mismo ceño feroz del parque todavía estaba impreso en su rostro.

Reginald avanzó. «No es lo que piensas».

«¿Qué pienso?», Nic respondió con un gruñido bajo.

«Que estoy cortejando a la señorita Fairclough».

Hubo una gran pausa. «Todos los informes dicen lo contrario. Sin duda mamá está contenta porque lleva años insistiendo en que consigas una novia y engendres un heredero».

Reginald se burló. «Ya sabes mi opinión sobre todo eso».

La expresión de Nic se ensombreció. «Sí. Y ahora es tan estúpido como siempre lo ha sido. Serás el próximo vizconde. Tienes el deber...».

«Perdóname, hermano», interrumpió Reginald.

Parecía como si Nic quisiera seguir discutiendo el tema, pero después de un momento, tomó un largo sorbo de su vaso y arqueó una ceja. «Si no es un verdadero noviazgo, ¿entonces qué es?».

«Un plan. Para tomar posesión de Kinley Park».

Su hermano se tensó y le devolvió la mirada fijamente. Nicholas estaba muy consciente de la importancia de la propiedad. «Explicate», dijo secamente.

Y Reginald lo hizo. En voz baja, mencionó la apuesta inicial en el baile de Preswick y el rechazo de Cecily. Luego su propuesta y su plan.

Nic lo miró con una expresión peligrosa, sus pensamientos probablemente recorrieron todas las implicaciones de tal artimaña. Luego preguntó, «¿y la lady qué gana con tanto sacrificio?».

La mandíbula de Reginald se tensó. «Eso es bastante personal para ella», respondió evasivamente.

«Ella estará arruinada, Reg». El tono de su hermano era oscuro y pesado.

«Quizá no».

«¿Qué diablos significa eso?».

Reginald suspiró y agitó su bebida. «Significa que tengo la intención de encontrar alguna manera de ganar la propiedad y no arruinar a la dama».

El sonido que Nic hizo entonces fue un gruñido bajo de ira y advertencia. «Si fallas, le harás exactamente lo que ese bastardo le hizo a mamá».

«Eso no sucederá», respondió Reginald con la mandíbula tensa.

Hubo una pausa ponderada. La mirada de Nic era inquebrantable y exigente. «¿Estás diciéndome que te casarías con la mujer?».

En lugar de responder la pregunta directamente, Reginald mantuvo la voz baja mientras respondía, «me niego a casarme con alguien que esté bajo un manto de mentiras».

La comisura de la frente de su gemelo se alzó. Se había notado la evasión de Reginald. Entonces algo curioso pasó por el azul ártico de sus ojos, algo que hizo que Reginald se estremeciera, antes de que Nic sacudiera lentamente la cabeza y levantara su copa en un breve

brindis. «Espero que sepas lo que estás haciendo».

Reginald se rió, pero fue un sonido áspero e incierto. «En realidad, no tengo la menor idea, pero agradezco tu voto de confianza».

Nic gruñó y luego bebió lo último de su vino antes de ponerse de pie. «Ahora, por más divertido que sea escuchar sobre tu último drama personal, seguramente hay una manera más divertida de pasar mi primera noche de regreso en Londres».

Reginald sonrió. «Indudablemente».

«Entonces, vámonos de aquí».

Terminaron en el club del Strand.

Fue sugerencia de Reginald y, aunque Nic le dirigió una mirada curiosa, no discutió. Aunque ambos habían acordado, tras mucho debate, aceptar la oferta de Caillie de conocerse, Nic había sido, con diferencia, el que se había resistido más a la idea.

Su hermano, a pesar de su antipatía extremadamente cultivada, era la persona más leal que existía. Y era ferozmente protector con sus seres queridos, razón por la cual había estado tan en contra de la idea de satisfacer el deseo de Caillie de tener una relación. Cualquier cosa relacionada con su padre común, el anterior conde de Wright, era una amenaza directa a su posición en la sociedad, pero más importante aún, a su madre y al hombre que el mundo conocía como su padre.

Nic podría haber aceptado reconocer su conexión en privado, pero en realidad no se había permitido conocer a su hermana en la vida real. Algo fácil de evitar cuando pasaba la mayor parte de su tiempo en la ruinosa finca que había adquirido hacía varios años.

El club estaba tan lleno como de costumbre, pero como ninguno de los dos estaba particularmente interesado en socializar, los hermanos se alegraron de encontrar vacía la sala de billar, que tenía dos mesas.

Una hora más tarde, ambos estaban preparados para jugar. Reginald disfrutó bastante del juego, pero Nic se tomaba el billar tan en serio como cualquier otra cosa, lo que significaba que después de disfrutar de la sala para ellos solos durante tanto tiempo, no le emocionó en absoluto la repentina interrupción cuando dos recién llegados llegaron a jugar a la otra mesa.

Y la peor ofensa, por mucho, era *quién* había entrado a jugar.

Capítulo Veintidós

Reginald escuchó el profundo gruñido de ira y frustración de su hermano antes de ver a los recién llegados. Levantando la cabeza del lanzamiento que estaba preparando, siguió la mirada feroz de Nic a través de la habitación para ver nada menos que al actual Conde de Wright y al Sr. Roderick Bentley, el dueño de una casa de juegos de élite cerca de St. James.

El heredero y el mayor de los bastardos del conde anterior.

Mientras que Wright era rubio y de modales reservados, el consumado caballero noble, Bentley era moreno, con un comportamiento ocasionalmente bullicioso y un sutil toque de dramatismo. Ambos compartían los brillantes ojos azules de su padre. Ojos que eran sospechosamente similares a los Villanos Vane, aunque en Reginald y Nicholas el azul adquirió un tono menos parecido al de una joya.

Todo el mundo sabía que Wright y Bentley eran medio hermanos, ya que la madre de Bentley había sido hija de un noble y el escándalo de su romance con el conde anterior. En ese momento, su posterior ruina había sido la comidilla en Londres. Incluso sabiendo de su conexión, los dos hermanos mayores se habían evitado intensamente durante la mayor parte de sus vidas. No fue hasta que el joven conde se enteró de lo prolífico que había sido su padre en la propagación de su semilla ilegítima por toda Gran Bretaña que aparentemente los dos unieron fuerzas para unir al resto de sus hermanos.

¡Era bastante divertido pensar en el hecho de que ninguno de los dos tenía idea de que estaban en la misma habitación con dos hermanos más!

Nic parecía como si quisiera saltar por la ventana para alejarse de los otros hombres. Reginald sabía que lo que impulsaba a su hermano no era el miedo, sino la clara y poderosa necesidad de mantenerse alejado de cualquier cosa que pudiera ser perjudicial. Y sin duda, Nic consideraría a estos dos hombres exponencialmente dañinos.

Reginald, en cambio, no. No había dicho nada al respecto en voz alta, pero últimamente había estado pensando mucho en la posibilidad de expandir su asociación con la descendencia de su padre más allá de Caillie. A Nic le costaría entender por qué querría correr tal riesgo, pero, sinceramente, Reginald sentía curiosidad. Y una vez que sentía curiosidad por algo, rara vez podía deshacerse de ese interés. No era como si él y los otros hombres viajaran en los mismos círculos sociales. Quizá nunca tendría otra oportunidad de observar a sus hermanos con tanta libertad.

Le dio a su gemelo una mirada severa y le dijo sin palabras que quería quedarse. Y como Nic nunca dejaría solo a su hermano en una situación así, se vio obligado a ceder.

Mientras los otros hombres preparaban su juego, Reginald y Nicholas hicieron todo lo posible para concentrarse en su propio juego. Una tarea que resultó prácticamente imposible.

Parecía que Bentley disfrutaba mucho bromeando con su hermano mayor. Era bastante implacable y nada sutil. Cubriendo temas desde el corte del abrigo del conde hasta la línea del cabello ligeramente entrante y el hecho de que Wright prefería la sopa de tortuga a la morcilla.

Y el conde, por su parte, tomaba las burlas de Bentley como lo que eran, intentos descarados de distraerlo del juego, ya que sin lugar a dudas era el mejor jugador.

Y entonces sucedió lo inevitable. Una de las bolas de la otra mesa saltó la barandilla y rodó hacia Nicholas. Al principio, no parecía que Nic tuviera intención de recogerla y le hubiera gustado arrojarla por la ventana.

Antes de que pudiera hacerlo, Bentley avanzó con una sonrisa. «Mis disculpas, señores. Espero que mi torpeza no haya distraído tu juego».

Cuando Nic recogió la bola y rápidamente se la devolvió, la mirada de Bentley se volvió extrañamente intensa mientras inclinaba la cabeza. «¿Los conozco caballeros?», preguntó.

Mientras Nic se ponía rígido, Reginald dio un paso adelante. Con una sonrisa, extendió la mano. «No lo creo», dijo. «Reginald Vane y mi hermano, Nicholas Vane».

«Soy Roderick Bentley y este viejo es lord Wright», ofreció Bentley, completando las presentaciones mientras el conde se acercaba a él.

«Ustedes son los hijos del vizconde Withersfield, ¿correcto?», preguntó el conde. «Conozco a su padre solo socialmente, pero es un buen tipo».

«Lo es».

El conde y Bentley miraron a Nic ante su brusca interjección. Aunque el conde solo mostró un sutil destello de curiosidad, los ojos de Bentley se oscurecieron extrañamente. Luego una arruga levantó la comisura de su boca y asintió. «Quizá deberíamos mezclar las cosas y cambiar de oponente para el próximo juego». Hablando directamente con Nicholas, dijo, «me di cuenta de que aquí está mucho más al nivel de Wright de lo que yo podría estar».

«Ya te lo dije, todo es geometría simple», intervino el conde.

Bentley puso los ojos en blanco y le habló en un aparte exagerado a Reginald. «No parece entender por qué ese es exactamente el problema. La geometría pertenece a las matemáticas y es un hecho bien establecido que la disciplina y yo somos enemigos de por vida».

Reginald se rió entre dientes, inspirando una mirada parpadeante de Nic. Él se encogió de hombros en respuesta. ¿Qué podría decir? Bentley era divertido. Y como Nic, no podía rechazar la sugerencia sin parecer un imbécil, en el siguiente juego, Bentley y Nicholas cambiaron de mesa.

Al cabo de dos horas más, habían vuelto a cambiar de pareja, poniendo a Reginald contra el conde y a Nicholas contra Bentley. Aunque a Reginald no le fue muy bien, al pobre Bentley le fue mal. No ayudó que Nicholas fuera insensible, lo que probablemente fue lo que inspiró la siguiente invitación de Bentley a jugar a las cartas, declarando que, como caballeros, le debían brindar la oportunidad de recuperar su honor.

Reginald esperaba que su gemelo se negara, pero o se había encariñado con ellos o había aceptado que no había ningún riesgo en un poco de discurso social informal ya que no ofreció ninguna objeción. Salieron de la sala de billar como grupo y se dirigieron a la sala de juego. Afortunadamente, había una mesa abierta y en cuestión de minutos ya estaban en pleno juego.

Y ahí es donde Caillie los encontró.

«¡Caballeros!».

Reginald levantó la vista para ver la mirada brillante y concentrada de su hermana y su amplia sonrisa mientras se dirigía hacia su mesa a grandes zancadas.

Al mirar a Nicholas, Reginald esperó ver un brillo de irritación oscureciendo el rostro de su hermano. Sin embargo, ya fuera por el buen flujo de whisky escocés, las horas de juego relajante o algo más, Nic parecía bastante indiferente a la intrusión de su hermana en su velada. Tenía el ceño bajo y pesado, como siempre, pero no hizo ningún intento de excusarse del encuentro. Incluso hubo un breve momento en el que levantó la vista para encontrarse con la mirada casual de Caillie y algo... interesante pareció pasar entre ellos. Una especie de comprensión.

Reginald estaba en privado sorprendido. ¿Había llegado finalmente su hermano a aceptar a Caillie? Y por extensión, ¿podría algún día aceptar la idea de forjar alguna conexión con el

resto de sus hermanos?

«Qué suerte encontrarme con un cuarteto tan encantador y carismático», dijo Caillie cuando llegó a su mesa.

Los cuatro hombres se habían puesto de pie, pero Bentley dio un paso hacia Caillie para rodearle los hombros con el brazo en un rápido medio abrazo. «Buenas noches, muñeca», murmuró suavemente antes de soltarla.

Incluso el conde le dedicó una cálida sonrisa que alteró por completo sus rasgos habitualmente reservados, haciéndolo parecer un poco como un papá orgulloso e indulgente.

De pie entre sus dos hermanos mayores, la joven se volvió hacia los dos más jóvenes. Moviendo su mirada traviesa de un lado a otro, dijo, «no tenía idea de que ustedes dos conocían a mis hermanos».

La forma en que anunció tan audazmente su ilegitimidad nunca dejó de sorprender a Reginald, aunque logró ocultar ese hecho. Había pasado la mayor parte de su vida trabajando desesperadamente por asegurarse de que nadie tuviera la más mínima idea de su innoble nacimiento, ver a alguien tan absolutamente desvergonzado de lo mismo era sorprendente.

Tampoco se le escapó que su declaración podría haberse referido a cualquiera de los dos caballeros como sus *hermanos*. Algo de lo que no tenía ninguna duda era totalmente intencionado.

Al parecer, Nic sospechaba lo mismo.

«No los conocemos», respondió secamente antes de mirar a Reginald. «Se hace tarde. Deberíamos irnos».

Al parecer, su aceptación todavía tenía sus límites.

«Oh, no pueden irse ahora», argumentó Caillie. «Acabo de pedir una botella de nuestro mejor whisky escocés para su mesa».

«Apenas hemos empezado a jugar, Vane», añadió Bentley. «Como caballero, debe permitirme reclamar mi honor».

Nic no podía hacer nada más que ceder.

Antes de alejarse de nuevo, Caillie aplaudió. «¿No les encanta cómo un club como este puede unir a la gente?», añadió.

Reginald quería poner los ojos en blanco ante sus obvias travesuras, pero en su lugar se contuvo para mostrar una sonrisa divertida. Cuando todos volvieron a tomar asiento para empezar a jugar de nuevo, él llamó la atención de Bentley. El otro hombre le devolvía la mirada con una mirada entrecerrada que era claramente desconcertante. A pesar del temblor de inquietud que provocó en el cuerpo de Reginald, se obligó a no reaccionar mientras se concentraba de nuevo en el juego.

Caillie no había estado mintiendo. El whisky escocés era excelente, lo que le causó cierto descontento a Reginald por el hecho de que nunca se lo había ofrecido. El juego pasó bastante rápido después de eso. Bentley era un mago innegable con las cartas y logró con creces recuperar su honor por la paliza que había recibido en la sala de billar.

Cuando el juego llegó a su fin y sus oponentes presentaron sus excusas, Wright estaba en casa mientras Bentley necesitaba llegar a su propio club, Reginald se sintió reconfortado y relajado por la excelente bebida y la agradable compañía. Debería haber sido suficiente para aliviar el nudo de insatisfacción detrás de su esternón, pero no fue así. Los pensamientos sobre Cecily seguían rondando demasiado cerca. Demasiado agudos y conmovedores para ignorarlos u olvidarlos. Aunque hizo todo lo posible por hacer ambas cosas.

Mientras el cuarteto avanzaba por el club, Bentley insistió en que Reginald y Nicholas

asistieran a su club en un futuro próximo. Dijo que tendrían que solicitar la membresía, pero, añadió con una sonrisa maliciosa, resultaba que conocía al propietario y sospechaba que obtendrían su aprobación fácilmente. El conde, que era tan reservado como amigable Bentley, también se propuso estrecharles la mano y expresar lo agradable que era haberlos conocido. Y el hombre parecía absolutamente serio. Incluso cuando volvió la mirada y asintió hacia Nicholas.

Los gemelos compartieron una rápida mirada y ambos parecían estar pensando lo mismo.

Era tan extrañamente... *extraño* saber de su conexión sanguínea más profunda y bastante sórdida mientras los otros dos permanecían afortunadamente inconscientes.

En verdad, parecía deshonesto y equivocado.

Después de que Bentley y Wright se fueron, Reginald y Nicholas acordaron que también era hora de regresar a casa. El trayecto estuvo en silencio mientras ambos hermanos se perdían en ebrias cavilaciones.

Pero cuando entraron al vestíbulo, Reginald se volvió hacia su gemelo con expresión decidida.

«Nic, he estado pensando...».

«Obviamente», murmuró su hermano. «Tienes esa arruga entre las cejas y esa luz impía en tus ojos. ¿Estás seguro de que no quieres dormir con lo que sea que quieras decir?», preguntó esperanzado mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. «Estás bastante borracho, ¿sabes?».

Reginald se rió mientras Nic se balanceaba sobre sus pies bien abiertos. «No tanto como tú, hermano. Olvidas que he desarrollado tolerancia a lo largo de años con un marcado esfuerzo».

Nic frunció el ceño, pero agitó la mano indicando que Reginald debía continuar con lo que quisiera decir.

«Me gustaría conocer a nuestros hermanos», espetó Reginald sin preámbulos.

«Ya los conocemos», se quejó Nic, «de hecho, acabo de pasar la noche con ellos».

«No es lo que quise decir y lo sabes, hay otros dos que aún tenemos que conocer ».

Nic murmuró algo incoherente mientras bajaba la barbilla hasta el pecho. Luego respiró hondo, expandiendo el pecho antes de mirar hacia el cielo y luego volver a mirar a Reginald.

«Bien».

Tomó un momento para que la única palabra se registrara cuando Reginald había estado esperando una letanía de razones por las que no podían correr tal riesgo.

«¿Bien?».

Nic asintió con firmeza. «Sabía que esto sucedería finalmente, y Caillie ha insistido en que mantendrán nuestro secreto a salvo».

«¿Caillie?», Reginald frunció el ceño. «Pero apenas hablaste».

Nic arqueó una ceja bajo su habitual mirada ceñuda mientras resoplaba. «Existe tal cosa como la correspondencia, hermano. La señora es una prolífica escritora de cartas».

Divertido, agradecido y un poco sorprendido de que el tema no fuera motivo de discusión, Reginald sonrió. «Excelente. ¿Cómo iniciaremos tal cosa?».

«No tengo ninguna duda de que nuestra hermana tiene algo en mente. También podemos contar con su experiencia en formas tan manipuladoras».

Reginald se rió. «Un buen plan». Luego, cuando Nic volvió a vacilar, añadió, «podemos discutirlo más mañana, cuando tengas la cabeza más clara».

Nic asintió y se giró para comenzar a caminar con cuidado hacia el dormitorio que tenía en el tercer piso. Como pasaba tanto tiempo en el campo, hacía años que no era dueño de una casa en Londres y prefería quedarse con Reginald cuando estaba en la ciudad.

Reginald permaneció de pie en el vestíbulo.

La noche había hecho un buen trabajo distrayéndolo, pero ahora que estaba solo otra vez, en el silencio y la oscuridad, una especie de presión inquieta y picante lo invadió.

Por lo general, cuando empezaba a sentirse así, cuando el peso de su carga mental se volvía demasiado pesada, iba en busca de cualquier cosa que pudiera proporcionarle algo de diversión. Alcohol o juegos de azar o mujeres.

Esta noche, se sorprendió al darse cuenta de que lo único que realmente quería era hablar con Cecily.

Ni siquiera sabía lo que quería decir. Solo sabía que sentía un profundo anhelo por la aguda honestidad de su voz y el desafío de su tumultuosa mirada. Quería burlarse de ella y arrancarle una sonrisa. Quería tocarla de nuevo y ver cómo su piel se calentaba con su caricia y sus labios se abrían en reacción a las sensaciones que con tanto esfuerzo intentaba ocultar.

Quería otro maldito beso, maldita sea.

Y como lo deseaba tanto, sabía que no podía tenerlo.

Con un áspero gruñido, subió a su dormitorio. Pero cada pensamiento que tuvo hasta que el sueño lo reclamó fue el de una belleza de ojos grises y cabello dorado que había puesto su futuro en sus manos para poder reclamar justicia por los males perpetrados por un canalla degenerado.

Y ella creía que Reginald era igual a él.

Desafortunadamente, si él no podía encontrar una manera de liberarlos de la red en la que se habían enredado, ella podría no estar del todo equivocada.

Capítulo Veintitrés

«¿De verdad vas a llorar?», preguntó Cecily.

Margot se rió. Sin duda le hacía mucha gracia el atisbo de desesperación en la voz de su prima. «He hecho otros planes», respondió ella, alisándose un mechón suelto en su sien. «Tú y yo habíamos decidido hace días no asistir a la exposición de esta tarde de lord y lady Brentwood. ¿Cómo iba a saber que tú y el señor Vane lo elegirían como lugar para la siguiente escena de su actuación?».

«Pero debes estar allí».

«¿Por qué?», Margot se giró y parpadeó expectante hacia Cecily, esperando una justificación que sabía muy bien que no llegaría. Y mientras Cecily simplemente apretaba la mandíbula mientras le devolvía la mirada obstinadamente, Margot asintió. «Eso es lo que pensé».

«Te necesito para amortiguar», confesó Cecily de mala gana.

Margot se rió. «Oh, mierda. Ni tú ni el señor Vane se dan cuenta de que estoy cerca una vez que empiezan a charlar. Voy a tomar el té en el precioso salón de rosas de la señorita Claybourne, por mucho que te pongas de mal humor, prima, así que es mejor que lo aceptes».

Cecily carraspeó.

«Además», continuó Margot, «se espera que asista lady Ferguson. Podría haber una oportunidad para hablar sobre cierto conocido mutuo».

Lady Ferguson había sido otro de los intereses de Cross. Desafortunadamente, no había hecho caso a las advertencias de Cecily y la casaron apresuradamente poco después de una misteriosa ausencia de la ciudad. Más tarde se acercó a las primas en una fiesta para confesarles que deseaba haberlas escuchado.

Existía una posibilidad, pequeña, de que la dama ayudara en la difícil situación de la señorita Gresham.

El otro día, en el parque, la señorita Gresham le había informado que su padre y Lord Cross habían llegado a un acuerdo. Cross de alguna manera había convencido al señor Gresham de que había una necesidad razonable de darse prisa, por lo que el compromiso se anunciaría esa semana y su matrimonio se celebraría poco después mediante una licencia especial. La señorita Gresham estaba fuera de sí. Ahora que entendía la verdadera naturaleza de Cross, estaba desesperada por evitar casarse con él y le había rogado a su padre que rechazara el matrimonio. Sus súplicas habían sido completamente ignoradas. Dudaba que incluso los estados financieros que Cecily le entregó, que había ocultado entre las páginas del libro prestado, fueran suficientes para convencer a su padre de poner fin al compromiso. El hombre estaba demasiado encantado del título y la posición social de Cross.

A Cecily se le estaba acabando el tiempo para salvar a la joven.

Y todavía había que preocuparse por lady Taylor. Parecía que Cross había acortado el plazo que le había dado para pagar su demanda. Afortunadamente, lord Ridsdale estaba fuera de la ciudad y no regresaría hasta dentro de un par de semanas, pero una vez que regresara, Cross podría cumplir sus amenazas.

Empezaba a parecer que solo una revelación pública del verdadero carácter del hombre sería suficiente para detenerlo.

Obviamente, al ver la creciente tensión y angustia en el rostro de Cecily, su prima se giró

y la tomó por los hombros. «¿Por qué no intentas divertirme un poco hoy? Vane puede ser bastante encantador. Si lo permites, podrás pasar un buen rato en su compañía».

También estaba el hecho incómodo de que su complot con Vane era la única influencia que tenía actualmente contra Cross. No podía permitir que fracasara.

Sabiendo que la otra mujer tenía razón, Cecily se mordió la lengua y no dijo nada más mientras las dos salían de la casa juntos con instrucciones de dejar a Cecily en la mansión de Brentwood antes de llevar a Margot al Strand.

Una vez al año, lord y lady Brentwood, una ilustre pareja de la generación de lady Hargrave, presentaban una exposición de su extensa colección de libros antiguos. No era exactamente algo en lo que Cecily tuviera un interés particular, pero el formato del evento de la tarde sería tal que se podría observar a ella y a Vane paseando juntos por la exhibición y al mismo tiempo brindaría pocas oportunidades a su pareja de hacer algo particularmente escandaloso.

Eso esperaba.

Pero parte de su desgana era el reconocimiento de que en realidad no era el comportamiento del hombre lo que la preocupaba. Finalmente se había obligado a aceptar que se sentía atraída por él. Intensamente.

En un momento, él la miraba con brillante curiosidad y sutil diversión, como si fuera una criatura encantadora que quisiera diseccionar. Al instante siguiente, la veía con una especie de calor chispeante que nunca dejaba de conmover cosas en lo más profundo de su interior, cosas que danzaban en su sangre y se retorcían deliciosamente en su bajo vientre.

Y su maldita sonrisa. Tan provocativa y coqueta sin esfuerzo y de repente perversa y sensual. Ella nunca sabría de un momento a otro si él diría algo ligeramente provocador o profundamente conmovedor.

Estar cerca de él era una prueba perpetua para su fachada estoica. Al final de apenas veinte minutos en su compañía, ella apenas distinguía hacia arriba y hacia abajo mientras su cuerpo se sintonizaba con cada cambio en su expresión, actitud o proximidad.

Era muy agotador, e inquietante.

A pesar de su conmoción interna, Cecily entró en Brentwood Manor con aire confiado. Ella y Vane habían acordado reunirse en el gran vestíbulo antes de dirigirse juntos al salón de baile en el segundo piso, donde la exhibición se presentaba ingeniosamente en varias mesas, permitiendo a los invitados deambular y moverse, contemplando los tomos antiguos y los volúmenes raros.

Cuando entró en la casa, casi deseó que él no estuviera allí. Pero con una ola de aguda conciencia que bailó sobre su piel y se curvó a través de su torrente sanguíneo, lo vio al instante, de pie cerca de la escalera curva. Tan pronto como la vio cruzar las puertas, sonrió y dio un paso adelante, haciendo descaradamente obvio para cualquiera que observara que había estado esperando específicamente por ella.

Cecily quiso poner los ojos en blanco ante su falta de sutileza, pero claramente él no había terminado.

«Ahí está, señorita Fairclough», declaró. «Comenzaba a pensar que se arrepentía de nuestros planes de reunirnos hoy».

«Aún es temprano, señor Vane», respondió ella, provocando una risa entre dientes y una mirada ligeramente reservada cuando él se acercó a ella y le ofreció el brazo.

Mientras subían juntos las escaleras, él inclinó la cabeza hacia la de ella y murmuró en voz baja, «¿alguna vez envainas tus garras, dulzura?».

«No».

«Entonces creo que pronto llegaré a amar la sensación de tus uñas rasguñando mi piel».

Haciendo caso omiso de la sensual sensación en su vientre, Cecily murmuró, «¿debes convertir toda la conversación en solo insinuaciones?».

«Sin intención de insinuar», respondió suavemente. «Estaba siendo bastante literal».

Mientras imaginaba que se pasaba las uñas por su espalda desnuda, Cecily tropezó con uno de los escalones. Vane se acercó a ella con el pretexto de estabilizar su equilibrio, pero cuando pudo haberse alejado de nuevo, no lo hizo, lo que la mantuvo casi pegada a su costado. Ella se habría alejado inmediatamente, pero él le cubrió la mano con el brazo y se inclinó hacia ella de nuevo.

«Relájate, mi querida niña. Solo estamos caminando. A través de una multitud de personas desesperadas y sin aliento por ver estos *libros* extraordinarios».

Dijo la última palabra de una manera que dejó muy claro su propio nivel de interés. El innegable toque de disgusto e incredulidad en su tono desencadenó un estallido de humor dentro de la compleja mezcla de deseo no intencionado y tensión creciente que Cecily estaba luchando por contener. Ella levantó una mano para rápidamente ahogar su risa, pero él la escuchó e hizo un sonido bajo y apretujado.

«¿Es eso lo que pensé que era? ¿Acabas de demostrar que tienes sentido del humor?».

«No esperes que vuelva a suceder», amonestó Cecily bruscamente. «Obviamente fue un momento de inconsciencia».

Al llegar al salón de baile, sus pasos disminuyeron cuando él comenzó a guiarla por las exhibiciones. Cecily no estaba particularmente interesada en la colección rara y antigua, pero era bastante fácil fingir una pizca de curiosidad y asombro ocasional ante cada exhibición mientras mantenía una conversación encubierta con el exasperante hombre a su lado.

Sacudió la cabeza. «Me temo que ahora le he cogido el gusto. Quizá tenga que dedicarme a encontrar más formas de inspirar ese sonido seductor en tus labios».

Cecily lo miró de reojo mientras se burlaba. «¿Seductor?».

Él arqueó una ceja. «Nadie te ha dicho nunca que tu voz, especialmente cuando sale del fondo de tu garganta, es perversamente erótica».

Demasiado atónita por sus palabras para ocultar su sorpresa, ella solo pudo mirarlo fijamente mientras él lentamente abría los labios en una sonrisa de complicidad. Luego susurró oscuramente, «su sonido, su sensación, es intensamente excitante».

«Basta». Tenía la intención de que las palabras fueran duras, pero en lugar de eso salieron sin aliento.

Los ojos de él parpadearon con luz y luego se oscurecieron. «¿Debo dejar de decir la verdad?».

«Deja de decir cosas que sabes que son provocadoras».

Soltó una risa tranquila. «Lo siento. No puedo hacer eso. Provocarte es demasiado gratificante».

Ella aumentó su molestia. El sonido llamó la atención de una pareja mayor que pasaba por allí y la mirada que le dieron fue casi de miedo.

Reginald obviamente lo encontró gracioso y tuvo que darles vuelta rápidamente alrededor de otra mesa de libros para ocultar su risa.

«Eres imposible», lo amonestó, pero había una pizca de diversión en su voz que no pudo ocultar por completo.

«Dime que no lo disfrutaste», presionó él.

Después de un minuto, durante el cual pareció examinar cuidadosamente una colección de libros dorados sobre la historia de Gales, respondió, «no puedo».

«Lo sabía», murmuró él en voz baja. «Si la dama puede divertirse, creo que, después de todo, puede ser domada».

Cecily se puso rígida y lo miró, ya sin preocuparse por parecer fascinada por la mesa de libros frente a ellos.

«¿Crees que necesito ser domada?».

#

Reginald escuchó el endurecimiento en su voz y se dio cuenta de que había llevado sus bromas demasiado lejos. Con un movimiento de cabeza, él la miró con seriedad y bajó la voz a un tono de tenor solo para ser escuchada por ella. «No, no lo creo. Creo que eres espléndida tal como eres».

Ella levantó la barbilla desafiante. «No siempre fui así, ¿sabes?». Sus palabras fueron suaves, íntimas y desgarradoramente vulnerables.

Un intenso instinto de consolar y proteger lo invadió. Quería pasarle el brazo por la cintura y atraerla hacia él. Quería convertirse en su escudo para que finalmente pudiera permitir que sus muros fueran derribados, aunque solo fuera por un momento.

En cambio, se volvió hacia ella de una manera que cualquier otra persona en la habitación que pudiera mirar en su dirección solo los vería a los dos demasiado cerca sobre una mesa llena de libros viejos y mohosos.

«Yo era una idealista esperanzada y *desesperada*. La debutante más ingenua que jamás había puesto un pie en un salón de baile de Londres. Había imaginado amigos, pretendientes, bailes y magia. No tenía idea... de lo cruel que podía ser la sociedad. De lo egoístas y críticos que son sus jugadores y qué largos pueden ser los recuerdos para mantener un escándalo. Los rumores sobre mi familia ni siquiera me molestaban. Supuse que cualquiera que creyera la mayoría de las tonterías que se arremolinaban en susurros y murmullos acerca de que nuestra familia estaba maldita, no valdría la pena conocerle». Ella soltó una risa corta y áspera. «Tonta que fui. Rápidamente aprendí que la gente creía exactamente lo que querían creer y, aparentemente, todos querían que yo fuera motivo de burla».

Las cejas de Reginald bajaron a sus ojos, pero no dijo nada. Apretando la mandíbula, solo quería darle espacio para decir lo que fuera que estaba creciendo dentro de su pecho.

Su voz se volvió tan dura como su expresión. «Cuando Cross se me acercó por primera vez, me sentía herida y enojada por su atención. Sabía exactamente lo que estaba haciendo».

«Ojalá nunca lo hubieras conocido», murmuró Reginald con voz ronca.

«Yo no me arrepiento», dijo rápidamente, con la mirada fija. «Su traición me forjó en lo que soy ahora. Me puso en un camino que me permite evitar que otras mujeres jóvenes experimenten la misma traición. Si yo no hubiera caído en su engaño, muchas más lo habrían hecho».

Su tono lo impactó profundamente. De repente, Reginald deseó poder tomar el dolor de su pasado y convertirlo en algo digno de tanta convicción y orgullo.

Maldita sea. Él la admiraba.

Recorrieron en silencio algunas exhibiciones más. Había una pizca de tensión entre ellos, pero era del tipo que los unía contra fuerzas externas en lugar de una que intentaba separarlos.

Muy pronto, Reginald no pudo evitar notar las muchas miradas de reojo que inspiraban. Considerando su propia reputación bastante infame, estaba acostumbrado a cierto tipo de miradas. Censuradoras, curiosas, descaradamente seductoras y coquetas. Pero se dio cuenta de

que Cecily recibía su propio estilo de miradas disimuladas y desconcertantes. Ninguna de ellas agradable.

Aunque había aprendido lo suficiente sobre su familia para entender algo de ella, de repente quiso saber la historia de sus propios labios. Corría el riesgo de molestarla con una pregunta tan personal, pero esperaba que ella entendiera que no pretendía ofenderla.

Cuando se detuvieron para admirar un retrato de algún poeta aclamado, que Reginald no reconoció, respiró hondo y preguntó, «¿podrías hablarme de tus padres?».

Sintió su mirada y la sorprendida presión de sus dedos en los músculos de su antebrazo. Pero después de un momento, su agarre se aflojó y suspiró, el sonido fue suave y un poco pesado.

«Apenas los recuerdo. Murieron juntos en un trágico accidente cuando yo apenas tenía dos años. En mis recuerdos están representados por impresiones vagas y fugaces. La risa fuerte de mi padre. Los abrazos apretados y con aroma a violetas de mi madre. No tengo ningún recuerdo de su voz y eso me entristece a veces. Pero puedo verla sonreír si me esfuerzo lo suficiente, del mismo modo que puedo recordar una emocionante sensación de ingravidez cada vez que mi padre me levantaba en sus brazos».

Hizo una pausa y sus siguientes palabras estuvieron teñidas de una emoción más profunda.

«Más allá de eso, los recuerdos de mi infancia están llenos del semblante estoico de la abuela y sus votos susurrados de superar nuestra tristeza juntas. No me abrazó como solía hacerlo mi madre, pero siempre se tomaba el tiempo para hablarme con honestidad y franqueza. Y a medida que crecí, ella me contó historias de mis padres. Cómo se enamoraron instantáneamente el uno del otro. Cómo mi madre se había negado ferozmente a considerar a nadie más. Su partido había sido la comidilla del tono, pero su devoción y pasión tenían sus raíces en la imprudencia. Compartían el amor por la aventura y el peligro y siempre buscaban el próximo desafío o reto emocionante. Murieron cuando su faetón volcó durante una carrera nocturna con amigos».

«Lo siento mucho».

Ella se encogió de hombros y luego respiró hondo. «Como dije, recuerdo muy poco de ellos y tuve a la abuela y luego a Margot».

«Pero eso no necesariamente hace que la pérdida de tus padres sea menos conmovedora. Me imagino que su ausencia siempre será parte de ti».

Volviéndose hacia él, echó la cabeza hacia atrás y lo miró fijamente durante un largo y silencioso momento. No podía leer todo lo que parecía moverse y acunarse en las profundidades de su mirada, pero no apartó los ojos. Luego preguntó simplemente, «¿por qué preguntaste por ellos?».

Su respuesta fue baja y genuina. «Por curiosidad».

Sus cejas se arquearon hacia arriba. «¿Curiosidad?».

Sonriendo ante su tono escéptico, Reginald levantó una mano para recorrer con el pulgar el borde de su mandíbula desde debajo de la oreja hasta la punta de la barbilla antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. «Sí», dijo con voz ronca mientras su atención se centraba en sus labios entreabiertos. «La curiosidad tiende a motivar gran parte de lo que hago».

«Mucho... pero no todo», respondió ella.

Él levantó su mirada hacia la de ella. «No todo».

«¿Qué más te motiva, Reginald?».

La pregunta fue inesperadamente provocativa, al igual que el sonido de su nombre de pila

en su voz ronca y áspera como la seda. Su cuerpo respondió con una ola de calor a las chispas hormigueantes del deseo. De repente, luchó por ordenar sus pensamientos mientras quedaba hechizado por la mirada de sus ojos. Su cuerpo parecía vibrar con el anhelo de atraerla contra él... de acariciarle la columna con las manos hasta que sus músculos se suavizaran y ella se arqueara ante su tacto... de hacer coincidir el ritmo de los latidos de su corazón con pequeñas respiraciones cortas.

«Dime por qué haces las cosas que haces», lo instó suavemente mientras él lo miraba fijamente a los ojos. «Dime qué te hace ser el hombre que eres».

¿Qué lo hacía ser quien era?

Secretos. Lealtad. Miedo.

Él no se dio cuenta de que había respondido en voz alta hasta que ella le preguntó, «¿a qué le tienes miedo?».

La plata en sus ojos se arremolinaba con sombras oscuras, atrayéndolo a sus profundidades. Fascinándolo. Encantándolo.

«La verdad», respondió.

Algo cálido cruzó sus rasgos mientras inclinaba la cabeza. «La verdad no es nada que deba temerse».

Sus pensamientos eran oscuros y profundos y se aseguró de que su siguiente pensamiento no fuera dicho en voz alta.

Lo es cuando puede hacer daño a la gente.

Pero fue casi como si hubiera escuchado las palabras de todos modos. Su expresión se endureció cuando dio un sutil paso más cerca de él. Sosteniendo firmemente su mirada, dijo, «no te preocupes por mí».

Algo se retorció bruscamente en su estómago ante la extraña vibración en su tono. Su estómago se apretó en señal de rechazo y su ceño se hizo más profundo, pero continuó con una voz cargada de convicción y verdad. «Cuando esto llegue a su fin...», murmuró ella, «debes saber que estaré bien. Continuaré haciendo lo que debo. La sociedad tiene muy poco atractivo para mí. Convertirme en su paria no me hará demasiado daño». Sus ojos brillaron con algo silencioso y feroz. «Puede que incluso lo disfrute».

La forma en que lo decía hizo que sus labios se curvaran mientras bajaba la voz con un fuerte estruendo. «No lo dudo en lo más mínimo». Luego el humor se esfumó tan rápido como había llegado. «Pero no estoy orgulloso del hecho de que esencialmente te arrojaré a los lobos».

Los ojos de ella brillaron mientras enseñaba los dientes. «Olvidas... que *yo soy el lobo*».

Capítulo Veinticuatro

«¿Saldrás esta noche, querida?».

Cecily se detuvo mientras cruzaba el vestíbulo de entrada. Esperaba poder llegar por las escaleras y salir por la puerta principal sin que nadie se diera cuenta. No había tenido tanta suerte.

Con un profundo suspiro, se volvió hacia el salón delantero, la habitación favorita de su abuela. Al detenerse en la puerta, vio a lady Hargrave arropada bajo una manta de lana en su silla favorita cerca de la chimenea. La mayoría de las veces, la dama se veía formidable, con su voluntad y fuerza de carácter evidentes en cada línea de su forma, cada gesto y expresión, cada aliento y mirada.

Pero en ocasiones... Cecily no podía evitar ver un atisbo de fragilidad en las delgadas manos de su abuela, y las marcadas líneas que trazaban los años en su rostro que parecían más pesadas de lo habitual. Esta noche era una de esas ocasiones.

Pero luego dejó de concentrarse en el antiguo libro de poesía que estaba leyendo para clavarle a Cecily una astuta mirada oscura, y cualquier idea de debilidad envejecida se dispersó en un segundo. La mujer era una fuerza de la naturaleza, que Cecily conocía muy bien. Solo podía aspirar a ser la mitad de formidable algún día.

Mientras su mirada fija captaba la apariencia de Cecily, las elegantes cejas de Lady Hargrave se arquearon aún más. Luego ella sonrió. «Te ves bastante *atractiva* esta noche. Y tendremos una noche sin acompañante».

Cecily se tensó y luego respondió a la ligera, «¿No lo tendré?».

Aunque Margot, como otra chica soltera, no podía ser considerada una acompañante adecuada, había renunciado a asistir a la función de esta noche, alegando dolor de cabeza. Cecily sabía que la excusa era mentira, pero no había presionado a su prima, que había estado actuando de manera extraña desde hacía un tiempo.

Lady Hargrave se rió cálidamente. «No te culpo, cariño. Tu señor Vane es un hombre apuesto».

«Abuela...», comenzó Cecily, pero la lady la ignoró.

«Con esa sonrisa torcida. Y ese brillo de...», giró la mano en un gesto de conjuración mientras se detenía para encontrar la palabra adecuada, «*intuición* en sus ojos. El hombre es bastante fascinante».

Cecily se rió y luego soltó un resoplido de burla por si acaso. «Ese hombre es un libertino y un canalla al que solo le interesa una cosa».

Los ojos de lady Hargrave se abrieron enormes. «¿Y qué es eso, querida?».

«Su propia satisfacción personal».

«Bueno, ¿no es eso lo que todos buscamos?», preguntó su abuela. «Si tenemos suerte, obtenemos suficiente placer en la vida para satisfacer nuestras necesidades básicas. Si tenemos *mucha* suerte, podríamos tener la fortuna de compartir esos placeres con alguien que esté perfectamente en sintonía y que se adapte igualmente a nuestros deseos más profundos y personales».

Aunque su corazón se contrajo ante la desilusión que escuchó en la voz de su abuela, Cecily respondió secamente, «el deseo no dura».

«Por supuesto que no es así, niña», respondió lady Hargrave con el ceño fruncido, como

si Cecily acabara de decir algo particularmente poco inteligente. «No está destinado a durar, al menos no en la forma en que piensas. Está destinado a profundizarse, crecer y convertirse en algo infinitamente mayor. Si no tiene el poder de sostener tal transformación, simplemente se desvanecerá. Como debería. Pero si es lo suficientemente fuerte...». La dama mayor hizo una pausa para tomar una respiración profunda y conmovedora que pareció fortalecerla incluso cuando hizo que su voz temblara al pronunciar las siguientes palabras. «Oh, mi querida niña... no hay nada tan maravilloso». La cualidad soñadora de sus palabras se volvió dura y fuerte con una advertencia cuando continuó con una mirada penetrante que se dirigió directamente al centro de Cecily. «Pero todo podría desaparecer en un abrir y cerrar de ojos y no te quedará nada más que los recuerdos de lo que alguna vez fue. Haz que esos recuerdos sean dignos de sostenerte». Su voz era orden y súplica al mismo tiempo. «Hazlos grandes, profundos y poderosos. Llénalos de magia y asombro para que puedan vivir y brillar en cualquier clima o en la oscuridad de la noche. No evites las alturas por miedo a caer, niña. Esfuérzate por alcanzarlos para que sepas lo que es volar».

Las palabras de lady Hargrave resonaron en la habitación con la fuerza y la insistencia de alguien que conoce tanto el placer de volar como el dolor de estrellarse contra el suelo. Aturdida y triste, Cecily se quedó de pie con las manos fuertemente entrelazadas mientras luchaba por tragar la densidad emocional en su garganta.

Cuando era joven, Cecily odiaba esos raros momentos en que su abuela revelaba la profundidad del duelo que aún padecía, tantas décadas después de la muerte de su amado esposo. Nunca había sabido qué hacer cuando la pasión y el dolor reemplazaban la firmeza en la mirada profunda y oscura de la dama.

Pero a medida que crecía, aceptó los episodios como una parte intrínseca del agravio de su abuela. Aunque lady Hargrave había vivido una vida larga y plena en muchos aspectos, la angustia de perder al hombre que amaba con una devoción desesperada y luego también de perder a sus queridas hijas con finales trágicos nunca la abandonó. Llevaba más dolor, agravio y oscuridad dentro de ella de lo que la mayoría podría soportar. Y, aun así, de alguna manera logró criar a sus nietas huérfanas con amor incondicional, asegurándose de que nunca dudaran de su valor ni cuestionaran las posibilidades de felicidad que la vida podía brindarles.

No fue culpa alguna de lady Hargrave que Cecily fuera tan desconfiada y suspicaz y Margot tan llena de miedo y pavor. La vida misma había hecho eso.

Pero Cecily nunca había oído a su abuela hablar con tanta ferocidad como acababa de hacerlo.

Después de un momento, la señora mayor sacudió levemente la cabeza. Una sonrisa triste pero genuina curvó sus labios mientras una cualidad soñadora suavizó su mirada. «Disfruta tu velada, niña. El teatro puede ser un lugar mágico».

«Buenas noches, abuela», murmuró Cecily, pero lady Hargrave ya había vuelto su atención a su poesía.

Cecily hizo todo lo posible por disipar el peso de las palabras de su abuela antes de llegar al teatro. Pero la esencia de ellas permaneció con ella cuando bajó del carruaje y entró en el gran y reluciente vestíbulo, ya lleno de elegantes miembros de la alta sociedad vestidos con sus mejores galas. La mayoría de la gente no acudía al teatro para ver la actuación que se llevaría a cabo en el escenario. Por lo general, estaban mucho más interesados en los dramas sociales que tendían a ocurrir entre la audiencia. Era exactamente la razón por la que ella y Reginald habían decidido que el teatro era un lugar adecuado para actuar juntos.

Y aunque estaba dispuesta a sentarse a su lado en su palco privado, había insistido en

llegar sola y salir de la misma manera. Tal como lo había hecho en todas las demás salidas que habían completado durante la última semana y media. Afortunadamente, él no había discutido ni la había obligado a explicar su intenso deseo de conservar ese poco de independencia, a pesar del final definitivo de esta farsa.

Una farsa que parecía estar funcionando de maravilla, a juzgar por los informes de las páginas de rumores. Todo Londres parecía creer que el suyo era un verdadero noviazgo. La gente especulaba sobre cómo Cecily había logrado someter al libertino más salvaje de la ciudad, mientras otros murmuraban asombrados por su propia transformación de una verdadera bruja a la dama refinada en la que se había convertido del brazo de Vane. De hecho, una columna reciente la había calificado de *dulce carácter*.

Oh, cómo debió alardear Cross ante eso, sabiendo hasta dónde caería al final.

Abriéndose paso entre la multitud reunida antes del espectáculo, buscó la figura alta e imponente de Vane. Después de diez minutos sin señales del hombre, la fachada estoica que llevaba comenzó a agrietarse y tambalearse. Odiaba ser receptora de tantas miradas curiosas y sonrisas anticipadas. Solo porque la gran mayoría de ellos parecía pensar que su reciente asociación con Vane la había derretido, había otros que estaban salivando por el momento en que ella se rompería y revelaría su verdadera naturaleza arpía una vez más.

Al captar otra mirada astuta que hizo que se le erizara la piel y se le retorcieran las entrañas, respiró hondo con la intención de dar una respuesta aguda y mordaz cuando sintió la cálida presión de unas grandes manos rodeando su cintura.

Antes de que pudiera reaccionar, la voz de Reginald fluyó baja e íntima en su oído, susurrando, «relájate, cariño. Soy solo yo».

Las libertades que se tomó al tocarla con tanta valentía mientras estaba bajo la mirada de todos los que estaban cerca fueron más que suficientes para causar un escándalo y habrían inspirado una rápida represalia por parte de ella en cualquier otra circunstancia. Pero durante la última semana, se había tomado docenas de libertades de ese tipo, como acariciarle la espalda baja con la mano mientras paseaban entre las exhibiciones del Museo Británico, colocarle un mechón de cabello detrás de la oreja mientras estaban sentados disfrutando de un helado aromatizado en Gunter's, sosteniendo su mano más tiempo del necesario mientras la ayudaba a subir a su carruaje después de una excursión de compras por Bond Street.

Cada incidente era para beneficio exclusivo de los muchos testigos que siempre parecían estar presentes. Pero su insistencia en repetir los toques prolongados y las frecuentes caricias también había logrado suavizar sus reacciones ante ellos.

Ella ya no se inmutó ante su toque ni dio ninguna indicación externa de incomodidad. Solo sabía que en el interior, tan solo el leve roce de sus dedos tenía el poder de provocar un derroche de sensaciones. Chispas, hormigueo, tensión y calor derretido.

Por el amor de Dios, solo un destello de su mirada tenía el poder de hacer esas cosas.

Gracias a Dios que había tenido el autocontrol para mantenerlo todo en su interior, cuidadosamente oculto. Del mundo y del hombre. Si tuviera alguna idea de que su falsa seducción estaba teniendo un efecto tan real en ella...

Con una modesta sonrisa en su rostro, se volvió hacia él, plenamente consciente de cuánta gente estaba mirando.

Aunque sus manos se habían deslizado lejos de su cintura cuando ella se giró, ahora tomó sus dos manos entre las suyas. Afortunadamente, llevaba guantes hasta el codo que proporcionaban la apariencia de una barrera entre su piel desnuda y el calor viral y la fuerza de sus dedos.

«Estás impresionante», murmuró mientras su mirada azul parpadeaba sobre su persona. Incluso sabiendo que todo era un acto, el suave terciopelo de su voz se arremolinaba a través de ella, encendiendo su sangre.

Por el bien de su creciente audiencia, ella soltó una cálida risa antes de amonestar. «No puedo creerte cuando dices eso cada vez que nos encontramos».

«Pero es verdad», le aseguró, sonriendo con seductor encanto. «Cada vez».

En cada encuentro público, se había obligado a mostrar un poco más de fe y lealtad crecientes hacia él, con la esperanza de hacerlo creíble cuando en última instancia debía fingir estar completamente enamorada de ese hombre. Y en cada encuentro, se hacía cada vez más fácil demostrar la falsedad.

«Y adoro cómo un simple cumplido siempre trae ese rubor rosado a tus mejillas», añadió en voz baja y texturizada mientras pasaba los nudillos por la curva de su rostro desde la sien hasta la barbilla.

Si no se había sonrojado antes, seguro que ahora lo estaba. Maldita sea, pero el hombre sabía exactamente cómo desconcertarla. Sin duda lo había hecho a propósito, sabiendo que ella no podía responder como quería apartándole la mano o escupiendo un comentario cortante. Pero incluso sus instintos para responder de esa manera parecían mucho más divertidos que serios.

Mientras un murmullo de voces se escuchaba a su alrededor, de repente pareció como si estuviera tratando con todas sus fuerzas de no reírse. Sus ojos brillaron con humor reprimido y se pasó la lengua por el labio inferior antes de atraparla entre los dientes.

Santo infierno. Ese maldito labio. Y esa lengua.

Cecily ya tenía que recordarse constantemente a sí misma que no debía mirar con demasiada frecuencia ni demasiado tiempo la boca libertina y besable del hombre. ¿Realmente tenía que llamarle la atención directamente sobre eso? ¿Y con todos mirando?

Incluso sabiendo que debía mirar hacia otro lado, simplemente no podía. Y entonces el libertino canalla sonrió, lenta y sensual.

La lujuria y la sospecha la atravesaron, agudas y dolorosas. Ella entrecerró la mirada y apretó los dientes. Si tuviera alguna idea de lo que eso le hizo a ella...

Él se rió entre dientes, luego le guiñó un ojo y esbozó una sonrisa mientras bajaba la cabeza. «Recuerda el truco, mi querida niña», susurró sedosamente. «Puedes dar rienda suelta a todas tus pasiones una vez que estemos en privado».

Ella quería desesperadamente pisotearlo en ese momento por ir tan descaradamente lejos. En lugar de eso, dio un pequeño paso hacia él, echó la cabeza hacia atrás y acercó los labios a su oreja. «No sobrevivirías a toda mi pasión», amenazó ella con una ronca promesa.

Llamas azules danzaban en su mirada de párpados pesados. Sus labios sensuales formaron las siguientes palabras alrededor de una sonrisa arrogante. «Te reto a que lo demuestres».

De repente sintió que daría cualquier cosa por hacer exactamente eso. Para mostrarle precisamente lo caliente que ardía en su interior. Para revelar las profundidades del deseo contra el que luchaba cada maldito día desde que levantó la vista por primera vez y lo vio caminando por el salón de baile, con su aguda mirada fija en ella.

Y eso era un problema.

Ella se entregó libremente una vez antes y lo único que consiguió fue el dolor de la traición y la humillación.

Parecía un golpe de intervención divina que el único hombre capaz de apagar cada partícula de calor dentro de ella se acercara en ese momento.

«¡Vane! Ha pasado un tiempo, viejo amigo».

Cada músculo del cuerpo de Cecily se tensó ante el sonido de la voz de Cross. Pero su reacción no fue tan violenta como la de Reginald. Aunque probablemente ella fue la única que lo vio ya que estaban tan cerca con sus ojos mirando directamente a los de ella, casi jadeó ante la frialdad que se cristalizó en su mirada.

Su furia y odio fueron tan obvios en ese segundo que sintió la necesidad de intervenir antes de que Cross se diera cuenta y comenzara a sospechar. Apoyando su mano en su pecho, lo miró a los ojos y en silencio le recordó todo lo que estaba en juego. Tenían que jugar para ganar el premio.

Él asintió sutilmente y abrió la boca en una sonrisa antes de volverse para saludar a Cross. «Buenas noches, lord Cross. No sabía que disfrutabas el teatro».

Como todavía podía sentir la tensión y la animosidad de Reginald bajo la presión de su palma, se encontró bastante impresionada con su capacidad para sonar casi amigable. Incluso con su propia experiencia en desempeñar el papel que había elegido para la sociedad, luchó por volver una mirada neutral hacia Cross cuando él se acercó a ellos, con tres hombres mucho más jóvenes acercándose detrás de él como un grupo de patitos.

Alguna vez pensó que la sonrisa del hombre era encantadora y su tono fragante, divertido. Ahora, conociendo la enfermedad en su ser, todo en él la irritaba. Había hecho todo lo posible por evitar cualquier interacción directa con él después de que logró salir de Kinley Park. No porque él la asustara de ninguna manera, sino porque le preocupaba no poder ocultar la profundidad de su odio hacia ese hombre.

Ahora, fue Reginald quien puso una mano tranquilizadora en la parte baja de su espalda, recordándole la farsa.

«Qué elección tan interesante como compañera, Vane», bromeó Cross mientras metía la mano en el bolsillo del pecho de su chaleco y sacaba un objeto familiar. Pasando el pulgar de un lado a otro sobre la tecla, asintió con la cabeza y sonrió. «Eres más valiente de lo que pensaba».

Cecily hizo todo lo posible por no revelar el agudo arco de tensión que la recorría, mientras Reginald respondía con una carcajada. Cualquiera que lo oyera pensaría que Cross acababa de decir algo infinitamente divertido, aunque Cecily detectó el fino hilo de odio tejido en su riqueza.

«La buena suerte no requiere valentía, mi buen hombre», respondió Reginald con una sonrisa antes de mirar acaloradamente a Cecily. «Doy gracias a las estrellas todas las noches porque de alguna manera logré ganarme la mirada de una mujer de tan invaluable discernimiento. Solo espero poder seguir demostrando que soy digno de semejante regalo».

Cecily sintió el sonrojo que a menudo le inspiraban sus elogios calentando sus mejillas, pero no hizo nada para ocultarlo, agregando una sonrisa tímida por si acaso.

El destello de agradecimiento en los ojos de Reginald solo la calentó aún más.

Luego, sin siquiera mirar a Cross, Reginald dijo abruptamente, «si nos disculpas, tenemos un palco *privado* esperando nuestro *placer*».

Luego pasó su brazo alrededor de su cintura y la alejó con bastante gracia de Cross y su extraño trío de secuaces, zigzagueando entre la multitud hasta que el hombre no fue más que un feo recuerdo detrás de ellos.

Incluso entonces, la mantuvo indecentemente pegada a su costado, con la mano en la curva de su cadera opuesta.

Era una posición íntima. Una posición casi absolutamente escandalosa.

Pero claro, llevan un tiempo al borde del escándalo.

Y Cecily tenía una razón personal para estar agradecida por su fuerza constante y su apoyo silencioso.

En los años transcurridos desde que había depositado tontamente su confianza en un hombre tan absolutamente indigno, había evitado cuidadosamente cualquier contacto directo con él, manteniendo sus interacciones en breves miradas a través de habitaciones abarrotadas. Sin duda, no se habían hablado.

Y ahora que se había enfrentado cara a cara con Cross, esperaba no tener que volver a hacerlo nunca más.

Se sentía como si la gasolina tóxica del hombre cubriera su piel.

«¿Estás bien?», la voz de Reginald deshizo lo último de su tensión.

Cecily resopló. «Aparte de sentir una necesidad desesperada de bañarme, estoy bien».

«Sería un absoluto placer para mí ayudarte en esa tarea», respondió en un crudo murmullo.

Una sensación completamente diferente bailó sobre sus nervios, encendiendo sentimientos que estaban a un mundo de distancia de su anterior disgusto. De alguna manera, logró pronunciar una palabra de advertencia en voz baja, «Reginald».

Sin pretender el uso íntimo de su nombre de pila, ella estaba secretamente agradecida por el desliz cuando él bajó la voz a ese tono de dormitorio, «prometí ser muy dedicado».

Cecily fijó su mirada en él. «No tengo ninguna duda de eso».

El deseo estalló en su mirada, obligándola a desviar la suya, aunque su evasión inspiró un breve gruñido de decepción por parte de su compañero.

Capítulo Veinticinco

El palco del vizconde Withersfield estaba lujosamente decorado con una vista perfecta del escenario y, lo que es más importante, del público, que es donde a menudo se desarrollaba el verdadero drama de la velada. Aunque algunos asistentes eran verdaderos conocedores del teatro y venían para ver una actuación profesional, la mayoría del resto venían a ver y ser vistos por sus compañeros. Los palcos privados brindaban la mejor oportunidad para ver a los reunidos en el piso común de abajo, manteniendo cierta ocultación para no ser observados a cambio.

Reginald escoltó a Cecily hasta un lugar en la segunda de tres filas. Aunque la primera fila proporcionaría la mejor vista del escenario y la audiencia, la fila detrás estaba un poco en la sombra, lo que permitía más privacidad. No estaba segura de si debería estar agradecida de que él pensara en colocarlos más allá de la vista de espectadores curiosos... o interesados.

La sugerente conversación que acababan de tener no era la primera. De alguna manera, sin importar el tema, siempre terminaban hablando insinuaciones, incluso cuando estaban solo ellos dos y eran completamente innecesarias. El hombre era un coqueto hábil y seductor. Parecía saber cuánta maldad poner en su sonrisa, cómo bajar la voz hasta un tono perfectamente evocador, cómo mirarla con esos ojos escrutadores.

Cada encuentro había desencadenado nuevos puntos de anhelo dentro de ella hasta que se convirtió en un tembloroso lío de anhelo sensual, anticipación aguda y deseo fundido, todo encerrado en una cáscara dura. Un caparazón debilitado por miles de finas fisuras que se expandían con cada caricia que tan descuidadamente le otorgaba. Temía que no pasaría mucho tiempo antes de que su voluntad se rompiera y se hiciera añicos por completo.

El hombre había amenazado una vez con seducirla en verdad.

Si él descubría que casi había logrado exactamente eso sin siquiera intentarlo, ella moriría por la humillación. Ni siquiera quería pensar en el día en que tendría que declararse enamorada sabiendo muy bien que terminaría en el rechazo público. Pero esa humillación sería provocada

por ella misma, un paso importante hacia el digno objetivo de cerrar finalmente el capítulo de su vida arruinado por Cross. El mundo podría verla avergonzada, pero ella sabría la verdad y eso sería suficiente.

La vergüenza de caer en la seducción de Vane en realidad sería solo su vergüenza.

Después de su experiencia con Cross, se había prometido a sí misma que nunca más volvería a ser víctima de los mismos juegos engañosos. Nunca volvería a confiar en el cariño de un hombre como honesto y puro. Y desde entonces, sus creencias no habían hecho más que fortalecerse al presenciar con qué facilidad y frecuencia los supuestos caballeros utilizaban y descartaban a las mujeres para sus propios placeres egoístas.

Pero después de todo el tiempo que había pasado con Vane, ya no podía verlo ni remotamente similar a esos canallas. Mientras que ellos eran insensibles y egoístas, él era considerado y respetuoso. Sus burlas eran a menudo perversas y demasiado atrevidas, pero ella sabía que él nunca haría nada que la hiciera sentir como si no tuviera plena capacidad de acción.

De hecho, su atención, confianza y elogios implacables la hacían sentir, más que nada, empoderada.

Especialmente cuando su cálida mano recorría su columna mientras sostenía la silla para que ella se sentara.

Y cuando acercó su propia silla a ella mientras las luces del teatro bajaban y comenzaba la actuación.

Y cuando su mente se distraía continuamente de las acciones y palabras en el escenario y se olvidaba por completo de aquellos en el público que podrían estar mirándolos porque parecía que no podía dejar de pensar en lo hermoso que se veía su perfil en la penumbra. O lo finos y fuertes que eran sus dedos extendidos sobre sus musculosos muslos. O cómo su aroma, una mezcla de algo que le hacía pensar en acogedores fuegos invernales y vino rojo intenso, le calentaba la sangre con cada inhalación. O cómo su sonrisa le retorció el vientre y sus breves y parpadeantes miradas le derretían los huesos.

Y más especialmente cuando esas rápidas miradas se detenían en su boca.

Sus labios hormiguearían con el recuerdo de su boca moviéndose sobre la de ella, los movimientos sensuales de su lengua, el sabor de su deseo fluyendo a través de ella. Le dolería el cuerpo por el deseo de volver a experimentar eso. Entregarse a él hasta el punto de que nada más importara.

Pero, a pesar de su constante coqueteo y sus caricias robadas, no la había besado desde aquella noche en el club de Bishop. Ni siquiera lo había intentado.

Y no podía negar la punzada de decepción que sentía cada vez que reconocía ese hecho.

Por supuesto, ella estaría pensando en su beso cuando inesperadamente él desvió su atención del escenario hacia ella. Su expresión era relajada, aunque ligeramente pensativa, hasta que pareció darse cuenta de que mientras él observaba la actuación, ella lo había estado mirando fijamente.

Sus labios se curvaron y un brillo libertino apareció en su mirada, cortando la respiración de Cecily.

Demasiado encantador. Demasiado guapo. Demasiado tentador.

Intentó fruncir el ceño y mirar hacia otro lado. Falló, apenas logrando un movimiento de cejas mientras él se inclinaba lentamente hacia ella. No necesitaba susurrar tan bajo ya que no había nadie lo suficientemente cerca como para escucharlos, pero el tenor suave de su voz fluía entre ellos como un secreto íntimo.

«¿Estás disfrutando la obra?», preguntó él.

«Es encantadora», respondió ella rápidamente, esperando que él se recostara nuevamente antes de que sus sentidos se rebelaran por completo y el duro caparazón se abriera bajo la presión.

Él se rió entre dientes, con un sonido cálido y rico que recorrió su hormigueante vientre. «Es una tragedia».

«La tragedia a menudo puede ser encantadora», respondió, esforzándose por no respirar demasiado profundamente.

Sus dientes brillaron en una sonrisa devastadora. «Eso *pensarías* tú».

«Y aun así *eres* tú quien sonríe como un tonto».

Su sonrisa se suavizó sensualmente. «Porque, querida niña, puedo darme cuenta cuando estás mintiendo. Ni siquiera has estado viendo la actuación, ¿verdad?».

Ella resopló y se removió incómoda en su silla. «Por supuesto que sí».

Él se rió antes de bajar la voz a un susurro. «Creo que... has estado imaginando cómo sería compartir un baño».

Ella respiró hondo y abrió mucho los ojos involuntariamente. No lo había hecho, pero ahora lo hacía.

«Eso es todo en lo que yo puedo pensar», admitió con voz ronca, el azul de sus ojos parpadeando. «No puedo sacarme ese pensamiento de la cabeza».

Cecily abrió los labios con la intención de impedir que dijera algo más, pero las palabras no salieron. Todo lo que salió fue un suspiro pesado mientras su mirada permanecía fija en la de él.

«Prácticamente puedo sentir la seda de tu piel bajo mis manos». Su voz se volvió áspera. «Aliviaría la tensión en tus músculos, probaría el peso de tus hermosos senos y deslizaría mis dedos entre tus muslos. Seguiría cada gota de agua con mi lengua mientras rodaran por las curvas y huecos de tu cuerpo».

Su respiración se quedó atrapada en un sonido áspero que era mitad jadeo, mitad sollozo.

Porque podía sentir sus palabras mágicas como si estuvieran sucediendo. Experimentó la calidez y la fuerza de sus manos deslizándose por el hueco de su columna y sus piernas... el cálido deslizamiento de su lengua acariciando su vientre y sus muslos... la habilidad de sus dedos provocando sus pechos y reclamando la sedosa humedad de su sexo.

«¿Puedes sentirlo?», susurró, su voz oscura y entrecortada. «El placer de mis manos sobre tu cuerpo».

¿Cómo lo supo?

«Detente». La palabra requirió toda su voluntad para pronunciarla y tuvo un sonido desesperado. Porque ella no quería que él lo hiciera. No precisamente. Pero ella temía lo que podría pasar si él no lo hacía. «Esta charla no te servirá de nada. Solo te avergüenzas a ti mismo».

Aunque gimió por lo bajo, hizo lo que ella le dijo. Recostándose en su silla, cambió de posición, estirando las piernas y tirando de sus pantalones mientras volvía su atención al escenario.

Al darse cuenta de la causa de su malestar, Cecily se mordió el labio inferior mientras otra ola de calor deseoso inundaba su sistema, instalándose pesadamente en su centro, que ya palpitaba y dolía.

Luchó por aliviar la tensión que la reclamaba de pies a cabeza, pero cada mirada al hombre a su lado provocaba otra lluvia de chispas en sus nervios, aumentando la lujuria que luchaba por negar. Cuando finalmente él volvió a mirarla, con los ojos todavía brillantes de

deseo y una sonrisa impenitente extendiéndose por sus labios, ella apretó los dientes.

«¿Te complace atormentarme?», preguntó con voz ronca.

Sus párpados bajaron. «¿Te he atormentado?».

El sonido que hizo fue casi salvaje.

Él se rió y volvió a cambiar de posición. «Lo lamento. No te disgustaré más con mis... reflexiones lujuriosas».

Él la había entendido mal. Ella no estaba en lo más mínimo disgustada. Pero decidió no corregirlo.

Luego añadió en un áspero murmullo. «Solo quería atormentarme a mí mismo».

«¿Por qué?».

Frunció el ceño y luego arqueó una ceja. «¿Mmm?».

«¿Por qué buscarías causarte tal... malestar?», preguntó ella con una mirada fija hacia su regazo. Gracias a Dios estaba lo suficientemente oscuro como para que no pudiera distinguir completamente la evidencia de su estado actual.

Aunque ciertamente podía imaginarlo.

Hubo una pausa y parecía que no iba a responder. Luego la comisura de su boca se alzó en una curva irónica. «La negación a menudo puede intensificar la recompensa final. Esforzarse hasta el límite aumenta la anticipación y pone a prueba la resistencia. Cuando finalmente se alcanza la meta, todo es mucho más dulce». Luego se rió bruscamente. «Por supuesto, uno debe ganarse la recompensa para que eso sea verdaderamente efectivo».

«¿No esperas una recompensa en este caso?».

«No lo hago», respondió con firmeza, volviendo la mirada hacia el escenario, aunque su mirada permaneció desenfocada. «Lo único que me satisfaría serías tú en mi cama. Y sé lo que piensas de mí».

Hubo otra larga pausa mientras Cecily luchaba con la tensión que aún recorría todo su cuerpo. Sus nervios todavía vibraban con una lujuria aguda e insatisfecha. Su vientre se agitó locamente y su piel hormigueó. Se sentía como si fuera ella la que se balanceaba al borde mismo de la recompensa. Todo lo que tenía que hacer era inclinarse hacia adelante.

O caería en su ruina... o volaría.

El pensamiento le recordó las palabras de su abuela de esa misma noche. *No evites las alturas por miedo a caer, niña. Esfuérzate por alcanzarlas para que sepas lo que es volar.*

Respirando profundamente, llenó sus pulmones de valor y se dio cuenta de que la desconfianza que tantas veces apretaba como un tornillo alrededor de su pecho simplemente no estaba presente.

Reginald no era como Cross. Lo sabía intrínseca e instintivamente.

Pero eso no significaba que no pudiera lastimarla. De hecho, estaba empezando a sospechar que él tenía muchas más posibilidades de romper los últimos vestigios de la fuerza a la que se había aferrado durante tanto tiempo que cualquier otra persona en la existencia.

Y sin embargo... ella lo deseaba de todos modos. Con un fuego y una profundidad que no había imaginado que fuera posible.

Al soltar el aliento con una exhalación lenta, recordó lo que le había dicho a Margot la noche en que Reginald Vane entró en su vida por primera vez.

No hay recompensa por tener cuidado.

Cecily pensó que se debía a un poco de imprudencia.

«No sabes nada».

Aunque sus palabras fueron un crudo susurro, lograron llamar la atención de Reginald.

Los ojos azules se dirigieron hacia los de ella en la oscuridad. Él la miró fijamente, duramente, pero no dijo nada. Y la tensión que crecía dentro de ella de repente pareció arremolinar en el espacio entre ellos, envolviéndolos a ambos en una vorágine de deseo, negación y desesperación.

«¿Estás diciendo que quizá ya no me odias tanto como antes?», preguntó.

«Estoy diciendo... que me gustaría irme», señaló, con voz tranquila pero fuerte. «Pero no tengo ningún deseo de volver a casa».

Había un sutil destello de pregunta en sus ojos... de esperanza. Luego tensó la mandíbula. Y luego una sonrisa lenta, suave, seductora.

El cuerpo de Cecily latía con anticipación.

«Se me ocurre un lugar», respondió él.

Capítulo Veintiséis

Su corazón latía con tanta fuerza que estaba seguro de que todo el teatro debía poder oírlo.

Su intención estaba clara en sus ojos. Podía ver su deseo; prácticamente lo respiraba con cada inhalación, era tan potente. Y pudo ver su determinación.

La mujer había tomado una decisión. No había ninguna duda sobre las implicaciones de sus palabras.

Sin embargo, incluso cuando él se puso de pie y ella deslizó su mano en la de él, una aguda duda se alojó en el fondo de su mente. Mientras su calidez y el embriagador aroma a vainilla, jengibre y especias se arremolinaban bajo su nariz, se obligó a preguntar, «¿estás segura?».

Ella inclinó la cabeza para mirarlo. El gris de sus ojos era oscuro y ensombrecido. Misterioso y cauteloso. Pero la comisura de sus labios se curvó con diversión. «¿Esperas hacerme cambiar de opinión?».

«Diablos, no», respondió con brusquedad.

«Entonces, vámonos».

Él y Cecily salieron del teatro rápidamente y en silencio. Un aire de anticipación pesaba a su alrededor. Una vez afuera, Reginald envió el carruaje de ella a casa y luego le hizo una señal a su conductor que estaba esperando más adelante en la calle. Cuando su vehículo se detuvo frente al teatro, no se molestó en esperar ayuda antes de abrir la puerta, colocar los escalones y subir.

Reginald sonrió. La dama no iba a ser desalentada.

La anticipación sexual lo recorrió como una ola, tensándole el vientre y debilitando sus rodillas.

Había imaginado este momento tantas veces durante los últimos días o más. Pero nunca había esperado que se hiciera realidad. Pensó que la imposibilidad de hacerlo contribuía al calor y el erotismo de sus muchas reflexiones sobre su mujer. Pero después de sentarse en el asiento frente a ella, se dio cuenta de que se había equivocado.

Porque incluso ahora, mientras imaginaba todo lo que quería hacerle, la intensidad no flaqueaba. Solo crecía en fuerza y desesperación. Cada momento de negación que había soportado desde que la vio por primera vez en el abarrotado salón de baile lo había llevado a un punto álgido de deseo y necesidad.

Cuando aceptó esta farsa, sabía lo que implicaría. Flirteo. Seducción. Sabía que tendría que convencer a Cross y al resto de la alta sociedad de que había logrado que la dama más astuta de la ciudad se enamorara perdidamente de él.

Había sospechado que sería un desafío. No el coqueteo o la seducción. Esas cosas le resultaban fáciles. Temía que la dificultad sería evitar que la decepción pareciera demasiado real.

En eso, definitivamente había fracasado.

La mujer había llegado a él. Profundamente. Intrínsecamente.

La deseaba como nunca había deseado a nadie. Pero era mucho más que eso. El alcance total de sus sentimientos por ella solo podía explicarse con palabras que nunca había usado antes y que nunca había querido usar. Así que simplemente no lo intentó.

Mientras el carruaje avanzaba por las calles de Londres, él se empapó de verla. Tan hermosa y tentadora vestida de rojo escarlata, su cabello con un brillo dorado en la oscuridad, sus

ojos insondables, la columna desnuda de su cuello y la pendiente de sus hombros un atractivo sedoso que hizo que sus manos se movieran y dolieran por tocarla, y reconoció el zumbido de triunfo que impregnaba todo su ser.

Cuando ella inclinó la cabeza con un sutil levantamiento de la barbilla y bajó los párpados para proteger su mirada, una punzada de intenso anhelo apuñaló profundamente su núcleo.

«Estás mirando fijamente».

Él se rió entre dientes, necesitando desesperadamente aligerar la atmósfera. «Lo sé».

Cambió de posición y la seda de su vestido crujió suavemente. «Es... inquietante».

«¿En el buen o en el mal sentido?», preguntó él.

Hubo una pausa y luego su respuesta llegó en un susurro sin aliento. «De una manera aterradora... pero desesperada».

Su respuesta provocó otra descarga de calor a través de su torrente sanguíneo.

Aterradora y desesperada.

Él sabía a qué se refería. Nunca había anhelado ni temido nada tanto como lo que estaba por venir. Había pensado tantas veces en hacerle el amor. Lo había imaginado, soñado, acariciado y fantaseado, que la posibilidad de que se convirtiera en realidad ahora era prácticamente inconcebible.

Para cuando el carruaje se detuvo suavemente frente a su casa de soltero, Reginald había entrado en un estado de hambre sexual aguda. Su cuerpo vibró con eso. Le dolían los músculos, tenía el estómago apretado y su pene se había endurecido hasta el punto de causar dolor. Sin embargo, se obligó a mostrar una actitud tranquila y paciente.

Él fue el primero en bajar del vehículo y luego le ofreció la mano para ayudarla.

Sus dedos enguantados se deslizaron sensualmente sobre su palma antes de tomarla con firmeza. Una vez parada a su lado, miró hacia la puerta principal de su casa en lugar de mirarlo a él.

Cuando él tomó aire, preparándose para preguntarle nuevamente si estaba segura, ella soltó su mano y caminó hacia la puerta, con gracia y propósito evidentes en cada paso.

Él le sonrió a su espalda y la siguió.

Después de abrir la puerta, su mayordomo hizo una reverencia y retrocedió silenciosamente hacia las sombras.

«Por aquí», murmuró Reginald, haciéndole un gesto para que lo llevara al pequeño y acogedor salón que normalmente solo usaba cuando su madre venía de visita.

No estaba seguro exactamente de por qué no la llevó directamente a su dormitorio.

Quizá simplemente no quería apresurar las cosas. Quizá no quería que esto se pareciera en nada a sus experiencias anteriores.

El salón estaba a oscuras, así que se tomó un momento para encender una de las lámparas y luego se agachó frente a la chimenea para encender el fuego. Mientras realizaba la tarea, la sintió moverse por la habitación. Primero hacia la ventana, luego hacia la mesa de ajedrez en la esquina y luego hacia el pequeño sofá inclinado hacia el fuego. Allí se detuvo, de pie detrás de los muebles, con las manos apoyadas en el respaldo curvo.

Reginald deslizó una mirada ardiente hacia ella y su aliento se enredó en su pecho.

Parecía muy orgullosa. Su barbilla firme y fuerte, sus hombros cuadrados y su atención fija en él. Estaba decidida. Ese hecho estaba completamente claro. Aunque las pestañas bajas protegían gran parte de su mirada, una convicción silenciosa llenó sus ojos. Convicción y deseo feroz y ardiente.

Con el fuego cada vez más fuerte en el corazón, se levantó de su posición en cuclillas. Cuando él se volvió hacia ella, ella se tensó visiblemente y sus dedos se curvaron con más fuerza sobre el borde del sofá.

Su propia lujuria apenas podía controlarla, pero la obligó a controlarse.

Estudió a la mujer que le devolvía la mirada con tanta audacia. Puede que haya decidido reconocer y satisfacer el deseo que se había ido acumulando durante los últimos días, pero todavía estaba reprimiendo muchas cosas.

La verdad de eso cayó en su estómago como un peso de plomo.

De repente tuvo una idea muy clara de cómo ella pretendía que fuera esa noche.

Esperaba ir a su cama, entregarse a la pasión que ardía tan intensamente entre ellos, mitigar el hambre que los había estado carcomiendo a ambos. Ella le daría sus besos y sus jadeantes gemidos de placer y su exuberante cuerpo.

Pero nada más.

Ella ya se había escondido detrás de la pared, completamente reforzada a pesar de las muchas grietas y astillas que él parecía haber formado recientemente.

Había decidido compartir su pasión. Pero el resto de ella seguía estando lejos de su alcance.

Decepción mezclada con una extraña ira frustrada. Principalmente dirigida a sí mismo. Nunca había querido más. Una rendición a la pasión física siempre había sido suficiente.

Las conexiones emocionales estaban sobrevaloradas. No deseadas. Inútiles.

Respirando profundamente, se obligó a sonreír y extendió la mano.

«Ven aquí».

Ella dudó. Sus labios se apretaron y su mirada cayó hasta su mano, sin guantes, con la palma hacia arriba y abierta.

Pero entonces ella se acercó. Rodeó lentamente el sofá y se acercó a él. Ella no deslizó su mano entre la de él, pero no se detuvo hasta que estuvo apenas a un pie de distancia. Luego echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos.

A primera vista, su mirada parecía firme como una piedra, pero luego vio la tormenta creciendo en sus profundidades. Un remolino silencioso.

Se lamió los labios y respiró hondo. «No hay necesidad de falsas promesas», dijo en voz baja pero firme. «No hay necesidad de convencerme de que esto es más de lo que es. Prefiero evitar garantías tan desperdiciadas».

El pecho de Reginald se comprimió con una emoción que no podía nombrar y sintió la más ridícula necesidad de discutir con ella, pero no formó palabras.

Apretando los dientes ante la incomodidad en su interior, alcanzó su mano. Aunque se puso rígida, no se apartó. Se aseguró de mantener su toque ligero mientras acunaba su mano entre las suyas y le pasaba el pulgar por los nudillos. Los guantes que llevaba eran de satén suave, ligeros y se adaptaban perfectamente a sus dedos, mano y muñeca, hasta más allá del codo. Pero eran una barrera no deseada entre su piel y la de ella.

«No haré promesas falsas ni daré garantías inútiles», dijo en un áspero murmullo. «No porque me hayas pedido que no lo haga, sino porque es algo que nunca haría». Al girarle la mano entre las suyas, dejó al descubierto la hilera de pequeños botones que cruzaban su muñeca. Presionando su pulgar contra su palma, usó su otra mano para comenzar a soltar los botones. «Sé que no das tu confianza fácilmente. Y sé por qué». Él levantó la mirada para encontrarse con la de ella y notó sus labios entreabiertos y el leve pánico en sus ojos que luchaban con un deseo brillantemente chispeante. «Mi único deseo es brindarte placer. Para satisfacer ese deseo sensual

que araña tu interior. El mío. Para liberarlo. Deleitarnos en ello».

Ella hizo un sonido suave, casi ahogado, en el fondo de su garganta y sus pestañas cayeron sobre su mirada por un momento antes de obligarse a mirarlo a los ojos.

Él sonrió.

Tanto valor. Tanto orgullo. Tanta pasión.

Después de aflojarse el guante, tiró de las yemas de los dedos uno por uno y luego lentamente se los quitó de la mano. Los únicos sonidos en la habitación eran el suave crepitar del fuego, el deslizamiento del satén sobre la delicada piel y el rápido y superficial paso de su respiración.

Arrojó el guante al sofá, se llevó la mano desnuda de ella a la boca y le dio un beso ligero como una pluma en cada dedo antes de colocar el último en el centro de su palma.

Se quedó sin aliento y bajó los párpados.

La atención de Reginald recayó en sus labios entreabiertos, rosados, carnosos y relucientes con el reciente paso de su lengua.

«Te daré todo lo que tengo», murmuró, con la voz áspera por el deseo, «pero esperaré algo a cambio».

Sus ojos se abrieron de golpe y, aunque él todavía sostenía su mano entre la suya, sus dedos se curvaron contra su palma.

«¿Te acuerdas?», preguntó él.

Ella se lamió los labios de nuevo y él casi gimió al ver su lengua recorriendo la sensual curva inferior. Una sombra parpadeó en sus ojos.

«Abandono total», susurró, con un inesperado toque de tristeza en su tono. «Rendición total».

Él asintió, deslizando su pulgar hacia atrás debajo de sus dedos curvados para presionar una vez más en el hueco de su palma. Hubo cierta resistencia, pero solo al principio. Luego, bajó la barbilla y pareció estudiar la mano mucho más grande que sostenía la suya.

Después de un momento, exhaló un largo suspiro y miró hacia arriba de nuevo. Había una inclinación triste en sus labios. «Quizá no sea posible».

Reginald sonrió seductoramente. «Pero valdrá la pena el esfuerzo».

Ella inclinó la barbilla y arqueó la ceja. «Tienes mucha confianza». Su voz estaba teñida de escepticismo burlón.

Lo vio tal como era; un intento de distraer la atención de su incertidumbre.

Al ver su mirada cautelosa, Reginald vislumbró fugazmente todo lo que ella mantenía oculto al mundo. Su corazón se detuvo con un doloroso giro y luego comenzó de nuevo con una sacudida. La sangre que corría por sus venas estaba alimentada por algo más que la lujuria común. Era una antigua necesidad primordial. Una fuerza inexplicable. Elemental y pura.

Avanzando hacia ella, presionó su palma contra su pecho. Luego deslizó su mano a lo largo de la suave longitud de su brazo antes de deslizar las yemas de sus dedos a lo largo de su clavícula. Sosteniendo su mirada, le pasó los nudillos por el costado de la garganta y los apoyó suavemente debajo de su barbilla para impulsar su cabeza hacia atrás hasta que sus labios se acercaron a los de ella.

En un susurro pesado, aseguró, «mi querida niña, tengo muy buenas razones para lograrlo».

Capítulo Veintisiete

Algo cambió en él.

Cecily lo sintió como una ráfaga de calor proveniente de un corazón rugiente. Como la energía que llena el aire cuando cae un rayo. Se le cortó el aliento. Escalofríos recorrieron cada centímetro de su piel. Su vientre revoloteaba con un delicioso anhelo mezclado con miedo.

Debería sentirse desconcertada. Inquieta. Pero ella solo sentía alivio. Quizá... si pudiera decidirse a poner su seguridad, pasión y cuerpo en sus manos, entonces no tendría que pensar en por qué estaba haciendo esto. No tendría que preocuparse ni preguntarse si estaba cometiendo un error. No tendría que luchar para preservar su posición.

¿Y exactamente qué posición luchaba tan duro por preservar?

¿Una que la mantuviera apartada, distante, *intocable*?

Mientras miraba las profundidades heladas de sus ojos azules, decidió que, de todos modos, todo era inútil.

Ella *quería* que él la tocara.

¿Pero podría darle lo que quería? La idea de entregarse era un opuesto directo a todo lo que había luchado tan duro para convencerse de que era verdad.

Cecily había sido una vez una romántica ridículamente sentimental. Había creído en la fantasía del amor verdadero y la felicidad para siempre. Había dedicado horas de su juventud a soñar despierta con un caballero en un corcel blanco jurando devoción caballeresca y amor eterno. Las visiones de un hombre que la colmaría de besos, dulces susurros y promesas de felicidad eterna la ayudaban a dormir cada noche. Todo lo que quería era ese hombre diseñado perfectamente para ella que la amaría, la protegería y le daría la familia y el futuro que anhelaba.

Hasta el momento en que descubrió lo engañoso y destructivo que podía ser el amor. Y que no podía confiar en nadie para protegerla excepto en ella misma.

En verdad, ella siempre debería haberlo sabido. ¿No insistieron el destino y la historia en aplastar los corazones y los sueños de cada mujer de su linaje familiar? Su madre, la madre de Margot, su abuela...

El amor significaba muerte.

El amor significaba una devastación total.

Tal vez la lujuria fuera más segura.

La lujuria no pretendía ser una cosa cuando en realidad era otra. La lujuria se basaba en lo físico más que en lo emocional. La lujuria podía contenerse, dirigirse y satisfacerse. Podría estar saciada y utilizada.

Las únicas repercusiones verdaderas eran las impuestas por la sociedad. Y Cecily ya había aceptado las consecuencias de su virtud perdida. ¿Y de qué servía algo así cuando ya no podía concebir un futuro con un marido cariñoso y un hogar propio?

¿Por qué diablos no entregarse a la feroz pasión consumidora que amenazaba con apoderarse de todo su ser?

¿Por qué no sumergirse en los brazos de este hombre y aceptar cada momento de placer y sensación sin sentido que le ofrecía?

Antes de que pudiera arriesgarse a pensar más en ello, Cecily se puso de puntillas, deslizó su mano alrededor de su nuca y acercó su boca a la de ella.

No esperaba el beso. Eso quedó claro cuando dio un gruñido bajo que inmediatamente se

convirtió en un gemido gutural. Manteniendo su boca cautiva con la de ella, deslizó sus manos debajo de los bordes abiertos de su abrigo, empujándolo por sus hombros y bajando por sus brazos para arrojarlo hacia un lado. Lo siguiente fue su chaleco y luego ella se puso a trabajar aflojándole la corbata y abriendo su camisa. Pero antes de que pudiera continuar, él hizo un sonido áspero y la rodeó con sus brazos, abrazándola fuerte contra él mientras inclinaba la cabeza y profundizaba el beso.

Ella abrió la boca para recibir el movimiento de su lengua aterciopelada. Su suave gemido se mezcló con su aliento.

Su deseo estaba llegando a un punto álgido. Rápido y furioso. Y en lugar de traer algún socorro, el beso solo avivó las llamas. Días de coqueteo, de toques demasiado breves, su conversación en el teatro, su repentina y desesperada necesidad de reclamar el placer que él prometía... todo era demasiado fuerte para luchar.

Y, por ahora, Cecily había terminado de luchar.

A pesar de lo profundamente conmovedor que fue su beso, no era suficiente. ¿Era este el tormento placentero que había mencionado?

Ella se frustró y empujó sus hombros, obligándolos a ambos a girar en su lugar. Él se mostró reacio a dejarla ir. El sonido que se deslizó de su garganta fue evidencia de eso, pero tan pronto como él soltó sus brazos alrededor de su cuerpo, ella se aprovechó. Plantó las palmas de las manos en la superficie dura y musculosa de su amplio pecho y le dio un fuerte empujón.

La parte posterior de sus piernas golpeó el borde del sofá y se dejó caer en el asiento acolchado con un gruñido bajo. Antes de que pudiera tomar aire o incluso intentar levantarse de nuevo, Cecily tomó sus faldas, dio un paso hacia él y levantó una rodilla para apoyarla firmemente sobre su fuerte muslo, manteniéndolo en su lugar.

La seda escarlata de su vestido cubría sus rodillas abiertas y sus pechos se levantaban contra su ajustado corpiño con cada respiración mientras el hombre dejaba caer la cabeza hacia atrás y la miraba de pie sobre él.

No estaba segura de cómo respondería él a su repentina agresión, pero debería haber sabido que eso no le molestaría. Parecía que nada le molestaba. De hecho, a juzgar por el brillo de sus ojos y la sensual curva de sus labios, era innegable que estaba complacido por su contundente maniobra.

Sosteniendo su mirada, deslizó su mano por su muslo, debajo de la caída de sus faldas, más allá del borde de su media de seda sujeta por una liga con cintas, hasta que tocó la curva completa de su trasero. Luego, con los dedos extendidos y una mirada intensa en los ojos, apretó, amasando suavemente su carne. «¿Y ahora qué, dulzura?», preguntó, su voz era un murmullo áspero.

Colocando su mano sobre su ancho y estable hombro, se inclinó hacia adelante hasta que sus labios se cernieron sobre los de él. Pero ella no lo besó.

A medida que su caricia se hizo más firme y sensaciones de hormigueo surgieron a través de ella como chispas en el viento, ella mostró una rápida sonrisa. «Ahora conoces lo que yo espero de ti».

Sin decir nada más que usando palabras, ella acercó su boca a la de él en un beso cálido y abierto. Su lengua se deslizó por sus labios, provocando un gemido ronco cuando él tomó su trasero con ambas manos y la acercó a su regazo, forzando sus rodillas alrededor de sus caderas hasta que ella se sentó a horcajadas sobre él.

Tener la fuerza sólida y el calor innegable de él reclinados debajo de ella era una experiencia embriagadora. Una oleada de poder la atravesó, infundiéndole a su lujuria algo más.

Ella quería devorarlo. Reclamar las partes más profundas y oscuras de él para que mucho después de esta noche, su esencia permaneciera... borrando la presencia de cualquiera que haya venido antes, negando la entrada a cualquiera que pudiera venir después.

Su beso fue exigente y posesivo.

Pero también lo eran sus manos. Fuertes. Amasaban la exuberancia de su trasero, sosteniéndola firmemente sobre su regazo mientras le permitía explorar su boca con atención voraz.

Finalmente, sin aliento e inflamada casi más allá de lo razonable, Cecily terminó el beso con un último movimiento de su lengua. Levantando la cabeza, se encontró con sus ojos brillantes.

«Entiendes que no soy una doncella inocente», murmuró con voz ronca.

Sus labios se curvaron en una sonrisa de infarto. «Yo tampoco».

Debería haber sabido que él tomaría a la ligera algo que la mayoría consideraría imperdonable.

Sus dedos presionaron firmemente su suave carne mientras arqueaba una ceja. «Nunca te avergonzaría por tu pasado».

«Serías asquerosamente hipócrita si lo hicieras», respondió ella mientras se apartaba un mechón de pelo de la sien.

Su risa fue profunda y cálida. «En efecto».

Haciendo caso omiso del urgente hormigueo en su vientre, Cecily lo miró fijamente a los ojos. «Estoy tratando de decirte que no hay necesidad de ir lento o ser innecesariamente gentil por miedo a lastimarme. No soy una cosa preciosa que se rompa fácilmente».

Su sonrisa se desvaneció mientras la miraba fijamente, sin decir nada durante un tiempo inquietantemente largo. El tiempo suficiente para que ella se sintiera nerviosa e insegura. Debería haber estado agradecido por no tener que preocuparse por cuidar indebidamente sus sensibilidades, pero en cambio, parecía como si estuviera... decepcionado.

Pero luego sonrió. La curva de sus labios mostraba una expresión lenta, sensual y perversa de anticipación. «Te daré lo que quieras, dulzura», murmuró con voz ronca. «Ahora, vuelve a poner tu boca en la mía».

El corazón de Cecily dio un vuelco y la sangre se le aceleró.

Inclinándose, se presionó contra él desde los pechos hasta el vientre y lo besó con la ferocidad de la que no se había creído capaz.

¡Pero se sintió tan bien!

El calor y el sabor de su boca. El casi frenético enredo de lenguas y aplastamiento de labios. La forma en que agarró la curva completa de su trasero, acercándola. Íntimamente. Hasta que su núcleo presionó ardientemente su erección, dura y espesa entre ellos.

Luego inclinó su pelvis, tirando de ella a lo largo de su longitud desde la base hasta la punta redondeada.

Cecily gimió, un sonido gutural profundo, mientras la sensación bailaba sobre sus nervios, enviando ondas de delicioso placer a través de su cuerpo. La maravillosa presión y fricción entre sus muslos la hizo romper el beso y arquear la columna. Sus ojos se cerraron y su cabeza cayó hacia atrás. Su cuerpo se volvió maleable bajo sus manos.

¿Es esto lo que él quería decir con rendición total?

De ser así, el cumplimiento podría ser mucho más fácil de lo que había previsto.

Él la movió de nuevo, aumentando la presión al levantar sus caderas por debajo de las de ella. Estaba perdida, por falta de aliento y cordura, deseando que no hubiera ropa entre ellos. Sin

pantalones ni enaguas que atenuaran la sensación de su pene deslizándose por su sexo dolorido.

Él claramente tenía el mismo pensamiento cuando sus manos dejaron su trasero para moverse con destreza y seguridad a lo largo de la fila de botones que corrían por su espalda. En cuestión de segundos, el corpiño se abrió. Bajando las mangas abullonadas, sujetó sus brazos a los costados y expuso la exuberante carne de la parte superior de sus senos, levantados y regordetes por su rígido corsé.

Soltando un gruñido de asombro mezclado con deseo, bajó la cabeza para acariciar su suavidad con su boca abierta y caliente. Su lengua dejó un rastro de fuego sobre su piel, encendiendo nuevas sensaciones que se arremolinaban en su vientre.

«Estoy desesperado por liberarte de este encierro», murmuró contra el costado de su cuello mientras deslizaba sus labios hasta su oreja. «Daría cualquier cosa por tenerte desnuda ahora mismo», susurró. «Tus muslos suaves apretando mis caderas, tu coño caliente contra mi pene, tus pezones dulces en mi lengua».

Sus descaradas palabras fueron un afrodisíaco, haciéndola palpar y hormigear. Haciéndola temblar.

Cuando él le mordió el lóbulo de la oreja con el borde de los dientes, ella se sobresaltó ante el intenso placer.

«Pero no quiero esperar más». Su voz era áspera y cruda. «Mi querida niña, necesito estar dentro de ti».

Cecily asintió antes de que él terminara de hablar. Se puso de rodillas y se quitó las faldas y las enaguas mientras él extendía la mano entre ellas para abrirse los pantalones. Ella vislumbró su miembro antes de que él se posicionara en su entrada.

Era más grande de lo que sospechaba. Largo y grueso. Pero muy hermoso.

Contuvo la respiración mientras su ancha cabeza empujaba su resbaladiza y dolorida carne. Tensándose, esperó a que él la penetrara y no se dio cuenta de que había cerrado los ojos hasta que él susurró con dureza, «mírame, Cecily».

Sus ojos se abrieron. Y su corazón dio un vuelco.

Era demasiado guapo, reclinado contra el respaldo del sofá. Demasiado sensual, fuerte y perfecta. Un maldito Adonis mítico.

Tan pronto como su mirada se encontró con la de él, una descarga de placer la recorrió y la hizo temblar. La intensidad de su mirada la atravesó hasta perforar su núcleo. Luego agarró sus caderas con sus grandes manos y con agonizante cuidado, la bajó a lo largo de su pene. Estaba resbaladiza e hinchada de deseo. Su aliento se quedó atrapado en un fuerte gemido mientras su cuerpo se estiraba para acomodarlo. Y aunque estuvo tentada de apartar la mirada o cerrar los ojos para protegerse de su mirada, él no lo permitió, no la soltó.

Agarrándose con fuerza a sus musculosos hombros, ella jadeó, sus ojos se abrieron cuando él la reclamó por completo. Llenándola de calor y dureza.

«¿Todo bien, dulzura?», preguntó en tono gutural.

Respirando profundamente, inclinó su pelvis sutilmente y probó, creando un breve momento de fricción en lo profundo de su interior. Los músculos de su mandíbula se tensaron y un sonido pesado recorrió su garganta.

«Dime que estás bien», murmuró sombríamente, «porque estoy a punto de explotar por lo perfecto que te sientes en este momento».

Ella volvió a girar las caderas, atormentándolos a ambos.

Sus ojos brillaron con fuego azul y extendió la mano para rodearle el costado de la garganta. Presionando sus dedos en su nuca y su pulgar debajo de su barbilla, la empujó hacia

adelante hasta que su boca estuvo a un suspiro de distancia de él. Sus labios se curvaron con provocación y picardía. Pero esta vez, cuando ella movió sus caderas, él también lo hizo, levantándose debajo de ella en un breve y poderoso empujón.

Cecily gimió ante el profundo y delicioso golpe de su pene dentro de ella.

«Dime», gruñó contra sus labios.

«No está todo bien», jadeó. «Me siento malditamente *fenomenal*».

Él se rió entre dientes. «Me gusta cómo suena eso». Luego giró las caderas y un gemido se deslizó desde su garganta. «Me gusta cómo suena eso aún más», murmuró antes de finalmente tomar su boca en el tipo de beso que necesitaba. Caliente, húmedo, exigente y erótico. Le rodeó la cintura con el brazo, le metió la lengua en la boca y la instó a moverse.

Ella lo hizo.

Inspirada por el hambre consumidora, casi maravillosa, en sus ojos y sus gemidos ásperos y guturales, ella se movió. Movimientos profundos y ondulantes de sus caderas seguidos de caricias más cortas y provocativas. Envalentonada por el agarre posesivo de sus dedos alrededor de sus muslos y su boca caliente moviéndose sobre la carne de los pechos, exploró las diferentes sensaciones que podía inspirar en su propio cuerpo.

Aunque odiaba pensar en su experiencia previa con esas cosas... no pudo evitar notar la extrema diferencia.

Para el mundo, lord Cross era encantador, cortés y elegante. Pero una vez que la había metido en su cama, solo le preocupaba una cosa. Su placer y su triunfo. Ella había sido un premio y nada más. Prueba de su destreza y habilidad en la seducción.

No seducción.

Manejo. Decepción. Traición.

«Cecily».

La voz firme de Reginald, teñida de lujuria y calor, irrumpió en sus pensamientos.

Su mano abandonó su muslo para sumergirse en la densidad de su cabello, obligándola a mirarlo.

Chispas plateadas bailaron en el azul de sus ojos. Creando facetas místicas que la cautivaron momentáneamente.

«Esto es tuyo», murmuró con brusquedad. «Todo para ti. Este momento. Este placer».

Su corazón palpitaba y se apretó con fuerza.

Ella entendió lo que estaba diciendo. Debió haber sentido su retirada momentánea cuando recordó su tiempo con Cross. Y sin duda, conocía la causa de ello.

Él estaba tratando de atraerla nuevamente. Empoderarla para que tomara el mando, para que ella misma creara esta experiencia. Usarla como un medio para aliviar los oscuros recuerdos de su pasado.

«No», respondió ella con firmeza. «Esto es *nuestro*». Un espesor obstruyó su garganta, forzando las siguientes palabras a salir de sus labios en un suave susurro. «No quiero hacer esto sola».

El sonido que hizo entonces fue primitivo cuando ella agarró su rostro con ambas manos y acercó su boca a la de él. Después de un beso feroz y saqueador que le robó todos los pensamientos de su cabeza, él se apartó lo suficiente como para rozar sus labios con los de ella en una suave caricia.

«No estás sola, dulzura. Estoy aquí contigo. En cada paso del camino. En cada respiro. En cada suspiro y gemido. A través de cada pulso de tu sangre y escalofríos de tu piel. Hasta que la última onda de placer haya desaparecido».

Luego la besó de nuevo. Su lengua se unió a la de ella como una promesa de inmortalidad. Su aliento la llenó de luz y magia. Y mientras él la besaba, ella soltó.

El pasado.

El futuro.

La preocupación, la duda y la desconfianza.

En el rincón más alejado de su mente, una voz le advirtió del peligro y gritaba que algunos riesgos eran demasiado grandes para ignorarlos.

Ella los ignoró de todos modos.

Entregándose al beso, se concentró en las caricias exuberantes y perversas de su pene dentro de ella y comenzó un ritmo tortuoso. Ella se hundió en la fuerza y calidez de sus brazos que la rodeaban, en sus manos acercándola, en sus muslos firmes debajo de ella. Se entregó a la intensidad de la sensación que se extendía desde su sexo a cada nervio de su cuerpo. Abrazó el instinto sensual de luchar hacia esa cima. El momento en el que todo lo demás dejó de existir.

Estaba consciente de que sus movimientos se volvían más frenéticos, su respiración más corta y más áspera, sus gemidos más profundos. El sudor se deslizó por el hueco de su columna. Sus muslos temblaron. Ella se estaba desmoronando. Un pánico comenzó a girar en el centro de su pecho.

Luego, el suave murmullo de su voz calentó su piel mientras deslizaba sus labios por su garganta.

«Estoy aquí», susurró. «Tu placer es mío, amor. Compártelo conmigo».

Su clímax la atravesó como una ola de luz brillante. Estiramiento y expansión. Extendiéndose hacia afuera incluso mientras barría cada rincón de su interior.

Arqueó la columna y dejó caer la cabeza hacia atrás, abriendo la boca en un grito silencioso mientras apretaba los muslos contra las caderas.

«Santo cada puto infierno», gimió él antes de que su boca sellara la suavidad de la parte superior de su pecho en un beso de succión. Su pene palpitaba y se sacudía dentro de ella. Su poderosa liberación extendía su propio placer.

Pareció que pasó una eternidad mientras permanecían quietos en los brazos del otro. Sus respiraciones luchaban y finalmente disminuyeron a un ritmo más uniforme. El sudor de sus esfuerzos se enfriaba suavemente sobre su piel. El embriagador y palpitante pulso de su placer consumía y finalmente se desvanecía.

Debilitada y completamente aturdida, Cecily solo ofreció un gemido ahogado cuando Reginald finalmente se movió debajo de ella. Su cálida risa vibró contra su pecho antes de inclinarse hacia un lado y jugar con el abrigo que ella había tirado a un lado antes. Cuando él sacó un pañuelo del bolsillo interior, ella bajó la mirada, pero él la atrapó con un suave empujón con los nudillos debajo de su barbilla, inclinando su rostro para recibir la presión de sus labios en su mejilla, luego en su nariz y finalmente, en sus labios hinchados.

Muy diferentes a los anteriores, los besos fueron suaves y tranquilos. Caricias susurrantes.

Luego, la mantuvo firme con un brazo alrededor de su cintura mientras levantaba las caderas. Sus músculos internos se tensaron en señal de protesta cuando él se retiró de su cuerpo y sus ojos se posaron ardientemente en los de ella. Pero no dijo nada mientras limpiaba los restos de su placer.

Levantándola un poco hacia atrás sobre sus muslos, se volvió a abrochar los pantalones y luego le rodeó la cintura con las manos firmemente mientras los ponía a ambos de pie. Sus piernas temblaron y se sacudieron debajo de ella, pero él la mantuvo firme.

Después de volver a colocar su corpiño suelto en su lugar, Cecily apoyó las manos en las curvas musculosas de sus bíceps y tuvo que hacer todo lo posible para no amasar la carne tensa mientras sacudía ligeramente la cabeza para aclarar sus pensamientos.

«Eso fue...», su voz se desvaneció porque ella no pudo encontrar una descripción adecuada.

«Solo el comienzo».

Una emoción la recorrió ante la áspera promesa de la voz de él y la intensidad de su mirada. Luego la tomó en brazos y salió rápidamente de la habitación.

Capítulo Veintiocho

Aunque Cecily jadeó ante lo repentino de su acción, le rodeó el cuello con los brazos y lo miró con una sonrisa irónica.

«Soy capaz de caminar, ¿sabes?».

«¿Estás segura? Sentí que tus piernas temblaban bastante feroz hace un momento».

Ella resopló un poco y entrecerró los ojos, pero las comisuras de su boca se curvaron con diversión reprimida.

«Es imperdonablemente grosero señalar tan claramente la debilidad de una dama».

Reginald la levantó un poco más en sus brazos e inclinó su cabeza más cerca de la de ella mientras comenzaba a subir las escaleras. «Saber que puedo inspirar tanta *debilidad* en una mujer como tú es tremendamente satisfactorio».

Ella se puso rígida en sus brazos. La reacción fue sutil pero innegable. «¿Una mujer como yo?».

Al captar su mirada, la sostuvo mientras le explicaba. «Dominio de sí misma. Apasionada. Ferozmente independiente. Una mujer a la que admiro y que puede o no asustarme un poco».

Ella le dirigió una mirada burlona. «¿Solo un poco?», ella resopló. «Bueno, eso es decepcionante».

Reginald se rió. Al llegar a la puerta de su dormitorio al final del pasillo del segundo piso, se detuvo. «No te preocupes, dulzura», prometió en un murmullo bajo. «Tengo la intención de hacer que todo tu cuerpo tiemble y se estremezca antes de que termine la noche».

La plata brilló en el gris oscuro de sus ojos y por un momento él quedó hechizado por la emoción y el deseo que se arremolinaban tan salvajemente en las profundidades de su mirada.

«Una declaración audaz», susurró. «Quizá tenga que obligarte a cumplirlo».

Mientras el calor y la anticipación sexual crecían dentro de él, Reginald ni siquiera intentó ocultar la maldad de su sonrisa mientras la llevaba al dormitorio y cerraba la puerta de una patada detrás de él. «Si fallo, te doy permiso para castigarme como mejor te parezca».

No había ninguna duda sobre la luz de interés sensual que se encendió en sus ojos. La polla de Reginald palpitó con un rápido torrente de sangre.

Deteniéndose junto a su gran cama vestida con terciopelo y satén verde bosque, la puso con cuidado en el suelo. Tan pronto como lo hizo, las mangas de su vestido se deslizaron hasta sus codos. Emitió un breve sonido de molestia, o tal vez de impaciencia, y empujó el vestido hasta el suelo. Luego soltó las ataduras de su enagua exterior antes de empujarla también hacia sus pies. Estaba a punto de desatar la segunda enagua cuando lo miró.

Haciendo una pausa, plantó sus manos en sus caderas y recorrió su figura con la mirada. «¿Tienes la intención de dejarte tu ropa puesta todo el tiempo?».

Riéndose de su tono irritado, rápidamente se sacó la camisa de la cintura de los pantalones y se la pasó por la cabeza. Satisfecha con su acción, continuó quitándose la ropa interior mientras se quitaba los zapatos dejándolos a un lado.

Reginald rápidamente se quitó los zapatos y las medias antes de quitarse los pantalones. Su pequeño suspiro entrecortado y ahogado hizo que él se enderezara, ahora completamente desnudo, para mirarla.

Estaba de pie con los dedos entrelazados en el cordón delantero de su corsé. Su

respiración era pesada y sus ojos se abrieron cuando lo vio entero, y completamente duro.

«*Diablo en pleno invierno*», respiró asombrada mientras volvía a mirarlo. «No tienes ningún derecho a ser tan condenadamente perfecto».

Él se rió de su evidente irritación incluso cuando un calor pesado se extendió por su pecho y su pene se balanceó contra su vientre con otro intenso torrente de sangre. Alcanzando los hilos aún enredados entre sus dedos, dijo, «déjame ayudarte».

«Lo he anudado de alguna manera», refunfuñó con frustración.

«Permíteme intentarlo», instó, pero ella no soltó su agarre.

«No veo cómo...», argumentó ella antes de que él se acercara y la obligara a mirarlo a los ojos.

Había orgullo y resistencia en su mirada. Pero cuando él dirigió su atención a su boca carnosa y caída, sus labios se abrieron.

No habría podido evitar besarla si su vida lo hubiera requerido.

Tan pronto como su boca cayó sobre la de ella, sus manos soltaron las ataduras de su corsé para deslizarse alrededor de su cuello. Ni siquiera estaba seguro de si ella era consciente de que lo había hecho, pero desató rápidamente las ataduras, soltó el nudo y aflojó el corsé mientras hundía su lengua en la deliciosa dulzura pelirroja de su boca.

Tirando la rígida prenda a un lado, le quitó los tirantes de la camisa y dejó que esa última prenda susurrara hasta el suelo. Luego, con un gruñido de necesidad que sacudió sus huesos, la envolvió en sus brazos y atrajo su suavidad hacia él, atrapando su palpitante erección contra su vientre.

Un gemido espeso y sensual escapó de su garganta. Rodeó el cuello con sus brazos y se puso de puntillas. Su mano cayó hasta su hermoso y lleno trasero, levantándola mientras ella envolvía sus piernas alrededor de sus caderas. Al momento siguiente, los hizo caer sobre su cama, asegurándose de no darle todo su peso mientras revelaba la forma en que sus suaves muslos acunaban sus caderas, su pecho aplanaba sus senos y su polla se alojaba contra su montículo.

Cada músculo de su cuerpo se tensó con la necesidad de volver a sumergirse en su calor.

Abajo, su unión había sido rápida e intensa. Su necesidad era demasiado exigente como para dejar tiempo para saborear las delicias de hacer el amor. Había sido una deslumbrante y hermosa culminación de un deseo reprimido y negado durante semanas.

Pero ahora... parcialmente satisfecho, Reginald tenía la intención de tomarse su tiempo.

Sabía lo que había requerido de ella desearlo lo suficiente, confiar en él lo suficiente como para ponerse en sus manos. Iba a asegurarse de que ella creyera que valía la pena correr el riesgo.

Levantándose sobre los codos, miró su rostro resplandeciente y deseoso. Ella era tan hermosa. Suave y fuerte. Gentil y feroz.

Tenía los ojos cerrados, pero cuando él cambió de posición, sus pestañas revolotearon y se levantaron. Su mirada era oscura y misteriosa. Sus labios se separaron, pero no sonrió. Había seriedad en su expresión. Tranquila. Seria. Y cautelosa.

De nuevo.

Por unos momentos abajo, mientras ella se movía sobre él, él había sentido que ella se entregaba al placer y a él. Pero desde entonces, ella se había recuperado. Se retiraba detrás de su fortaleza.

Daría cualquier cosa por derribar esos muros para siempre. Convertirse en su protector y su hogar.

Mierda. ¿De dónde diablos había salido ese pensamiento?

El suyo fue un acuerdo temporal. No necesitaba ni deseaba un hombre como él. Y tenía sus propias razones para limitar sus relaciones femeninas al dormitorio. Cualquier cosa más allá de eso era imposible. *Él* lo había considerado así.

El recordatorio ayudó a aliviar su repentina tensión. Recordándole quién era y qué era. Era una mentira. Un fraude. El heredero aceptado de un vizcondado que no debería ser suyo. No arrastraría a nadie a la red de mentiras que era su vida.

«Esa fue una interesante variedad de emociones que simplemente volaron por tu rostro», murmuró la dama debajo de él, con diversión en su tono. «¿En qué estabas pensando hace un momento?».

Reginald arqueó los labios y pasó el pulgar por su labio inferior, disfrutando la forma en que contuvo el aliento y sus ojos se oscurecieron. «Simplemente estoy luchando por determinar dónde debería besarte primero».

Ella arqueó las cejas. «¿Oh? ¿Cuáles son tus opciones?».

«Tantas...», respondió con brusquedad. «Aquí», dijo él con otro golpe de su pulgar sobre sus labios. «O aquí». Pasó la yema del dedo por la pendiente de su nariz y luego golpeó suavemente el pico antes de moverse para sostenerse de un lado, exponiendo la parte superior de su cuerpo.

Su respiración se cortó cuando él deslizó sus dedos por el costado de su garganta.

«Aquí, tal vez», susurró. Continuando con su caricia sobre el borde de su clavícula, se torturó a sí mismo con la suavidad sedosa de su pecho lleno, rodeando con la yema del dedo su pezón rosado. Bajó la voz. «O aquí».

«¿Eso es todo?».

La voz ronca de sus palabras le hizo daño. Cosas deliciosas y peligrosas.

Al levantar la vista de nuevo, vio el desafío en sus ojos y experimentó una profunda pero silenciosa oleada de anticipación. Rozó los labios contra la lengua mientras su cuerpo respondía con aguda ferocidad. Su vientre se apretó. Su pene palpitaba. Y su pecho se apretó alrededor de su respiración.

Cubriendo su pecho con la mano, le dio un apretón firme que provocó un breve jadeo en sus labios. Luego deslizó la palma de su mano hacia abajo, sobre su caja torácica y la curva de su cintura, donde se detuvo para ofrecer otro apretón firme, con el pulgar presionado contra su ombligo.

Ella respondió con un suave arco de su columna que levantó sus pechos y permitió que su polla se empujara un poco más firmemente entre sus muslos. Su sensualidad física era tan natural y sin obstáculos. Ella no era una mujer que sintiera vergüenza o pudor por su deseo. Ella lo aceptaba. Lo disfrutaba. Y ella, afortunadamente, le estaba permitiendo compartirlo.

El sonido que hizo fue crudo y pesado, fluyendo desde lo más profundo de su interior.

Moviendo su peso aún más hacia un lado, deslizó su mano sobre la curva completa de su cadera y a lo largo de su muslo para presionar las yemas de sus dedos contra la piel sedosa detrás de su rodilla. «Podría besarte aquí». Enganchando su mano alrededor de su pierna, le levantó la rodilla para poder deslizar su toque por su pantorrilla, más allá de su tobillo, para tomar su pie en la mano. «O aquí». Presionó su pulgar contra su fino arco.

Aunque jadeó, no se sobresaltó ante la presión que le provocaba cosquillas.

Al encontrar su mirada, intentó sonreír. Algo ligero y provocativo. Pero no pudo lograrlo. No cuando de repente pudo ver cada rastro de su pasión y deseo como un cálido y rosado brillo en su rostro. Tragó para aliviar el dolor en su garganta, deslizando su mano hacia su cadera

donde la sostuvo firme con sus dedos presionando su suavidad y su pulgar recorriendo su hueso de la cadera.

«Pero lo que realmente quiero...», comenzó con brusquedad. «Donde realmente quiero besarte...».

Sus ojos se oscurecieron y sus pestañas bajaron. Sus labios se abrieron para mostrar el hermoso borde de sus dientes.

«...es donde más me desees. Donde todas las sensaciones de tu cuerpo se han reunido para esperar la sensación de mi boca. Quiero besarte donde seas tan suave como los pétalos de una rosa, dulce y resbaladiza como la miel, e hinchada de placer».

Con cada palabra que decía, observaba cómo su respiración se aceleraba, su piel se sonrojaba y acaloraba más con sus ojos más vidriosos. Ella quería su beso exactamente donde él lo describió. Él podía ver eso. ¿Pero tendría el coraje de admitirlo?

«Si no me tomas con tu boca ahora mismo», murmuró ella con voz espesa, «te odiaré para siempre».

La conmoción, la diversión y la lujuria más feroz lo atravesaron ante su audaz demanda.

Con una sonrisa de perversa anticipación, rápidamente se reposicionó entre sus muslos mientras ella los ensanchaba para recibir el ancho de sus hombros. Enlazando sus brazos debajo de ella para elevar sus caderas, curvó sus manos para extender suavemente sus pliegues hinchados y brillantes con las puntas de sus dedos. Ella estaba de un hermoso color rosa oscuro y el embriagador aroma de su deseo le pedía que la probara.

El primer golpe de su lengua fue lento y minucioso, pasando a lo largo de todo su vagina antes de rodear el sensible capullo en el ápice. Su rápida inhalación ante el primer toque se convirtió en un gemido bajo cuando él detuvo el segundo golpe de su lengua para profundizar en su honorable entrada. Tan suave, cálido y dulce con solo un toque salado de su lanzamiento anterior. Empujó de nuevo, buscando sus secretos más profundos. Sus muslos temblaron y sus caderas dieron un suave movimiento.

Ella quería más.

Cerrando su boca sobre su clítoris, succionó su suave carne, provocando más sensaciones en su cuerpo, antes de hundir su lengua en ella nuevamente. Su respuesta fue un grito desesperado mientras sus piernas se apretaban contra sus oídos. Era exactamente lo que había estado esperando.

Con el corazón latiendo con fuerza en su cabeza, la abrazó con firmeza mientras se disponía a darse un festín. Pero en lugar de aliviar su deseo, el sabor y la sensación aterciopelada de ella solo lo volvieron más voraz. Su lengua se movió sobre cada parte de ella, retorciéndose, moviéndose y prodigándose con caricias calientes y deliciosas. Descubrió qué la hizo suspirar, qué hizo que su respiración se detuviera en un fuerte gemido y qué la hizo arder de placer.

Cuando él deslizó dos dedos en su pasaje resbaladizo, ella inclinó las caderas para recibir más. Enroscando y retorciendo sus dedos dentro de ella, selló su boca en su clítoris, chupando y tirando con sus labios antes de calmarla con círculos de su lengua.

La combinación de estimulación interna y externa rápidamente la llevó a la cima. Sus manos agarraron su cabeza y sus caderas se balancearon contra su boca mientras su respiración se hacía corta y rápida.

«Reginald».

La forma maravillosa, impotente y exigente en que dijo su nombre provocó una intensa torsión de placer en todo su cuerpo. Y entonces sintió los primeros latidos temblorosos de su carne interior. Pulsos que se convirtieron en contracciones mayores mientras su cuerpo temblaba

con la intensidad de su clímax.

Continuó acariciando lentamente su interior mientras chupaba suavemente su clítoris. Incluso después de que sus espasmos disminuyeron, él siguió dándole pequeños besos en su vagina, su vientre y sus muslos. Habría seguido tranquilizándola hasta que su cuerpo volviera a relajarse y su respiración cayera a un ritmo tranquilo.

Pero la señora no lo permitiría.

Con el vientre todavía temblando y los muslos todavía sacudiéndose, movió las piernas y jaló su cabello, instándolo a que la cubriera.

Lo hizo con un suspiro profundo y retumbante mientras su cuerpo duro y acalorado se posaba sobre su suavidad satisfecha. Ella lo atrajo casi bruscamente hacia ella y levantó la cabeza para tomar su boca en un beso devastador. Mientras él acababa de sorber su propia liberación de su suave carne, ella lamió la esencia de su placer de sus labios. Su lengua pasó por sus dientes para deslizarse eróticamente a lo largo de los suyos. Su dulce aliento sopló en su boca mientras ella se movía debajo de él, empujándolo con sus muslos y caderas hasta que su pesada y dolorido pene se alineó con su sexo.

A pesar de su casi frenético impulso, él la penetró con agonizante lentitud, asegurándose de que cada parte de él, desde la coronilla hasta la base, sintiera cada parte de ella.

Fue recompensado con su inhalación lenta y anticipada seguida por el profundo y pesado deslizamiento de su gemido contra su garganta cuando finalmente estuvo completamente enfundado. Sus dedos se cerraron en puños sobre su cabello y se arqueó bajo su peso, inclinándolo más profundamente.

Él gruñó de placer.

Al girarle la cabeza, encontró de nuevo su boca. Con su pene profundamente y todavía dentro de ella, se acoplaron con sus bocas. Tomando y dando. Buscando y descubriendo.

Al menos en esto Cecily no se guardó nada. Su cuerpo era generoso y acogedor. Su sensualidad liberal y libre. Su pasión expansiva y profunda.

Reginald nunca había sentido la necesidad de una conexión más profunda más allá de lo físico cuando hacía el amor con una mujer. Siempre había estado completamente satisfecho con expresar el deseo con su cuerpo y nada más. Pero cuando comenzó un lento, profundo y deslumbrante ritmo de empuje y retirada, sintió una necesidad imperiosa de... más. Quería mirar sus ojos insondables mientras su placer aumentaba. Quería oír su nombre en sus labios con cada respiración. Quería que ella estuviera allí *con él*. Compartiendo cada pulso creciente de su sangre y cada minuto de sensación.

Pero tenía los ojos bien cerrados.

Ella respondía a cada caricia de sus manos y a cada empujón de sus labios. Su lengua encontraba la suya en cada beso y sus gemidos respondieron a cada embestida de su pene.

Pero no era suficiente.

Era exactamente la rendición que había pedido.

Pero él quería más.

Y sabía, en su interior dolorido y agitado, que, si ella se lo pedía, se lo negaría. Quizás incluso se alejaría por completo.

Entonces hizo lo único que pudo. *Dio* lo que quería. Murmurando su nombre una y otra vez contra su piel.

Y escuchó su cuerpo. Encontrar una conexión de la única manera que ella le permitía.

Cuando ella arqueó la columna, él sostuvo la profunda curva con la presión de su mano. Cuando ella levantó las caderas, él agarró su trasero y la abrazó para recibir sus embestidas.

Cuando ella se aferró desesperadamente a las sábanas, él deslizó sus palmas contra las de ella y entrelazó sus dedos. Y cuando ella jadeó, él le dio el suyo. Respirando dentro de ella con su beso.

#

Cecily tenía que estar soñando. Nada en el mundo de la vigilia podría ser tan... cautivador.

Fluyó a través de las horas de la noche en una ola de sensaciones, placeres y descubrimientos que no tenía idea de que existían. Ella perdió el aliento, la lucha y la tristeza en esa cama. En sus brazos.

Era magia y locura. La intensidad de cada momento conducía al siguiente, elevándose más y más antes de alcanzar la cima y volver a salir corriendo. Una y otra vez.

Y a pesar de todo, tal como había prometido, Reginald se mantuvo allí.

Pero él no estaba solo *con* ella. Él estaba *dentro* de ella. Una parte de ella. El trueno de su corazón llenaba su pecho. El torrente de su sangre alimentaba su pasión. El placer de sus besos, a la vez delicados y feroces, la cambiaba.

Ni siquiera podía explicarse a sí misma lo que eso significaba. Pero ella lo sintió.

Cuando finalmente se quedó dormida, acurrucada en la curva de su cuerpo, con el peso de su mano cubriendo su pecho, simplemente supo que algo intrínseco dentro de ella había sido alterado durante esas horas.

Y la parte más aterradora de esa revelación fue que no era aterradora en absoluto.

Capítulo Veintinueve

No quería despertar. Había demasiado consuelo, paz y perfección en el olvido sin sueños del que tan bruscamente lo estaban arrancando. Pero cuanto más intentaba Reginald permanecer inconsciente, más consciente se volvía.

Y luego se preguntó por qué había luchado tan intensamente contra la conciencia.

De hecho, de repente deseó haber despertado mucho antes. Cada segundo que podía disfrutar de la cálida y sensual presión del cuerpo de Cecily contra el suyo era algo que debía saborear.

Ella se había vuelto hacia él por la noche, o mejor dicho por la mañana, ya que no se habían quedado dormidos hasta que salió el sol. Una pierna estaba doblada sobre su cadera y la otra metida entre sus muslos. Su delgado brazo rodeaba su cintura mientras el otro estaba doblado contra su pecho. Su cabeza permaneció sobre su hombro con el rostro vuelto hacia la curva de su cuello. Sus respiraciones cálidas y constantes recorrieron la base de su garganta.

Estaba envuelto en ella. Y ella en él.

Nunca había permanecido el tiempo suficiente en la cama de un amante para experimentar la intensa intimidad de abrazarse durante el sueño. La sola idea de algo así siempre le había provocado pánico. La idea de estar en un estado tan suelto y sin aprehensión con otra persona había sido impensable. Pero esto... la tranquilidad y el consuelo que experimentó al saber que había mantenido a Cecily cerca mientras ella se quedaba ajena al mundo y que ella lo había abrazado a él de la misma manera, resultaba asombroso.

Reginald pasó su brazo alrededor de su espalda y lentamente la acercó, levantando su muslo para presionar contra su acalorado sexo mientras le acariciaba la parte posterior de la cabeza.

Todavía profundamente dormida, no se movió más allá de una ligera bocanada de aire.

Reginald sonrió. Sin duda todavía era demasiado temprano para que él, que se levantaba más tarde.

Justo cuando comenzaba a permitirse volver a dormir, un golpe silencioso en su puerta lo devolvió bruscamente a la vigilia total.

Luego, se escuchó la voz baja y firme de su sirviente. «Lady Withersfield ha venido a visitarlo, señor. Insistió en esperarle en el salón».

Reginald estaba medio levantado cuando el hombre terminó de hablar. Afortunadamente, su momento de pánico inusual no perturbó a Cecily. Simplemente se puso boca abajo y siguió durmiendo.

«Maldición».

Le hubiera encantado permanecer enredado con ella cuando finalmente levantara esas espesas pestañas.

Solo había una razón por la que su madre podría tener que visitar su residencia de soltero sin previo aviso, en lugar de enviar una citación a Withersfield House. Este enfrentamiento se había hecho esperar desde hacía mucho tiempo. Probablemente debería haberlo evitado con una visita a la casa de sus padres hace semanas. Pero no le avergonzaba admitir que lo había estado evitando.

«Ya bajo», respondió a través de la puerta cerrada.

Se dio un baño rápido, se vistió y llegó al salón en menos de quince minutos. Cuanto más

eficientemente superara esta visita, más posibilidades tendría de volver a meterse en la cama antes de que Cecily despertara. La idea le provocó una oleada de placer y anticipación que calentó sus entrañas y le provocó un hormigueo en la piel.

La vizcondesa Withersfield estaba sentada en su lugar favorito en el extremo del sofá más cercano a la chimenea. Cuando Reginald entró casualmente en la habitación, tuvo que hacer un esfuerzo concentrado para no reconocer mentalmente lo que él y Cecily habían hecho en ese mismo sofá solo unas horas antes.

«Buenos días, madre», dijo con una sonrisa mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla.

Mientras se enderezaba, vislumbró un trozo arrugado de satén blanco asomando por la esquina de los cojines del sofá. El guante de Cecily. Su personal debió no haberlo notado cuando ordenaron la habitación esa mañana. Alcanzándolo, intentó sacarlo y guardarlo en su bolsillo antes de que su madre se diera cuenta. No lo logró del todo.

«En serio, Reggie», lo amonestó con una severa tensión en sus rasgos. «¿En el salón?».

Él se encogió de hombros. Si su madre no hubiera aceptado sus modales libertinos a estas alturas, nunca lo haría. Él tomó asiento frente a ella y le dedicó una sonrisa impenitente.

Sin tener aún cincuenta años, la vizcondesa era una mujer encantadora, de pequeña estatura y complexión delgada. Debido a su aspecto un tanto diminuto y a sus rasgos bonitos, pero no particularmente excepcionales, la gente a menudo la subestimaba.

Sus ojos se clavaron en su hijo. «¿Es realmente un buen día cuando toda la ciudad está susurrando sobre ti y esa... esa... mujer?».

Reginald apretó la mandíbula y respiró intensamente por la nariz.

Sabía cómo podía ser su madre. Por sus propias razones, la vizcondesa hacía tiempo que se había encerrado en la jaula de la opinión pública. Sabía que ella no pretendía insultar directamente a Cecily personalmente. Nunca se le ocurriría herir a alguien diciéndole semejante virulencia a la cara o a cualquiera que pudiera llevarlo más allá de una conversación privada. Pero eso no hacía que su actitud fuera perdonable.

«Cuida tus palabras, madre», advirtió en voz baja.

Lady Withersfield abrió mucho los ojos con genuina sorpresa. «¿La defiendes? ¿Cuándo durante años las historias de su maldad han circulado entre los rumores? Ella no es una compañía adecuada ni tú pareces un caballero de honor y nobleza».

La risa de Reginald era oscura. «Entonces es bueno que no sea ninguna de las dos cosas».

«Basta», espetó ella. «Tienes un deber con tu nombre y con tu familia. Uno que no puedes ignorar para siempre».

Apretó los dientes contra las palabras que subieron por su garganta.

Ya antes las había dicho todas, hace años, de innumerables maneras, con una ira intensa y una vergüenza llorosa que se le habían quedado grabadas hasta los huesos. Ninguno de sus sentimientos al respecto había cambiado nada.

Podía recordar con absoluta claridad el día en que descubrió la verdad sobre su ascendencia. Con solo quince años, escuchó a sus padres discutir acaloradamente y se detuvo para escuchar. Era raro que el vizconde y la vizcondesa estuvieran en desacuerdo sobre algo y mucho menos de una manera tan apasionada y la curiosidad se había apoderado de él, como solía suceder.

Solo tomó un momento para determinar que estaban discutiendo algún escándalo que rodeaba al joven conde de Wright siendo visto por la ciudad con su hermana ilegítima, una chica que había decidido reconocer como la consecuencia de su difunto padre a pesar de la forma en

que reflejaría el apellido. Y aparentemente, ella no era el único bastardo secreto que había engendrado el conde anterior. Había habido varios más.

Reginald había estado completamente confundido por qué sus padres parecían tan preocupados por el tema. Hasta donde él sabía, ni siquiera conocían al conde, pero estaba claro que ambos tenían una implicación muy personal en el tema. Cuanto más escuchaba por la rendija de la puerta, más se daba cuenta de lo equivocado que estaba.

En todo.

De hecho, sus padres conocían al conde de Wright. No al actual, sino al padre. Mientras discutían sobre la decisión del nuevo conde de reclamar abiertamente a sus medio hermanos ilegítimos ante toda la sociedad, sus padres seguían haciendo referencia, con terror absoluto en la voz de su madre y una especie de triste resignación en la de su padre, a la posibilidad de que el conde también quisiera reconocer a los niños.

En realidad, fue bastante divertido cuánto tiempo le tomó a Reginald darse cuenta de que los niños que sus padres seguían mencionando eran él y Nicholas. Pero en el momento en que lo hizo, la implicación lo golpeó como el disparo de un fuerte golpe en el pecho. El dolor, agudo y ardiente, lo desgarró, obligando a un pesado sonido de angustia a escapar de su garganta. El sonido alertó a sus padres de su presencia y su madre corrió hacia la puerta, la abrió de golpe y lo vio parado allí en estado de shock.

«Oh, Dios bendito». El dolor y la desesperación en su voz hacían eco de los suyos, pero Reginald no había podido mirarla. Sus ojos se habían fijado en los de su padre, que no era su padre en absoluto. El hombre lo había criado y le había enseñado todo lo que sabía acerca de ser un hombre compasivo, noble y honorable, mientras le mentía.

Lo había decepcionado.

Todo lo que había creído sobre su vida y sobre sí mismo cambió para siempre en ese momento. Había sentido como si le hubieran robado la existencia que ocupaba, el mismo aire que respiraba y la sangre que corría por sus venas. No era suyo en absoluto y nunca lo había sido.

Lo había dejado sintiéndose como una cáscara vacía. Una mentira en forma humana.

Incluso después de que lo instaron a entrar en la habitación, lo sentaron y le ofrecieron de mala gana una versión abreviada de una historia que más tarde había conocido con más detalle por Caillie, sintiéndose aturdido, furioso y destrozado en lo más profundo de su ser. Pero lo peor y más doloroso fue cuando su madre le rogó que no se lo dijera a Nicholas. Ella había insistido en que su gemelo, que siempre había sido más sensible y vulnerable a la agitación emocional, tal vez no fuera capaz de aceptar la noticia tan bien como Reginald, a quien elogió por ser mucho más fuerte y más capaz de manejar los problemas difíciles.

Reginald había querido gritarle que esto no era simplemente un *tema complicado*. Era su vida, su identidad, su *yo mismo*. Y también era el de su hermano.

Él y Nic habían pasado toda su vida compartiendo cada secreto, cada momento insignificante y cada gran experiencia. Confiaban el uno en el otro implícitamente y se conocían por dentro y por fuera. Ninguno de los dos habría sido capaz de concebir que algo fuera lo suficientemente poderoso como para interponerse entre ellos. Todo lo que Reginald quería era encontrar a su hermano y confesarle todo para poder llegar juntos a una resolución.

Pero su madre se mostró desesperadamente inflexible. No debía decirle a Nic nada de lo que había escuchado.

Aunque por ley, al haber nacido después de que el vizconde y la vizcondesa se habían casado legal y obligatoriamente, se le consideraba el heredero legal del vizconde, el hecho de que

no fuera descendiente del hombre seguía siendo un punto de gran escándalo potencial. Y aunque su madre había sido manipulada y engañada por el conde de Wright en un retorcido juego de venganza, su reputación no sobreviviría a la opinión de la sociedad. Y como marido cornudo, el vizconde también sufriría.

Reginald no tuvo más remedio que proteger la mentira o ver a su familia destruida.

En su conmoción y desesperación y por lealtad a sus padres a los que amaba profundamente, Reginald había prometido guardar el secreto.

Hizo lo mejor que pudo para parecer como si nada hubiera sucedido, a pesar de que todo dentro de él se sentía extraño y mal. Pero Nic siempre había sido excepcionalmente intuitivo y sabía que algo no estaba bien. No importaba cuánto intentara que Reginald le contara lo que había sucedido, Reginald no pudo, forzando una herida abierta y dolorosa en su relación con la que ninguno de los dos sabía qué hacer.

No fue hasta unos años más tarde que Nic finalmente le sacó la verdad una noche durante una feroz tormenta. Los dos se habían refugiado en el estudio de su padre para disfrutar de una botella de brandy que habían robado del sótano. El licor había fluido libremente y finalmente Nic logró sacar a la luz el oscuro secreto.

Había reaccionado furioso, y con razón.

No por el hecho de que les hubieran mentido toda su vida, sino porque Reginald no se lo había dicho de inmediato a pesar de la promesa que le había hecho a su madre.

Podríamos haber compartido la carga, idiota insensato.

Lo hicieron, pero algunos de los daños habían sido irreparables. El resentimiento y la amargura se habían arraigado en el alma de Reginald. La confianza incondicional entre hermanos se había roto y, aunque la habían reparado, la cicatriz permanecía.

«Cualquier dama de la alta sociedad estaría honrada de tenerte como marido. Pero *no puedes* seguir comportándote de una manera tan arriesgada y descuidada», decía ahora su madre. «Te has divertido, vagando por la ciudad, perdiendo tu tiempo y dinero en el juego, licor y mujeres fáciles. Es hora de sentar cabeza y tomar esposa». Su voz aumentó en volumen e intensidad, sugiriendo que su temperamento también estaba aumentando. «Y *no* permitiré que hagas el ridículo con esa mujer Fairclough».

Reginald sabía que la mejor manera de superar las diatribas ocasionales de su madre era simplemente pasar de ellas. Nunca estaría satisfecha hasta que hubiera dicho todo lo que quería decir.

Después, de todos modos, simplemente haría lo que quisiera.

Reprimiendo todas las palabras que luchaban por ser pronunciadas en defensa de Cecily, su tono fue sin expresión y firme cuando respondió, «te estás preocupando por nada, madre».

«¿Lo hago?», ella exclamó. «Seguramente conoces su reputación. La reputación de su familia».

Mientras esperaba expectante, Reginald simplemente se encogió de hombros.

Su expresión se agudizó aún más. «Están *malditos*, Reggie. Cada hombre que se casó con un miembro de esa familia durante las últimas tres generaciones tuvo una muerte trágica y horrible. ¿No puedes decirme que no escuchaste todos los rumores sobre ellos?».

Miró duramente a su madre. «Me propongo no escuchar rumores, madre».

«Ese es tu primer error. Si lo hicieras, sabrías que la señorita Fairclough no es bueno considerarla adecuada».

«Y si eres tan versada en rumores, ¿por qué te niegas a reconocer que yo mismo no soy una consideración adecuada?», preguntó intencionadamente.

«Eres un vizconde», respondió ella, como si el título lo disculpara de todo. «Y se sabe que muchos caballeros se divierten un poco antes de sentar cabeza».

«No estoy hablando de libertinaje, madre», respondió Reginald con una mirada punzante. «Hay cosas mucho peores que me convierten en una mala elección para cualquier dama».

«No...», comenzó su madre en tono de advertencia.

«No, ¿qué?», Reginald interrumpió. «¿No dices la verdad? ¿En mi propia casa?».

La vizcondesa cerró los labios con fuerza mientras el color teñía sus mejillas. Luego habló con palabras entrecortadas. «Deja el pasado donde pertenece, Reggie».

«No puedo. El pasado vive en mí, madre. Soy la encarnación de ello. No es algo que pueda ignorar u olvidar».

«Debes hacerlo», insistió ella bruscamente. «Cuando empezaste a ir a ese club en el Strand, me mordí la lengua».

Reginald arqueó una ceja ante eso. De hecho, su madre había tenido mucho que decir cuando él y Nic comenzaron a frecuentar el club de Caillie hace unos meses. Todo el mundo sabía que Caillieach Claybourne era la media hermana ilegítima del conde de Wright. Evidentemente, su madre había temido que, al relacionarse con ella, las sospechas recaerían sobre sus hijos.

No fue así, por supuesto. Caillie y Bishop habían cumplido su palabra de que la verdadera relación entre ellos no sería revelada a nadie más, ni siquiera a sus otros medio hermanos.

«Pero no permitiré que dañes tus perspectivas asociándote con la señorita Fairclough».

«¿La conoces?», preguntó intencionadamente. «¿La has conocido alguna vez a ella o a su abuela para formarte tu propia opinión? ¿O simplemente te dejas arrastrar por la corriente del juicio social?».

La vizcondesa abrió la boca como para replicar a su primera pregunta, pero apretó los labios con fuerza antes de que él terminara. Su mirada lo sostuvo con la orden tácita que las madres parecían tener. Luego levantó la barbilla.

«El juicio social no puede ignorarse, Reginald», dijo en un tono equilibrado y ponderado. «He vivido bajo la espada de su eje la mayor parte de mi vida. Nunca podré olvidar que, de un solo golpe, todos estaríamos arruinados. Y tú tampoco puedes», añadió.

«¿De verdad crees que podría olvidarlo?».

Su madre entrecerró la mirada. «Termina este sórdido asunto ahora, Reggie. Esa mujer solo traerá más vergüenza y angustia a la familia. Toma esposa entre las docenas de jóvenes apropiadas de la alta sociedad. Decide tu futuro como el próximo vizconde de Withersfield y el pasado eventualmente se desvanecerá detrás de nosotros».

«Lo he dicho antes y lo diré de nuevo. Nunca me casaré». Cuando la vizcondesa abrió la boca para discutir, él continuó tajante. «Nunca le pediré a una mujer que se comprometa a vivir a mi lado sabiendo que no le estoy ofreciendo más que falsedades».

«No son falsedades», insistió lady Withersfield con fiereza. «Eres el hijo del vizconde y el heredero legítimo. Legalmente y en la actualidad, si no en la sangre. Wright fue un error, un momento de oscuridad que ocurrió hace mucho tiempo. Nunca me perdonaré por haber sido víctima de su engaño, pero se ha ido. Tu futuro está delante de ti, Reggie. Puedes hacer con él lo que quieras».

«No deseo vivir un futuro basado en una mentira».

Su madre se puso de pie bruscamente. «Qué propio de un hombre tomar esa decisión», dijo, con el dolor y la ira coloreando su voz. «No quieres hacer algo, así que simplemente eliges

no hacerlo. Si supieras lo que las mujeres deben hacer para proteger y apoyar a sus seres queridos, no serías tan desapegado con tus deberes para con esta familia».

Al levantarse cuando lo hizo su madre, Reginald la miró y murmuró, «mantengo mi silencio por deber para con esta familia. Me niego una relación con la mayoría de mis hermanos por deber hacia esta familia. Una vez que mi padre muera, cuidaré de nuestros bienes y propiedades y de ti y de Nic por deber para con esta familia. Pero no tomaré una esposa a la que debo prometer honrar y apreciar, y luego pasarme la vida mintiéndole».

«Debes hacerlo o nos maldecirás a todos».

«Tal vez eso es lo que nos merecemos».

Los ojos de su madre ardieron con ira frustrada. Por un momento, pareció que ella había seguido discutiendo, pero luego se alejó abruptamente de él.

Reginald se quedó congelado en su lugar mientras la veía salir de la habitación sin decir una palabra más. Quedó atónito y avergonzado por el brillo de humedad que llenó sus ojos, justo cuando ella apartó su mirada de él.

No debería haber sido tan duro. Sabía que su madre había sufrido por sus acciones y que su padre la había perdonado hacía mucho tiempo. Los dos habían tenido un matrimonio amoroso y leal a pesar de las malvadas maquinaciones de Wright contra ellos. Durante años, una parte de Reginald la había culpado por su infidelidad, hasta que Caillie se enteró de lo cruel, manipulador y engañoso que había sido Wright, seduciendo y utilizando a innumerables mujeres en su misión, para exigir una retorcida venganza contra su propia esposa. Se había propuesto intencionalmente convencer a una joven vulnerable de que su amado prometido había cambiado de opinión y la había abandonado por otra mujer para aprovechar su dolor y desesperación.

A veces, deseaba poder dejarlo atrás y seguir adelante como si todo fuera exactamente como todos creían. Pero la verdad era una carga pesada y nunca había aprendido a llevarla con facilidad.

Mientras regresaba a su dormitorio, de repente se encontró desesperado por volver a la cama y abrazar el cálido cuerpo de Cecily. Quería borrar el pasado con el presente. Quería estar allí cuando ella abriera los ojos por primera vez y fuera testigo del momento en que sus recuerdos de la noche anterior regresaran rápidamente. Estaba desesperado por sentir la aceleración de su respiración contra su piel mientras el rubor del deseo calentaba su piel. Quería murmurar dulces palabras contra sus labios y decirle que cuidaría de ella.

Subió los escalones de dos en dos y caminó rápidamente por el pasillo, pero antes incluso de abrir la puerta, sintió un silencio y una quietud antinaturales.

Y él lo sabía. Ella se había ido.

Capítulo Treinta

Cuando despertó sola y desnuda, tumbada en la lujosa cama de Reginald, Cecily logró mantener la calma y no pensar en la noche anterior ni en el día siguiente. Al forzar su atención a los asuntos más prácticos e inmediatos, no entró en pánico mientras se vestía con su atuendo de noche arrugado, sin el guante que había dejado en el salón, y se arreglaba el cabello. Sus pasos eran pausados y con la cabeza en alto mientras bajaba las escaleras. Y cuando escuchó la voz de Reginald, apenas se estremeció y simplemente habría seguido saliendo por la puerta principal si no hubiera escuchado también el tono agudo de una mujer.

Cecily, que no era ajena a las escuchas clandestinas, no sintió vergüenza de acercarse al salón sin que la vieran los que estaban dentro. Y cuando escuchó las palabras que se decían, no perdió los estribos y se lanzó a defender a su familia y a ella misma, aunque se sintió intensamente tentada a hacerlo.

En cambio, endureció su corazón y caminó detrás de los restos del muro que había caído casi en ruinas la noche anterior. Se alejó del salón y luego salió rápidamente de la casa hacia la calle, dándose cuenta demasiado tarde de que si la veían parada afuera de la residencia de soltero de uno de los Villanos Vane, usando lo que obviamente era el vestido de la noche anterior, estaría completamente y escandalosamente arruinada.

Afortunadamente, un coche de alquiler pasó pronto y ella lo paró.

El viaje de regreso a Hargrave House fue afortunadamente rápido. La casa estaba en silencio y en penumbra, como era habitual a una hora tan temprana del día. Aunque sin duda su abuela estaba despierta en alguna parte, Cecily no la encontró. Definitivamente Margot todavía estaba en la cama.

No fue hasta que Cecily sumergió su cuerpo sonrojado y deliciosamente dolorido en el baño de vapor, que finalmente permitió que los pensamientos y sentimientos que había estado manteniendo a raya la inundaran.

Y al frente de todo eso estaba el miedo. Un miedo diferente a todo lo que había sentido antes. Durante los últimos dos años, había centrado toda su energía y atención en mantener alejada a la gente. El dolor, la traición y la humillación que había experimentado a manos de Cross era algo que se negaba a volver a sentir. Pero la peor ofensa que había cometido, con diferencia, fue la forma en que había borrado su idealismo y su esperanza. Después de su experiencia en Kinley Park, Cecily no había podido ver el mundo más que con una mirada experimentada y escéptica. Veía decepción y malas intenciones en todo momento. El mundo se había convertido en algo contra lo que había que protegerse.

Pero entonces apareció Reginald con su sonrisa libertina y su mirada malvada y ella pensó que sabía exactamente en qué se estaba metiendo. Desde Cross, había frustrado a hombres como él innumerables veces. No solo frustrado, sino que los había hecho polvo bajo sus talones bien torneados. Y aunque sabía que llegar a un acuerdo con él había sido arriesgado, era un riesgo del que estaba completamente consciente y esperaba evitar fácilmente.

Ella nunca se había equivocado tanto.

No solo había sucumbido al encanto y la seducción del hombre, sino que había creído que todo había sido *su* idea. De alguna manera, Vane la había convencido no solo de *confiar* en él, sino de compartir con entusiasmo y pasión el acto más íntimo que podía experimentarse entre dos personas. La noche anterior, ella le había entregado todo de sí misma, se había abierto a él de

una manera que debería haberla aterrorizado si no fuera por la habilidad con la que él había superado sus defensas.

Incluso se había despertado desnuda en su cama, deseando más de él. *Necesitándolo*.

No solo el placer que habían compartido. Anhelaba su simple presencia. El sonido de su diversión, la luz en sus ojos, el peso de su mano y la seguridad de su calidez y fuerza a su lado.

Y lo peor de todo... se había despertado con el más delicado destello de esperanza.

Cecily se cubrió la cara con las manos, agradecida por el jabón que le entró en los ojos y le hizo picar.

Esa fue, con diferencia, la mayor ofensa. Aquella por la que ella nunca podría perdonarlo.

Durante un tiempo, la noche anterior y esta mañana, había creído que lo que se había forjado entre ellos era algo real y duradero. Había empezado a vislumbrar ese futuro idílico que creía aplastado y fuera de su alcance. Había visto una vida, un hogar, tal vez una familia algún día...

Con Reginald.

Tenía visiones danzantes de sus ojos azules y sonrisas dispuestas en los rostros de sus hijos. Vio noches con los dos acurrucados frente al fuego. Captó una imagen parpadeante de ellos en su vejez, rodeados de su familia, todavía abrazados.

Pero no sería así como terminaría este cuento de hadas.

El intercambio que había escuchado entre Reginald y su madre se debía a eso. No estaban en una historia de un 'felices para siempre'. La suya concluía con venganza, ruina y justicia *finalmente* para todas las mujeres que habían sido heridas como ella. Eso es lo que siempre debió ser.

Que así fuera.

Resistiendo el impulso de hundirse bajo la superficie del agua de la bañera y no volver a emerger nunca más, Cecily se puso de pie.

Ya era hora.

Envolviendo su cuerpo húmedo en una bata cálida, se sentó en su escritorio y le escribió una nota a Reginald. Su artimaña había llegado a su acto final.

#

Reginald sacó la misiva corta y explícita de su bolsillo y la leyó de nuevo.

Luego soltó una maldición, arrugó la nota que tenía en la mano y se la guardó en el bolsillo.

Bebiendo el último trago de whisky de su vaso, cogió la botella y se sirvió otra. Luego también lo bebió de un solo golpe.

«Más despacio, hermano, la noche aún es joven».

Reginald miró con oscura amenaza mientras Nicholas tomaba asiento en la mesa de la esquina del salón principal del club de Bishop en el Strand. Realmente no estaba de humor para el tono crítico de su hermano.

Nic arqueó una ceja ante la mirada amenazadora de Reginald y soltó un áspero resoplido de diversión. «Cada día te pareces más a mí».

«Vete a la mierda, Nick».

«Tal vez en otra ocasión», murmuró su hermano mientras le hacía un gesto a un lacayo para que le trajera un segundo vaso. «Necesito una distracción y lo que sea que haya causado tu miseria actual podría ser lo justo para divertirme».

Superando su molestia inicial, Reginald se dio cuenta de que estaba agradecido por la intrusión. No había nadie más en el mundo que pudiera superar su mierda de autocompasión

como Nic.

Excepto, quizás, Cecily.

Pensar en ella le hizo alcanzar de nuevo la botella de whisky.

Terminemos esto, decía su nota.

¿Terminarlo? Apenas habían empezado.

«Maldita sea», se lamentó Nicholas. «Esta va a ser una de esas borracheras, ¿no?».

«¿De qué estás hablando?», Reginald refunfuñó.

«Del tipo en el que consumes suficiente alcohol como para derramar tus entrañas por completo, en sentido figurado y literalmente, mientras yo me veo obligado a compadecerme de cualquier miseria imaginada por la que estés pasando hasta que ninguno de nosotros pueda ver con claridad, nos odiamos a nosotros mismos por la mañana y aunque ninguno pueda recordar de qué diablos hablamos en nuestro estupor, de alguna manera te sientes mucho mejor por ello».

Reginald pensó por un momento en lo bien que se sentiría ahogar todo en la bebida. Para adormecer su cerebro, su corazón y su alma, ante todo. Unos cuantos vasos más e incluso podría pensar en su noche con Cecily como cualquier otra noche con cualquier otra mujer.

Resopló.

Ninguna cantidad de whisky en el mundo tendría el poder de convencerlo de semejante mentira.

Aquí estaba el problema.

Y no quería embotarse, minimizar o fingir que su noche no importaba. Que ella no importaba.

Dejando su vaso a un lado, apartó la mirada escrutadora de su hermano y comenzó a negar con la cabeza.

Ya fuera la expresión de Reginald o la intuición fraternal, Nicholas lo entendió de inmediato. «¿Qué pasa entonces?».

«Todo», Reginald se encogió de hombros y miró fijamente el líquido ámbar de su vaso. «Nada».

«Eso lo explica todo», murmuró su hermano sombríamente.

La emoción presionó el pecho de Reginald mientras miraba a su hermano al otro lado de la mesa.

Nic lo miró en silencio, vaso en mano, esperando pacientemente a que Reginald se desahogara.

«¿Por qué no me odias?».

Nic lo miró con los ojos entrecerrados. «No seas idiota».

«Lo digo en serio. Voy a heredar el vizcondado y todos los privilegios y riquezas que conlleva, aunque ambos sabemos que nada de eso debería ser mío».

Con la mandíbula tensa como piedra, Nic le devolvió la mirada con la ferocidad de un oso despertado de su letargo. «¿Por qué no debería ser tuyo?», dijo finalmente con un gruñido bajo. «Tú eres el primogénito. Es tuyo por derecho».

«Es mío por engaño».

«No». La vehemencia en la negación de Nicholas sorprendió a Reginald. «Mi padre sabía la verdad mucho antes de que nació. Él perdonó a madre y nos aceptó como suyos. No hay engaño. *Eres* su heredero y haré llover el infierno sobre *cualquiera* que lo niegue o amenace sobre ello. Incluso tú».

Reginald sacudió la cabeza y miró malhumorado y confundido a su hermano. «¿Cómo puedes defender tan ferozmente las mentiras de nuestra familia?».

«No son mentiras, hermano. Son secretos», insistió Nic con seriedad y con la mandíbula apretada. «Hay una diferencia. Y no los defiendo, *nos* protejo a nosotros».

Como siempre lo había hecho, se dio cuenta Reginald.

«¿Y qué pasa con las mentiras que hemos dicho a la sociedad?», preguntó Reginald.

Su hermano resopló burlonamente. «A la mierda la sociedad».

Reginald se rió. Aunque era un sonido crudo y emocional, el humor era genuino. «Hablas como un verdadero recluso».

Era una pena que la mayoría de la gente nunca tuviera la oportunidad de conocer la intensa lealtad y compasión que poseía su hermano. Todo lo que veían era el brillo feroz y la mirada gélida y creían lo que Nic quería que creyeran.

Por centésima vez, Reginald deseó saber todo lo que había sucedido ese verano hace siete años para cambiar a su hermano por completo. Pero Nic nunca habló de eso y Reginald lo respetaba demasiado como para entrometerse en algo que claramente había sido una experiencia muy dolorosa.

Nic se encogió de hombros. «No me disculparé por no tener ningún deseo de desperdiciar mi vida en compañía de personas que valoran a un hombre más por su riqueza y posición social que por su carácter».

«Bien dicho», Reginald levantó su copa a modo de brindis antes de murmurar. «Ojalá pudiera refutarlos a todos tan fácilmente».

«Y por eso, querido hermano, no envidio tu suerte en la vida. Prefiero irme a las tierras salvajes del continente americano que asumir tus responsabilidades como futuro vizconde. Hablando de ello...», añadió con un sutil movimiento de labios, «vi a mamá salir de tu casa esta mañana».

Reginald entrecerró su mirada. «Esta mañana. ¿Estuviste fuera toda la noche?».

Nic ignoró la pregunta y dijo, «supongo que tenía algo que decir sobre tu reciente acompañante social».

En lugar de responder, Reginald inclinó su vaso para tomar otro sorbo, lo que inspiró una risa profunda en su hermano.

«Ah, entonces esa es la espina que tienes clavada en la pata».

«Puedo manejar a mamá».

«Entonces debe ser la bella dama en cuestión», reflexionó Nic. «¿Qué pasó? ¿Le puso un maleficio a tu caballo favorito?».

Reginald gruñó. «No me digas que crees esas tonterías».

«Por supuesto que no», respondió Nic. «Pero ella debe haber hecho algo para ponerte en ese estado».

Agachando la cabeza, Reginald murmuró bruscamente, «ella ha decidido que ha terminado conmigo. Quiere promulgar la conclusión de nuestro acuerdo en el baile de Rutherford el sábado».

Nic arqueó una ceja. «¿Y esto es una sorpresa? ¿No tienes solo un par de semanas hasta la fecha límite de todos modos?».

«Sí, pero...».

Intensos ojos azules lo miraron fijamente. «No quieres que esto termine».

«No de la forma que habíamos planeado», murmuró Reginald. «Y ahora es demasiado tarde. Ya le he fallado. Ella ha cumplido su parte y está lista para aceptar la ruina social mientras yo, ni siquiera he conseguido esa maldita llave ni he descubierto una manera de ganar la apuesta sin lastimarla».

«A la mierda la apuesta», respondió Nic. «Kinley Park no importa».

«Sí que importa», murmuró Reginald ferozmente, apretando su mano en un puño. La ira, la culpa y algo aún más feo rodaban y se retorcían en su interior. Cuanto más intentaba controlarlos, más fuerte lo afectaba. «Era de padre por derecho».

Mientras Reginald luchaba contra la confusión interna, Nic le devolvió la mirada en un silencio oscuro y pesado.

Después de mucho tiempo, su hermano finalmente habló. Su voz era baja y cargada de verdad. «Sabes tan bien como yo que mi padre hace tiempo que olvidó que la propiedad existía. Él y mi madre han dejado atrás el pasado». La mirada de Nic era implacable. «¿Por qué no puedes tú hacerlo?».

Reginald apretó los dientes con tanta fuerza que le dolía la mandíbula. Quería tomar la botella de whisky y verterla directamente en su garganta en un intento de quemar el espesor que se había acumulado allí. Pero sabía que eso solo ahogaría sus pensamientos y emociones por un tiempo. Estos siempre regresaban.

Entonces, extrañamente, pensó en Cecily.

Su imagen surgió brillante y hermosa en su mente. Su mirada era directa, no permitía falsedades y exigía plena verdad. Pero su boca se suavizó en una sonrisa de aliento y confianza. De repente quiso ser tan audaz y valiente como ella siempre lo era. Si tan solo él poseyera la fuerza que ella tenía para convertir el dolor del pasado en algo noble y que valiera la pena.

Tosió para aclararse la garganta y apartó la mirada fija de su hermano.

«Ese día... cuando descubrí la verdad...», comenzó en voz baja, «sentí como si todo lo que era, todo lo que sabía que era verdad acerca de mi mundo, fuera repentinamente reemplazado por algo feo y extraño. Sentí como si me hubieran sacado las entrañas y mi caparazón de repente se llenó de mentiras, dolor y vergüenza».

«No eran *tuyos*, Reg», insistió Nic bruscamente. «No te pertenecían entonces y no te pertenecen ahora».

«Sin embargo, todavía los llevo», confesó Reginald.

«Déjalos ir».

La risa de Reginald era irregular y cruda. «Si fuera así de fácil».

Nic se inclinó sobre la mesa, su expresión era tan oscura y enojada como Reginald nunca la había visto. «Al aferrarte a eso, estás dejando que ese bastardo gane. Wright murió hace años, pero mantienes viva su venganza en ti. Joder, Reg», murmuró con disgusto. «Pensé que eras más inteligente que eso. Recuperar Kinley Park no cambiará lo que pasó. Solo puedes controlar lo que está por venir. Eso es lo que hicieron madre y padre. Wright intentó destruirlos. Pero se negaron a permitirlo. En cambio, se *amaron* y vivieron una vida feliz. Ahora es tu maldito turno. Vive y ama, Reg. Así es como se derriba el dolor del pasado».

Reginald miró fijamente a su hermano. Tenía el pecho apretado y sentía el estómago como si estuviera hecho de plomo. Pero la verdad de las palabras de Nic y el sentimiento apasionado detrás de ellas lentamente se hundieron en sus huesos y comenzaron a fluir por sus venas.

Vive y ama.

La tensión que se retorció dentro de él se deshizo y algo ligero y encantador floreció en su lugar. De repente deseó haberle confesado todo esto a Nic años atrás. Su hermano siempre había tenido una manera muy aguda de ver las verdades enterradas en lo más profundo de las personas.

Incluso cuando parecía que estaban ocurriendo tantos cambios dentro de él, no pudo

resistir la oportunidad de arquear las cejas y preguntar, «¿vivir y amar? ¿Es eso lo que haces, hermano? Completamente solo en esa melancólica mansión tuya».

El ceño de Nic era feroz y amenazador. «Esto no se trata de mí».

Reginald se rió entre dientes y notó el tic de humor que provocaba en la boca de su hermano.

«Algún día lo será», prometió Reginald.

Nic se burló y bebió un trago de whisky.

Reginald se rió de nuevo y luego volvió al tema. «Desafortunadamente, hay otra razón mucho más importante por la que Kinley Park no debe permanecer en posesión de Cross».

Nic arqueó una ceja. «Relacionado con la señorita Fairclough».

No era una pregunta y Reginald no la trató como tal.

Nic frunció el ceño, pero no dijo nada por un momento. Luego murmuró. «Entonces *esa* es la espina. Esto es sobre ella. Ella se ha metido debajo de tu piel».

Reginald no podía negarlo.

Era verdad.

Todo *era* sobre ella.

Ella lo era todo.

Y después de una noche gloriosa que cambió su existencia al pasarla juntos, ella no quería tener nada más que ver con él.

Se quedó mirando a su hermano, incapaz de expresar con palabras lo que sentía, pensaba y temía. Sabiendo que su hermano de alguna manera lo entendería de todos modos.

Después de un largo momento de pesado silencio, Nic bajó la barbilla y sus hombros comenzaron a temblar mientras una risa profunda y ondulante se escapaba de su pecho. Con una mirada asesina, Reginald observó cómo su hermano se reía lo suficiente como para atraer miradas curiosas de los demás en el salón.

«Me alegra que encuentres tan divertida mi angustia», refunfuñó finalmente una vez que el humor de Nic se había reducido a unas cuantas risas tosiendo y una mueca de satisfacción en sus labios.

«Oh, vamos, hermano. Seguramente ves la belleza de esto».

Reginald entrecerró la gasa. «Ilumíname».

«Has trabajado durante mucho tiempo para crear esta versión de ti mismo que vendes al mundo. Un canalla, mujeriego, hedonista. Tienes a todos creyendo que es la verdad. Y te ha funcionado. Las mujeres se han desesperado por meterse en tu cama sin esperar nada más. Has conseguido exactamente lo que pensabas que querías durante demasiado tiempo, hermano».

Reginald frunció el ceño. «Supongo que tienes un punto en alguna parte que surgirá».

«¿Amas a esta mujer?», preguntó Nic secamente.

Reginald se tensó dolorosamente. La palabra no se le había ocurrido, pero supo al instante que era verdad. Incapaz de hacer nada más debido al gran nudo que se le estaba formando en la garganta, asintió.

«Entonces, ¿qué diablos estás haciendo aquí?», Nic se burló. «Si la dama merece todo este tormento, ¿no vale la pena luchar por ella?».

Capítulo Treinta y Uno

Una dolorosa punzada de conciencia recorrió a Reginald, avergonzándolo por lo terco y estúpido que estaba siendo.

Por supuesto, ella valía la pena. Ella valía todo.

Sus cejas descendieron mientras posaba la mirada intensa en su hermano. «Si de alguna manera puedo ganármela, convencerla de que me acepte a pesar de todos mis defectos obvios... no puedo seguir mintiéndole», dijo con firmeza. «Ella tendrá que saber la verdad».

No hace mucho, Nic se habría negado rotundamente a semejante cosa. Había luchado como el diablo contra la petición de Caillie de conocerse. Pero ante la declaración de Reginald, el otro hombre simplemente bajó la barbilla en señal de reconocimiento.

Reginald frunció el ceño ante el inesperado cambio de opinión de su hermano. «¿No tienes ninguna objeción?».

Nic resopló. «¿Importaría si la tuviera? Si quieres decírselo a la mujer, si *confías* en ella, es tu prerrogativa».

Reginald quedó asombrado y luego aterrorizado. «¿Qué pasa si ella no...?».

«¿Y si sí lo hace?», interrumpió su hermano.

La esperanza que había comenzado a desmoronarse dentro de él se expandió, transformando su repentina determinación en una fuerza innegable. Tenía que encontrar una manera de arreglarlo todo. Ideas, posibilidades y planes comenzaron a dar vueltas en su mente. Comenzó a formarse un vago esquema de acción.

Al encontrarse con la mirada paciente de su hermano, frunció el ceño. «Lo primero que tengo que hacer es conseguir esa maldita llave y reclamar todo lo que ese miserable sinvergüenza robó a quienes confiaron injustamente en él».

«No necesitas una llave», interrumpió una voz familiar con molesta confianza. «No cuando tienes familia».

«Maldita sea», murmuró Reginald mientras se giraba para ver a su hermana saliendo del pasillo de servicio cercano.

Levantó las manos en señal de súplica y mostró una sonrisa impertinente. «Lo sé, no debería estar escuchando a escondidas, pero te juro que estarás feliz de que lo haya hecho, y no habría necesitado hacerlo en primer lugar si me hubieras contado desde el principio lo que estaba pasando entre tú y la señorita Fairclough».

Era realmente sorprendente cómo Caillie lograba sonar arrepentida, engreída y amonestadora en una sola frase.

«Supongo que tienes una razón para irrumpir en esta conversación como un jabalí salvaje», preguntó Reginald con rigidez, preguntándose cuánto había escuchado.

Los ojos color avellana de Caillie se iluminaron cuando se acercó a la mesa. «Por lo que deduzco... te has enamorado perdidamente de la señorita Fairclough, pero se supone que debes arruinarla ante toda la sociedad para ganar una apuesta con este desgraciado tipo Cross, y de la misma propiedad que nuestro pad..., digo, el anterior lord Wright», corrigió rápidamente, «le robó a lord Withersfield hace tantos años como su ganancia. Tú no deseas arruinarla y renunciar a la propiedad para evitarlo si no fuera por el hecho de que, por alguna razón sin duda muy válida, la señorita Fairclough también tiene muchas ganas de arrebatarle la propiedad a Cross junto con lo que el hombre mantiene bajo llave en una de sus habitaciones. El problema es que

aún no has descubierto cómo hacerte de la llave y asegurar los artículos de la habitación y la propiedad misma para tu dama, de modo que los términos de la apuesta se vuelvan irrelevantes, eliminando la necesidad de arruinarla y permitiéndote la libertad para declarar tus sentimientos y suplicar su amor de rodillas con la esperanza de que ella sienta lo suficiente por ti a cambio de aceptarte como esposo para siempre», Caillie sonrió. «¿Lo he dicho bien?».

Reginald soltó un suspiro pesado y miró a Nicholas, quien se encogió de hombros. Volviendo su atención a su hermana, asintió. «Supongo que eso es lo esencial», señaló con rigidez.

«Bueno», dijo Caillie mientras tomaba asiento en su mesa, «aunque me hubiera gustado tener la oportunidad de practicar mis habilidades para robar carteras, creo que no tenemos tiempo para eso». Bajó el tono a un susurro. «Sin embargo, lo que sí tenemos es un hermano que no necesita llaves para entrar en habitaciones cerradas. Max tiene la experiencia y los recursos exactos que necesitaríamos para entrar en Kinley Park y salir de nuevo sin ser notados, llevándonos todo lo que queramos».

Reginald y Nicholas se tensan ante la referencia a uno de sus otros medios hermanos. Se rumoreaba que Max Owen estaba involucrado en las actividades criminales de St. Giles y el East End. Durante el último año, Reginald había evitado intencionalmente pedirle a Caillie detalles sobre sus otros hermanos, y nunca había dado mucha importancia a los detalles difundidos por los entrometidos. Pero su confianza le dio un repentino estallido de esperanza, incluso cuando la implicación de aceptar su oferta se filtró a través de él con sensaciones mezcladas de temor y expectación.

Sin duda pensando en líneas similares, la expresión de Nic se oscureció y endureció en ángulos prohibitivos mientras miraba a Reginald. Su intensa mirada azul era ilegible. Pero luego asintió apenas perceptiblemente.

Algo intenso floreció dentro de Reginald cuando desvió su mirada hacia su hermana.

«¿Este hombre me ayudaría? ¿Un completo desconocido?».

«¿Si se lo pido yo?», ella levantó un hombro con indiferencia y agitó la mano. «Probablemente. Pero tendrá algunas preguntas».

Compartiendo otra mirada rápida con su gemelo, Reginald preguntó, «¿cuándo podremos reunirnos con él?».

«Ahora mismo, supongo», respondió Caillie, mirando el reloj sobre la repisa de la chimenea. «Será más rápido acudir a él».

Nicholas se puso de pie y dijo con brusquedad, «está bien, entonces».

Caillie sonrió y se puso rápidamente de pie. «Avisaré a Bishop adónde voy y que Thomas prepare mi carruaje privado. Dentro de unos minutos estaremos listos para acudir a St. Giles».

Aunque la inquietud invadió a Reginald ante la idea de contratar a un criminal de la colonia para ayudarlo a entrar en Kinley Park, probablemente no fue tan fuerte como debería haber sido. Había llegado a confiar en Caillie. A pesar de su impulsividad y tendencia a la intromisión y la manipulación, su palabra había demostrado ser absolutamente intachable. Si ella decía que podían confiar en Max Owen, entonces él tenía que creerle.

El viaje a St. Giles fue rápido y todo menos silencioso mientras Caillie recitaba pregunta tras pregunta sobre su acuerdo con Cecily. Respondió sólo a aquellas que no traicionaban ninguna de las confidencias personales de la dama y lo suficiente para garantizar que quedara clara la urgente necesidad de su búsqueda actual.

En verdad, considerando el tiempo limitado que tenían para llegar a Durham y regresar antes del baile de Rutherford cuando Cecily esperaba hacer su escena final, todo el asunto ya

parecía una tarea imposible.

Pero lo iba a intentar de todos modos.

Quando el anodino carruaje de Caillie, conducido por un tipo bastante impertinente con una gorra roja, finalmente se detuvo, Caillie saltó del vehículo primero, dejando que Reginald y Nicholas la siguieran. El estrecho sendero de la colonia estaba oscuro, pero se podía escuchar el susurro de las actividades cubiertas y las voces silenciosas que emanaban de las sombras que los rodeaban.

A pesar de estar en uno de los barrios más peligrosos de Londres, Caillie parecía claramente indiferente. Ella mostró una sonrisa alentadora y dirigió el camino hacia la puerta oscura de un gran almacén. Antes de llamar a la puerta, dijo, «permítanme tomar la iniciativa, por favor. Al menos hasta que Max esté seguro de que no haya riesgos que correr».

Reginald asintió mientras Nicholas simplemente fruncía el ceño.

Su llamada a la puerta fue atendida inmediatamente por un tipo enorme, de gran estatura y corpulencia musculosa. No mostró sorpresa al ver a una joven bien vestida parada en el porche, aunque sí lanzó una mirada severa y evaluadora a los dos hombres que la flanqueaban.

«Hola, Langworth», dijo alegremente la mujer mientras pasaba junto a él hacia el interior del edificio.

El tipo grande inmediatamente entró en la puerta después de que ella pasó, un ceño amenazador oscureció sus rasgos mientras bloqueaba a los dos hombres para que no lo siguieran.

Caillie rápidamente habló detrás de él. «Vienen conmigo, Langworth, y sabes que nunca traería a nadie en quien no se pueda confiar absolutamente».

«Podrías hacerlo si te estuvieran coaccionando», señaló sin rodeos el portero.

Caillie se rió. «Sabes que no me pueden obligar a hacer nada. Déjalos entrar».

Aparentemente aceptando su palabra, el hombre se hizo a un lado.

Inmediatamente quedó claro que aquel lugar no era un almacén. Por dentro, era tan elegante como cualquier casa londinense, con apliques relucientes en las paredes, un suelo de madera brillante cubierto por una alfombra persa y un mobiliario rico pero discreto.

«Tenemos un asunto urgente que requiere la atención de Max. ¿Está disponible?».

Antes de que el portero pudiera responder, alguien gritó desde las sombras en lo alto de las escaleras en un grueso acento cockney, «estoy aquí, descarada. Sube y trae a tus malditos acompañantes».

Aunque la voz incorpórea sonaba bastante molesta, Caillie sonrió e hizo señas a Reginald y Nicholas para que la siguieran. Subieron dos tramos antes de llegar a un rellano con un largo pasillo que se extendía hacia la derecha y a una puerta abierta a la izquierda.

Caillie se volvió hacia la puerta abierta y los condujo por un pasillo corto y oscuro hasta otra puerta abierta que los condujo a una habitación grande y cavernosa iluminada por una enorme chimenea en la pared del fondo y lámparas esparcidas en el medio. Había una pequeña mesa de comedor con cuatro pelos colocada cerca del centro de la habitación. Un par de lujosas sillas de lectura y un pequeño escritorio estaban colocados frente a las altas ventanas con pesadas cortinas y un largo sofá frente a la chimenea. Sombras más profundas ocultaban lo que parecía ser una enorme cama con dosel y un armario, y el rincón más alejado estaba aún más oculto por mamparas de privacidad.

La habitación era espaciosa y cómoda y obviamente estaba designada para uso privado.

Con gran inquietud, Reginald buscó a los ocupantes, pero no parecía haber nadie en la habitación.

Algo se sentía claramente mal.

Un vistazo rápido a la mirada aguda y los hombros tensos de su gemelo le indicaba que Nic estaba igualmente alerta y cauteloso.

Pero Caillie nuevamente se mostró audazmente indiferente mientras caminaba hacia el centro de la habitación y miraba hacia los rincones más oscuros de la habitación. «No hay necesidad de esas tácticas, Max», dijo a las sombras, con una mueca de diversión en los labios. «Te aseguro que no son una amenaza».

«Lo decidiré por mí mismo, si no te importa».

La voz vino detrás de él y Reginald se giró justo cuando la puerta por la que habían entrado se cerró con un fuerte clic.

«¿Qué diablos es esto?», preguntó Reginald mientras Nicholas hacía un sonido bajo de advertencia.

A su hermano realmente no le gustaba estar encerrado contra su voluntad.

«No te preocupes», aseguró Caillie en voz baja antes de dirigir su voz hacia afuera nuevamente. «Hemos venido por tu ayuda, Max. Estos hombres son... muy buenos amigos míos. Sr. Reginald Vane y Sr. Nicholas Vane. Si confías en mí, hermano, puedes confiar en ellos».

«¿Quién dijo que confío en ti?», preguntó burlonamente la voz engreída.

Caillie resopló y puso las manos en las caderas en descarado desafío. «Sabes que nunca haría nada que pusiera a mi mejor amigo en peligro».

«Te lo dije», habló una suave voz femenina desde el rincón más alejado.

Reginald se tensó cuando una mujer entró al resplandor de la chimenea. Llevaba un vestido elegante pero sencillo y su cabello rubio estaba suelto y rizado sobre su espalda. Mientras avanzaba para sentarse con gracia en el sofá, él notó que sostenía una pequeña jarra de metal y parecía estar descalza.

«Sal de las sombras, cariño», gritó a través de la habitación con la entonación refinada de la clase alta, con una pequeña sonrisa altiva levantando las comisuras de su boca. «Los amigos de Caillie necesitan tu ayuda y sabes muy bien que no puedes negarle nada».

Max se burló. «Ella tiene toda la razón, desafortunadamente».

Reginald se giró y vio una figura delgada vestida completamente de negro, parada apenas a dos pasos de distancia. Ni siquiera había oído acercarse a nadie. Los ojos del hombre brillaron como mercurio líquido y una sonrisa se dibujó en sus labios. Un sutil aire de amenaza flotaba a su alrededor, aunque no hizo ningún movimiento que pudiera considerarse amenazador.

A pesar de no ser más que unos pocos años mayor que el propio Reginald, quedó claro al instante que Max Owen era la figura peligrosa que se decía que era.

También era su hermano y había algo innegablemente familiar en él. No compartía los ojos azules de su padre en común, como lord Wright o Bentley, pero la curvatura insolente de sus labios era similar a las sonrisas traviesas de Caillie, y había una aguda intuición en su mirada que Reginald había visto miles de veces en los ojos de su gemelo y, más recientemente, en la mirada inquisitiva de Bentley.

«Hola gente. ¿A qué debo el placer?».

Al encontrarse con la mirada inquebrantable del otro hombre, Reginald sintió que Nicholas se acercaba a él mientras asentía. «La señorita Claybourne insiste en que usted podría ayudarme en un asunto urgente que requiere eficiencia y discreción».

El hombre arqueó una ceja y lanzó una mirada curiosa en dirección a Caillie antes de caminar tranquilamente hacia la mesa del comedor. «Illegal, querrá decir», señaló casualmente mientras levantaba una jarra similar a la que bebía su dama antes de girarse para apoyar sus caderas contra la mesa y cruzar los tobillos. «Necesitaré detalles».

«¿No deseas ofrecer a nuestros invitados algo de beber, cariño?», preguntó amablemente la señora del sofá.

«No».

«Tomaré un poco de esa cerveza, si no te importa», señaló Caillie, ignorando por completo su negativa mientras cruzaba la habitación y se dejaba caer en la esquina del sofá. «Hola, Elle, estás preciosa, como siempre», le dijo a la otra mujer con una sonrisa genuina de afecto.

La bella dama soltó una cálida risita. «Tú también, querida. ¿Cómo van las cosas? Supongo que bien con Bishop».

«Las cosas van viento en popa y Bishop es tan perfecto como un hombre puede aspirar a ser», respondió Caillie con una sonrisa.

«Asqueroso», soltó Max poniendo los ojos en blanco. «¿Quieren un trago, caballeros?», preguntó su anfitrión con evidente desgana mientras se dirigía hacia un timbre en la esquina.

«Cerveza está bien», respondió Reginald, ansioso por entender el propósito de su intrusión en el oscuro dominio de este hombre.

«¿Y el tipo enojado?».

«Nada», gruñó Nic.

Después de darle un rápido tirón a la cuerda, Max se volvió hacia ellos y señaló la mesa. «No es necesario atender su asunto mientras estamos dando vueltas».

Una vez que estuvieron todos sentados, Max se reclinó en su silla y cruzó un tobillo sobre su rodilla. Las mujeres mantuvieron una conversación constante al otro lado de la habitación mientras los tres hombres se miraban fijamente en silencio. Sintiendo que era algún tipo de prueba o desafío, Reginald hizo todo lo posible por esperar a que el otro hombre hablara primero. Pero después de que Langworth entregó su cerveza y cerró la puerta nuevamente, se le acabó la poca paciencia que tenía y murmuró una maldición en voz baja.

«Maldición, ya es hora», señaló Max con una sonrisa antes de lanzar una mirada irreverente hacia Nic. «Aunque, en verdad, habría imaginado que tu melancólico gemelo se habría quebrado primero, pero estoy empezando a tener la sensación de que no dice mucho».

«Mira», murmuró Reginald con la mandíbula apretada, «Caillie me aseguró que podrías ayudarme, pero si tienes intención de jugar, puedo irme ahora mismo».

«Continúa, entonces», respondió Max extrañamente.

«Max...», intervino Caillie desde el sofá, demostrando que a pesar de que pareciera lo contrario, estaba escuchando atentamente. Su voz era suplicante y amonestadora al mismo tiempo.

El hombre resopló. «Maldita descarada», refunfuñó mientras miraba a Reginald. «Maldito sea si sé por qué mi hermana *desobedeció una regla explícitamente establecida*», dijo con voz elevada para beneficio de la dama, «al traerlos a ustedes dos aquí. Aunque, para ser justos...». Su tono volvió a bajar a un tenor pensativo mientras su mirada de peltre se estrechaba hasta convertirse en rendijas impenetrables, «por lo general el desafío de la muchacha suele tener una buena causa».

Si Reginald se había sentido bajo escrutinio antes, de repente se dio cuenta de su error. La atención de Max Owen era infaliblemente intensa mientras pasaba de él a Nic y viceversa.

Después de sólo un momento, sus ojos se abrieron y un silbido agudo salió de sus labios. «Maldita sea», resopló. «Los esfuerzos de nuestro maldito padre fueron más fructíferos de lo que pensábamos, ¿eh, descarada?».

Reginald maldijo en voz baja y Nicholas casi se levanta de su asiento antes de que Max le

dirigiera una mirada penetrante. «Siéntate, hermano. Soy una amenaza menor para ti ahora que cuando entraste por primera vez en esta habitación».

Nicholas recuperó su asiento a regañadientes mientras Reginald miraba fijamente al hombre frente a ellos. «¿Cómo lo supiste?».

«Ambos tienen un poco de nuestros hermanos», respondió Max. Luego sacudió levemente la cabeza y sonrió antes de girarse para dirigirse a la elegante dama descalza al otro lado de la habitación. «¿Qué te parece, princesa? Dos más».

La hermosa mujer sonrió y levantó su jarra. «Bienvenidos a la familia, caballeros».

«¡Aquí, aquí!», exclamó Caillie, tomando un largo trago de su cerveza.

Por extraño que fuera el momento, Reginald experimentó un innegable momento de alivio. Como si más de esa esperanza se estuviera deshaciendo en su interior. Miró a su gemelo, esperando ver una mirada feroz de negación y furia. Pero Nic solo miraba ligeramente. Una buena señal de que su hermano estaba aceptando este giro de los acontecimientos mejor de lo esperado.

Volviendo a mirar a Max, Reginald los obligó a volver al tema. «Podremos abordar nuestra conexión más plenamente en otro momento. Mi solicitud actual es urgente, si recuerdas».

Max resopló y cruzó los brazos sobre el pecho. «Es por eso que debiste haber comenzado con el hecho de que compartimos sangre. Yo me cuido», afirmó con una voz que no dejaba lugar a dudas. «Ahora, ¿cuál es la trama?».

Reginald todavía no estaba completamente seguro de poder confiar en este hombre, pero estaba aquí, necesitaba ayuda y no tenía tiempo para buscar otras opciones.

«Necesito acceder a una habitación cerrada con llave situada en la casa de campo de un caballero, tomar posesión de los objetos que contiene y entregarlos en Londres en un plazo de tres días sin que nadie se dé cuenta».

Max levantó su jarra y tomó un largo y saludable trago. Dejando la jarra sobre la mesa, se inclinó hacia adelante para apoyar los codos sobre la mesa. «Continúa».

Capítulo Treinta y Dos

Cecily miraba fijamente el tablero de ajedrez y apenas comprendía lo que veía. Hacía más de dos horas que ella y Margot habían regresado de una velada y esperaba que un juego pudiera distraerla de los muchos pensamientos que pasaban por su mente. En cambio, la distraían continuamente del juego.

La pobre Margot obviamente estaba harta de la falta de concentración de Cecily, si sus muchos suspiros y resoplidos eran una indicación. Cecily no podía culparla. Para ser honesta, se estaba enojando bastante *consigo* misma. El taller deliciosamente intrigante al que habían asistido en las exclusivas salas del club de Bishop en el Strand habría sido intensamente entretenido e informativo si ella hubiera tenido la capacidad para concentrarse.

Desafortunadamente, lo único que parecía capaz de retener la atención de Cecily eran sus muchos y variados pensamientos sobre Reginald Vane. No podía decir exactamente en qué momento se había apegado tan firmemente a su psique, pero la presencia del hombre era inquebrantable. Los pensamientos sobre él corrían desenfrenados por su mente. Los recuerdos chocaban con las preguntas. La negación bailaba con un anhelo aterrador.

Y posiblemente peor que eso; se sentía como si él también hubiera dejado una huella física en ella. A pesar de sumergirse en el baño durante horas, su aroma permanecía en su piel. Sus palabras susurradas y sus conmovedores gemidos de placer anidaron en sus oídos. El sabor de él hormigueó en su lengua y la presión de las manos y el peso de su cuerpo se habían asentado en sus huesos.

Cada hora que pasaba sumida en la confusión mental y emocional la enviaba más profundamente a las avenidas subterráneas de su mente.

Lo odiaba.

Porque cuando todo esto terminara, si aún quedaba el más sutil indicio de él, sería un tormento delicado que no creía tener fuerzas para soportar.

«Tu mueves, prima», instó Margot por lo que probablemente era la vigésima vez durante este juego.

Antes de que Cecily pudiera responder con otra disculpa murmurada, un sonido extraño irrumpió en el zumbido familiar de su santuario nocturno.

Un *golpe* ligero pero distintivo.

Al encontrarse con los ojos muy abiertos de Margot, Cecily frunció el ceño.

Allí estaba otra vez. Y sonaba como si algo golpeará ligeramente contra la ventana.

Margot se puso de pie de un salto y se dirigió hacia una de las ventanas que daban al jardín trasero. Corriendo las cortinas, miró hacia la noche antes de soltar un suave gruñido.

«¿Qué es?», preguntó Cecily.

«Parece que tu pretendiente ha decidido alterar su *modus operandi*».

«¿Qué?», un escalofrío de conciencia recorrió a Cecily mientras se levantaba y se unía a Margot junto a la ventana.

Efectivamente, Reginald estaba de pie entre los macizos de flores de abajo, mirándolas bajo la brillante luz de la luna.

Cecily abrió la ventana y la empujó para gritar en un fuerte susurro, «¿qué diablos crees que estás haciendo?».

Él sonrió desenfadadamente y el brillo de sus dientes uniformes hizo que su corazón se

acelerara. «Te estoy llamando».

«¿Sabes qué hora es?», ella lo reprendió.

Él asintió brevemente. «También sabía que seguirías despierta, como lo demostraba la luz que emanaba de tu ventana».

Cecily negó con la cabeza. Molesta y desconcertada al mismo tiempo. «Esta fácilmente podría haber sido la habitación de mi abuela».

El hombre se encogió de hombros. «Pero no fue así». Una breve pausa. «¿Puedo subir?».

Cecily contuvo la respiración y miró de reojo a Margot, quien dio un paso atrás cuando abrió la ventana. Su prima esbozó una ligera sonrisa y se encogió de hombros. En cuanto a los gestos, no fueron de mucha ayuda.

Volviendo a la ventana, susurró, «no puedo permitir que deambules por la casa a esta hora».

«No importa», respondió mientras se dirigía hacia la casa. «Subiré».

«¿Qué? No te atr...», pero ya era demasiado tarde, ya estaba escalando el muro.

Margot murmuró algo en voz baja que sonó bastante anhelante, pero Cecily solo pudo fruncir el ceño hacia la parte superior de la cabeza de Reginald mientras se acercaba. En unos momentos, su rostro y luego sus hombros aparecieron a la vista, lo que obligó a Cecily a dar un paso atrás mientras él pasaba una pierna por la ventana abierta y se arrastraba hacia adentro.

«Qué shakesperiano de tu parte», señaló Cecily secamente.

La marcada desaprobación en su tono y expresión no pareció desconcertarlo en lo más mínimo cuando él puso su mirada ceñuda en sus brillantes ojos azules y mostró una sonrisa. Luego hizo una reverencia como si estuvieran en medio de un salón de baile.

«Buenas noches, señorita Fairclough. Señorita Spencer».

Aunque Cecily no dijo nada, solo cruzó los brazos sobre el pecho, Margot hizo una breve reverencia. «Buenas noches, señor. Me temo que debo retirarme. Si me disculpan». Luego rápidamente cruzó la habitación y desapareció por la puerta de su dormitorio, cerrándola detrás de ella con un suave clic.

Su rápida salida logró recordarle a Cecily que la puerta de su propio dormitorio estaba a solo unos pasos de distancia.

Con un pequeño movimiento de cabeza, ahuyentó ese pensamiento.

Pero entonces el hombre lujurioso tuvo que notar que ella estaba ante él vestida nada más que con un camisón cubierto por una bata de seda. Su atención inmediatamente se deslizó por su forma, atenta y acariciadora. Chispas bailaron tras su mirada, calentando su cuerpo por dentro y por fuera.

Que el diablo se lo lleve.

«¿Por qué estás aquí?», preguntó con un firme movimiento de su barbilla.

Volviendo a mirarla, respondió simplemente, «tenía que verte, *hablar* contigo».

Cecily se giró y, sin ningún destino concreto en mente, se encontró rodeando el sofá hasta que el gran mueble se interpuso entre ellos como un escudo improvisado. Cuando lo miró de nuevo, vio la sutil sonrisa en sus labios y notó la forma en que sus cejas bajas ensombrecían su mirada. Había notado la maniobra y sabía lo que significaba. Se sintió como una cobarde.

Apretando las muelas, puso rígida la columna. «¿Qué tienes que decir?».

Caminó lentamente hacia ella. «Mucho, teniendo en cuenta lo abruptamente que me dejaste esta mañana».

A Cecily se le hizo un nudo en el estómago cuando las palabras que escuchó de lady Withersfield resonaron en su cabeza. «No había ninguna razón para quedarme».

«No estoy de acuerdo», sus cejas bajaron. «En lugar de enviarme una nota, podrías haberme dicho en persona que deseabas poner fin a nuestro acuerdo».

Ella se burló. «¿Qué diferencia habría hecho eso?».

Llegó al sofá mientras hablaban y apoyó la mano sobre el respaldo arqueado, pasando la palma por él mientras continuaba acercándose a ella.

Una parte de ella quería huir, pero ya había revelado suficiente cobardía para una interacción, por lo que se mantuvo firme, inclinando la cabeza hacia atrás cuando él se detuvo directamente frente a ella.

«Estamos juntos en esto, Cecily», respondió sombríamente. «No puedes tomar decisiones arbitrarias y esperar que yo siga tus dictados sin discutirlo».

«No fue nada arbitrario», argumentó, observando su sorprendente mirada que siempre lograba cambiar las cosas dentro de ella. Se obligó a pensar en la señorita Gresham y en lady Taylor, y en muchas otras personas. «No podemos seguir fingiendo indefinidamente. Necesito esa llave. Hemos convencido al mundo de que me estás cortejando y que soy... receptiva a tus insinuaciones. El siguiente paso es mi declaración pública y luego igualmente el rechazo público. Hemos trazado el camino, ahora debemos recorrerlo».

Su mandíbula se tensó. «Entonces, ¿es así de simple?».

Ella resopló. «¿No lo es?».

Un sonido áspero y creciente salió de la garganta de Reginald. La textura y el tono vibraron profundamente en su vientre. La profundidad de su mirada azul se dirigió directamente a su núcleo tembloroso y sus siguientes palabras cargadas de recuerdos sensuales. «Anoche...».

«Es irrelevante para este tema», interrumpió Cecily con fuerza, enfrentando su mirada intensamente penetrante con una expresión pétrea. «Nada ha cambiado. Tenía una razón para empezar todo esto. Esa razón todavía existe y se ha vuelto más urgente».

Algo extraño e ilegible cruzó por sus hermosos rasgos. Muy breve, pero la impactó profundamente, pareciéndose muchísimo a arrepentimiento.

Cuando consideró por primera vez su propuesta, su único pensamiento fue acabar con Cross para siempre para poder finalmente seguir con su vida. Había pensado que el infame y mujeriego Villano Vane era un peón perfecto en la trama. Él había representado todo lo que ella odiaba. No había habido la menor preocupación de que algo tan delicado como las emociones pudieran entrar en juego.

Sin embargo, aquí estaba ella. De pie frente a él, temblando con esa incomodidad.

Todo se había vuelto un desastre. *Ella* estaba hecha un desastre.

Incluso ahora lo deseaba desesperadamente. Quería sumergirse en él. Disfrutar de sus besos y fundirse con sus huesos y músculos. Consumirlo, dominarlo, inundarse de sensaciones para no tener que pensar tanto.

«Tenemos que acabar con esto», insistió. *Porque ya no puedo continuar.*

Su ceño se arrugó y comenzó a asentir. Por un momento pareció que iba a decir algo, sus labios se separaron en un suspiro antes de presionarlos firmemente de nuevo. Luego, sus ojos se oscurecieron antes de brillar como un relámpago. Su cuerpo estaba visiblemente tenso. Un sonido bajo vibró en su garganta. Y él siguió asintiendo.

Podría haber sido cómico si su intensidad hubiera sido menos... *intensa*. Pero mientras él la miraba fijamente, asintiendo, el fuego magnético de su mirada se extendió en ella, *hacia* ella. Encendiendo todo a su paso, quemándola, excitándola más allá de su control.

«Deberías irte», murmuró con voz ronca.

«No puedo».

«¿Por qué?».

Hubo un momento de silencio antes de que él respondiera, su voz era un susurro crudo. «Porque pensar en ti ha consumido todo mi día. No podía respirar sin inhalar restos de tu aroma. No podía cerrar los ojos ni por un momento sin verte. Con tus raras sonrisas, tus ojos brillando con picardía o ira o necesidad sexual, tu deslumbrante cuerpo suplicando la caricia de mi tacto y la atención de mi beso».

Cecily respiró hondo y contuvo el aire.

«Traté de beber hasta el olvido donde tú no existías», continuó en un murmullo pesado y aterciopelado. «No existe tal lugar. Has invadido mi alma, Cecily. Y no tengo ningún deseo de liberarte».

«Eso es lujuria», argumentó débilmente. «Feroz y consumidora. Desaparecerá rápidamente».

Su gruñido fue profundo, rico y ligeramente molesto. «Entonces disfrutemos de las llamas mientras duren. Di que sí, dulzura», insistió en un susurro sensual.

¿Cómo podría ella decir algo más?

«Sí».

Ella dio un paso y estaba en sus brazos, su cuerpo presionaba el de él, sus manos agarrando firmemente su caja torácica mientras él subía para acunar su rostro. Ella se había recargado cuando se puso de puntillas y encontró su boca.

El acalorado, hambriento e insistente empuje de su lengua entre sus labios provocó un embriagador y derretido gemido desde su mismo centro. Cuando ella detuvo su estocada con uno propio, él emitió un gruñido áspero y la levantó en sus brazos.

Capítulo Treinta y Tres

«Dormitorio».

Una sola palabra fue todo lo que Reginald pudo pronunciar mientras la necesidad lo abrumaba.

Necesidad y fuego y el anhelo más profundo y oscuro.

«Ahí», suspiró ella contra el costado de su garganta mientras señalaba una puerta opuesta a la que su prima había atravesado hacía unos momentos.

A grandes zancadas cruzaron la habitación. Su dormitorio estaba débilmente iluminado por velas y un fuego tranquilo que arrojaba un brillo dorado rosado. Cerró la puerta de una patada y se dirigió directamente hacia su cama. Antes de que él los arrojara a ambos sobre el colchón, ella le tomó el pelo con la mano.

«Espera».

«No». No podía esperar.

«Sí».

Con un gruñido gutural, se detuvo y miró su rostro sonrojado con los ojos entrecerrados. Su mirada era tormentosa en la habitación a oscuras, sus labios exuberantes y rosados por su beso.

«Esto no cambiará nada», murmuró con firmeza. Todo su cuerpo se rebeló, pero ella no le dio la oportunidad de hablar. Apretando los dedos en el pelo de su nuca, dijo, «prométeme que esto no cambiará nada. Lo que debe pasar, *suced*erá. Sin promesas».

Poniéndola de pie, Reginald la mantuvo cerca con sus brazos alrededor de su cintura.

Ella tenía razón. Aunque tal vez no de la manera que ella pretendía. Con voz grave, respondió con total honestidad, «prometo que no cambiaré lo que deba suceder».

El alivio en sus ojos lo apuñaló profundamente, pero se negó a pensar en ello. Las cosas iban a arreglarse. Ella lo entendería muy pronto.

#

Había abandonado abruptamente la casa de Max después de obtener el acuerdo del hombre para ayudar en la aventura, y le había dicho a Nic aparte que necesitaba hacer algo antes de irse de la ciudad. Su gemelo lo había entendido y asintió con firmeza antes de decirle que se aseguraría de que todo estuviera listo para partir de Londres cuando Max tuviera sus recursos listos. Reginald tenía menos de dos horas antes de reunirse con todos ellos nuevamente en el club del Strand.

Pero él simplemente no podía irse de la ciudad sin verla.

Había necesitado asegurarle de alguna manera que todo estaría bien, tanto como necesitaba su beso apasionado, sus gemidos sensuales, su suavidad, su calor y su entrega sensual e interminable.

Pasando sus manos ansiosas por la curva de sus caderas, la acercó, asegurándose de que ella pudiera sentir la dura evidencia de su excitación. Cuando ella inhaló con un suave jadeo, él arqueó una ceja desenfadada. «Ahora, ¿podemos pasar a lo deslumbrante?».

«Mmm...», entrecerró los ojos. «¿Es para eso que viniste aquí?».

«Podría haber sido una de las cosas por las que vine aquí», admitió bruscamente porque una pequeña sonrisa traviesa curvó sus labios mientras deslizaba sus manos cálidamente sobre los planos de su pecho.

Con sus ojos fijos en los de él, con el deseo y el misterio en cada faceta, susurró con voz ronca, «entonces será mejor que nos encarguemos de ello».

Ella agarró su abrigo y se lo quitó de los hombros para dejarlo caer al suelo antes de centrar su atención en los botones de su chaleco. Su actitud repentina y apresurada provocó su impaciencia y alcanzó la cinta anudada de su bata. Mientras ella se liberaba de la manta, él se quitó la camisa por la cabeza. Luego se quitó los zapatos, arrojó los pantalones al suelo y los apartó de una patada. Estuvo a punto de caer de nalgas al quitarse las medias cuando su voluminoso camisón de algodón de repente se escuchó resbalar por su cuerpo hasta formar un montón en el suelo alrededor de sus pies, dejándola parada frente a él en todo su impresionante esplendor desnuda.

Consiguió no caerse, pero cayó de rodillas. Agarrando sus exuberantes y redondeadas caderas con las manos, se inclinó hacia adelante para presionar su rostro contra el vientre de ella y respirar profundamente.

Las uñas de Cecily arañaron ligeramente su cuero cabelludo mientras deslizaba sus manos en su cabello.

Cuando profundizó en el hueco de su ombligo con la lengua, sintió su cuerpo temblar.

Un cálido sonido de apreciación vibró en su pecho. Rozando sus labios de un lado a otro sobre su vientre en una ligera caricia, moldeó la plenitud de sus nalgas en sus manos. Cuando él le dio un suave beso justo encima de su monte de Venus, ella soltó un suave jadeo de anticipación. Él no pudo evitar que la sonrisa curvara sus labios y ella debió sentirlo cuando murmuró su nombre en una advertencia baja y ronca.

Él se rió entonces y ella apretó los dedos en su cabello.

Antes de que ella pudiera enojarse demasiado con él, él golpeó con la lengua con

vehemencia el pequeño capullo en la cúspide de su sexo.

Estaba consumida y los músculos de su vientre se tensaron.

«Separa tus piernas, mi querida niña», murmuró con voz grave. «Necesito probarte».

Tan pronto como lo hizo, separando los pies, él tomó sus caderas firmemente entre sus manos y presionó su rostro entre sus muslos. Cerrando la boca sobre su sexo suave y avergonzado, hundiendo la lengua profundamente en su calor.

El sonido que ella hizo estaba lleno de placer y necesidad. Sus muslos temblaron, y esta vez, cuando su nombre salió de sus labios, fue con sensual reverencia.

Su sabor era un elixir intensamente excitante. Almizclada, dulce y rica en deseo. Todo su cuerpo zumbaba de necesidad sexual mientras deslizaba su lengua a lo largo de sus sensuales pliegues, rodeaba el hinchado brote de nervios sensibles y profundizaba en su resbaladizo núcleo. Lamiéndola como un hombre hambriento y dándose un festín con su brillante carne rosada. Él succionó y jugueteó hasta que su respiración se volvió corta y rápida y sus manos se cerraron con fuerza contra su cráneo.

Y cuando sus muslos comenzaron a temblar y su respiración se detuvo y contuvo y su placer inundó su sexo, cubriendo sus labios y fluyendo contra su lengua, él la vio a través de su liberación pulsante con caricias exuberantes y besos profundos y que succionaban.

Luego, con un suspiro entrecortado, sus rodillas se doblaron y ya no pudo sostenerla.

Él se puso de pie y la rodeó con sus brazos, atrayendo su cuerpo desnudo y sonrojado hacia el suyo hasta que el rápido latido de su corazón golpeó contra su caja torácica.

Ella rodeó suavemente su cuello con los brazos y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. Sus ojos brillaron con las estrellas de su liberación y su aliento se escapó a través de los labios entreabiertos. El rubor en sus mejillas era lo más hermoso que había visto jamás hasta que la más leve sonrisa apareció en su boca. Y así, eso fue lo más hermoso que había visto en su vida y tenía que tenerlo.

#

En el momento en que su boca tocó la de ella, ella sintió algo diferente en su beso.

El toque de sus labios no tenía nada de la delicadeza ni la sensualidad practicada de besos anteriores. Fue duro, ferviente y apasionado. Había un sabor de desesperación en su lengua... un atisbo de ira en el gemido entrecortado que se deslizó de su garganta. Su lengua se introdujo bruscamente en su boca, retorciéndose con la de ella de una manera que exigía más.

Y ella se lo dio. No había nada que la detuviera en ese momento. Todos sus muros se habían derrumbado hasta convertirse en polvo, sus defensas estaban completamente destruidas. Quizás mañana podría erigir alguna fachada de fuerza y resistencia. Pero esta noche, ella no quería nada más que entregarse por completo a él.

Ella le devolvió el duro beso con cada parte de sí misma que no estaba clavada en su alma. Aunque quizás ella también le daba un poco de eso.

Con un gemido de hambre que le agitaba el estómago, sus brazos apretaron alrededor de su cuerpo, que todavía estaba húmedo y zumbando por el placer que había incitado con su malvada boca. Levantándola, se giró y los dejó caer a ambos sobre la cama. Su aterrizaje fue poco elegante, pero puso su peso y calor exactamente donde ella lo quería. Su amplio pecho aplanó sus pechos mientras continuaba reclamando cada suspiro que se escapaba de sus labios. Su vientre se presionó contra el de ella y sus caderas se alojaron firmemente entre sus muslos laxos y abiertos. La dura y caliente longitud de su erección palpitaba con una deliciosa presión contra su tembloroso sexo.

Solo entonces apartó su boca de la de ella.

Aunque sus párpados estaban cargados de deseo, sus ojos eran serios, atentos y enfocados en ella. Cuando rodó sus labios contra su lengua, sus ojos se oscurecieron y un sonido bajo vibró en su pecho y ella supo que todavía la estaba saboreando en sus labios. Su vientre revoloteó salvajemente cuando la lujuria y el anhelo atravesaron su núcleo, excitando su cuerpo saciado en un instante.

Girando la columna debajo de él, abrió las piernas y trató de levantar la pelvis en una orden silenciosa.

Su gruñido de placer y necesidad derritió su núcleo e inundó su carne con un calor resbaladizo.

«Reginald».

Su nombre se deslizó de su garganta, áspero por el creciente deseo y texturizado por el poco de miedo que todavía albergaba en lo más profundo de su ser.

Tan desesperada como estaba por perderse en él. Para reclamarlo y consumirlo. Tomarlo en su cuerpo y abrazar la pasión con un fervor e intención que obligaría a todo lo demás a desvanecerse en la inexistencia. Por muy desesperada que estuviera... todavía era consciente de la dura verdad. Esta sería la última vez. Una vez que concluyeran su acuerdo en unos pocos días, él volvería a su vida libertina y hedonista, y ella regresaría a su existencia amarga y enojada.

El sollozo surgió de su garganta antes de que pudiera detenerlo.

Sus rasgos brillaron con preocupación que rápidamente se transformó en determinación. Tomando su rostro entre sus grandes manos, bajó su boca hacia la de ella para darle un beso demasiado suave. Un beso muy tierno. Un beso demasiado reverente y romántico.

Fue demasiado. Con el dolor profundamente en el centro de su pecho.

Con una oleada de miedo y negación, cerró los dientes sobre su labio inferior y apretó sus brazos alrededor de él mientras doblaba sus caderas debajo de él, forzando un breve y delicioso deslizamiento de su pene a lo largo de sus pliegues hinchados.

Su cabeza cayó junto a la de ella, su aliento avivó ardientemente contra su garganta mientras un gruñido irregular escapó de sus labios. «Santo infierno, dulzura», gimió con voz espesa.

«Te necesito ahora, Reginald», respiró ella.

Con habilidad experta, levantó las caderas lo suficiente para colocar la amplia cabeza de su pene en su entrada, luego la miró a los ojos mientras la reclamaba con un fuerte empujón. Hundiéndose profundamente en su dolorido núcleo, forzando el aliento de sus pulmones. Una parte de ella quería cerrar los ojos contra el fuego azul de su mirada mientras él se retiraba lentamente antes de empujar hacia adelante de nuevo, levantando sus caderas y robando sus pensamientos.

Pero ella estaba impotente ante su deseo de mantenerla cautiva con su mirada. Todo lo que pudo hacer fue entregarse al placer. Entregarse en el momento. Entregarse a todo lo que sentía y no podía expresar. Rindiéndose al miedo, la esperanza y al profundo e inalterable sentido de conexión.

Aferrándose a él. Moviéndose con él.

Ella dio todo lo que era. Sin reprimirse. Sin apartar la mirada para ocultar lo que seguramente debía quedar claro en sus ojos. Sin pelear ni resistirse.

Y en lugar de sentir que podría perder demasiado de sí misma, experimentó una satisfacción que no se parecía a nada que hubiera podido imaginar. Con cada empuje deslizante de su cuerpo dentro del de ella, se sentía más y más completa hasta que le pareció la cosa más natural del mundo que alcanzaran la cima del placer juntos, jadeando los nombres del otro, mirándose en el alma del otro, entregándose libremente de todo lo que eran o deseaban ser.

#

Reginald se fue mientras ella dormía.

Era algo que había hecho innumerables veces antes. Deslizarse silenciosamente desde la cama de su amante, vestirse en la oscuridad para evitar cualquier súplica para que se quedara. Y aunque su razón para irse esta vez era completamente diferente y necesaria, no pudo evitar sentir una profunda e inquietante culpa.

Antes de salir de la habitación, echó un último vistazo a la cama.

Cecily yacía en un hermoso desorden. Su exuberante cuerpo perfilado por la fina cobertura de la sábana. Su cabello era una cascada de oro pálido contra su almohada. Sus pestañas espesas y oscuras contra el rosa de sus mejillas. Sus labios separados ligeramente para dejar pasar su respiración lenta y uniforme.

Un ángel en reposo.

Una sirena, una bruja, una diosa.

Ella era todas esas cosas. Y mucho más.

Con la mandíbula apretada, salió de su dormitorio y cruzó silenciosamente la pequeña sala de estar hasta la ventana, casi esperando que la tempranera señorita Spencer lo llamara para su innoble salida.

Pero todo quedó en silencio.

Cuando Cecily finalmente descubriera que él se había ido de la ciudad, se pondría furiosa. Y confundida. Odiaba no poder explicar lo que estaba haciendo, pero existía la posibilidad de que fracasara. Existía la posibilidad de que ella se negara a aceptar su nuevo plan. No podía arriesgarse.

Todo lo que podía hacer era esperar que ella hubiera llegado a confiar en él y que lo perdonara.

Capítulo Treinta y Cuatro

El amanecer no estaba lejos cuando Reginald llegó al club del Strand. Fue dirigido al estudio personal de Bishop. Nic estaba cerca de la chimenea con los brazos cruzados sobre el pecho mientras Bishop y Caillie se sentaban juntos en un pequeño sofá. Extrañamente, Max estaba ausente.

Reginald frunció el ceño. «¿Dónde está Owen?».

«Él estará aquí», aseguró Caillie con un gesto desdenoso. «No te preocupes».

Reginald miró a Bishop y preguntó, «supongo que ella te ha informado sobre el asunto».

Reginald había aceptado hacía mucho tiempo que su hermana compartiera todo con su hombre. Afortunadamente, Bishop nunca le había dado motivos para dudar de sus intenciones o su lealtad. Estaba claro que quemaría el mundo por Caillie y, por extensión, por cualquier persona que le importara, lo que incluía de todo corazón a sus hermanos.

Bishop asintió. «Me uniré a ustedes, si no les importa». Esbozó una sonrisa mientras pasaba su mano por el brazo de Caillie. «Era la única manera de garantizar que Cailleach se quedara aquí».

Ella soltó un áspero resoplido. «Oh, habría estado perfectamente segura si hubiera seguido adelante».

«Sí, pero el evento de mañana requiere tu presencia aquí, mi amor».

«Lo sé», admitió de mala gana. «Simplemente odio que me dejen atrás».

Entonces Bishop se inclinó hacia ella para susurrar algo que la hizo sonreír. «No lo dudes», murmuró ella en respuesta.

Incluso con el apoyo incondicional de Nic y las habilidades particulares de Owen, Reginald estaba agradecido por la participación de Bishop. El hombre tenía una gran experiencia en lidiar con todo tipo de situaciones peligrosas desde su tiempo trabajando en el club Bentley y sus años de viajes al extranjero.

Mirando el reloj, se preguntó cuánto más tendrían que esperar. Estaba ansioso por ver terminado el asunto para poder regresar a Londres y ver finalmente concluida esta miserable apuesta.

Un momento después, la voz de Owen se escuchó en la habitación delante de él. «Aquí estamos, hermanos. Todo listo para corregir algunos errores».

Reginald se giró para ver al renombrado criminal de St. Giles saltar audazmente a la habitación vestido todo de negro y con una sonrisa retorcida. Sintió solo un momento de alivio de que Owen finalmente hubiera llegado antes de darse cuenta de que el hombre no estaba solo. Roderick Bentley entró en la habitación dos pasos detrás de él y el maldito Conde de Wright un paso después.

Nic maldijo con dureza en voz baja y se alejó un paso de la pared.

Callie se puso de pie de un salto, seguida rápidamente por Bishop. «Max, ¿qué has hecho?», ella gritó con asombro.

Claramente consciente del impacto que acababa de causar, Owen sonrió aún más, «pensé que haría de esto un asunto familiar completo».

«Juro que no tuve nada que ver con esto», murmuró Caillie con seriedad, su mirada parpadeaba hacia Reginald y Nicholas antes de sentir una mirada feroz hacia Owen. «Prometí que nadie más lo sabría».

Owen se encogió de hombros. «Yo no hice tal promesa». Luego se rió entre dientes. «Deberías haber visto sus caras, malcriada. Maldita sea, no tuvo precio».

A Reginald le dolía la mandíbula por la tensión. Él y Nicholas se posicionaron hombro con hombro mientras enfrentaban a tres de sus hermanos mientras Caillie observaba desde un lado con los ojos abiertos enormes y conteniendo la respiración.

«¿Es verdad, entonces?», Bentley dijo a la ligera con una inclinación casual de su cabeza que expresamente aceptaba la naturaleza intencionada e inquisitiva de su mirada.

Ni Reginald ni Nicholas respondieron.

«Puedo ver el parecido ahora que estoy consciente de la conexión», señaló el conde de Wright. «Me avergüenza no haberlo notado antes», admitió con un arqueado de cejas casi de disculpa.

«Lo sospechaba», señaló Bentley.

«No lo hiciste», respondió Wright con un gesto despectivo con la mano. «O ciertamente habrías dicho algo».

«Entonces tenemos claro que fui el primero en deducirlo», intervino Owen con aire de suficiencia.

Caillie se aclaró la garganta. «En realidad, creo que fui la primera en descubrir a estos dos».

«En efecto», señaló el conde, deslizándolo sus ojos hacia la joven que había ayudado a criar. «¿Y cuánto tiempo llevas guardándote esto solo para ti?».

«Ella no dijo nada porque insistimos en ello», dijo Reginald con firmeza, dando un paso adelante. «Nuestra historia involucra más que a nosotros solos».

Los ojos azules del hombre mayor se oscurecieron con un destello de comprensión y remordimiento mientras asentía reservadamente. «Por supuesto».

Bentley, sin embargo, dio un paso adelante para ofrecerle la mano. «Bueno, independientemente de cómo salió a la luz el secreto, estoy agradecido de poder saberlo. Es un placer conocerlos adecuadamente, hermanos».

Sintiendo solo sinceridad, Reginald aceptó el apretón de manos y se sorprendió un poco al ver a Nicholas hacer lo mismo.

«Bien, tendremos mucho tiempo más tarde para esta mierda cursi», interrumpió Owen, que de repente su tono fue de seriedad. «No fui a buscar a estos dos únicamente por entretenimiento. Según tengo entendido, los objetos que este tipo Cross robó a sus víctimas son solo una parte de la historia. Mientras nosotros cuatro nos ocupamos de esa parte, Wright tendrá una charla con el padre de la pobre chica que actualmente se encuentra atrapada en el engaño de Cross».

El conde asintió. «Le dejaré claro al señor Gresham que no es lo mejor para su hija aprobar su matrimonio».

Una declaración como esa, viniendo del conde de Wright, conocido por todos como alguien recto y noble en el más alto grado, sería casi imposible de ignorar. Aun así, Reginald frunció el ceño.

«¿Qué pasará si insiste en algún tipo de prueba?».

«La tendré», respondió Wright con el tipo de confianza tranquila que Reginald ni siquiera consideró cuestionar.

«Y yo», declaró Bentley con una sonrisa maliciosa, «tendré el placer de tratar con lord Cross. Han de saber que ha sido miembro de mi club durante mucho tiempo y ha estado rogando durante años para unirse a uno de mis juegos privados de cartas». Sus ojos se oscurecieron

peligrosamente. «No debería costar mucho convencerlo de que arroje a Kinley Park en el juego».

«Siento que debo disculparme», dijo Wright, con la voz llena de sinceridad. «Si lo hubiera sabido, nunca habría vendido el lugar a lord Cross cuando falleció el conde anterior».

«No es culpa suya, milord. Nadie podría haberlo sabido». Reginald respondió rápidamente antes de volverse hacia Bentley. «Pero Cross es un jugador hábil. ¿Y si gana?».

La risa de Bentley fue plena y rica, «no es posible, hermano. Él jugará contra mí».

Abrumado, Reginald respiró hondo. Sus ojos pasaron de Bentley a Wright, a Owen y luego a Nic, brillando magníficamente a su lado. A pesar del rostro feroz de su gemelo, Reginald se dio cuenta de que no estaba tan enojado como parecía. Había tanta curiosidad en su mirada familiar como cautela.

Volviéndose hacia los tres hombres que tenía delante, sacudió la cabeza. «¿Por qué? ¿Por qué ustedes harán esto? Tan solo acaban de enterarse de nuestra... relación... ¿qué? ¿Hace una hora?».

«Dos, en mi caso», se jactó Owen.

«Ni siquiera me conocen», continuó Reginald. «A *nosotros*», corrigió, señalando a su gemelo.

Wright dio un paso adelante antes de que los demás pudieran responder. Su mirada era seria y su expresión sincera. «Aunque entiendo su reticencia a reconocerlo, ambos son parte de esta familia. Eso significa mucho para mí. Para todos nosotros». Una sonrisa inclinó su boca. «Me temo que ahora no hay marcha atrás».

Caillie soltó una breve risita, Owen se encogió de hombros, una sonrisa curvó sus labios y Bentley sonrió mientras señalaba con confianza, «para cuando regrese a la ciudad, Sr. Vane, Cross habrá sido completamente derrotado y podrá ofrecer en bandeja de plata su derrota a su dama».

«Eso es lo que pretendes, ¿no?», Owen preguntó con una ceja arqueada. «A las mozas les encantan los grandes gestos, ¿sabes?».

Reginald lanzó una mirada a Caillie. «Parece que no eres la *única* entrometida».

La sonrisa de su hermana brilló. «Cierto», ella le guiñó un ojo rápidamente. «Pero sigo siendo la mejor».

Capítulo Treinta y Cinco

El baile de Rutherford fue más íntimo que la mayoría de los demás a los que Cecily y Margot habían asistido esa temporada. El marqués y su esposa no participaban habitualmente en el mayor torbellino social de la sociedad londinense, pero eran amigos de lady Hargrave, lo que significaba que su abuela había decidido inesperadamente unirse a ellas esa noche.

Cecily habría preferido no soportar su voluntaria humillación con su abuela como testigo, pero ya había elegido esta noche como la escena final entre ella y Vane. En cuestión de horas, para que todo el mundo la viera, se declararía total y completamente enamorada de Reginald. Y él la rechazaría sumariamente, declarándola indigna de ser su esposa.

El plan estaba trazado. Ya no había vuelta atrás.

Especialmente porque Reginald esencialmente había desaparecido.

Había pasado casi un día antes de que se enterara de que el hombre se había ido de la ciudad. Cuando se enteró de su partida, la nota que había dejado en su mesita de noche la noche que había entrado por su ventana tenía aún menos sentido.

Confía en mí.

Así era. Eso era todo lo que tenía que decir después de hacerle el amor de forma tan completa y hermosa. ¿Se había dado cuenta siquiera de lo mucho que ella se había abierto a él? ¿Cuánto había dado de sí misma?

Solo pensar en eso la ponía tensa y un poco molesta.

No, muy molesta.

¿Cómo podía simplemente abandonar la ciudad cuando la farsa estaba en su acto final?

¿Y si no regresaba? ¿Qué pasaría si no tuviera intención de concluir los términos de su acuerdo y ganar la apuesta? ¿Qué pasaría si ella simplemente nunca lo volviera a ver?

«Ah, veo a lady Rutherford», dijo lady Hargrave mientras hacían su primera ronda por el salón. «Las dejaré a ustedes dos con sus diversiones», dijo con una vaga sonrisa. «Disfruten de su velada, queridas».

Margot puso los ojos en blanco e hizo una mueca cómica. Ambas sabían que probablemente no verían a su abuela durante el resto de la noche.

Al menos... no hasta que comenzara la escena.

Confía en mí.

Quería creer que Reginald tenía alguna razón para irse de la ciudad inmediatamente después de levantarse de la cama y días antes de esa noche, pero una parte de ella no podía evitar preocuparse de que algo hubiera salido terriblemente mal con su plan. Entonces, cuando entró al salón de baile de los Rutherford y miró a su alrededor en busca de su figura alta y de hombros anchos, no se sorprendió del todo al no ver señal de él.

Desafortunadamente, sí vio a lord Cross.

Ella sabía que él estaría aquí. Fue una de las razones por las que eligió el baile de esta noche. El desgraciado sinvergüenza estaba charlando con una joven cerca de las ventanas. Ella tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes, lo que significaba que el hombre le estaba aplicando su engañoso encanto.

La ira creció dentro de ella, apretándole la garganta.

Esa mañana había recibido noticias de la señorita Gresham de que su padre había cancelado abrupta y misteriosamente el compromiso. Había asumido que Cecily había tenido

algo que ver con eso y había expresado su agradecimiento. Confundida porque, aunque Cecily había logrado reunir pruebas suficientes contra la personalidad de Cross, todavía no había logrado poner esa información condenatoria en manos del señor Gresham. Y ahora no tenía por qué hacerlo. Tenía curiosidad, pero se sentía aliviada al saber que la señorita Gresham estaba a salvo del canalla, y ahora allí estaba él, rondando ya su próximo objetivo.

Y todavía tenía que liberar a lady Taylor de sus garras. Cross la presionaría aún más ahora que la señorita Gresham estaba fuera de su alcance y tendría que empezar de nuevo la búsqueda de una heredera.

El hombre la enfermaba.

Como si sintiera su angustia, Margot rodeó suavemente su brazo con el de Cecily en una silenciosa muestra de apoyo.

Ayudaba.

Ella y su prima habían pasado por demasiado como para permitir que el drama intencional de esta noche las afectara más allá de un rasguño superficial. Y una vez terminado, todo valdría la pena. Cecily podía retirarse de la sociedad sabiendo que Cross ya no tenía los medios ilimitados para continuar con sus manipulaciones. Por supuesto, continuaría haciendo su trabajo más encubierto para las jóvenes de la alta sociedad, pero ya no tendría que desempeñar su papel bajo su atenta mirada. Y aunque le preocupaba un poco dejar que Margot se las arreglara sola en todos los bailes, cenas y veladas, sabía más que nadie que el carácter de su prima era mucho más feroz de lo que la gente pensaba. El mundo veía un pequeño ratón donde existía un dragón.

Sonrió a Margot, levantó la barbilla y continuó su paseo por la habitación antes de finalmente reclamar un lugar entre las doncellas.

Pero tan rápido como su determinación y confianza se habían reforzado, comenzaron a decaer cuando pasaron diez minutos, luego veinte, luego una hora completa y todavía no había señales de Reginald.

Margot se había apartado por un momento para hablar con una dama que reconocía de las exclusivas habitaciones del club de Bishop en el Strand, cuando una sensación punzante y aguda apuñaló la nuca de Cecily. Entonces la odiosa voz de Cross se deslizó por encima de su hombro.

«¿Completamente sola, señorita Fairclough?».

Tenía tantas ganas de plantar un puño en su perfecta y aguileña nariz que le hormigueaban los dedos.

En cambio, hizo una señal ponderada y respondió con un acento sarcástico, «si tan solo eso fuera cierto. Quizá no te importe escabullirte a otro rincón de la habitación».

Por un momento, pudo sentir su animosidad rodando hacia ella en oleadas. Luego pareció recomponerse lo suficiente como para ofrecer una risa rápida y sin humor. «Uno pensaría que habrías encontrado algo más útil para esa lengua tuya que escupir insultos».

«Los insultos me resultan muy útiles», respondió. «Tienden a disuadir a las personas de carácter mezquino y de mente estrecha».

El canalla volvió a reír. «No me digas que estás tratando de decir que Vane es de carácter *noble*».

Cecily se giró para mirar por encima del hombro con una oscura mueca de desprecio. «Es mucho más noble de lo que tú podrías ser».

Las cejas de Cross se alzaron. «¡Ah! Entonces, las historias son ciertas», reflexionó con evidente deleite, aunque había un claro toque de malicia en su mirada. «Eres dulce con el villano más infame de Londres».

Cecily resopló y se giró para mirar el salón de baile una vez más.

Cross aprovechó la oportunidad para acercarse, su abrigo le rozó la espalda mientras su fétido susurro le acariciaba la mejilla. «Mejor ten cuidado, mi amor. Ese hombre puede ser tu perdición».

Cecily se puso rígida y no dijo nada mientras Cross volvía a deslizarse entre el flujo de invitados.

La tensión y el miedo subieron por su columna. Algo se sentía mal.

¿Por qué demonios Cross le daría una advertencia? ¿Había decidido el hombre que prefería conservar Kinley Park antes que verla arruinada y excluida de la sociedad?

¿Por qué?

O, ¿eran sus motivos más insidiosos? ¿Sabía que Reginald se había ido de la ciudad?

Las preguntas sin respuesta se arremolinaban salvajemente en su mente, agitando sus emociones ya tensas. Se sentía como si la noche se tambaleara sobre su eje, amenazando con salirse de control.

Había diseñado esta fachada con Reginald con un único propósito. Y ahora no se le veía por ninguna parte; tal vez ni siquiera estuviera en Londres o tuviera intención de regresar. Y ella había permitido estúpidamente que sus sentimientos se involucraran con el hombre. Uno pensaría que habría aprendido la lección, pero aparentemente no era tan inteligente como pensaba.

Ella iba a salir perdiendo.

Reginald la había traicionado. Cross seguiría con sus actividades. Y ella se quedaría sin nada. Con menos que nada. Su corazón roto sin duda la aplastaría bajo su peso. Ya apenas podía respirar. Su corazón se aceleró y una fina capa de sudor humedeció su piel.

Mirando a su alrededor en una búsqueda frenética o hacia la salida más cercana, su corazón se detuvo de golpe, clamando detrás de sus costillas, mientras su mirada se estrellaba con bastante fuerza en un par de llamativos ojos azules.

Reginald se acercó a ella desde el otro lado de la habitación, luciendo criminalmente guapo, como siempre. Una sonrisa expectante formó sus perfectos labios y una aguda intención brillaba en su mirada.

La escena estaba por comenzar.

Ella no estaba lista. El pánico dentro de ella continuó presionando hacia afuera hasta que sintió como si su pecho estuviera atrapado en un tornillo de banco y no pudiera sentir los dedos de sus pies. Ella había sabido desde el principio que llegarían a este momento. El tiempo que pasaron juntos no había sido real. Las miradas coquetas y las sonrisas sugerentes, las caricias inquietantes y los susurros seductores. Todo había sido ideado.

El dolor la apuñaló profundamente cuando algo oscuro y pesado apretó alrededor de su corazón. ¿Y qué pasaba con las noches que habíamos pasado en la cama del otro?

¿Habían sido tan falsas como todo lo demás?

No se dio cuenta de que había comenzado a sacudir lentamente la cabeza hasta que un sutil ceño de preocupación tensó su expresión. Se quedó quieta, respiró rápida y profundamente y enderezó los hombros antes de forzar una sonrisa en sus propios labios. Cecily se irguió lo más erguida y robusta que pudo y enfrentó la tormenta que se acercaba sin sus habituales muros de protección. Todos habían quedado completamente destruidos esa noche en su dormitorio.

Todo lo que le quedaba ahora era su orgullo. Lo usaría como escudo.

Pero él no estaba convencido. Su expresión continuó oscureciéndose con la pregunta. El brillante azul celeste destelló mientras deslizaba su atención por la habitación, como si buscara

un enemigo.

El estómago de Cecily se disparó ante la feroz lealtad de su reacción. Pero cuando él la miró, ella sacudió la cabeza apenas perceptible, seguido de un breve movimiento para hacerle saber que debían continuar según lo planeado. Aunque sus rasgos se relajaron, todavía podía ver tensión en la agudeza de su mirada.

Unos cuantos murmullos y estrellas con los ojos muy abiertos vinieron de aquellos que estaban cerca cuando finalmente la alcanzó. Desafiando los temblores de incertidumbre y el profundo dolor en su pecho, Cecily se centró solo en él mientras recordaba todo lo que se lograría a través de su humillación.

«Señorita Fairclough», dijo suavemente, «esperaba verla esta noche».

«¿Lo esperaba?», le sorprendió que su voz sonara tan ligera a pesar de que su garganta se estaba cerrando lentamente.

«Los músicos tocan un vals bastante conmovedor. ¿Bailaría conmigo?».

La pregunta resultaba inesperada. No habían bailado desde la noche en que ella presentó su propuesta y eligieron llevar a cabo sus actuaciones de una manera que permitiera que más personas observaran y escucharan sus conversaciones.

Ella frunció el ceño, insegura de sus intenciones, pero él le sostuvo la mirada y curvó los labios en una sonrisa que silenciosamente repetía las dos palabras que le había transmitido por última vez por nota la mañana después de escabullirse de su dormitorio.

Confía en mí.

Solo pensar en las palabras inspiraba una rebelión instantánea en su interior. Su mandíbula se tensó y levantó la barbilla, preparando alguna reprimenda. Pero había una mirada en sus ojos que ella solo había visto en los momentos de tranquilidad entre ellos dos cuando no había nadie más cerca.

El calor fluyó a través de ella mientras su vientre se movía y luego se asentaba. Calidez y confianza y una certeza intuitiva. Su pecho se abrió con un profundo suspiro. Mirándolo a los ojos, por más aterrador que fuera, no podía hacer nada más que confiar en él.

Cuando él inclinó la cabeza en cuestión, ella sonrió y le ofreció la mano. «Por supuesto, señor Vane», respondió ella. «Estaría encantada».

Su mano era cálida y fuerte bajo la de ella cuando la atrajo hacia él y metió sus dedos en la curva de su codo. Llevándola a la pista de baile para el vals, inclinó su cabeza hacia la de ella y le susurró con voz aterciopelada, «estás impresionante esta noche, dulzura. El carmesí te queda bien».

Cecily resopló suavemente, «¿porque es el color de la ira y la venganza?».

«No, mi querida niña», murmuró profundamente, con una suave risa en su voz. «Porque es pasión y amor».

Cecily se estremeció y lo miró de reojo, pero él simplemente sonrió y la abrazó y comenzó a bailar. Mientras giraban y danzaban por la habitación, ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo más directamente. Ella buscó en su rostro alguna pista sobre su intención, pero solo vio una mirada intencionada y una sonrisa secreta.

«¿Qué está pasando?», preguntó, medio aterrorizada.

La sonrisa de Reginald se desvaneció un poco, provocando un rápido aleteo de incertidumbre en el vientre de ella.

«No me digas que vas a incumplir nuestro acuerdo», susurró ella, apretando su mano sobre la de él. «Esto tiene que suceder, Reginald. Hay demasiado en juego y hemos invertido demasiado en ello. Hay que detener a Cross».

«Tienes razón», susurró, acercándola para un rápido giro de tres pasos. «Estoy contigo, ¿recuerdas?», añadió, sus ojos se suavizaron mientras colocaba su mano entre ellos para presionar su palma contra su pecho.

No era en absoluto la posición adecuada para el vals, pero ella no se resistió.

Ella no podía.

Había algo demasiado intenso acerca de él. ¿Demasiado concentrado y... esperanzado?

Ella se mostró instantáneamente cautelosa. Cautelosa y sin aliento.

«¿Qué está pasando, Reginald? ¿Por qué te fuiste de la ciudad? ¿Dónde has estado? ¿Por qué estamos bailando cuando deberíamos terminar de una vez con todo este miserable asunto?».

Las palabras brotaron de ella en un flujo de susurros desesperados, pero él simplemente puso su mano sobre su corazón y la acercó más. Luego ofreció una rápida sonrisa libertina. «¿Ha sido miserable? ¿Pasar tanto tiempo conmigo fue tan espantosamente horrible que realmente deseas que todo termine?».

«Por supuesto que no», respondió Cecily sin pensar, y el placer en sus ojos cuando su negación se deslizó silenciosamente de sus labios agitó cosas dentro de ella...

El miedo resultaba ser uno de los más frecuentes.

Al verlo, sonrió más ampliamente e inclinó su cabeza hacia la de ella. Quedó hipnotizada por el brillo y la danza de luces en sus ojos.

«Puedo ver cuán desesperadamente estás tratando de mantener el control, dulzura, pero te digo que está bien que me dejes tomar el control. Solo por un momento», añadió con firmeza cuando ella intentó responder. Ella se tensó y frunció el ceño, pero cerró la boca.

Él reconoció su aceptación. La calidez de su mano cubriendo la de ella y el calor íntimo en su mirada comenzaron a adormecerla tanto como su sonrisa y la fuerza en sus brazos mientras la guiaba sin esfuerzo a través del vals. Con tanta facilidad que casi se olvidó de que estaban bailando.

«Te pedí que confiaras en mí», dijo suavemente. «Y espero que hayas encontrado una manera de creer que nunca desearía hacerte daño, pero tengo una confesión que hacer».

La gravedad en su tono fue instantáneamente alarmante. Cecily contuvo la respiración. Justo cuando pensaba que estaba a salvo...

«La verdad es que nunca tuve la intención de cumplir con los términos de la apuesta».

Capítulo Treinta y Seis

Reginald la abrazó con fuerza mientras ella se tensaba violentamente en sus brazos. Su columna se puso rígida y sus hombros se echaron hacia atrás cuando sus finos rasgos se oscurecieron de repente.

Él sabía lo que ella estaba pensando. *Traición*.

Mirando la tormenta emocional de su mirada, sabiendo que solo tenía unos momentos para explicarle antes de que ella se alejara, tal vez para siempre, continuó, «sé lo que es temer y aterrorizarse por el juicio de la sociedad. Un juicio que ataca duro y es injusto en las mujeres por las mismas acciones por las que a menudo se elogia a los hombres. Nunca pondría a una mujer en una posición en la que estaría a merced de tal trato».

«Sin embargo, habrías hecho exactamente eso en tu apuesta con Cross», respondió furiosamente.

«No. Acepté la apuesta, pero tenía la intención de encontrar alguna manera de evitar los términos finales. Tal como pretendía cuando acepté *tu* acuerdo. En ese momento, todo lo que quería era un medio para obtener Kinley Park para poder regalárselo a mi padre como recompensa por los errores cometidos hace mucho tiempo».

«Me mentiste», declaró, con voz áspera y tranquila.

Le rompió el corazón, pero Reginald asintió. «Lo hice». Luego mostró una sonrisa rápida y autocrítica. «Creo que admití ser un mentiroso desde el principio».

«También dijiste que te odias a ti mismo por eso».

«Y así es». Suspiró y el aliento que salió de sus pulmones se vio cargado con todos los secretos que guardaba. «Te contaré todo en detalle cuando tenga tiempo, pero ahora mismo necesito que entiendas lo suficiente para que no dudes de lo que viene a continuación. Sin embargo, si aún no encuentras la manera de perdonarme, quiero que sepas que yo también lo entiendo».

Su cuerpo se puso rígido y su mandíbula se tensó. El gris de sus ojos se endureció hasta convertirse en piedra. «¿Qué viene a continuación, Reginald?».

Él respiró hondo, llenando sus pulmones con el valor y la esperanza de todo lo que sentía por ella. Amor. Admiración. Pasión y deseo y el más profundo respeto. Cuando habló, permitió que sus palabras fluyeran fuerte y claramente por encima de los suaves acordes de la música y el murmullo de las conversaciones.

«Cecily Fairclough, eres sin lugar a dudas la persona más excepcional que he conocido». Aunque sus ojos se abrieron instantáneamente y su cuerpo se tensó en sus brazos, él la abrazó con una mano firme contra la parte baja de su columna y la otra sosteniendo su palma contra su pecho. «Eres feroz, leal, sabia y valiente. Eres descaradamente honesta cuando eliges serlo y deliciosa y dolorosamente directa». Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica. «Aunque nunca fue tu intención, me has obligado a verme tal como soy. No como quiero ser. O como temo que pueda ser. Soy malvado y egoísta y, en ocasiones, un verdadero cobarde. Pero espero que sepas que también soy leal y fiel a quienes lo merecen. Y tú te lo mereces, mi querida niña. Te mereces algo mucho mejor que yo. Te mereces algo mejor que el mundo entero, pero si me das una oportunidad, haré todo lo que esté en mi poder para dártelo».

En algún momento durante su gran discurso, los dos dejaron de bailar, obligando a las otras parejas en la pista a hacer lo mismo, llamando la atención de cualquiera que aún no se

hubiera dado cuenta del drama que se desarrollaba. Todo el salón de baile parecía estar concentrado en ellos, algo de lo que solo se dio cuenta cuando Cecily miró frenéticamente alrededor de la habitación. Un sonrojo enrojeció sus mejillas cuando volvió a mirarlo.

Entonces ella, finalmente, hizo lo que él temía que haría. Dio un paso atrás, retirándose de su abrazo mientras lo miraba con los ojos muy abiertos por el pánico. «¿Qué diablos estás haciendo?», preguntó ella. «¿Has perdido la cabeza?».

Un huracán de emociones se arremolinaba en sus ojos. Oscuro, tumultuoso y peligroso.

A Reginald se le cortó el aliento y su corazón se contrajo. Sabía que existía la posibilidad de que ella lo rechazara, pero tenía la esperanza de...

«No», respondió él con firmeza, «pero he perdido el corazón. Te amo, Cecily, con todo lo que soy y todo lo que quiero ser. Te amo y todo lo que quiero es la oportunidad de dedicarme a tu felicidad como tu esposo más leal y absolutamente devoto. ¿Hay alguna manera posible de que puedas ver un futuro como mi esposa?».

Todo el salón de baile pareció dar un grito ahogado. Pero Cecily se quedó en completo silencio.

Tenía los labios entreabiertos y los ojos enormes, pero parecían tallados en piedra. Quedó inmóvil. Insensible.

Luego, una repentina ráfaga de rosa infundió sus mejillas y su mirada recorrió la multitud de espectadores de ojos codiciosos. Dio un tambaleante paso hacia atrás, luego otro mientras su atención volvía a Reginald. El gris de sus ojos era tan tormentoso, profundo y encantador como nunca lo había visto. El tumulto de emoción lo invadió y reforzó la tormenta salvaje que ya asolaba su interior. La sensación era de armonía y rectitud. Él lo aceptaba.

Luego, con un pequeño movimiento de cabeza, ella se dio vuelta y huyó.

Reginald se quedó helado.

Ella lo había rechazado. Sabía que era una posibilidad, pero había tratado de no considerarla demasiado intensamente. No podría haber imaginado lo dolorosa que sería la experiencia. Se sentía como si le hubieran atravesado el pecho con un fragmento de hielo, filtrando un entumecimiento abrasador a través de su sangre.

El público que todavía lo rodeaba se había convertido en una multitud de espectadores igualmente encantados y horrorizados. Pero de repente una voz se hizo notar entre las demás.

Se giró para ver a lady Hargrave, majestuosamente vestida de negro al frente de la multitud. Sus ojos oscuros cortaron su alma y aunque ella susurró sus palabras, él las escuchó como si las hubiera colocado en su oído.

«No dejes que huya».

Ella tenía razón. No podía simplemente dejar ir a Cecily. Tenía que luchar por ella. Tenía que conquistarla.

Rápidamente, el calor y la energía regresaron a su cuerpo y se lanzó hacia adelante, corriendo entre la multitud de personas que seguían a Cecily. Pero ella había desaparecido. Él siguió adelante, una nueva especie de pánico se apoderó de su mente racional.

¿Y si la perdía para siempre?

Luego captó la mirada de búho de una particular joven de cabello oscuro parada en el borde exterior del salón de baile. La señorita Spencer ofreció una rápida sonrisa y luego asintió con la cabeza hacia un pasillo estrecho.

Él cambió de rumbo inmediatamente para seguir su dirección silenciosa.

El pasillo conducía a una única puerta al final, parcialmente abierta a una habitación silenciosamente iluminada más allá.

Dio dos pasos hacia la habitación antes de darse cuenta de que estaba vacía. Pero justo cuando su corazón se hundió hasta el fondo de sus entrañas, la puerta se cerró detrás de él. Se habría dado la vuelta, pero antes de que pudiera, Cecily estaba allí.

Su mano presionó firmemente el centro del pecho de él. Sus ojos brillaban plateados y se clavaban intensa y ferozmente en los de él. Y aunque quería soltar un profundo suspiro de alivio por no haberla perdido por completo, la ferocidad de su expresión se lo impidió.

Cuando ella habló, sus palabras fueron bajas y con textura como seda sobre granito. «No era así como habíamos planeado que esto terminara».

«Lo sé», murmuró, «pero es el único final que aceptaré».

Su mirada era brillante e intensa y ejerció suficiente presión con la mano en su pecho que se vio obligado a dar un paso atrás. «¿Qué pasará con la apuesta? ¿Kinley Park?», ella levantó la barbilla y él vio temblar la comisura de su boca. «Todo por lo que trabajamos...».

«No está perdido», intervino mientras daba otro paso atrás. «Lo juro».

Emitiendo un sonido áspero, dio un breve y poderoso empujón que la hizo recargarse de regreso a la puerta cerrada. «Después de todo esto, ¿se supone que debo confiar en tu palabra?».

«Si no puedes confiar en mis palabras», respondió Reginald con voz ronca y con el corazón dolorido, «tal vez puedas confiar en mis acciones».

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un pequeño objeto envuelto en un pañuelo blanco. Tomando su mano de su pecho, colocó el objeto en su palma. Tan pronto como sintió su peso y tamaño, un sutil jadeo pasó por sus labios y sus grandes ojos se alzaron hacia los de él, con una terrible esperanza arremolinándose en sus profundidades.

Él asintió.

Ella desenvolvió el pañuelo y dejó al descubierto un broche adornado de plata y amatista adornado con perlas negras. Sus dedos recorrieron el diseño con reverencia mientras susurraba, «¿cómo conseguiste esto?».

«Recientemente regresé de un viaje al condado de Durham», murmuró en voz baja, «solo una carrera rápida de ida y vuelta, pero me topé con una casa cuyo dueño no estaba allí. Afortunadamente, ya era de noche y bastante tarde, así que nadie tenía que preocuparse de que algunas figuras en sombras se colaran por las ventanas y se arrastraran por las instalaciones».

«¿Robaste en Kinley Park?». Su asombro hizo que sus ojos regresaran a los de él.

«En primer lugar, solo tomé lo que no pertenecía a ese lugar».

«Pero... no tenías la llave. Esta misma tarde vi a Cross con ella».

Reginald se encogió de hombros. «Resulta que no necesitas una llave cuando tienes familia».

Ella frunció el ceño confundida y él se rió entre dientes. «Te explicaré todo y más, lo juro. Por ahora, solo debes saber que todos los objetos que ese hombre robó y conservó, ahora están en nuestro poder. El canalla había etiquetado cada premio con sus iniciales, así que imagino que eventualmente podrás devolver todo lo que robó a su legítima dueña».

Ella sacudió lentamente la cabeza. «Gracias».

«Eso no es todo lo que ha perdido», señaló Reginald. «Aparentemente, la otra noche lord Cross quedó atrapado en un juego de azar de alto riesgo en su infierno de juego favorito. No dispuesto a aceptar la posibilidad de la derrota, apostó una finca que cuenta con una pesca excepcional del salmón».

Cecily jadeó en voz baja. «No lo hizo».

«Lo hizo. Y perdió. La noticia de su desesperada situación se está extendiendo como reguero de pólvora entre la alta sociedad, junto con otras acusaciones susurradas sobre su

carácter inmoral. El hombre está acabado, Cecily».

Mirándolo fijamente, respiró profundamente. «¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Por qué?».

Reginald sostuvo su mirada. Y aunque quería levantar las manos para tocarla, para estrecharla entre sus brazos, las mantuvo a los costados. «Porque te amo. Porque quiero comenzar contigo un futuro que esté completamente limpio del pasado. Soy un mentiroso malvado y un fraude de proporciones épicas. Pero todo lo que te he dicho esta noche es la verdad absoluta».

Ella miró el broche de amatista que tenía en la mano y luego levantó los ojos hacia los de él. Un fuego resplandeciente parpadeaba en sus profundidades. «Dijiste que me amas», murmuró suavemente.

«Tanto que duele», murmuró, y la crudeza de sus palabras demostraba el sentimiento.

Aún sosteniendo su mirada, ella se acercó a él, hasta que sus faldas se sintieron alrededor de sus piernas y el calor de su cuerpo estuvo a un suspiro de él.

Bajó la voz. «Y quieres casarte conmigo, a pesar de... todo».

Él frunció el ceño. Incapaz de resistirse a tocarla por más tiempo, le pasó las manos por los brazos y luego tomó su rostro suavemente entre sus palmas. «No hay nada en este mundo que quiera más que a ti como mi esposa».

Su aliento se liberó en un suave suspiro, bañando sus labios mientras sus ojos se cerraban suavemente. No pudo resistirse. Agachó la cabeza y presionó su boca contra la de ella. El beso fue tranquilo al principio. Esperanzador, dulce y ligeramente inquisitivo. Pero su pasión no fue negada y rápidamente y con fiereza pasó a primer plano.

Con un profundo gemido, rodeó el cuello de él con sus brazos. Respondiendo al sonido con un gemido entrecortado, él le rodeó la cintura con los brazos y los giró para presionar su espalda contra la puerta. Cuando volvió a levantar la cabeza, ambos estaban sin aliento y sonrojados.

«Ahora», dijo él con fuerza mientras sus manos vagaban hambrientas por cada suave curva de su cuerpo. «¿Me contestarás? ¿Quieres casarte conmigo y hacerme el hombre más feliz e indigno del mundo?».

Ella apoyó la cabeza contra la pared para mirarlo con ojos brillantes.

«Reginald Vane», comenzó en tono reverente. «Eres malvado, arrogante y decidido».

Él frunció el ceño. Esto no es lo que esperaba que ella dijera.

«Eres demasiado curioso y también eres compasivo, amable e inteligente. La mayor parte del tiempo», corrigió con un movimiento de sus suaves labios. «Y tú eres absolutamente el único hombre al que podría amar. Porque me ves, me ves *de verdad*. No solo las burlas y las sonrisas. Has descubierto lo que hay debajo. Y tú me amas de todos modos», finalizó con un pequeño sonido ahogado.

Rodeándola con sus brazos, la levantó hasta ponerla de puntillas y besó sus labios con pasión dando un suspiro.

«Y no puedo esperar a ver qué más descubro», murmuró con brusquedad. «Quiero conocer todos tus secretos». Él inclinó la cabeza para dejar un beso en la comisura de su mandíbula. «Todas tus sombras». Deslizó su boca por el costado de su cuello en una caricia susurrante. «Todos tus miedos...». Colocó un beso en la parte superior de un seno. «Y tus sueños». Otro beso cayó sobre su otro pecho. «Quiero profundizar en esa mente compleja que tienes y explorar cada joya escondida que has ocultado». Él tiró del borde de su corpiño hacia abajo para pasar su lengua contra su pezón.

Ella jadeó y luego se rió con voz ronca. «¿Estás seguro de que es mi mente en la que

quieres profundizar?».

Él gruñó y bajó las manos hasta sus nalgas y la atrajo hacia él hasta que su vientre presionó firmemente contra la longitud dolorida de su pene. «¿Está mal amar tu cuerpo tanto como amo todo lo demás de ti? ¿Para deleitarme con tu pasión y deseo? ¿Querer perderme en ti siempre que sea posible?».

«No, no puede estar mal», suspiró entrecortadamente. «Yo también quiero perderme en ti».

Finalmente, sus labios se encontraron y se fundieron en un beso profundo y delicioso. Un beso que hizo desaparecer el mundo cuando todo el propósito de la vida se fusionaba en una sola expresión de amor y lujuria.

Pero cuando Reginald finalmente encontró la fuerza para terminar el beso, fijo la mirada brillante de Cecily para murmurar con rudeza, «aún no has respondido, dulzura».

«¿No lo he hecho?».

Sus brazos la rodearon con más fuerza. «¿Me estás atormentando intencionalmente?».

Sus labios hinchados por los besos se curvaron traviesamente. «Quizás un poco. Pero sí, me casaré contigo».

Él gruñó triunfalmente antes de meter su lengua profundamente en la miel de su boca. Luego levantó bruscamente la cabeza. «Espera».

«No», respondió ella, tratando de atraerlo hacia ella.

Él gruñó en resistencia. «Hay algo que debo decirte antes de que hagamos esto oficial».

«Puede esperar».

«No puede», insistió, con los músculos tensos por lo que tenía que decir.

Un surco se formó entre sus cejas, pero no protestó más, solo lo miró con confianza y paciencia.

Respiró hondo y confesó la verdad que lo había atormentado durante años. «Aunque nació dentro de los lazos del matrimonio de mis padres, el vizconde Withersfield no es mi verdadero padre».

«Lo sé».

Reginald se estremeció. Sorprendido por su simple respuesta de dos palabras que repitió, «¿Lo sabes?».

Sus manos se deslizaron alrededor de su cuello para enmarcar suavemente su rostro. «Esa mañana después del teatro, te escuché conversarlo con tu madre».

Su expresión se oscureció. «¿Es por eso que huiste?».

«Hui porque no quería avergonzarte irrumpiendo en esa habitación para defenderme de sus opiniones ofensivas e infundadas sobre mi familia».

«Lo siento», murmuró Reginald.

«No te corresponde a ti disculparte. Es un tema que ella y yo tendremos que resolver».

Y él sabía que lo harían. Cecily no era incapaz de perdonar y su madre no era del todo irracional. Pero no estaba seguro de que ella entendiera las implicaciones de su confesión.

«Nadie puede saber la verdad sobre Nic y yo. Aunque mi madre le confesó todo al vizconde y él perdonó completamente su pasado, el mundo no puede saberlo». Él cubrió sus manos con las suyas y miró fijamente a sus ojos. «¿Te casarías conmigo sabiendo que, como mi esposa y futura vizcondesa, tendrías que perpetuar la mentira que hemos albergado durante tantos años?».

«No seas ridículo», respondió ella. «Es un secreto, no una mentira. Todo el que necesita saber la verdad lo sabe ya». Luego se encogió de hombros y ofreció una pequeña sonrisa

traviesa. «Además, no tengo problemas para mentirle a la alta sociedad».

Reginald sintió una liberación tan repentina del peso que había cargado durante tantos años, que una risa surgió desde lo más profundo de su centro. Nic había dicho más o menos lo mismo.

Levantando a Cecily, le plantó un beso firme en la boca. Cuando volvió a levantar la cabeza, ambos estaban sin aliento.

«¿Para qué fue eso?», preguntó con voz ronca, apretando su nuca con los dedos.

Él le devolvió la sonrisa, pero su voz era áspera cuando respondió. «He pasado muchos años temiendo la verdad y odiándome a mí mismo por las mentiras que tenía que decir. Estaba seguro de que tú también me odiarías».

Los ojos plateados de la luz de la luna se encontraron con el azul verdadero cuando ella acercó su boca a la de él y le susurró contra sus labios, «te amo, Reginald. Nada más importa».

Y él sabía que era verdad.

Epílogo

El compromiso del honorable Reginald Vane con la señorita Cecily Fairclough se convirtió en *el* enlace más comentado de la temporada. Aunque había quienes con el corazón marchito les gustaba insistir en que un libertino nunca podría reformarse del todo, y que una mujer de naturaleza mordaz no sería capaz de mostrar dulzura por mucho tiempo, también había quienes pensaban que era una forma de unión sumamente romántica. Y cualquiera que haya visto a la feliz pareja junta ciertamente no podría negar su obvia afinidad y atracción. Aun así, decidieron no apresurarse a celebrar la boda, fijando la fecha unos meses más adelante.

No resultaba una dificultad terrible ya que de todos modos tenían la intención de pasar casi todos los días juntos hasta entonces.

Y una noche, casi dos semanas después de la muy pública declaración de amor y devoción, Reginald fue a buscar a Cecily a Hargrave House para que lo acompañara a una cena íntima en casa de Caillie.

Cecily bajó las escaleras vestida con un lindo y encantador tono violeta y el broche de amatista de su madre prendido al corpiño. Reginald tomó su mano entre las suyas para llevarla desde la casa hasta su carruaje. Tan pronto como estuvieron sentados uno al lado del otro, Cecily le deslizó una suave sonrisa.

«Relájate. Es solo una cena».

Reginald arqueó una ceja y frunció los labios divertido. «Conoces a Caillie, ¿verdad? Nada de lo que ella hace es *cualquier* cosa».

Su prometida admitió su punto con una inclinación de cabeza y un breve encogimiento de hombros. «Cierto. Pero ya conoces a la mayoría de ellos, ¿no? ¿De qué hay que preocuparse?».

Queriendo asegurarse de que Cecily no tuviera sorpresas al convertirse en su esposa, Reginald le había contado todo lo que sabía sobre su pasado y su familia extendida. Cuando llegó a la parte en la que todos, con excepción de su hermano en Gales, habían participado en la travesura de Kinley Park y en la caída general de lord Henry Cross, ella no se había quedado tan sorprendida como él esperaba. Simplemente había asentido sonriendo y dijo, «eso es lo que hace la familia».

Tal como Bentley había prometido, Cross perdió Kinley Park en un juego de cartas. Algo apropiado si se considera que en primer lugar, así fue como Wright había reclamado posesión del lugar.

Lord Wright también había hecho su parte al advertir al padre de la señorita Gresham acerca de la ruina en la que se encontraba. Pero había mucho más en juego dentro de los círculos de rumores de la alta sociedad. Reginald sospechaba que Caillie y su amplia red de amigas de la ciudad se habían puesto rápidamente a trabajar para difundir la verdad sobre Cross. En las últimas dos semanas, Cross había sido desairado por casi todos los partidos. La gente susurraba cada vez que entraba en una habitación. Y ahora se rumoreaba que se marchaba de la ciudad al campo. Indefinidamente.

La ruina social que había deseado para Cecily había recaído sobre él.

Pero incluso con toda su ayuda en el asunto con Cross, desde esa noche, Reginald no había visto a ninguno de ellos más allá de Caillie.

Deslizando su mano en la de él, Cecily le apretó firmemente los dedos. «Todos te amarán. Como yo te amo».

Reginald le guiñó un ojo. «Espero que no sea exactamente como tú me amas», bromeó.

Ella se sonrojó y se inclinó hacia él para rozar sus labios con los de él. «No. Ni de cerca. Nadie en el mundo podría amarte como yo te amo».

Deslizándose un brazo detrás de su espalda, Reginald deslizó su otra mano alrededor de su nuca para atraerla hacia él y darle un beso más profundo y suave. Su calidez lo inundó mientras el sabor de la miel y el jengibre calmaban sus preocupaciones. Cuando él levantó la cabeza, sus ojos brillaron plateados en el carruaje a oscuras.

«¿Cómo podría preocuparme por algo contigo a mi lado?».

«No puedes», le aseguró ella.

La casa que Caillie compartía con Bishop era modesta pero elegante. Después de bajar de su vehículo, Reginald metió la mano de Cecily en la curva de su codo y respiró hondo antes de dirigirse a la puerta principal, que fue inmediatamente abierta por un tipo muy grande y corpulento.

El mayordomo los dirigió al salón donde ya estaban reunidos el resto de los invitados. Deteniéndose justo afuera de la habitación, Reginald se tomó un momento para examinar a los ocupantes. Con un sobresalto de conciencia, vio al conde de Wright, a Roderick Bentley, a Max Owen y a Bishop, por supuesto. Otro hombre que Reginald no reconoció estaba a un lado, con una mirada ceñuda en sus rasgos morenos que era curiosamente similar a la de Nic cuando estaba de un humor particular. Además de Caillie, también estaban presentes cuatro mujeres más. La hermosa rubia que había conocido en casa de Owen y otras tres personas, presumiblemente la condesa de Wright, la Sra. Bentley y otra dama rubia que parecía tan gentil y etérea como el hombre ceñudo que estaba a su lado era oscuro y melancólico.

Reginald ni siquiera se dio cuenta de que se había quedado completamente congelado en su lugar hasta que la mano de Cecily le apretó el brazo. Él la miró y vio una sonrisa de aliento y se dio cuenta, en un destello de aguda conciencia, de lo perfecta que se había vuelto su vida desde que la conoció. Su corazón se llenó de confianza y amor.

Antes de que pudiera hablar o tomar la decisión de dar un paso adelante, una voz murmuró oscuramente detrás de él. «¿Vamos a entrar o no?».

El alivio y la sorpresa fluyeron a través de Reginald rápidamente cuando se volvió hacia su gemelo. «Pensé que no vendrías esta noche».

Nic se encogió de hombros. «Caillie me convenció». Luego añadió con una mirada fugaz hacia la habitación que había al otro lado. «Pero todavía puedo cambiar de opinión».

«Ni siquiera lo consideres», dijo Caillie, pasando de repente por la puerta. Dio un paso adelante para entrelazar su brazo con el de Nic en caso de que él realmente decidiera huir. «Logré reunir a todos en una noche, lo cual no es una tarea fácil. Beynon y Anne vinieron desde Gales para esto. No vas a echarse atrás ahora».

Nic gruñó, pero se resignó.

«Buenas noches, señorita Fairclough», le dijo Caillie a Cecily. «Me alegro mucho de que te unas a nosotros esta noche. Considerarás esto como una bienvenida oficial a la familia, aunque parece un poquito extraño no tener a la señorita Spencer aquí con nosotros también», reflexionó con un breve ceño fruncido y un destello en sus ojos color avellana. «Quizás en otro momento». Entonces, envió una rápida mirada entre sus hermanos. «¿Están listos?».

«No», respondió Nic.

«Qué mal», dijo Caillie, jalándolo hacia adelante. «Además, esta noche solo están los hermanos y nuestras encantadoras cuñadas. No tendrás que conocer a todos los niños hasta más tarde».

Nick gimió.

Cecily se rió entre dientes con voz ronca, atrayendo la mirada de Reginald. Él respiró hondo y se entregó al placer de su sonrisa. Fue cálido y fácil y llenó su alma con la absoluta certeza de que no la merecía en lo más mínimo. Pero estaba más que dispuesto a pasar su vida intentando remediar eso.

Cuando Caillie obligó a Nic a entrar en la habitación, Reginald y Cecily entraron detrás de ellos. Con un apretón firme de su mano, murmuró suavemente, «recuerda, estamos juntos en esto».

«Siempre», prometió él, inclinándose para respirar su aroma y dándole un rápido beso debajo de la oreja justo cuando la voz de Caillie resonaba en la habitación.

«¡Todos! Ya es hora de que todos ustedes conozcan oficialmente a nuestros hermanos...».